



**LA PÁGINA  
NÚMERO  
TREINTA Y TRES**

**J.L. Domínguez**

La página número 33

La página número 33  
JL Domínguez

© Juan Luis Domínguez Espinós, 2019

[www.lapaginainumero33.com](http://www.lapaginainumero33.com)

Primera edición: septiembre de 2019

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin la autorización por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Para ellos tres*

# Capítulo 1.

Barcelona - Londres - Zúrich, 14 de febrero, 2014

Barcelona, 14 de febrero, 2014

Eran las 6.30 de la mañana, sonó el despertador, saqué el brazo del edredón y azoté el maldito aparato antes de que despertase a toda la familia.

Arrastré los pies hasta el interior de las babuchas para luego arrastrar mi cuerpo hasta la cocina. Saqué el pan del congelador y terminé arrastrándome hasta el baño. Casi no llego. Me bajé el pantalón y las braguitas y por fin conseguí dejar caer mi culo en el wáter y relajarme un rato.

Como una actividad más dentro de mi rutina puse en marcha la vieja radio inglesa que en su día me regaló mi tía Rosa, pero hoy sería diferente. Cuando giré la rueda de encendido hasta oír el clic de puesta en marcha, una voz nada familiar y un tanto silenciosa me sorprendió.

—¡Oye!

Y así empezó todo una fría mañana de un viernes 14 de febrero de 2014 en Barcelona.

No era Santiago, el periodista que cada mañana me pone la cabeza como un bombo, el que me cuenta las noticias, el que opina, el que critica, el que construye, el que destruye, el que dice sí a la par que no. No era él. Era una voz totalmente desconocida para mí, tanto que pensé que tal vez aún no me había levantado y que todo esto era un sueño. Pero no, volví a escuchar con el mismo tono silencioso la misma palabra pero está vez acompañada de mi nombre.

—Oye, Betty, ¿estás ahí?, ¿me escuchas?

No sabía si responder o salir corriendo del baño en busca de mi compañero de cama, pero no sé por qué opté por lo primero. Tal vez fuera por no encontrar una respuesta de incredulidad y reproche, o tal vez porque en el fondo me moría de ganas de saber quién estaba detrás de esa voz que escondía mi radio.

Muy tímidamente respondí.

—Sí, estoy aquí, ¿quién eres?

Lo hice en voz muy baja, con un cierto tono de miedo y creo que hasta me temblaba un poco la garganta. Escuché una especie de resoplido de tranquilidad y de sorpresa y acto seguido la radio volvió a hablar.

—Gracias, Betty. Por favor no apagues la radio y escúchame. Es muy importante.

Ese gracias me sonó a música celestial. Hacía tanto tiempo que no lo escuchaba, que nadie me lo decía, y menos aún a esta hora de la mañana. En mi rutina diaria soy la primera de la familia en levantarme, en silencio, muy en silencio, para que mis dos hijos y mi marido puedan seguir durmiendo plácidamente mientras yo, muerta de frío en invierno y muchas veces sudada en verano, adelanto tareas de la casa con sus ronquidos y respiraciones como música de fondo. Preparo sus desayunos, los bocadillos del colegio, plancho alguna camisa, vacío el lavaplatos, y a cambio qué me dicen: nada, nada de nada. ¿Acaso alteran sus gestos ofreciendo una mínima gratitud? Pues no, ni eso. En lugar de gracias muchas veces recibo un "mamá, si sabes que no me gusta el pavo en el bocadillo", "Betty, qué frío está está café". Pero la verdad, mejor eso que nada, porque la mayoría de las veces lo único que escucho es la puerta cerrarse acompañada de un rápido adiós.

—Aún no puedo decirte mi nombre, ni quién soy, ni cómo soy. Todo esto va a parecerse un disparate, pero te pido que confíes en mí, te necesito —dijo de nuevo el transistor.

Ufff, esto empezaba a ser demasiado. De mi vieja radio inglesa una voz silenciosa con acento extranjero me había llamado por mi nombre, me había dado las gracias y ahora me decía que me

necesitaba. Creo que las últimas veces que alguien me dijo que me necesitaba fueron, cuando mi hija de doce años me pidió una tele para su cuarto: “mamá, necesito que me compres una tele ya, yo no puedo seguir viviendo en esta casa sin una cierta independencia”, y cuando mi jefe, un estúpido y advenedizo ricachón que montó una agencia inmobiliaria para consolar a sus padres ante su tremenda ineptitud profesional, me dijo: “necesito bajarte el sueldo para mantener a flote la agencia, pero sabes que te necesito”. Menudo gilipollas mi jefe. Pero ese es otro cantar.

Y la radio continuó hablando.

—Betty, perdona, hace ya algunos días que te escucho a través de mi radio. Las primeras veces me extrañaba tanto como te debe extrañar ahora a ti, pero algo está ocurriendo, y puede que tú y yo corramos algún peligro.

Mientras lo escuchaba cogí mi vieja radio y empecé a darle vueltas. Era inglesa, preciosa, de color dorado y burdeos. Recuerdo el primer día que la vi en casa de mi tía Rosa. Yo debía tener no más de cinco años. Me pareció el objeto más bonito que jamás había visto. Brillaba, y mi tía la tenía al lado de un estuche aterciopelado negro que tenía grabado un sello que decía *By Appointment of HM the King*, que viene a ser algo así como *Por designación de Su Majestad el Rey*. Este sello lo llaman *Royal Warrant*. Me contaba mi tía que se lo concedía la Casa Real Británica a sus proveedores oficiales. Me encantaba cuando me contaba esas historias. Podía imaginarme siendo yo misma el Rey Jorge VI cuando hacía entrega del sello al fabricante de radios en una ceremonia rodeada de la flor y nata inglesa.

Mi tía era la hermana soltera de mi abuela materna. Trabajó desde finales de los años 20 del siglo pasado para la diplomacia británica. Viajaba y pasaba largas temporadas en el extranjero y supongo que no lo debió hacer mal porque la nombraron Dama de la Orden del Imperio Británico. No muchas mujeres tienen tal honor, y menos aún no siendo inglesas. Yo tenía una relación muy estrecha con ella. Ya desde bien pequeña todos los miércoles al salir del colegio acudía a su casa a escuchar sus historias, a observar su radio dorada y burdeos, a tomar el té y a acariciar su insignia de Dama. Recuerdo el día que murió, hace 20 años. Mi madre me llamó al museo. Por entonces yo acababa de licenciarme y hacía prácticas de investigación en el Museo Etnológico. Mi madre estaba muy alterada pues mi tía Rosa no cogía el teléfono y el conserje de su edificio hacía dos días que no la veía. Yo era la única de la familia a la que mi tía dejaba tener una llave de su casa. Salí corriendo del museo, me subí a la bici y pedaleé sin descanso hasta su casa. Mi madre me esperaba abajo. Subimos al tercero, conseguí meter la llave en la cerradura a pesar del temblor de mis manos y abrí la puerta. Recuerdo gritar “Rosa” y no recibir respuesta, correr por el pasillo hasta su despacho, y allí estaba tumbada en el suelo mi tía. Estaba boca abajo. Le di la vuelta a su pequeño cuerpo y mi corazón se encogió. Estaba muerta.

Después de unos días y de muchas lágrimas me volvió a llamar mi madre. Todos sus sobrinos, los hijos de las hermanas de mi tía, se habían reunido en su casa para repartirse sus objetos y vaciar el piso.

—Betty, tienes que venir a casa de la tía Rosa. Hemos encontrado una pequeña caja cerrada con un sobre blanco encima que dice: "Para mi queridísima sobrina-nieta y amiga Betty".

Esperé al mediodía, hasta terminar mi jornada en el museo. Cogí mi bici y esta vez, más tranquila, pedaleé hasta casa de mi tía. Me planté delante de su puerta en el tercer piso y la angustia removió mi estómago; volvería a entrar y Rosa ya no estaría.

Mi madre y mis tías me acompañaron al despacho. Sobre la mesa estaba la caja y la carta que habían encontrado en uno de los cajones. La caja estaba cerrada y la carta lacrada. Se quedaron mirándome para ver cómo la abría. Me molestó. Rosa y yo teníamos una relación muy estrecha y hasta el día de su muerte había sido la persona en la que más había confiado, la única

con la que compartía todos mis secretos y pensamientos. Cogí la carta y la caja y me fui sin abrirlas, excusándome con una reunión en el museo, pero directamente me marché a mi casa.

Al llegar lo primero que hice es poner agua a hervir y servirme un té. Abrí la carta y lo único que contenía era una pequeña llave. Con la llave en la mano intenté abrir la caja y sí, era su llave. Levanté la tapa y unas lágrimas me volvieron a caer. Mi tía, mi amiga, me había dejado su radio dorada y burdeos, el estuche aterciopelado negro, la pequeña insignia de Dama del Imperio Británico, una pluma, una fotografía suya reciente, y un pequeño sobre de color beige. Dentro del sobre una breve nota: "Para Betty con amor, recuerda siempre nuestras charlas". Firmaba RR.TTC. Siempre supe que RR eran las iniciales de Rosa Ruiz. TTC no tenía ni idea, pero quise imaginar que tal vez hacía referencia a Tu Tía con Cariño.

El personaje de voz silenciosa y acento extranjero seguía hablándome.

—Betty, ¿podrías mirar tu radio y decirme si es una Palmer?

Miré la radio y en voz muy, muy baja, pues mi marido debía estar a punto de levantarse, le respondí.

—Creo que sí. Hay un pequeño grabado en su frontal que pone Palmer, pero ¿por qué me preguntas esto?

—Déjame que te explique, Betty, pero primero debo estar seguro de una cosa, ¿qué modelo es tu Palmer?

Esta extraña conversación se estaba convirtiendo en una loca conversación. Una radio que habla sola, que me llama por mi nombre, que me dice que ha estado escuchándome desde no sé cuando. Al principio incluso llegué a pensar que todo esto podía ser una broma de mi hijo Enrique. Tiene 8 años y padece pantallitis aguda, ya no sé que hacer para corregirlo, pero estoy tan cansada de pelear por la educación de mis hijos.

Pero, ¿a santo de qué tantas preguntas sobre mi radio? Es bonita, sí, es un regalo de mi tía, es antigua también, pero no es tan buena radio, ni tampoco se escucha tan bien. Es un transistor elegante que funciona con unas pilas difíciles de encontrar. Pilas que ya casi no existen, de 22.5 voltios y que nunca he podido comprar en el super. Siempre ha sido un objeto de conflicto en mi vida. Primero, cuando la heredé, tardé semanas en encontrar una tienda donde pudiese comprar las malditas pilas. Y luego, cuando me casé. Llevo viviendo casi dos décadas con mi marido y no ha habido semana desde entonces que no nos hayamos peleado por la radio. Él siempre ha querido una radio nueva y yo siempre he querido poder observar y escuchar mi viejo aparato. Me trae recuerdos. Me imagino a mi tía Rosa escuchándola y me hace recordarla. Una vez hasta casi llegamos a separarnos por culpa de ella. Mi marido me dio un ultimátum: o ella o yo. Ganó ella, la Palmer, pero él no se fue. Es lo único que he ganado en mi matrimonio.

—Betty, ¿sigues ahí? —dijo la radio—, ¿qué modelo es?

No encontraba nada, en mi radio no ponía nada más que el grabado de la marca.

—No lo sé. No pone nada.

—¿Puedes mirar en la tapa de las pilas?

Levanté la tapa y, efectivamente, tras ella había una pequeña placa plateada con tres letras mayúsculas de color negro: TTC.

Mi corazón empezó a acelerarse. Veinte años después volvían a aparecer esas tres letras, el mismo color, el mismo tamaño y la misma tipografía.

Apagué la radio de inmediato sin contestar a su última pregunta y la dejé sobre la encimera del lavabo, lo más alejada de mí posible. Me levanté del water y me subí las braguitas y los

pantalones. Abrí la puerta y me fui directa al dormitorio, me tumbé, rodeé con mis brazos la barriga de mi marido y cerré los ojos. Pero poco duró el momento.

—¿Qué haces, Betty?, ¿ya es la hora? —dijo mi marido.

Un nudo recorrió mi garganta. Darte cuenta de que después de tantos años él ya no es él, duele.

—Sí —le contesté—. Ya es la hora.

Mi marido, Harry, se levantó. Ni una palabra, ni una caricia, ni una mirada, era como siempre, como si yo ya no existiera para él. Salió por la puerta del dormitorio y lo único que escuché antes de cerrarse la puerta del baño fue:

—Betty, despierta a los niños, y acuérdate de ponerme sacarina en el café.

Harry y yo nos conocimos hace dieciocho años. Yo por entonces seguía haciendo prácticas de investigación en museos de historia, algo que, la verdad, no da para vivir, pero era soltera y libre, así que me lo podía permitir. Lo recuerdo bien, era un 26 de febrero, era lunes, llevaba ya tres semanas en Londres, me habían dado una beca de cuatro meses para trabajar sobre la piedra Rosetta y me encontraba justo en la planta menos tres del Museo Británico, en un cuartucho cuyo olor nunca olvidaré. Estudié Historia Antigua en Barcelona, me especialicé en Egiptología y me doctoré con una tesis sobre el faraón Ptolomeo V, promotor de la famosa piedra, por lo tanto me encontraba en el lugar más maravilloso que nunca podía haber imaginado, un cuarto lleno de objetos del año 196 a.C. que desprendían un olor tan especial que podrían haberme encerrado allí de por vida y seguiría disfrutándolo. Entonces la puerta del cuartucho se abrió de repente, me giré y allí estaban el director de mi beca y un chico que no hacía más que girar la cabeza observando todos los objetos que se acumulaban en las cuatro paredes del cuarto. El director nos presentó.

—Betty, te presento a Harry. Es lingüista y le acabamos de conceder una beca para que colabore contigo en tu estudio.

Siguió hablando y contándome sobre mi nuevo compañero. Era británico, de padre inglés y de madre escocesa. Siempre he pensado que era de su familia materna de quien había sacado la estructura ósea de su cara. Una cara casi perfecta dentro de la imperfección, una cara que me gustó tanto desde el primer momento que la vi.

A Harry le pasaba como a mí, hacia lo que le gustaba porque en aquel tiempo también era libre, algo que se terminó cuando tuvimos nuestra primera hija. La historia y la lingüística dan para alimentar el alma y la mente, pero no para comprar potitos para bebés. Así que después de unos cuantos intentos en fundaciones, universidades, colegios e institutos no nos quedó más remedio que redirigir nuestras profesiones. Él empezó en el mundo comercial del seguro, y allí sigue. Siempre me dice que está encantado con lo que hace, pero yo sé que me miente. En el fondo le pasa lo mismo que a mí. Yo, después de probar algunos trabajillos, conseguí colocarme como ayudante, o chica para todo, en una agencia inmobiliaria. No es que sea para tirar cohetes, pero da para pagar algunos recibos.

Ese primer día en el cuartucho de la planta menos tres del museo me enamoré. El director se marchó y nos dejó solos. Él se presentó, me contó quien era y lo que llevaba haciendo hasta entonces. Yo le conté también sobre mi vida. Encontramos muchas coincidencias e intereses parecidos. Hablamos, nos reímos, seguimos hablando, seguimos riendo. Era pura magia, el maravilloso olor de todos los objetos que nos rodeaban y una persona que aceleraba mi ritmo cardíaco de una manera como nunca había sentido. El sexo que vino después, en el mismo cuartucho, fue genial, pero nada comparable como la primera vez que dejó caer sus largos dedos sobre los míos. Los entrelazó de tal forma que parecían la raíz más sólida que nunca pudiera haber existido. Su voz, su cara, sus manos, mi ritmo cardíaco, el olor del antiguo Egipto, cómo nos

besamos, cómo hicimos el amor escondidos en aquel cuarto. Lo guardo tan dentro de mí que muchas veces es el remedio que me hace seguir dentro de este absurdo en que se ha convertido nuestra relación.

Harry es de Whitby, un pueblo portuario del condado de Yorkshire. Su padre era marchante de arte inglés y su madre artista. Se conocieron trabajando, tuvieron a Harry y a su hermana Emma y se terminaron divorciando cuando Harry tenía seis años. Su madre se marchó llevándose a Emma con ella y su padre se mudó a Londres dejando a Harry a cargo de su abuelo paterno, Ian, un hombre casi tan maravilloso como lo fue mi tía Rosa.

Cuando Harry y yo terminamos nuestra beca en el Museo Británico habíamos decidido que seguiríamos juntos, dejaríamos el cuartucho del museo atrás para buscar nuestro propio cuarto. Lo primero que hicimos fue irnos a Whitby, su pueblo, allí pasamos tres semanas en casa de su abuelo. Convivir con Ian era como adentrarse en la Enciclopedia Británica. Sabía de todo y le encantaba contar historias, durante el desayuno, a la hora del té, después de cenar. Harry me sorprendía, porque a pesar de conocer todas las historias seguía escuchando a su abuelo con la boca abierta. Ian, que por cierto está a punto de cumplir los noventa y cuatro años y se encuentra en plena forma, de muy jovencito empezó a trabajar como operario en una fábrica de productos electrónicos de su comarca, pero allá a finales de la década de 1950, no sé bien por qué motivo, lo dejó, se compró una barca de pesca y se dedicó al negocio del bacalao. A leer y a pescar.

Durante aquellos días en Whitby, Harry y yo decidimos sobre nuestro futuro. ¿Dónde íbamos a montar nuestro propio cuarto? Yo quería quedarme en Inglaterra y como fantasía mudarnos a Egipto. Él tenía la ilusión de que nos fuésemos a España, le apetecía conocer mi país y la lengua no era un obstáculo para un lingüista. Ganó Harry, ya os decía al principio que yo solo gané una vez, conservando mi querida radio dorada y burdeos. La ciudad no fue difícil de decidir. Madrid y Barcelona en principio eran nuestros destinos, y mi familia estaba en la ciudad condal, así que regresé a casa.

Volviendo a la mañana fría del 14 de febrero, esa mañana en la que de mi vieja radio salió una voz silenciosa de acento extranjero y terminé no respondiendo a su última pregunta. Hice lo que me dijo Harry, lo que hacía todos los días. Desperté a Abril y a Enrique, hice los bocadillos de su almuerzo, preparé el café de mi marido, se lo llevé al baño y me contestó, como siempre, con la misma pregunta: “¿Está caliente, verdad?”. Ni lo miré. Me desnudé y me metí en la ducha mientras Harry se lavaba los dientes y sacaba algún poro de la que seguía siendo su bonita nariz, a pesar de todo. Años atrás esta escena matutina era un puro chute de energía. Recuerdo que cada mañana cuando me metía en la ducha los ojos de él recorrían de arriba abajo cada milímetro de mi cuerpo y en ese vaivén me miraba a los ojos y sonreía, una sonrisa que mezclaba el amor y el deseo. Cuántas veces llegué tarde al trabajo por culpa de aquellas miradas. Después de la ducha me vestí, hice las camas, recogí el desayuno de los niños y la taza de café de Harry, y mientras sacaba del congelador unas pechugas para la cena de la noche, escuché un “adiós, mamá” de Abril y Enrique y cómo la puerta principal se cerraba tras sus voces. Harry solía acompañar a los niños al colegio casi todos los días, pero desde hacía algunos meses ni tan siquiera se despedía de mí cuando se marchaba. Nuestra relación se estaba deteriorando a marchas forzadas. Habíamos pasado de ser y sentirlo todo juntos a dos organismos que ya prácticamente no se comunicaban. Alguna vez llegué a plantearme si podía estar con otra, pero no, Harry no, su educación, integridad y pasión por nuestros hijos se lo habrían impedido.

Quince minutos más tarde que mi familia salí de casa, cogí la bici y me fui al trabajo. Siempre ando en bici por Barcelona, siempre lo he hecho, me gusta pasear a mi ritmo observando la ciudad y además me mantengo en forma, que a mis cuarenta y tantos no es nada fácil. Aún

recuerdo el último piropo de mi marido hace alrededor de dos años. Cuando lo pienso me doy cuenta de lo poco que necesito y lo mucho que lo he querido: “Betty, el mismo cariño que tienes por tu vieja radio es el que yo tengo por tu bici. Menudas piernas sigues teniendo. ¿Te acuerdas de nuestro cuarto en el museo?”. Cuando terminó la frase cambió el gesto de su cara y se giró. Sé que me quiso como el que más, sé que me querría seguir amando, pero ha cambiado, y creo que hasta a él mismo le entristece ese cambio.

Llegué al trabajo, entré por la puerta con la bici porque la suelo guardar en el patio de atrás, y mi jefe, o mejor dicho el gilipollas de mi jefe, me dio los buenos días como cada mañana:

—Ya llega la hippie de Betty con su bici.

Más idiota no se puede ser. Ser historiadora y moverse en bici no es de hippie, tonto.

Intenté pasar la mañana como cualquier otra, actualizando la agenda de visitas, llamando a posibles compradores, llamando a posibles vendedores, haciendo algunos números, y hoy especialmente concentrándome para no pensar en la extraña conversación mantenida con la voz que salía de mi radio. Pero no pudo ser. Los años de meditación y autoanálisis no me sirvieron de nada. Intentaba trabajar, pero era recurrente, todo el rato venía a mi mente la radio. Necesitaba saber más, no podía quedarme así. Eran ya las doce y media del mediodía, desvié el teléfono de la agencia a mi móvil, salí, monté en la bici y pedaleé hasta casa. El ascensor no estaba listo en la planta baja así que subí corriendo por las escaleras para ir más rápido. Entré en casa, me dirigí a la cocina, donde dejo la radio cuando salgo del baño cada mañana, la alcancé, giré la rueda de encendido y solté lo que estaba guardándome toda la mañana.

—Soy Betty, ¿estás ahí?

Nadie respondió y seguí insistiendo.

—Betty, la de esta mañana. He vuelto. Perdona por haberte dejado sin respuesta antes.

Seguía sin haber respuesta, tuve la sensación de haberme perdido algo, como si hubiese empezado a leer un libro y no hubiese podido enterarme del final. Tras algunos ligeros resoplidos decidí apagar mi decepción con una cerveza, la única bebida alcohólica que bebo de vez en cuando. Abrí la nevera y saqué un botellín de una cerveza artesana que elaboran unos amigos de Harry. Es lo que tiene mi marido, sus hijos y sus amigos son lo más importante. Antes también lo era yo. Al abrir el botellín salió un geiser de espuma que me dejó perdida y grité:

—¡Mierda!

No pasaron ni dos segundos cuando de la radio volvió a salir la misma voz de la mañana.

—¿Eres Betty?, ¿eres tú?, ¿estás ahí?

Me apresuré a acercar la boca a milímetros del altavoz de la radio y respondí nerviosa:

—Sí, sí, estoy aquí, soy yo, Betty.

—Ufff, *thanks god* —dijo la voz silenciosa de acento extranjero.

Inmediatamente al escuchar su respuesta supe algo nuevo, al menos algo. La voz de acento extranjero además de ser de un hombre era de un hombre inglés. Tan inglés como mi marido. Incluso supe entrever en su acento que muy posiblemente debía ser o londinense o de Oxford, tenía algo de ese acento formal que hoy en día hablan tan pocos británicos y que encuentras en algunos círculos sociales londinenses o en las universidades de Oxford y Cambridge, ese inglés perfecto que habla la Reina Isabel II en sus discursos.

Sin dejar pasar más tiempo que el de mis pensamientos le respondí directamente a su última pregunta de la mañana, y esta vez lo hice en inglés, me salió hacerlo así, lo mismo que hace Harry cuando esta nervioso, habla en inglés.

—Mi Palmer es una TTC, es una TTC.

Tras mi respuesta se produjo un silencio frío, tanto por parte de la radio como de mi propia

voz. Mi estómago dejó de respirar compulsivamente y mis ojos se quedaron fijos en el aparato esperando escuchar de nuevo la voz del hombre con su acento formal. Su voz volvió a aparecer, en inglés y con un tono algo más alto.

—Muchas gracias, Betty, era lo que suponía. ¿Estás sola en casa?, ¿estás esperando a Harry?

Esta vez no me preocupó responderle ni la primera ni la segunda pregunta. Pensé que tal vez debía saber bastante sobre mi, así que no perdía nada siguiendo la conversación e intentando averiguar más sobre lo extraño de esta situación.

—Si, estoy sola, y Harry no vendrá hoy hasta la noche.

—Si no te importa necesito corroborar algo que he escuchado un par de veces cuando Harry y tú discutís por la mañana. La radio te la dejó tu tía Rosa ¿verdad?

—Me la dejó hace ya unos veinte años, cuando murió, pero recuerdo esta radio casi desde que tengo uso de razón.

—Déjame contarte, Betty. No apagues la radio. Pase lo que pase o escuches lo que escuches no apagues la radio. Te va a parecer muy extraño pero, por favor, no apagues la radio.

Mientras la radio hablaba cogí una de las sillas plegables de la cocina y me senté.

—Me llamo Colin y soy de Londres. Tengo una Palmer TTC como la tuya, era de mi abuelo Ben, Benjamin. William, mi pareja, se suicidó hace nueve días, después de veintiséis años juntos, pero estoy convencido de que no fue así, de que lo asesinaron. Éramos felices, Betty, muy felices. Después de tantos años de relación por fin habían legalizado la unión de parejas homosexuales y pensábamos casarnos. Hablábamos de ello todos los días. El mismo día de su muerte, totalmente roto por dentro, empecé a rebuscar entre sus cosas y lo primero que encontré fue esta radio. No funcionaba, pero me hice con unas pilas, la encendí y apareciste tú. Así llevo desde entonces, voy atando cabos y, cuando tienes la radio encendida, os escucho a ti y a tu familia. Anoche yo estaba aquí cuando llorabas y hablabas sola, y por fin pude empezar a entender por qué mi radio se conectaba con la tuya y yo podía oírte. Lo que no sabía es si tú podrías oírme a mi. Tenía que hacer la prueba y comprobar lo que he ido descubriendo.

Como había dicho Colin, aquella noche no fue fácil. Cuando toda la familia ya dormía yo seguía sosteniendo mi libro de lectura nocturna pero no leía, pensaba. Pensaba en lo que se había convertido mi vida, en los sueños de antes de conocer a Harry y en los sueños que construí con él. Pensaba en el futuro, en mi rutina y en las inquietudes encarceladas. Mi cuerpo se llenó de angustia y de ganas de llorar. Me levanté, fui al baño, me senté en el borde de la bañera y encendí la radio para que no pudieran escuchar mis lágrimas. Entonces empecé a pensar y a hablar en voz alta. Hablaba con mi tía Rosa, como si ella aún estuviese aquí. Primero le conté mi vida y más tarde, para animarme, empecé a contarle muchos de los recuerdos y secretos que guardo de ella. Durante mi infancia, adolescencia y juventud Rosa fue mi confidente, en realidad la única que he tenido. Ni mi madre, ni mis hermanas, ni mis amigas la pudieron suplir nunca. Y creo que yo también fui su confidente. Terminaba sus charlas recordándome que esas palabras e historias quedaban solo para Betty y Rosa, y que debía recordarlas. “No las olvides nunca”, me decía. Eso es lo que hice siempre. Siempre guardé para nosotras nuestras conversaciones, sus historias y los montones de cartas que me regalaba el día de mi cumpleaños. Eran cartas del pasado. Sobres distintos, sellos, timbres, distintos colores de tinta, la mayoría en inglés, pocas en castellano y otras en francés. Leí muy pocas, pero las guardaba y las guardo todas juntas por su belleza y el contenido de los secretos y de la vida de mi tía.

Colin siguió contándome. Nació en Londres hace cuarenta y cuatro años, sólo tiene un año

más que yo. Nunca conoció a su padre y se crio en Reading, una población cercana a Londres, con su madre y su abuelo. Siguió los pasos de su abuelo y fue alumno de Eton y de la LSE, London School of Economics. Allí conoció a William, su primer y gran amor. Antes de terminar el primer curso dejaron sus respectivas residencias de estudiante y se fueron a vivir juntos. Desde entonces nunca se separaron. Al finalizar los estudios empezaron a trabajar en importantes bancos de inversión. A Colin no le gustaba, pero William había nacido para ello. Colin lo dejó y montó una tienda de productos ecológicos y flores en la planta baja de la casa que compraron en el barrio de Shoreditch. William siguió su carrera como banquero. Siguió y creció, convirtiéndose en uno de los más importantes tiburones de la City londinense. Pero hace algo menos de un año llegó un día a casa anunciándole a Colin que se tomaba unos años sabáticos, quería parar y replantearse lo que estaba haciendo. Él sabía que era bueno, uno de los mejores, pero empezaba a pensar que tal vez lo que hacía ayudaba sólo a unos pocos y en realidad perjudicaba a muchos. Decidieron arreglar la casa de Reading, la casa de Ben, el abuelo de Colin, que al morir, hacía veinticuatro años, le dejó en herencia. Desde entonces nadie la había habitado. William se ocupó de la reforma. Eso lo llevaba todos los días allí y, mientras los decoradores e industriales trabajaban, él escudriñaba entre los libros, papeles, objetos y recuerdos del abuelo Ben. Lo que iba descubriendo y encontrando le fascinaba, tal era así que no pasaba día en que al volver a Londres no entrara corriendo en la tienda para contarle a Colin sus hallazgos. Lo que empezó pareciendo una diversión o entretenimiento pasó a convertirse en una especie de obsesión. Leía, buscaba, cotejaba, preguntaba y hasta viajaba por Europa para seguir descubriendo cosas sobre el abuelo de su pareja. Ben había sido un economista inglés reconocido principalmente por sus estudios sobre matemática aplicada a la economía. Empezó a desarrollar sus primeras teorías a principios de los años 30, con su treintena de años recién cumplida. Más adelante en los años 40 y 50 asesoró a gobiernos, a bancos y magnates, y obtuvo una cátedra en economía en su antigua universidad. A principios de los 60 renunció a su cátedra, dejó Londres y se retiró en Reading, dedicándose a leer, estudiar e investigar. Colin pensaba que la obsesión que tenía William por la vida de su abuelo era porque en el fondo los dos compartían su pasión por la economía, pero no era eso. William debió descubrir algo que le inquietaba. Colin se percató de ello. Las dos últimas semanas antes de morir, cuando William volvía a Londres desde la casa de Reading, ya no le contaba nada sobre sus descubrimientos, cenaba en silencio, se subía a la buhardilla y escribía.

\* \* \*

Entretanto Colin le contaba todo esto a Betty, en un edificio de la Bahnhofstrasse, una de las calles principales de la ciudad de Zúrich, tres hombres escuchaban atentamente un transistor Palmer. Dos de ellos, sentados, tomaban notas. El tercero, que parecía estar de paso pues aún llevaba puesto un largo abrigo y un sombrero en la mano, les dijo:

—Desplazad personal a Londres y Barcelona. Quiero que los vigiléis de cerca, pero sin llamar la atención, no deben darse cuenta. No hagáis nada, nada, hasta que os lo ordenemos. No queremos que volváis a cometer otro error, ni uno más. Seguid escuchando la radio a cualquier hora del día, esa radio no debe apagarse, queremos saberlo todo. —Y el hombre se dio la vuelta, se puso el sombrero y salió de la sala, del piso y del edificio.

\* \* \*

Cuando Colin terminó de decirle que William había descubierto algo, Betty tuvo curiosidad. —¿Qué descubrió William?, y ¿qué pinto yo en todo esto?

—Sé que tu tía Rosa conocía a mi abuelo, y mucho. Se conocieron en Londres durante la época de estudiantes y años más tarde se reencontraron en Zúrich.

Mi tía abuela Rosa había nacido en Barcelona en 1905, era hija de una inmigrante valenciana y de un industrial catalán de mentalidad muy abierta, eso me decía mi tía. Muchos miércoles después del té me contaba historias de Sebastián, su padre. Un hombre que montó todo tipo de industrias y negocios, que viajó por muchos rincones del mundo, y amigo de grandes pintores, arquitectos, políticos y pensadores de su época. “Era muy normal ver a Gaudí desayunando en casa, hablando con mi padre y compartiendo proyectos e inquietudes”, me contaba orgullosa Rosa. Pero fue su madre quien convenció a su padre para que Rosa, la mayor de tres hermanas, estudiase en la universidad y a ser posible fuera de España. Así es como mi tía se fue a Londres a estudiar Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la LSE, la misma universidad en la que habían estudiado Colin y su abuelo. Imaginé que debió ser allí donde se conocieron.

Al terminar la carrera volvió a España y se fue a Madrid a trabajar en la Embajada Británica en España como asesora política y responsable de relaciones con el gobierno. Pero llegó la Guerra Civil y su familia tuvo que dejar el país y refugiarse en Suiza. Ella los siguió. El *Foreign Office*, ministerio de exteriores británico, la ayudó y la desplazó a un puesto en el consulado en Zúrich. Allí pasó junto a sus padres y hermanas los años del conflicto español. Al terminar la guerra su familia volvió a Barcelona y ella siguió trabajando para la diplomacia inglesa. Empezaba por entonces la Segunda Guerra Mundial y mi tía era asesora en las relaciones del Reino Unido con otros países. Vivía entre Londres y Zúrich pero viajaba por todo el mundo. Cuando todo hubo acabado se quedó algunos años más en Inglaterra pero, de repente, así me lo contó también mi madre, volvió a Barcelona. Volvió, dejó su relación con la política y la diplomacia y se convirtió en la anfitriona en España de todo aquel inglés que venía a nuestro país con intereses empresariales y culturales. Pasó a ser algo así como una embajadora no oficial de los ingleses en España. Recibía a empresarios, a nobles, artistas, científicos y escritores. Organizaba encuentros y fiestas, y facilitaba cualquier interés que aquellas personas pudieran tener en nuestro país.

Ella siempre fue soltera, pero yo sé, porque me lo contó ella, y fue en una de esas charlas en las que terminó pidiéndome a su manera que guardase el secreto, que de todas las relaciones que tuvo la que le dejó huella fue la que empezó con un compañero de universidad. No estudiaban lo mismo, pero compartían biblioteca, parque, conferencias y encuentros. Supuse entonces que Ben, el abuelo de Colin, no sólo conoció a mi tía en la universidad si no que muy posiblemente fue el hombre de aquella relación que tanto marcó a mi tía.

—Colin, ¿y qué tiene que ver mi tía con el asesinato de tu pareja?, y estas radios ¿de dónde han salido?, ¿cómo es que podemos escucharnos?

—Aún no lo sé, Betty, pero seguro que algo tiene que ver. El nombre de Rosa aparece muchas veces en los cuadernos que escribió William sobre mi abuelo, muchas veces. Aparece ella y aparecen otras personas. Es como si todos ellos tuviesen una relación que iba más allá de la amistad. No sé si les perseguían, o si ellos perseguían algo, o qué estaban haciendo pero los lazos entre ellos eran fuertes. El día que William se suicidó, bueno, el día que lo mataron, era un miércoles y yo no estaba en Londres, asistía a una feria de reciclaje y sostenibilidad en Edimburgo. Me llamaron a eso de las dos de la mañana, era una vecina de la casa de al lado, estaba llorando y me dijo con la voz temblorosa: “Colin, William ha muerto, se ha tirado desde la buhardilla a la calle. Está muerto. Tienes que venir corriendo”. Me quedé frío, imagínate, Betty, no puedo ni recordarlo, mi mejor amigo, mi gran amor, la persona que más quería en el mundo se

había ido para siempre y yo no estaba con él. No podía ser cierto. Salí del hotel sin mi maleta, pedí un taxi y me marché. A esas horas solo podía llegar así, no había vuelos ni trenes y me encontraron un taxi dispuesto a hacer el trayecto de siete horas y llevarme a casa, era lo más rápido. Ya en el taxi llamé a varios amigos comunes para contarles lo que había sucedido y pedirles que fueran a casa y a la comisaría. El taxista fue muy amable, debió entender lo que había pasado y no trató de consolarme en ningún momento. Contacté también con un buen amigo mío de la infancia, un amigo de Eton. Es un periodista controvertido al que la prensa le tiene respeto y algunas veces hasta miedo. Le conté lo sucedido y le pedí que hiciese todo lo posible para que ni el Financial Times ni el Times publicasen nada sobre la muerte de William. No sé cómo lo hizo, pero lo consiguió. William había sido uno de los más jóvenes y reputados banqueros de inversión de Londres, reputado y querido. Era asiduo en los programas de televisión que hablaban de economía y era rara la semana que no firmase algún artículo en la prensa especializada inglesa y norteamericana.

El taxi me dejó en casa, justo en la entrada de mi tienda. Allí me esperaba un policía, le dije quien era y sin entrar en casa me llevó en su coche hasta el hospital. Algunos amigos me estaban esperando. Recuerdo sus abrazos, sus lágrimas, pero no sus palabras, tenía prisa por ver a mi querido William. Una persona me acompañó junto a un policía hasta una sala en el sótano, un lugar muy frío. Me abrieron la puerta de otra sala y allí estaba, cubierto hasta el cuello por una sábana blanca, mi amor. Me acerqué, cogí su mano de debajo de la sábana y con la otra acaricié sus labios. El policía me preguntó si era él, y yo se lo confirmé. Estuve mucho tiempo junto a su cuerpo, mirándolo, recordándolo y preguntándome por qué lo había hecho, cuales podían haber sido los motivos para quitarse la vida. Durante aquellas horas la policía me preguntó sobre William y me contó los detalles de lo sucedido. A eso de las doce de la noche una persona llamó alertándolos del accidente: el cuerpo de William yacía en suelo, en la acera de nuestra casa. Acudieron y confirmaron su muerte, un golpe en la parte trasera de la cabeza producido por el impacto contra el suelo. Forzaron la puerta de casa, entraron y no hallaron nada. La puerta del balcón de la buhardilla estaba abierta, así que supusieron que era un suicidio, que se había tirado de nuestra casa de tres pisos y había muerto. También preguntaron a los vecinos pero nadie había visto ni oído nada, de modo que su conclusión fue fácil.

Cuando regresé a casa desde el hospital eran ya las seis de la tarde. Me esperaba allí otro policía, habían mandado arreglar la cerradura forzada por ellos para entrar. Me dio un nuevo juego de llaves, una palmadita en la espalda y me recomendó que descansara. La tienda estaba cerrada, le había dicho a Fred, mi ayudante, que no abríamos durante algunos días, así que estaba allí yo solo. Abrí la puerta de la entrada, subí al primer piso, el que está sobre la tienda, y recorrí las habitaciones, subí al segundo e hice lo mismo. Estaba todo perfecto, a William le encantaba el orden. Pero hubo un detalle que me extrañó. William tenía por costumbre dejarse preparada en una butaca junto a nuestra cama la ropa que se pondría al día siguiente, y allí estaban su camisa, sus pantalones, la chaqueta y los zapatos perfectamente limpios esperando al día siguiente. Bajé entonces de nuevo al primer piso, entré en la cocina, abrí la nevera y dentro estaba su fiambrera del desayuno llena de fruta. Al levantarse sólo tomaba un té, pero en el tren de camino a la casa de Reading tomaba siempre la fruta que había cortado la noche anterior. Empecé a ponerme nervioso y subí corriendo a la buhardilla. Allí estaba su despacho y nuestra sala de lectura, una sala llena de libros, objetos, recuerdos y papeles, todo siguiendo el orden de William. Pero había algo que no me cuadraba, el orden no era el de William, no todo estaba donde debiera estar. Había orden, pero no era el suyo. Los montones de papeles eran montones, pero no seguían su criterio de tamaño y de lugar. Su mesa, que siempre despejaba antes de acostarse, estaba llena

de carpetas y había algo más, la radio Palmer de mi abuelo Ben. William me había hablado de ella, la encontró en la casa de Reading, pero ¿por qué la había traído a casa? y ¿qué hacía allí sobre la mesa? Todo empezaba a resultarme muy extraño. Intenté poner en marcha la radio pero no funcionaba. Salí a la calle para buscar pilas, las encontré en una tienda del mercado de mi barrio que vende aparatos *vintage*. En el mercado de Spitalfields puedes encontrar casi, casi de todo y a cualquier hora. Volví a casa, la encendí y sintonicé una emisora. Se escuchaba bien, pero nada más. Salí de casa y fui a ver a nuestra vecina, la que me había avisado del suceso. Tomamos un té e intentó consolarme como si fuera su hijo. Le hice la misma pregunta que la policía y me respondió lo mismo, no había visto nada. Sin embargo, antes de salir de su casa me dijo: “Colin, no sabía que William hablaba alemán”. “¿Por qué lo dices?” le pregunté, “porque anoche, antes de que ocurriera todo, abrí la ventana de mi dormitorio, sabes que está junto a vuestra buhardilla, y escuché una película en alemán que William debía estar viendo”. “Sería eso” le dije, y salí de su casa. Pero no podía ser, William no hablaba alemán, y además nosotros no tenemos televisor en la buhardilla y tenemos prohibido subir allí teléfonos móviles y portátiles, es nuestro espacio de no conexión. Eso me hizo cambiar la conclusión de la policía. Anoche William no estaba solo, estaba acompañado, y no pensaba suicidarse, preparó su ropa y su desayuno, pensaba ir a Reading al día siguiente, pero lo mataron, lo mató alguien que hablaba alemán. Entré en casa y por poco me da un ataque. Escuché tu voz, subí corriendo a la buhardilla y oí la radio que me había dejado encendida, pero no sonaba la emisora, sonaba tu voz, la de tu marido y la de tus hijos. Hablo español, es mi segundo idioma, lo estudié en el colegio y en la universidad y lo sigo hablando a menudo con algunos amigos argentinos. No entendía lo que estaba pasando, pero me quedé escuchando, y así todas las mañanas y todas las noches de los últimos cinco días, Betty. Enciendo la radio, sintonizo una emisora y la escucho, pero cuando habláis vosotros se deja de escuchar y solo se oye vuestra voz.

—Eso es lo mismo que me está pasando a mi desde esta mañana, Colin, lo mismo. Tu voz interrumpe lo que estoy oyendo —le dije.

\* \* \*

Al tiempo que ellos hablaban, la persona que había dado las órdenes en Zúrich entró en el bar del hotel Savoy, muy cerca del edificio donde había dejado a los otros dos hombres escuchando la conversación que mantenían Betty y Colin, se acercó a una mesa en la que había una mujer tomando un café junto a un montón de periódicos financieros abiertos y le habló con cierto sarcasmo.

—Buenas tardes, Joelle, como siempre te veo inmersa en el negocio. ¿Sigues ganando?, ¿sigue siendo cierto lo que rumorean nuestros colegas, que jamás has perdido nada?

La mujer sonrió con una cierta desaprobación del comentario, al tiempo que le respondía en un tono de reproche.

—Sí, sigue siendo cierto, amigo August, tan cierto como que la habéis cagado.

—No es como tu piensas, Joelle.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que estoy equivocada? ¿Me estás diciendo que William Stein no está muerto?, ¿qué no lo mataron los inútiles que habéis contratado?

—No, Joelle, no fue intencionado, fue un accidente. No querían matarlo.

—¿Qué clase de gilipollas a los que pagamos cien mil francos diarios no quieren matar a alguien y por accidente lo tiran por un balcón? August, por favor, creía que tenías el control.

—Joelle, deja que te cuente.

—Cállate, August y escúchame primero. Quiero que inmediatamente, y eso es ya, esas dos

personas que estuvieron en Londres, esos dos inútiles que mataron a William, desaparezcan. Y por desaparecer no me refiero a que dejen de trabajar para nosotros, quiero que no vuelvan a respirar nunca más. Nos estamos jugando mucho, August, mucho, y no podemos dejar nada suelto. Ponte en contacto con Carl y dile que sus hombres de Londres deben desaparecer, que asumiremos el coste. Y ahora puedes hablar. ¿Qué querías?

—Haré lo que me dices, Joelle. Lo haré tan pronto salga de aquí, descuida, nadie volverá a saber de ellos. Estaban haciendo su trabajo, siguiendo de cerca a William, interviniendo sus teléfonos, intentando averiguar si contactaba con otros, pero nada. La radio de Sergio no ha dejado de estar encendida desde el día que nos hicimos con ella y supimos para lo que servía, pero nadie se conectaba. Así que los hombres que seguían a William en Londres decidieron entrar en su casa para buscar más información. Pensaban que William estaría con su pareja en Edimburgo pasando unos días, pero no. Estando ya dentro apareció William y no les quedó más remedio que retenerlo. Avisaron a Carl. Me llamó a mí y pensamos que, dada la situación, lo mejor sería interrogarlo, pero me equivoqué. Lo reconozco, Joelle. William no dijo nada, absolutamente nada. Le preguntaron todo lo que yo les indiqué. Por los miembros, por sus familias, por las secuencias, pero no soltó ni una palabra. Rebuscaron entre sus papeles y solo encontraron nombres, los mismos que nos reveló Sergio cuando le presionamos, pero nada más, ni apellidos, ni direcciones. También tenía el transistor Palmer de Ben, lo traía en su cartera pero no lo había utilizado. Una vez terminado el interrogatorio, sin haber conseguido nuestro objetivo, uno de los hombres abrió el balcón y llamó a Carl para pedirle instrucciones y, mientras hablaban, William se levantó y se abalanzó sobre él, forcejearon y William terminó cayendo abajo. No querían matarlo. Fue un accidente. Uno de ellos bajó corriendo para comprobar si estaba muerto mientras el otro dejaba todo tal y como lo habían encontrado, y se marcharon.

—August, deben desaparecer. Esos hombres deben desaparecer hoy mismo.

—Sí, sí, Joelle, lo haremos, hoy mismo desaparecerán.

—¿Carl sigue siendo de nuestra confianza?

—Joelle, no hay nadie en quien podamos confiar más. Es como si fuera uno de los nuestros. A lo largo de los últimos ochenta años cuando nuestro negocio ha necesitado trabajar de esta forma ahí han estado ellos. Primero su abuelo, luego su padre y ahora él. Lo lleva en la sangre.

—¿Te das cuenta, August, de lo que habéis hecho después de lo de Sergio?, que comprendo que murió de manera natural. ¡Era tan mayor! Aunque déjame que desconfíe de su repentina muerte tras el uso de vuestros métodos de persuasión. Después de Sergio, te decía, apareció William, pero ahora no nos queda nadie más. Solo tenemos nombres: Ben, Julia, Rosa, Leo, Sergio, Peter. Era fundamental no intervenir y dejar que William fuese descubriendo cosas poco a poco para ver si llegaba la oportunidad de encontrar a alguien más.

—Joelle, nos queda alguien más.

—¿Qué? —exclamó Joelle

—No te lo conté antes porque no sabía si nos resultaría útil.

—August, he sido yo quien ha vuelto a organizar nuestra alianza porque antes, hace casi ochenta años, fue mi abuelo el promotor de la Organización, y el que más pagó por ello. Mientras vuestras familias se aprovecharon de la situación, la mía fue la única que puso en riesgo su banco, y ahora tú me dices que no sabías si resultaría útil. Eso lo debo decidir yo. ¿Lo entiendes?

—Siempre lo he entendido, Joelle, siempre.

—Al día siguiente de la muerte de William —continuó August— una radio se conectó a la de Sergio. No sabían quien era, pero lo oyeron hablar por teléfono y dedujeron que era Colin, la pareja de William. Había puesto en marcha la radio de su abuelo y al hacerlo se conectó a la

nuestra. Colin no contaba nada especial en esa llamada pero llegada la noche ocurrió algo. Se empezaron a escuchar unas voces en español. Era como si las radios estuviesen programadas para conectarse entre ellas. La de Sergio se conectaba con la de Ben, y la de éste con otra radio. Ellos no nos pueden escuchar porque tenemos un inhibidor de recepción que nos permite hablar sin que la radio reciba las ondas de nuestras voces, mientras nosotros podemos oír todo lo que ellos dicen.

Anoche me llamaron para informar que sabían de quien era la nueva radio. Era la de Rosa. Carl tiene bien preparado al personal de escucha. Tal como le pedimos se manejan bien con el inglés, alemán, francés, portugués y español, así que no nos hemos perdido nada de lo que se ha dicho desde el día que se conectaron las radios. La radio de Rosa la tiene su sobrina nieta Betty, que vive en Barcelona, está casada, tiene dos hijos y es algo así como agente inmobiliario, y hasta esta mañana no sabía nada. Tenía mucha y muy buena relación con Rosa y es posible que conserve información que nos puede servir. Esta mañana a través de su Palmer Colin se ha puesto en contacto con ella. Le ha contado por encima lo que le sucedió a William y le ha explicado algo sobre la relación de su abuelo Ben con su tía Rosa. Creemos que Colin debe haber encontrado lo que William estaba investigando. Se siente asustado porque está convencido de que lo de William no fue un suicidio, y está indagando. Aún no sabemos más, pero ha llegado hasta Rosa, y podría ser que muy pronto llegase más lejos. He ordenado que se mantengan las escuchas y que desplacen personal a Londres y a Barcelona para vigilarlos sin llamar la atención. Dejaremos que ellos sigan investigando y nos conduzcan hasta el siguiente eslabón. Está vez no fallaremos, Joelle. Te lo prometo.

—No la cagues, August, no la cagues. Otra vez no. Han pasado casi setenta años desde que hicieron creer a la Organización que todo había terminado, y podría ser cierto, pero si no lo fuese tendríamos ante nosotros la oportunidad que nadie jamás habría podido ni tan siquiera imaginar. Infórmame de cualquier movimiento. Pídele a Carl que sea más prudente y precavido y al resto de consejeros de la Organización no les cuentes nada de momento. Por cierto, a las seis mi banco ha organizado una misa funeral en la iglesia de San Pedro en memoria de William. ¿Sabes que durante algunos años fue asesor nuestro? También vuestro, ¿verdad? Espero que vengas.

\* \* \*

Mientras tenía lugar el encuentro de August y Joelle, o mejor dicho Joelle y August, ya que ella era la persona más poderosa del sistema bancario suizo y August el presidente del tercer banco del país, Betty y Colin seguían su conversación.

—¿Es la primera vez que oyes a alguien por tu radio? —le preguntó Colin a Betty.

—Sí, sí, claro, la primera. Mira que yo no creo ni en la magia ni en los fantasmas y, si le hubiese sucedido a Harry, conociéndole, ya habría hecho aterrizar la radio en la basura. Pero ahora que lo dices, sí es cierto que, no hace mucho tiempo, Harry tuvo algunos problemas con la radio. Él por las noches, cuando los niños ya están dormidos, tiene la costumbre de encerrarse en el baño, sintonizar una emisora de música clásica, poner un cojín sobre la tapa del inodoro y leer tratados y artículos sobre lingüística científica. Algunos días salía muy enfadado del baño, enfadado con la radio porque de repente se dejaba de escuchar su música y aparecía una emisora de *samba* y *bossa nova* y de fondo una persona hablando en portugués. Duró poco, creo que no más de una semana.

—Debía de ser Sergio, seguro —dijo Colin.

—¿Sergio?

—Sergio Silva era amigo y colaborador de mi abuelo y, hasta donde sé, también lo era de tu

tía Rosa. Era brasileño, de Sao Paulo, pero se crio entre los Estados Unidos y Suiza. En 1936 su familia fijó su residencia en Zúrich y Sergio inició sus estudios de economía en la universidad. Mi abuelo, que viajaba con frecuencia a Suiza por motivos de trabajo, fue su mentor y lo consideraba un joven brillante. En esa época seguramente Sergio debió conocer también a tu tía. Tras terminar los estudios de economía siguió el mismo camino que mi abuelo y se especializó en matemáticas y economía. Eso estrechó la relación entre ellos. Más tarde entró a trabajar en el banco familiar y, según mi abuelo, Sergio era la persona que mejor conocía los entresijos de la banca. Sergio también tenía una Palmer del modelo TTC y era un fanático de la música de su país, así que seguramente lo que Harry escuchaba no eran interferencias, debía ser la radio de Sergio. William, durante su investigación, intentó hablar con Sergio, incluso viajó a Suiza para buscarlo, pero no llegó a tiempo. Sergio había muerto 5 días antes. Lo de la radio de Sergio lo leí en unos cuadernos que fue escribiendo William. Debía sentir miedo, porque los tenía escondidos en un lugar de la casa que solo él y yo conocíamos.

—¿Qué quiere decir TTC, Colin?

—No lo sé. ¿Por qué lo dices?

—Igual es una casualidad, pero mi tía me dejó esta radio entre otras cosas y me escribió una carta que firmó con sus iniciales seguidas de TTC. También estaban en mayúscula y la tipografía era casi igual.

—Palmer era un fabricante de radios inglés de los de siempre, todo el mundo de la generación de mi abuelo conocía la marca Palmer. Hace ya unos cuantos años tuvo que cerrar. No pudo aguantar el envite de las marcas japonesas y chinas. Aún se pueden encontrar algunas de sus radios si buscas en comercios de antigüedades. Pero por lo que dices, y lo que yo voy encontrando, podría no ser casualidad. Tal vez detrás de esas siglas se esconda algo, no lo sé, Betty, buscaré entre los papeles de William. ¿Guardas algo más de tu tía?

—Sí, algunas cosas además de la radio y todas sus cartas, me las fue regalando por mi cumpleaños desde que yo era pequeña. Leí muy pocas, pero las guardo todas. Alguna vez me he planteado leerlas y, a partir de ahí y de todo lo que me contó, escribir su vida, pero mi propia rutina no me deja el tiempo necesario para hacerlo.

—No me quiero meter en tu vida, Betty, pero deberías probarlo. Algo que me enseñó William fue hacer aquello con lo que uno sea feliz. Hasta que no dejé el banco en el que trabajaba no paró de hacerme la misma pregunta: “Colin, ¿qué prefieres ser un banquero rico y desgraciado o un tendero pobre y feliz?” Me lo decía, me guiñaba un ojo y me daba un abrazo.

—Ojalá pudiese. Cuando terminé la universidad me doctoré y pasé algunos años dedicándome a lo mío, a investigar sobre la historia del hombre entre los años 300 y 200 a.C. Iba dando vueltas de un museo a otro, allá donde ofertaban una beca yo la pedía. Pensaba pasar así toda mi vida, incluso cuando conocí a Harry. Teníamos los mismos sueños. Supongo que habrás escuchado algunas discusiones entre nosotros, pero no siempre fue así. Nos amábamos mucho, aunque sea difícil de creer ahora. Él era para mí y yo para él; la simbiosis de amor, cariño e ilusión era perfecta entre los dos. Pero de repente todo se torció. Tuvimos a Abril, nuestra hija mayor, seguramente demasiado pronto y empezaron las necesidades. No quiero decirte con esto que mi vida en parte sea una mierda por culpa de mis hijos, no, sin ellos mi vida sí que sería una mierda de verdad. Los quiero por encima de cualquier cosa y no me arrepiento para nada de haberlos tenido en aquel momento. Pero nosotros dejamos de pensar en nosotros y pasamos a pensar demasiado en lo que necesitábamos, en lo que nos marcaba el entorno, en lo que es políticamente correcto cuando tienes un hijo y vives en una ciudad como Barcelona. Dejamos nuestros sueños, encontramos trabajos aburridos pero seguros, educamos a dos niños maravillosos

y nos olvidamos de la interacción que habíamos creado juntos.

—Te entiendo.

—Yo no quiero separarme —le dije a Colin con una sacudida en el estómago—. No quiero y sé que él tampoco. En el fondo los dos guardamos la esperanza de que esto pasará y volverán el Harry y la Betty de antes, dejaremos nuestros trabajos y volveremos a hacer lo que nos hacía felices. Volveremos a ser libres pero con nuestros hijos al lado. Ni te imaginas la de veces que me acuesto imaginando esto.

—Betty, ¿y si empiezas tú?, podrías venirte a Londres. Te puedes quedar en casa. Trae todas las cartas que guardas de tu tía y ayúdame a descubrir por qué mataron a William.

—¿Estás loco? ¿Y qué le digo a Harry?, ¿y a mi jefe?, y ¿dónde dejo a los niños?

—Por lo que veo eso es un sí.

Así era. Mis preguntas en realidad eran afirmaciones. Quería irme, juntarme con Colin y descubrir no sólo lo que le pasó a su pareja, sino también conocer los entresijos de la vida de mi tía. ¿Quiénes eran Ben y Sergio?, ¿por qué usaban estas radios para comunicarse?, ¿de qué se escondían o qué hacían?, ¿qué significaba TTC?

Lo organicé todo de la mejor manera que pude. Le pedí a mi jefe adelantar mis vacaciones y tomarme tres semanas. Había poco trabajo, así que tardó menos en chantajearme: podía hacerlo a cambio de cobrar una semana en vez de tres. Ya os había dicho que era un auténtico gilipollas. Hablé con mi madre, le dije que me había surgido un pequeño trabajo de investigación en Londres y que necesitaba hacerlo para volver a encontrarme a mi misma. Mi madre nunca me lo dijo, pero era consciente del hastío de nuestro matrimonio. Le pedí que ayudase a Harry con los niños.

Lo más difícil de todo fue decírselo a Harry.

—Me voy a Londres unas semanas Harry. Tengo que hacerlo. Lo necesito. Mi madre te ayudará con los niños.

Me miró a los ojos como hacía años que no lo hacía, se quedó callado un momento y me sorprendió con su respuesta.

—Te entiendo, Betty, haz lo que tengas que hacer. No te preocupes por nosotros, cuidaré de los niños. Si me necesitas o necesitas hablar conmigo, llámame.

## Capítulo 2.

Londres - Zúrich, 18 de febrero

Londres, martes 18 de febrero, 2014

Durante la hora y media de vuelo hasta Londres me estuve repitiendo sin parar tres preguntas: ¿Qué estoy haciendo? ¿Se habrán creído Abril y Enrique lo que les he contado, o pensarán que les estoy abandonando?, como hizo la madre de Harry cuando él tenía seis años. ¿Qué quería decirme Harry esta mañana cuando antes de irse me ha dado un beso en la mejilla, me ha mirado profundamente y me ha apretado la mano? No sabía qué podía pasar, pero por dentro más que sentir remordimiento tenía una cierta sensación de libertad.

Ya en Heathrow, al salir por la puerta de la terminal de llegadas, escuché mi nombre.

—¡Betty, aquí, Betty!

Era Colin. Había insistido en recogerme en el aeropuerto. El pasado viernes, cuando le dije que vendría y le ayudaría a encontrar una respuesta, quedamos en no volver a hablar a través de la radio. Él temía que alguien más pudiera estar escuchándonos, así que nos intercambiamos los números de teléfono y organizamos nuestro encuentro a través del móvil, aunque le pedí que no volviésemos a hablar de lo que estaba averiguando hasta que nos viésemos en Londres. Necesitaba estar tranquila para organizar todo en casa. A pesar de eso mi cabeza no paró de dar vueltas. ¿Quién era en realidad mi tía Rosa?

\* \* \*

En Londres no solo esperaba Colin a Betty. August desde Zúrich había dado órdenes a Carl para que ampliase el equipo de seguimiento. Quería profesionales más sigilosos y más técnicos. Ahora que no contaban con la escucha a través de la radio necesitaban intervenir sus teléfonos, instalar micrófonos en casa de Colin y seguirlos a todas partes. Necesitaban saberlo todo.

\* \* \*

—¡Hola, Betty! —me dijo Colin con cara de admiración.

—¡Hola! —le respondí al mismo tiempo que extendía el brazo para darle la mano.

Pero él no la cogió. Me abrazó como si fuera su hermana o su mejor amiga. Hacía mucho tiempo que no sentía un abrazo así.

Siempre he pensado que hay demasiados tópicos en el mundo y que deberían actualizarse. Las personas y las sociedades evolucionamos y ya no somos como éramos. Años atrás habrían dicho que Colin, con su abrazo, no parecía británico, pero hoy en día ya no es así.

—Tenía muchas ganas de verte, Betty. Desde nuestro encuentro radiofónico de la semana pasada no he dejado de pensar en ti y en William. No he querido seguir leyendo y buscando, he preferido esperarte para que lo podamos hacer juntos. Me da tranquilidad y seguridad estar a tu lado. Muchas gracias por venir, de verdad, muchas gracias.

El aspecto de Colin no era el que me esperaba por lo que me había contado sobre su vida: banquero y educado en los centros de la élite británica. Tenía la impresión de que se había apartado de todo eso. Ahora tenía una tienda de alimentación ecológica y de flores, y no quería saber nada de la banca. Salvo a William, detestaba a sus personajes y el negocio. Yo esperaba que fuera un hombre con un estilo moderno, incluso algo transgresor, por aquello de haber roto con lo establecido. Pero no, salvo por la pequeña ballena tatuada que llevaba en la muñeca izquierda,

tenía un estilo de lo más clásico. Camisa de rayas perfectamente planchada, pajarita de lana color azul noche a juego con las rayas de la camisa, pantalón gris marengo, apretado y un poco corto, dejando ver los calcetines de rayas rojas y una chaqueta y zapatos que seguro que se los habían hecho a medida en *Saville road*. Tal vez en realidad fuese uno de esos clásicos modernos de hoy que yo no llego a entender porque estoy desfasada. Antes me gustaba mucho la moda y leía y seguía revistas, ahora ya no paso de la prensa y de la Wikipedia para ayudar a mis hijos con sus deberes. Me había imaginado a Colin distinto, pensaba que sería más bajo que yo, rubio y de piel blanquecina, incluso le había puesto pecas. Pero no, era más bien alto, moreno y de tez bronceada, y no tenía ni una peca. Un distinguido y guapo inglés de Londres.

—Gracias a ti. No sé que más decirte. Es todo muy extraño, pero he dado el paso y ya estoy aquí. Sabes, Colin, te imaginaba distinto.

—Yo no. Acabo de ver a la mujer que tenía en mente.

Mientras nos dirigíamos al parking seguimos hablando.

—¿Cómo ha ido la despedida de tus hijos y de Harry?

—No lo sé, no lo sé. No es fácil todo esto. No sé si estoy aquí por mi tía Rosa, si estoy aquí por William y por ti, si estoy por mí, si estoy por mi matrimonio. No lo sé, Colin. Los niños parecen alegres, parecen no darse cuenta y Harry está distante pero atento. Es como si fuese consciente de todo y me estuviese dando el espacio que necesito para pensar y tomar decisiones. Es un buen tipo y me lo está poniendo fácil. Y tú, ¿cómo has pasado estos días?

—Mal, para que te voy a engañar. No son solo los recuerdos o los silencios de casa, es también la incertidumbre. Pienso que lo mataron, pero ¿y si no fue así? ¿Y si realmente se suicidó? ¿Qué motivos podría tener? Estoy yendo a un terapeuta para que me ayude. Por supuesto no le he contado nada de mis pesquisas, ni tampoco de ti. Espero que me sirva de algo. Además no paran de llegar a casa mensajes de condolencia, algunos muy formales y otros que hablan de la increíble persona que era William, todos lo querían. En algunas ciudades las empresas y bancos a los que asesoraba han celebrado funerales en su recuerdo, y me escriben o me llaman para contármelo. Es del todo surrealista y doloroso. Gente que ni conozco hablándome de William.

—La gente tiene muy poco tacto, Colin.

—No es eso, Betty, en el fondo se lo agradezco. No lo hacen por mí, lo hacen por él. Lo querían. Es como esta mañana, antes de salir para venir a recogerte me ha llamado Joelle Schnieper, ¿la conoces?

—No, ni idea. Si me dices que es una actriz, podría creérmelo.

—Yo tampoco la conozco, pero en la prensa financiera hablan mucho de ella, incluso a veces sale en los informativos de la televisión. Es la presidenta del *Schnieper Bank*, el banco más poderoso de Suiza y uno de los más fuertes del mundo, ese tipo de bancos que podrían parecer pequeños pero que en realidad son los que financian a los bancos más conocidos y a los gobiernos. Conocía a William porque asesoró durante algunos años a su banco en materia de emisión de deuda pública. Me ha llamado para hablarme de él, de los muchos recuerdos que conserva, y para elogiarme su capacidad de traspasar la parte profesional y conseguir la amistad de sus clientes. De lo dulce que hacía el negocio. Sabía ser un tiburón en los momentos revueltos pero también un delfín cuando tocaba celebrar las ganancias y los éxitos. Me ha contado que vio a William en Zúrich un par de veces en octubre del pasado año. Siempre que él iba allí comían juntos. Él le había hablado mucho de mí y le prometió que la próxima vez que ella viniese a Londres cenaríamos juntos en casa para conocernos. Quería que supiese que si necesitaba cualquier cosa podía contar con ella y que teníamos que conocernos. Es lo que William quería. Ha insistido en que me volverá a llamar muy pronto. Todo lo dura y todopoderosa que la pintan en la

prensa y me ha parecido una mujer tierna, cariñosa y muy comprensiva. Por eso te digo, Betty, que aunque me resulte doloroso agradezco que la gente se ponga en contacto conmigo recordando a William. ¡Se lo merecía! —terminó diciendo Colin con lágrimas en los ojos.

Cuando terminó de hablar ya habíamos llegado a la zona del aparcamiento donde tenía su coche. El color del coche era un verde botella espectacular, pero su diseño era un poco macarra. Se parecía al de *Starsky y Hutch*. La verdad, no le pegaba nada con el estilo clásico moderno de Colin. Me debió adivinar el pensamiento.

—No es mío —dijo Colin.

—¿Qué?

—Que el coche no es mío, es el de William, a mí no me gusta conducir, lo hago solo cuando es necesario, por eso no tengo coche. Este era de William. Por tu mirada algo debes haber pensado al ver el coche. Estoy de acuerdo contigo, salvo por el color parece el coche de un traficante o de un proxeneta. Es un Mustang del 67, y lo tenemos en el garaje de casa. William no lo conducía mucho, pero le gustaba después de cenar sentarse dentro, poner la radio y encenderse un cigarrillo. Yo siempre le preguntaba por qué le gustaba tanto, que quién se imaginaba que era, y siempre me contestaba lo mismo: “el año que viene te lo diré, querido”. Ahora, desde que se ha ido, yo hago lo mismo, me siento, pongo la radio, fumo e intento descubrir quien quería ser William dentro de su Mustang.

—Sabes, Colin, mira que he venido veces a Londres y es la primera vez que voy desde el aeropuerto en coche.

—De Whitby, ¿verdad?, me dijiste que Harry es de Whitby.

—Sí, del mismo Whitby.

—Y ¿por qué voláis a Londres en vez de hacerlo a Newcastle o a Leeds?

—Dos veces al año vamos los cuatro a Whitby, a ver a Ian, el abuelo de Harry. Ya tiene noventa y tres años y, aunque está muy bien, desde hace dos años venimos nosotros porque a él se le hace pesado ir a Barcelona. Entonces volamos a Leeds. Harry viene más veces, aunque sea a pasar un par de días. Tiene verdadera pasión por su abuelo y el afecto es recíproco. Pero el padre de Harry vive en Londres y han estado alejados toda su vida. Cuando Harry vivía con su abuelo solo se veían los fines de semana. Pero desde que nació Abril su padre quiso recuperar la familia y a Harry no le pareció mal. Así que por lo menos otras dos o tres veces venimos a Londres a ver a su padre, y siempre vamos en metro a la ciudad.

—¿Dónde vive su padre?

—En Islington, tiene una casa junto a su galería. Es marchante de arte. Pero en su casa se quedan solo los niños. Harry y yo alquilamos una habitación en el barrio. Así el tiempo que puede ver a los nietos le da para vivirlos a todas horas. Yo aprovecho y me pierdo en el *British Museum* y Harry queda con amigos y busca libros en los mercados.

Mientras seguíamos conversando llegamos a Shoreditch, el barrio de Colin.

—Ya hemos llegado a casa, Betty —me dijo mientras se abría una puerta grande de madera y entrábamos con el coche.

Su casa era una antigua fábrica de ladrillo convertida en vivienda en Charlotte Road esquina con Rivington Street. Al lado de la enorme puerta que daba acceso al garaje había una pequeña puerta de entrada, y al lado de ésta unos enormes escaparates que doblaban la esquina: era su tienda. *Willin's*, el nombre, viene de la unión de las primeras letras de William y las últimas de Colin. La tienda estaba cerrada, pero tras sus escaparates se veían a un lado antiguas estanterías cargadas de bonitos envases y al otro lado barreños de hojalata con flores de todos los colores y

tamaños. A pesar de haber cerrado la tienda durante algunos días, Colin le había pedido a Fred, su ayudante, que continuase recibiendo flores frescas todos los días, como si nada hubiese pasado, como si al día siguiente fuesen a abrir. Así lo hubiese querido William, me dijo.

Aparcamos el coche y a través de una puerta interior accedimos a la escalera que llevaba al resto de plantas de la vivienda. Pasamos de largo el primer piso y accedimos al segundo, allí Colin me abrió una puerta, dejó mi maleta y la bolsa repleta de cartas de mi tía Rosa en el suelo y me dijo:

—Esta es tu habitación, y tras esa puerta blanca tienes tu baño. Si te parece te dejo un rato para que puedas acomodarte y cuando estés lista te enseño el resto de la casa. Cualquier cosa que necesites dímelo, por favor. Estás en tu casa.

Colin iba a salir de la habitación cuando se giró y me dijo.

—Se me olvidaba. En el cajón de esa mesita tienes unas llaves, una tarjeta con el código wifi de la casa y un teléfono inalámbrico, úsalo siempre que lo necesites. Y si tienes hambre o sed abajo está la cocina. Nos vemos en un rato. Me alegra mucho que estés aquí conmigo.

Me quedé observando cada detalle de la habitación hasta que mis ojos se clavaron en una fotografía. Me acerqué y la cogí. Al hombre de la foto lo había visto antes. Esa cara la había visto, más joven pero la había visto. Estaba junto a un niño que se parecía a Colin. Ese hombre tenía que ser Ben, pero ¿dónde había visto yo antes una foto suya? Me quedé pensando y rebuscando en mi memoria, pero nada, no conseguía recordar dónde la había visto.

Acostumbrada a un pequeño piso en Barcelona habitado por cuatro, y dos de ellos niños, la habitación en la que estaba me pareció la de un palacio, pero uno de los de ahora. Se mezclaban muebles clásicos con piezas de diseño ultramoderno, el suelo era de madera maciza de lama ancha, pintura contemporánea en las paredes, ropa de cama de punto de tonos gris gastado y unos pocos objetos que parecían recuerdos de algo, de alguien o de algún lugar. En el baño lo mismo: una enorme bañera exenta de mármol y espejos enormes para poder verte desde cualquier ángulo. Colin me había dejado de todo, geles, champú, cremas de todas las marcas y gustos, compresas, tampones, un enorme ramo de tulipanes y hasta zapatillas de andar por casa de las que aún colgaba la etiqueta de *Selfridges*. Las ventanas del dormitorio y del baño daban al pequeño jardín, o no tan pequeño, que había en la parte trasera de la casa. Un frondoso tilo y un alto magnolio daban sombra al estanque que había en el centro. Además unos bancos de piedra, dos viejas hamacas de madera, unos parterres que imaginé debían estar llenos de flores en primavera, y un huerto del que salían algunas lechugas.

Antes de dejar la habitación hice un pis, hacia rato que no podía aguantar más, y mientras llamé a Harry. Eran las seis y seguramente los niños estarían con él.

—¿Betty? —me dijo Harry con voz ilusionada al contestar la llamada.

—Sí, soy yo, Harry. Ya estoy en Londres. He llegado bien y estoy en el hotel. ¿Puedo hablar con los niños?

—Te los paso. Cuídate, Bet.

Hacía años que no me llamaba así, años. Hablé con los niños, poco, mucho no aguantan al teléfono, pero suficiente para ver que estaban bien. A Harry no le había contado nada de lo que venía a hacer a Londres. Tampoco él me lo preguntó, me dejaba mi espacio. Pero para no preocuparlo o tener que dar explicaciones le dije que estaría en un hotel, y no que me alojaría en casa de un hombre del que no le podía contar nada.

Bajé por la escalera hasta el primer piso y justo al entrar encontré un amplio salón presidido por una chimenea. Allí en uno de los dos sofás chester que la flanqueaban estaba Colin, tumbado y con un periódico entre sus manos. Al verme dejó el periódico y se sentó.

—¿Está bien la habitación, Betty?, ¿tienes todo lo que necesitas?

—Perfecta, no falta nada. Has tenido en cuenta hasta el más mínimo detalle. Muchas gracias. ¿Los de la foto sois tu abuelo Ben y tú?

—Sí. Esa es la habitación de invitados y a veces cuando mi madre viene a Londres se queda a dormir aquí, por eso está la fotografía en la habitación. Yo tenía 10 años y el debía estar cerca de cumplir los ochenta. Nos la sacaron durante un viaje que hicimos juntos por Europa.

—Su cara la he visto antes. He intentado recordar dónde y cuando pero no lo consigo. Aunque estoy segura de que la he visto.

Cuando le dije esto, Colin suspiró y me dijo:

Hay mucho de lo que tenemos que hablar, pero si te parece démonos un respiro hasta mañana. Te enseño la casa y luego te invito a cenar en el restaurante preferido de William.

Me enseñó la casa explicándome cada detalle. Hasta principios del siglo veinte fue una fábrica textil. En la planta de abajo estaba el taller y en las plantas superiores había una oficina y camas para que pudiesen dormir los trabajadores. Más adelante se convirtió en almacén y luego se abandonó. William y él la compraron hace quince años, cuando el barrio aún no había empezado a convertirse en uno de los más *trendies* de Londres, y cuando sus carreras en la banca empezaban a dar sus frutos. No había nada al azar, prevalecía el orden de William con el gusto estético de la pareja. La primera planta era totalmente diáfana y la ocupaban un amplio salón y una cocina abierta. Pocos, pero llamativos muebles, cuadros en las paredes, esculturas cerca de los ventanales y algunas fotos colocadas en lugares que permitían verlas desde distintos puntos. Ben debió estar muy presente en la vida de Colin, algunas de las fotos eran de su abuelo con él, con su madre y los tres juntos. Retratos, fotos de viajes y una en blanco y negro que me llamó especialmente la atención: Ben estaba recibiendo una condecoración de manos del rey Jorge VI, y detrás observaba la escena nada más y nada menos que Winston Churchill.

—¿Son ellos de verdad, Colin?

—Sí, sí, ya te conté. Mi abuelo fue todo un personaje en el mundo de la economía. Uno de esos estudiosos que salen en las enciclopedias. En 1946 el rey lo nombró Caballero de la Orden del Imperio Británico. Churchill estaba presente porque se conocían. Fue un reconocimiento a las aportaciones que hizo con sus estudios.

—A mi tía también la nombraron Dama de la Orden. También fue el rey.

—Lo sé, fue el mismo día y en el mismo acto que a mi abuelo.

—¿Qué?

—La nombró el Rey, como a todos los Caballeros y Damas, y Churchill estaba presente. No sé como te lo contaría ella, o tal vez no tuviese la foto del nombramiento. Decías que la cara de mi abuelo la habías visto antes. Puede ser en una foto que está junto a tu tía el día del nombramiento. Yo la tengo.

—Exacto, así es. Ya decía yo que lo había visto antes.

Habíamos quedado en no entrar en detalles hasta el día siguiente, así que me siguió enseñando la casa. Subimos a la planta de mi dormitorio, y del suyo. Su cuarto daba a la calle y seguía el mismo estilo que el salón. Tenía los mismos detalles que se encontraban por toda la casa. Junto a mi dormitorio había un cuarto que también daba al jardín trasero. Había en él dos butacas, un aparato de música, una lámpara de pie y las paredes repletas de CDs de música. Era una de las aficiones que compartía la pareja. Colin me hizo una confidencia. En ese cuarto era donde William escondía sus cuadernos y la información privada que sólo él y Colin debían conocer.

—¿Por qué me lo cuentas? —le dije.

—Porque estás aquí conmigo.

Seguía tratándome como si fuera su hermana o su mejor amiga, y en el fondo me gustaba. Yo tampoco le conocía a él de nada, pero había algo que me enganchaba, que me hacía sentir como si le conociese desde hacía muchos años.

En la última planta, en el tercer piso, estaba la buhardilla, la fatídica buhardilla. A Colin le costó subir. Su ritmo se hizo más lento y abrió la puerta dejando escapar un suspiro delante de ella.

Me maravilló. Era como haber vuelto al cuarto del museo en el que Harry y yo nos conocimos. Una mesa de escritorio de roble enorme, montones de libros, de archivadores, de papeles, de objetos distintos traídos de todo el mundo, con un olor especial, no olía a la casa, olía al contenido de aquel cuarto. Y allí estaba, encima de la mesa, la radio Palmer de Colin, igualita a la mía, y al lado un enorme ramo de flores que parecían haber sido cortadas esa misma mañana.

—A William le encantaban las flores, las ponía por todas partes. Todos los días le subo un ramo nuevo.

Antes de que pudiese seguir le interrumpí.

—Empiezo a tener hambre, ¿nos vamos a cenar?

—Claro —dijo esbozando una tierna sonrisa—. Vamos.

Salimos andando de casa, eran casi las siete y media de la tarde. Anduvimos un poco atravesando el barrio hasta llegar a Arnold Circus, una plaza redonda con un jardín central rodeado de casas de ladrillo rojo, en la que desembocaban, o de la que salían, siete calles. Nos acercamos a una de las casas, la Marlow House. Era un edificio de seis plantas. Llamó al timbre que debía corresponder a la planta baja, aunque no había ningún cartel que anunciase nada, y nos abrieron. Atravesamos un pasillo que nos condujo a la puerta de una vivienda que estaba abierta. Nos recibió una mujer con todo el aspecto de ser muy inglesa.

—¡Qué alegría verte, Colin! Todos hemos sentido lo de William —dijo la mujer mientras lo abrazaba fuertemente.

—Gracias, Megan, lo sé. Te presento a Betty, una amiga.

—Encantada —le dije yo.

—Bienvenida a La Cocina de Megan, Betty. Ya conoces un lugar secreto de Londres solo para amigos de mis amigos.

Era una cocina privada. Megan había transformado parte de una casa en una especie de restaurante en el que ella y su marido cocinaban, pero si querías te dejaban un delantal y podías unirte y ayudarlos en la tarea. Nos sentamos en una de las cuatro mesas que había, nos preguntó por la bebida que tomaríamos y no tuvimos que pedir nada más.

—Espero que te guste la comida tradicional inglesa —dijo Colin—. Ellos cocinan sólo por la noche. Hacen cuatro platos y sirven un poco de cada uno para que podamos probarlos todos. Cocinan siguiendo estrictamente las recetas tradicionales, pero añadiendo siempre un ingrediente nuevo, y cuando la repiten cambian ese ingrediente, así que todas las noches los cuatro platos son nuevos. A William le encantaba adivinar el ingrediente novedoso de cada plato. Llegaba a apostar con Megan. Tenían muy buena relación y aquí hemos pasado noches que sin darnos cuenta se han convertido en mañanas.

Al terminar de cenar y tras una bonita charla con Colin sobre nuestras vidas e intereses, Megan se sentó en nuestra mesa.

—¿Os importa?

—No. Por favor, siéntate.

—Si no fuera por su acento pensaría que es hermana tuya, Colin —comentó Megan.

—Por parte de madre sé que soy hijo único, pero por parte de padre podría pasar de todo —dijo Colin esbozando una sonrisa.

—Colin, quería comentarte algo. El día del funeral no era el momento y después he querido llamarte pero pensaba que todavía era pronto. El día que se nos fue William había venido a cenar aquí. Vino solo. Me contó que tú estabas fuera por trabajo, pero no tenía muchas ganas de hablar. Le servimos la cena y prácticamente no probó ninguno de los platos. Me senté con él y le pregunté si se encontraba bien. Me quiso engañar, pero no lo consiguió. Estaba intranquilo, aunque poco a poco me fue contando algo. Me preocupó verlo así. Acababa de volver de Reading. Yo ya sabía que estabais arreglando la casa de tu abuelo y alguna vez me había mencionado lo entretenido que estaba investigando y escribiendo retazos de su vida. Me dijo que lo que había empezado siendo una diversión se estaba convirtiendo en una obsesión. Noté que además de intranquilo podía tener miedo. Habló de su trabajo como banquero, de por qué había decidido parar para tomarse un respiro y replantearse lo que hacía, y cómo en poco tiempo había confirmado lo que desde hacía años pasaba por su cabeza: la tremenda maldad de la banca. De lo poco que se podía confiar en los sistemas financieros, y de las ansias de poder de algunos de sus dirigentes. Le quise quitar hierro a la conversación e intentar animarlo un poco y le hablé del menú que estábamos pensando para el día de la celebración de vuestra unión. Eso le hizo sonreír, pero enseguida cambió de tema y me habló de ti: “Sabes, Megan, lo mucho que quiero a Colin. Desde el primer día, hace veintiséis años, que intercambiamos nuestras primeras palabras supe que quería seguir escuchándolo el resto de mi vida. Es la persona que me apacigua, que me entiende, que me da seguridad, que saca lo mejor de mí y que me hace sentir feliz cuando estoy con él. Me dolería tanto que pudiera pasarle algo por mi culpa. No me lo perdonaría jamás”. Me extrañó, pero William tenía miedo. Le pedí que me contase por qué pensaba que podía pasarte algo, qué era lo que estaba sucediendo. No me contestó. Dijo que ya era tarde, que tenía que acostarse pronto porque al día siguiente tenía que ir a Reading y que tú volverías por la tarde. Que si no estabas cansado vendríais a cenar.

—Colin, no me pareció que tuviese la intención de hacer lo que hizo, aunque estaba asustado. Perdona por contártelo. Imagino que es doloroso escucharlo, pero tenías que saberlo —le dijo nuevamente Megan mientras le cogía la mano.

Colin, con los ojos bien abiertos y vidriosos, le contestó:

—Amiga Megan, yo tampoco creo que tuviese la intención de hacerlo. Te agradezco mucho que me hayas contado esto.

—Antes de iros te daré sus cosas. Imagino que querrás tenerlas. El delantal está limpio. Lo he lavado yo, pero ten cuidado, tenía los bolsillos llenos de papeles y los volví a dejar dentro.

Como eran asiduos de su restaurante, Megan les guardaba allí sus delantales, guantes y gorros de cocina para aquellos días que les apetecía cocinar con los dueños.

Terminamos el postre, nos despedimos de Megan y volvimos andando a casa.

—Mañana te enseño todo lo que he encontrado hasta ahora en los cuadernos de William —me dijo Colin—. Además de eso guardaba algunos papeles sueltos. Tal vez podríamos revisarlo juntos y ver también si las cartas de tu tía contienen algo más.

—Claro, Colin. Será como volver a mi época de investigadora, cuando hacía prácticas en museos.

—Si terminamos con todo, tal vez por la tarde o el jueves, podríamos ir a Reading. Mi abuelo guardaba muchos archivos con notas sobre sus trabajos y no sé si William tuvo tiempo de revisarlos todos. Será una semana intensa.

—¿No has pensado en la posibilidad de que haya otro lugar en el que también escondiera cosas? Si tenía miedo y había dado con algo, tal vez lo escondiera.

—Estos últimos días he estado pensando en ello, sobre todo cuando comprobé que sus cuadernos estaban escondidos. Si lo hizo es porque pensó que eran importantes. Imagino que en Reading encontraremos algo más. Soy su único heredero. Es curioso, había hecho testamento y yo no tenía ni idea. Me ha dejado todos sus bienes, incluso la pequeña oficina que gestionaba su patrimonio y sus inversiones. Ahora, además de tener a Fred en la tienda, tengo empleadas a dos personas que desconozco lo que hacen, pero de momento no me apetece saberlo. Ayer llevé al banco el testamento certificado por el juez y me enteré de que allí tenía una caja de seguridad de la cual nunca me había hablado. En los próximos días me avisarán para recoger una copia de la llave que abre la caja. Te habrás dado cuenta de que William era muy ordenado. Ordenaba y planificaba casi todo sin que esa actitud llegara a molestarme a mí o a cualquier otra persona. Supongo que es por eso por lo que nunca me habló de su caja de seguridad y del testamento. No me lo ocultaba, seguramente pensaba que yo sería más feliz sin saberlo.

Cuando llegamos a casa nos sentamos en el salón junto a la chimenea después de correr las cortinas de las ventanas.

—¿Te apetece una infusión antes de ir a dormir? —me ofreció amablemente Colin.

—Sí, si me dejas tomarla tumbada en uno de tus sofás.

—Claro. ¿Qué prefieres?

—Lo mismo que tomes tú.

—Entonces te prepararé mi brebaje nocturno. Es un secreto de familia. Me lo enseñó mi abuelo cuando era pequeño.

Al cabo de un rato trajo dos tazas humeantes y las dejó en una pequeña mesa supletoria al lado del sofá en el que yo me había tumbado. Pulsó un mando a distancia y empezó a sonar música clásica de fondo. Se sentó en el otro sofá, sacó de la bolsa que le había dado Megan el delantal de William y extrajo de sus bolsillos un puñado de papeles con notas sueltas. Los empezó a mirar y cambió el gesto de su cara. Se levantó con los papeles en la mano, se acercó a mi sofá y se sentó junto a mis piernas. Inmediatamente yo cambié de postura y me senté a su lado.

—¿Qué pasa?

—Mira esto.

Me dio una de las notas mientras él iba leyendo el resto, y escrito a mano ponía: “Rosa-Betty Barcelona, localizar”. Me empezó a palpar el corazón. Levanté la vista y miré a Colin. No nos dijimos nada y él me paso otra nota: “TTC Enero 1940”. Y una última que decía “Zúrich, Londres, Berlín”.

—¿Qué quiere decir esto, Colin? ¿Es un juego?

—No lo sé. William en uno de sus cuadernos menciona tu relación de parentesco con Rosa, pero no sé nada más. Esas notas no deben tener mucho tiempo, no más de dos días antes de morir. Recuerdo que fuimos a cenar a La Cocina de Megan y yo llevé de casa nuestros delantales. Los había lavado y no tenían nada en los bolsillos. Esa noche cocinamos en el restaurante. Lo solíamos hacer como hobby una vez por semana. A la media hora de estar cocinando me dijo que terminara yo, que me esperaba en la mesa. Quería anotar algo antes de que se le olvidase. Deben de ser estas notas.

—Me estoy asustando —dije—. En una nota de una persona a la que no conozco, que aparentemente se suicidó, pero que puede que la asesinaran, aparece mi nombre y la intención de localizarme. Salen de nuevo unas siglas de las que ignoramos su significado pero que también

están en nuestras radios que, por cierto, más que radios parecen *walkies talkie*, y que además figuran en la carta de despedida de mi tía.

—Betty, yo tampoco estoy tranquilo, y no sólo quiero averiguar qué le ocurrió en realidad a William, también quiero descubrir todo lo que pasó en relación con mi abuelo y a su círculo de amistades cuyas consecuencias parece que llegan hasta hoy, y para hacerlo nos necesitamos.

—Tienes razón. Estoy contigo.

Mañana tenemos trabajo, ahora estoy cansada. Buenas noches, hasta mañana, Colin.

—Buenas noches, Betty. Descansa.

Llegué al dormitorio, me cambié, me limpié la cara y los dientes, hice un pis, y me metí en la cama. Por mi cabeza volvieron a pasar las notas que acabábamos de leer, me las quité de la cabeza pensando en los niños y en el Harry que conocí en Londres, y me quedé dormida.

A la mañana siguiente mi reloj biológico funcionó como de costumbre, como el de todas las madres. Siempre he dicho que ese reloj pone en duda las leyes de la mecánica y de la física. Es exacto, no se desvía nunca y si va a pasar algo es capaz de anticiparse. Me desperté cuando eran las seis y media de la mañana en España, las cinco y media en Londres. La diferencia es que era jueves y no tenía ni que recoger la ropa del tendedero, ni sacar el pan del congelador para hacer bocadillos, ni preparar desayunos, ni organizar la ropa del colegio. No escuché ruidos. Tal vez Colin aún dormía, así que me tomé mi tiempo. Mientras la bañera se llenaba probé algunas de las cremas que me había dejado mi anfitrión. Me dejé puesta una mascarilla mientras reposaba en la taza del wáter, y al terminar me metí en la bañera. Mi cabeza volvió a la carga, pero esta vez ya no se preguntaba qué hacía yo aquí, quería descubrir qué pasó.

Media hora más tarde salí del baño un poco arrugada, pero fresca, me vestí y bajé a la primera planta. Pensaba que Colin aún dormía, pero no, allí estaba, sentado en un taburete de la barra de la cocina. Esta mañana vestía de forma diferente, un estilo casual con tintes de pijo inglés. Una emisora de noticias sonaba detrás de él. Era el transistor Palmer TTC de su abuelo Ben.

—Buenos días Betty, ¿cómo has dormido?

—Buenos días, he dormido genial —contesté—. Al principio me costó un poco, pero cambié mis pensamientos y caí. Estaba rendida. Espero no haberte despertado. He estado haciendo tiempo y me he dado un baño.

—No, para nada. Yo me despierto muy pronto para meditar veinte minutos antes de que llegue la furgoneta con las flores para la tienda. Suele llegar a las seis, pero estos días las recibe Fred, arregla la tienda y luego se va.

—¿Qué estás escuchando?

—Noticias —dijo Colin apagando de inmediato la radio de su abuelo—, pero no es lo que busco. Anoche, en la cama, antes de apagar la luz pensé que igual que cuando la encendí por primera vez apareciste tú, tal vez pueda aparecer otra persona, así que esta mañana la he bajado de la buhardilla y la he puesto en marcha. Aunque para evitar que pueda haber alguien que nos escuche, si te parece, pongámosla en marcha cuando no estemos hablando.

—Buena idea. Esta mañana pensaba lo mismo.

—¿Qué quieres desayunar?

—Lo que tú tomes.

—Entonces haré ración doble de zumo de naranja, de café con leche y de cereales con fruta, ¿te parece?

—Claro. Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me prepararon el desayuno. Gracias, Colin. Por cierto, ¿cómo supiste lo de la radio del tal Sergio Silva?, ¿qué descubrió

William sobre estas radios?

—Te conté que Sergio era un amigo de mi abuelo. Yo incluso llegué a conocerlo. Cuando era pequeño vino un par de veces a casa, después no volví a verlo hasta el día del funeral de mi abuelo. Viajó desde Suiza para darnos el pésame. Al día siguiente llamó a mi madre, quería vernos para despedirse antes de marcharse. Le invitamos a comer y fue muy cariñoso con nosotros. Nos contó todo lo bueno de la relación que había tenido con Benjamin. Llamaba así a mi abuelo. No obstante, después de eso nos dijo que hacía quince años que habían dejado de hablarse a causa de un malentendido que rompió su relación. Él se arrepentía muchísimo de no haberlo podido arreglar. Le hubiese gustado disfrutar más años de la amistad de Benjamin. Eso fue todo. Quería que supiésemos lo mucho que lo apreciaba. El día después de la muerte de William ocurrió lo de la radio, lo que ya sabes. En la radio de mi abuelo aparecisteis tú y tu familia. Al día siguiente saqué de nuestro escondite en el cuarto de los CDs de música la documentación personal de William por si la necesitaba para todo el papeleo que vendría en los días siguientes, y junto a algunos papeles de los que ya me había hablado encontré su testamento y dos cuadernos de notas. Leí el testamento y después seguí con los cuadernos. Entre otras cosas William había descrito a Sergio Silva. En un par de páginas había hecho un resumen de su vida. Imagino que a partir de la información que encontró en casa de mi abuelo y de lo que él había averiguado. Escribió dónde y cuándo nació, quienes fueron sus padres, sobre sus estudios, del primer encuentro con mi abuelo, sobre los siguientes encuentros, de otras personas que ambos conocieron y otros detalles a los que añadió un interrogante, quizás porque no había llegado a descubrir su significado, y todo eso en dos páginas. Terminaba explicando su intento fallido de contactar con él. Por más pesquisas que hacía nadie le daba información sobre Sergio. Así que voló a Zúrich para buscarlo, pero Sergio ya había muerto. En medio de aquellas páginas William había anotado, resaltado en un recuadro, cómo a partir del inicio de la Segunda Guerra Mundial, y dada la dificultad de comunicación desde Londres por las vías normales, Ben y Sergio hacían uso de un transistor de la marca Palmer, modelo TTC, para comunicarse entre ellos. Un especialista de la propia fábrica había modificado las radios para que pudiesen ser usadas entre ellas como emisoras y receptoras.

—Pero Colin —insistí—, ¿por qué mi tía en su carta de despedida firmó con sus iniciales RR y con las del modelo de una radio, TTC? No tiene ningún sentido, no lo tiene.

—Salvo que tu tía estuviese intentando decirte algo, Betty. ¿No lo has pensado?

Dejamos la conversación mientras desayunábamos y leíamos la prensa. Al acabar recogimos los platos y bajamos a la tienda de Colin. Aquello me fascinó. Todo tipo de cajas y bolsas de distintos tamaños, colores y diseños perfectamente ordenadas en estanterías de una antigua librería. Era como una tienda de juguete para niños, pero en grande. En esa parte de la tienda tenía los productos de alimentación ecológicos, algunos elaborados en Reino Unido y otros traídos de distintos lugares de Europa. En el lado opuesto de las estanterías había una especie de mandala formada por barreños con flores de distintos colores. No había nada colocado al azar y la armonía que transmitía la tienda hacía que deseases quedarte allí. Me contó Colin que muchos domingos, con la tienda cerrada al público, William y él bajaban a desayunar sobre el mostrador, traído de un hotel de Estambul que cerró en los años veinte.

Fred había recibido y arreglado las flores y se había marchado. Colin comprobó la calidad de la mercancía y a continuación mezclamos galanthus y caléndulas en un ramo y subimos a la buhardilla con las flores, la radio Palmer y la bolsa llena de cartas de mi tía Rosa. La luz de la mañana entraba por todos los ventanales de la estancia del último piso.

Mi tía me dejó más de un centenar de cartas de las que como mucho yo había leído dos o tres.

Las conservaba por su valor sentimental y estético y guardarlas sin leer era como conservar intactos los secretos de su vida. Como Colin ya había examinado los cuadernos decidimos empezar de la siguiente manera: yo leería los cuadernos y Colin ordenaría las cartas de mi tía por fecha y remitente. Empecé por el cuaderno que contaba la vida de Ben. Se había escrito en varios días, se notaba por el uso de diferentes colores de tinta y por el grosor del trazo. Había flechas que salían del texto y añadían alguna palabra, tachones y algunas frases y fechas enmarcadas en recuadros y círculos rojos. Supuse que debían ser importantes.

\* \* \*

Al mismo tiempo en Zúrich Joelle llamaba por teléfono a August para conocer cómo iba el seguimiento de Colin y Betty y si tenía alguna noticia nueva.

—Buenos días, August.

—Buenos días, Joelle.

—¿Tenemos algo nuevo?

—De momento no, pero si encuentran algo lo sabremos enseguida. Démosles tiempo. Ya sabes que Colin piensa que mataron a William, y ahora él y Betty temen que alguien les pueda estar escuchando a través de la radio. No son tontos, Joelle.

—Volveré a llamar a Colin para decirle que el fin de semana estaré en Londres y que me gustaría conocerlo.

—Mejor déjalo para la siguiente semana. Que pase un tiempo para que puedan descubrir algo más.

—Si así lo crees, hablemos el viernes.

—De acuerdo, Joelle. Si hay cualquier novedad, te llamo.

—Dales algo de información al resto de los miembros. No toda. Sé prudente. Adiós.

—Adiós, Joelle.

\* \* \*

La primera página del primer cuaderno de William empezaba así:

*Benjamin Colin Laurie, Ben, nació el 20 de enero de 1902 en Londres, hijo de Arthur y de Anna. Tuvo un hermano, James, dos años menor que él (piloto de la RAF, falleció el 6 de septiembre de 1940 durante la Batalla de Inglaterra cuando su avión, un Spitfire, fue derribado en el Canal de la Mancha por un BF109 alemán). Arthur Laurie, su padre, conocido como el barón Laurie, fue presidente de la Cámara de los Lores en el Parlamento británico, falleció en 1947 a causa de una enfermedad. Su madre, Anna Stuart, fue una de las fundadoras del movimiento activista que defendió los derechos laborales en Inglaterra a principios del siglo XX. Murió por causas naturales a los setenta y dos años.*

*Desde los seis a los doce años recibió formación particular. Él y su hermano James, junto con otros nueve hijos de miembros de la Cámara Alta del Parlamento, acudían cada mañana a una pequeña casa junto a la Abadía de Westminster donde un grupo de profesores les impartían diferentes materias, destacando Ben en inteligencia lógico-matemática. A los trece años fue enviado al colegio de Eton, donde estudió hasta los dieciocho años. De esta época hay algunas cartas en las que Ben muestra su interés por la política, llegando a pensar incluso en estudiar, cuando terminase en Eton, derecho y ciencias políticas en Oxford. Pero fue un profesor suyo el que finalmente le convenció para estudiar economía en la London School of Economics (LSE).*

En este punto del cuaderno había una flecha que salía de la palabra “profesor”, llegaba hasta fuera del texto y tenía escrito: “cuaderno verde”. Los dos cuadernos que teníamos nosotros eran de color azul.

—Colin, ¿tienes más cuadernos de William?

—No. Has visto las anotaciones que hacen referencia a otros cuadernos, ¿no?

—Sí, aquí habla de un cuaderno verde.

—De momento no los he encontrado, ni aquí en casa ni abajo en la tienda. Supongo que deben estar en Reading y si los escondió, imagino donde pueden estar. Hasta ahora no he tenido fuerzas para ir. Los recuerdos y la ilusión que habíamos puesto en la rehabilitación de la casa me lo ponen difícil.

—¿Tampoco has ido a su oficina privada? ¿Has podido hablar con tus dos nuevas empleadas?

—Sí. Fui la semana pasada para recoger las fotos que tenía William sobre su mesa. Allí no había nada. Hay muy poco papel en esa oficina. Hoy en día la información con la que trabajan la guardan en un servidor que ni tan siquiera está Londres. Fueron muy atentas y comprensivas, me enseñaron y me dieron acceso a todo, pero no era el momento de ver cómo fluctuaban los fondos y las acciones en las que había invertido. También me abrieron la caja fuerte, pero lo único que había eran contratos y documentos que recogían lo que William poseía, poco más.

Le cogí la mano, se la apreté, la solté y seguí leyendo el cuaderno. De la época de estudios de Ben en la LSE William había escrito mucho sobre los trabajos específicos relacionados con economía, matemática y estadística. Sabía por Colin que William fue un fiel seguidor de los desarrollos que hizo Ben en materia de matemática aplicada a la economía. Páginas y más páginas del primer cuaderno llenas de fórmulas, símbolos, principios, números y teoremas. Eso me hizo pensar que por lo menos hasta aquel momento William no debía haber descubierto nada sobre Ben que le hiciese estar intranquilo. No me llamó la atención, la verdad, entendía poco de todo aquello, pero me fijé en la página treinta y dos en la que había una fórmula kilométrica subrayada en amarillo y con gran cantidad de tachones y números alrededor, como si William hubiese estado comprobando algo.

—Betty, no te lo vas a creer, ¿nunca has leído esta carta? —preguntó Colin mostrándome un sobre abierto.

—No. Los sobre blancos nunca los leí. Leí alguno de color, pero sólo alguno.

—¿Sabes que es del mismo Winston Churchill?

—¿Qué dices?, mi tía nunca me habló de él.

—Tampoco tú le preguntaste. ¿Ella no te preguntó nunca si habías leído las cartas que te regalaba?

—No. Sabía que a mí me gustaba el papel y el color de los sobres, los sellos, la caligrafía. Pero ahora que lo dices, cada año el día de mi cumpleaños, cuando me regalaba algún montoncito de sus cartas, me decía: “espero que te gusten, y guárdalas siempre contigo. Tal vez algún día te interese leerlas”. Yo le respondía que siempre estarían conmigo, que nunca me desharía de ellas. Igual estoy confundida y lo que realmente me quería decir es que estas cartas me podrían ayudar, y posiblemente el momento de hacerlo ha llegado.

—No las voy a leer, Betty, te las dejo para ti. Era un secreto entre tu tía y tú.

—Cuando termine con los cuadernos las leo, gracias. Oye, ¿por qué fue importante tu abuelo? He leído ya casi todo el primer cuaderno y todo lo que hay son fórmulas y teoremas.

—Estudió a partir de las matemáticas cómo evolucionaba la economía, eso que llaman ciclos en economía. Aplicó modelos matemáticos para analizarlos.

—Le debía gustar mucho ese tema a William—le dije a Colin.

—No te voy a decir lo contrario. A veces compraba rollos de papel continuo, los extendía en el suelo de la buhardilla y se ponía a calcular. Yo siempre preferí las flores, aunque tardé en darme cuenta y en dar el paso.

El cuaderno, después de las fórmulas, continuaba contando aspectos de la vida de Ben.

*Al terminar sus estudios universitarios en 1926 empezó a trabajar como analista en el Banco de Inglaterra mientras preparaba el doctorado, que presentó en 1930 en su universidad. A partir de esa fecha empezó a estudiar e investigar sobre el comportamiento cíclico de la economía, presentando sus primeras teorías en 1932 durante una conferencia internacional en la Universidad de Cambridge. Fue entonces cuando lo hicieron miembro de la Royal Economic Society y conoció al ilustre John Maynard Keynes, padre del keynesianismo, a quien empezó a rebatir su tratado sobre las probabilidades. Años más tarde, antes del final de la Segunda Guerra Mundial, Ben colaboró con Keynes en el desarrollo del algoritmo con el que el Reino Unido pagaría su gasto bélico en la guerra. Más colonias en África, más impuestos y menos gasto público para evitar la inflación. Las colonias no salieron bien paradas, algo de lo que Ben nunca estuvo orgulloso. Como miembro de la Royal Economic Society conoció a los grandes economistas de su época y participó en importantes foros internacionales donde se discutía sobre el tema. En octubre de 1937 fue invitado a participar en Zúrich, como ponente y organizador, en la primera conferencia internacional en la que se debatió sobre la formulación e influencia de los datos en los ciclos económicos. Dicha conferencia fue organizada por una entidad creada por los grandes bancos suizos con el objetivo de trabajar conjuntamente el desarrollo de la economía y el bienestar de los países. Nombraron a Ben consejero de dicha entidad, lo cual lo llevó a pasar largos periodos de tiempo en Zúrich.*

En ese punto del cuaderno aparecían unas flechas que indicaban que en esa época conoció a Sergio Silva y se reencontró con Rosa Ruiz y con un tal Leo Schulze.

*Entre 1937 y 1938 conoció a la periodista norteamericana Julia Jones, con quien tuvo un romance del que nació en 1947 su única hija, Martha, la madre de Colin. Julia regresó en 1951 a los Estados Unidos y no se volvieron a ver. En 1967 falleció Julia a causa de un cáncer. Ben acudió a su funeral en Nantucket, una isla al sur de Caped Cod, Massachusets. Martha, abandonada por su madre a los cuatro años, nunca quiso hablar de ella. Ben se encargó de su hija, por quien sentía verdadera adoración.*

William había dibujado dos corazones rojos en esta página, uno al lado de la primera vez que aparecía el nombre de Martha, y el otro al lado de Nantucket. A este último corazón lo acompañaba una nota fuera del texto: “la ballena que se tatuó Colin cuando cumplió dieciséis años era en realidad un cachalote de Nantucket, en honor a la abuela que nunca conoció. TQ Colin”. Entendí esas dos letras como un te quiero.

En el cuaderno no volvía a mencionarse ninguna otra relación de Ben con una mujer. Seguía contando detalles de su vida profesional.

*En 1946 lo nombraron Caballero de la Orden del Imperio Británico por sus aportaciones en materia de economía. Fue nombrado por el rey Jorge VI en presencia del ex Primer Ministro W. Churchill, amigo personal del barón Laurie, padre de Ben, que lo conocía también por sus colaboraciones con el gobierno británico. A partir de esa fecha Ben deja la investigación y se dedica a asesorar a distintas administraciones del Reino Unido y a la banca, pero esta actividad duró poco pues en 1952 la LSE le otorgó una de sus cátedras y Ben pasó al mundo de la docencia hasta que en 1961, ante la sorpresa de todos los académicos, decidió retirarse.*

*Compró una casa en Reading, se mudó allí con su hija y se dedicó a la lectura y a la investigación. Colin nació de una relación pasajera de su madre con un hombre a quien él nunca conoció, y se crio junto a ella y a su abuelo. En 1990 falleció Ben a los ochenta y ocho años. Yo ya le conocía y siempre lo recordaré.*

Al final del cuaderno estaban las dos páginas que escribió William sobre Sergio Silva.

*Por los datos que he podido encontrar, Sergio Silva debió nacer en 1918 en Sao Paulo, Brasil. Hijo de un banquero internacional. Su infancia la pasó en Hartford, en el estado norteamericano de Connecticut, aunque permanecía largas temporadas en Suiza. En 1936 su familia se mudó a Zúrich y Sergio empezó las carreras universitarias de filosofía y economía. Fue durante su etapa en la universidad cuando conoció a Ben, concretamente en la conferencia que tuvo lugar en octubre del 37. Sergio era un avanzado estudiante y desde el primer curso se interesó por la economía y la estadística. En un descanso de la conferencia a la que Sergio había acudido como oyente, asaltó a Ben, se presentó y se interesó por su trabajo. A Ben la actitud del joven Sergio le llamó tanto la atención que le propuso un encuentro para profundizar en sus intereses. A ese primer encuentro le sucedieron otros muchos y Ben terminó convirtiéndose en mentor de Sergio durante sus estudios.*

En esta parte del cuaderno volvían a aparecer fórmulas y teoremas con notas a ambos lados. Por alguna de ellas deduje que debía ser la manera en que Ben y Sergio rebatían sus teorías.

*A finales del 39 las comunicaciones telefónicas entre Londres y Zúrich empezaron a complicarse. Ben, para mantener correctamente la mentoría de Sergio, consiguió que un joven operario de la famosa fábrica de radios británicas Palmer modificase unas unidades del modelo TTC y las transformase en un transmisor receptor de larga distancia.*

*Al terminar sus estudios Sergio compaginó la investigación con la gestión del banco de su familia. Era considerado uno de los banqueros que más y mejor entendía el negocio. Mantuvo una frecuente y buena relación con Ben hasta 1975. De un par de cartas se desprende que algo pasó entre ellos. Ben le recrimina cierto comportamiento sin llegar a especificar lo que pasó. Algo debió hacer Sergio que Ben no aprobó.*

William había dibujado un interrogante y lo que parecía una señal de peligro en la frase anterior.

—¿Qué debió pasar entre Sergio y Ben? —me quedé pensando.

*Sergio no se casó ni tuvo hijos. Se dedicó siempre a su trabajo. No descansaba ni se tomaba nunca un día libre. Según Ben debía ser el hombre más rico del mundo, aunque sabía que debajo de su piel de banquero estirado se escondía uno de los mayores filántropos conocidos. La mayoría de sus ganancias, que eran muchas, las destinaba a proyectos para sacar a los niños de las favelas brasileñas, darles formación y permitirles un futuro lejos de la pobreza y, en muchos casos, de la delincuencia. Estuve intentando localizar durante cuatro días a Sergio en Zúrich. Aunque será mayor (tendrá noventa y cinco años), supe por algunos colegas míos en Suiza que hasta hace poco aún estaba activo, pero fue imposible. He llamado repetidamente a su casa, a su oficina, y la única respuesta que he conseguido es que no me podían dar información. Así que hoy he viajado a Zúrich y, acompañado por un conocido, me he presentado en su oficina. Sergio murió hace cinco días por un fallo respiratorio. No me dieron la información por teléfono porque esa era su voluntad. No quería que nadie anunciase ni comunicase ni hablase de su muerte. Un hombre un tanto particular.*

—Colin, acabo de terminar el primer cuaderno. ¿Cómo vas tú? —anuncié.

—Las cartas de tu tía ya están ordenadas esperando que las leas, así que voy a empezar a

elaborar un esquema con la información que tengo, las posibles conexiones entre los datos que vamos conociendo, los lugares a los que deberíamos ir para buscar más información y las personas a las que podríamos preguntar.

—Ok, voy a empezar con el segundo cuaderno azul.

—Ese empieza con tu tía. Ya verás, una mujer muy especial —remarcó Colin.

Así era, el segundo cuaderno empezaba con el nombre de mi tía y su fecha de nacimiento.

*Rosa Ruiz nació en Barcelona en 1905. En 1923 sus padres la enviaron a Londres para cursar estudios universitarios. Se matriculó en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la LSE. Por aquel entonces Ben cursaba tercero de carrera y en la LSE sólo estudiaban siete mujeres. Rosa se apuntó al grupo de debate político que Ben había fundado en su primer año de carrera. En aquel grupo se debatía sobre el devenir de la política en distintos países, no solo en el Reino Unido, y de aquella época Ben guardaba muchos papeles: agendas de debates, resúmenes, propuestas de leyes, planes de organización y desarrollo, y un trabajo muy especial redactado por Rosa. Era una propuesta para la unión de los estados del continente europeo con el objetivo de mejorar el progreso económico y social de los países integrantes. Esa propuesta que Rosa redactó con sólo dieciocho años debió cautivar a Ben, que llegó incluso a mandársela a su padre pidiéndole que la leyese con la mente muy abierta y valorase si la Cámara Alta del Parlamento debía conocerla. Como era de esperar el barón Laurie la desechó completamente tildando a Rosa de loca bolchevique. Puede que esa opinión de la familia de Ben sobre Rosa fuese la causa de que la posterior relación sentimental que mantuvieron no resultase más duradera. A los pocos meses de estar Rosa en Londres, ella y Ben empezaron a mantener una íntima relación fuertemente asentada en su compenetración intelectual. Rosa era una mujer que miraba al futuro y Ben un hombre que quería cambiar el mundo desde la perspectiva política y económica.*

William debía ser un romántico porque a partir de este punto escribió un buen número de páginas recogiendo lo que mi tía le escribía a Ben, tanto en relación con sus ideas como de sus sentimientos hacia él.

Después de leer el inicio de este segundo cuaderno empecé a entender algunas de las cosas que me había explicado mi tía, y sin duda Ben debió ser aquel hombre que tanto la marcó. Ella no me las contaba explícitamente, lo solía hacer en un sentido figurado y dejando información sin clarificar para que yo la descubriera. Todo eso ponía de manifiesto la enorme humildad de mi tía y su necesidad de pasar desapercibida. Nada de lo que estaba descubriendo me lo había contado nunca mi madre, seguramente porque lo desconocía. ¿Por qué mi tía no confió en sus padres o en sus hermanas?, ¿por qué me eligió a mí para que con el paso de los años fuese descubriendo quien fue Rosa Ruiz?

En otro apartado del cuaderno estaba anotada la ruptura y reencuentro de Rosa y Ben.

*En 1928 Rosa terminó sus estudios. Su relación con Ben continuaba pese a las reticencias de su familia. Ben trabajaba para un banco mientras preparaba el doctorado y ella tenía que tomar una decisión. La universidad le había propuesto quedarse, pero ella quería salir del mundo académico y trabajar en algo más real. Por sus ideas sobre gestión y planificación política Rosa mantenía relación con algunos miembros del Foreign Office, así que a los pocos días de recibir su licenciatura le llegó una oferta para trabajar en la embajada británica en Madrid como asesora política y responsable de las relaciones de la embajada con el gobierno español. Era un puesto que no podía rechazar y, seguramente, las intromisiones familiares y unas carreras profesionales incompatibles hicieron que Rosa y Ben no continuasen su relación.*

*Durante la época que Rosa estuvo en Madrid, primero con la dictadura de Primo de Ribera y después con los gobiernos de la Segunda República, ella y Ben no se vieron y solo se cruzaron esporádicas cartas para felicitarse el año nuevo y sus respectivos aniversarios. Aunque Rosa, dado su cargo en la embajada, realizaba frecuentes viajes a Londres, no se vio allí con Ben. En 1936 estalló la guerra civil en España y la familia de Rosa, debido a su ideología ya sus negocios, tuvo que salir del país y refugiarse en Suiza, concretamente en la ciudad de Zúrich, donde el padre de Rosa mantenía algunas amistades. Aquello hizo que Rosa se replantease su puesto, máxime cuando el resultado del conflicto era incierto y podía llegar a perjudicarla personalmente por sus ideas si uno de los bandos salía victorioso, como así fue. Rosa, en aquella época, ya disponía de pasaporte diplomático de doble nacionalidad, española y británica, por lo que el Foreign Office, a petición suya, la sacó de España y la envió al consulado de Zúrich. Era un puesto aparentemente de menor responsabilidad, pero era la manera de acompañar a su familia. Fue entonces cuando se produjo el reencuentro con Ben. Tras la conferencia que atendió él en octubre del 37 se citaron por primera vez desde que se habían despedido en la universidad, y reanudaron una relación que quedó esta vez estrictamente en el plano de la amistad. Por lo que se dice en diferentes notas, durante aquel período en que Ben pasaba temporadas en Zúrich los dos se vieron con mucha frecuencia, llegando incluso a relatarse encuentros y salidas conjuntas con Julia Jones, la entonces novia de Ben, Sergio Silva y el tal Leo Schulze.*

En este punto William había subrayado el nombre del Leo Schulze y al lado había anotado: “¿quien es este maldito Leo Schulze? No consigo saber quien es”.

*Al terminar la guerra civil en España la familia de Rosa regresó a Barcelona. Pocos meses después el Imperio Británico le declaró la guerra al Tercer Reich alemán, y en 1940 se le solicitó a Rosa su presencia en el Foreign Office, donde el mismo Anthony Eden, entonces Ministro de Asuntos Exteriores y más tarde Primer Ministro, le designó un nuevo puesto. Debido al curso de la guerra el Reino Unido debía estrechar sus alianzas con otros países y Rosa era la persona perfecta para liderar dichas misiones. Pasó a vivir entre Londres y Zúrich, lo que hizo que continuase su relación de amistad y sus encuentros con Ben.*

La palabra Tercer Reich estaba dentro de un círculo rojo seguida de unos interrogantes y una nota de William. Le extrañaba que Ben nunca escribiese las palabras nazi o nazismo, siempre escribía Tercer Reich.

El cuaderno de William seguía: *En 1946 Rosa fue nombrada Dama de la Orden del Imperio Británico por sus aportaciones en materia de relaciones internacionales dentro y fuera de la Commonwealth. Fue el mismo día que nombraron Caballero a Ben.*

Demasiadas coincidencias, escribió William.

*Es cierto que tras la guerra fueron muchas las personas nombradas caballeros y damas. Casi todos los días había nombramientos en Buckingham Palace. Pero me parece mucha casualidad que a Ben y a Rosa los nombrasen el mismo día. Además Churchill estuvo en los dos nombramientos y por lo que escribió Ben, al terminar el acto, acudió a un almuerzo privado con ellos dos. ¿Qué estaba pasando? Podría ser que dada la relación de Ben con el entonces ex Primer Ministro consiguiese el favor de éste para que Rosa y él fuesen ordenados el mismo día. ¿Manténían algún tipo de relación sentimental ellos dos? En aquel preciso momento Julia Jones estaba embarazada de Martha, la hija que tuvo con Ben, y que nació tres meses después.*

*Antes del nacimiento de Martha, Rosa volvió a Barcelona. Fue una decisión repentina. No hay más información que una carta de despedida a Ben. Aparentemente algo pasó porque durante algunos años dejaron de escribirse, y no es hasta 1957 cuando retoman la relación vía*

*correo postal. Se vuelven a escribir cada cierto tiempo para felicitarse el año y el aniversario. Un año antes de morir Ben, en 1989, Rosa, concedora de la enfermedad de su amigo, le escribió su última carta. Fue una verdadera declaración de amor en la que ella describió todo lo que había sentido y seguía sintiendo por él. Al terminar nombraba con mucho cariño, y por primera y única vez, a su sobrina nieta Betty, a quien legaría las cartas que él le había escrito y su insignia de Dama.*

*Tras su regreso a España y habiendo abandonado el mundo de la política y la diplomacia se convirtió en una especie de relaciones públicas para toda aquella persona, institución o empresa británica que estuviese interesada por su país. De manera no oficial mantenía relación con el Imperio por medio de su pasaporte británico y de su distinción de Dama. Murió en Barcelona en 1994.*

—¿Estás bien? —me preguntó Colin mientras me acercaba un pañuelo para que me secase las lágrimas.

—No lo sé.

—Imaginaba que te pasaría esto. Yo no conocí a tu tía pero también terminé llorando.

—¿Por qué crees que nunca contó su vida a su familia?

—Tal vez sí lo hizo. Te la contó a ti, a su manera.

Me levanté, miré por la ventana el tilo y el magnolio que acompañaban al estanque del patio trasero de la casa y suspiré.

En la página siguiente del cuaderno, después de lo que se contaba de mi tía Rosa, había escrito en mayúsculas: POR FIN. Y continuaba: "*Ya sé quien era Leo Schulze*".

*Leo Schulze nació el mismo año que Ben pero en Munich. Su familia era la mayor productora de lúpulo del país. En 1919, tras el fin de la Gran Guerra, fue enviado a Londres donde en 1920 comenzó su formación en la misma universidad que Ben. Allí se conocieron y fueron compañeros de aula y de estudios. Además de estudiar tocaba el violín. Según Ben, Leo podría haber sido uno de los grandes de la música, pero prefirió las regresiones lineales. Decía que igual era eso, que tenía la habilidad de convertir las variables de las fórmulas matemáticas en notas musicales y esa destreza hacía sonar tan bien su violín. Fueron buenos amigos e imagino que Leo debía conocer también a Rosa. Al terminar sus estudios regresó a Alemania y se doctoró en econometría. Su carrera profesional la dedicó a la investigación y fue uno de los miembros más jóvenes en ingresar en la prestigiosa y antigua Academia de las Ciencias de Berlín-Brandeburgo por donde habían pasado entre otros Voltaire y Kant, y donde conoció a Albert Einstein justo antes de que éste abandonase Alemania y se marchase a los Estados Unidos. Leo y Ben se escribían, hablaban por teléfono y por lo menos dos veces al año se encontraban, bien en Londres o en Berlín. Pero a partir de 1934, con la llegada de Hitler al poder y la proclamación del Tercer Reich, Leo comenzó a trabajar para el gobierno alemán y los dos amigos dejaron de relacionarse. En 1937 se reencontraron en Zúrich donde Leo había comenzado a trabajar como analista en un banco suizo, dejando atrás su país y todo lo que eso representaba. Aquellos años en Suiza sirvieron para retomar y fortalecer su amistad. Son muchas las notas de Ben en las que hace grandes elogios de su amigo, tanto en lo profesional como en lo personal.*

Sonó el teléfono móvil de Colin.

—Dígame. Sí, soy yo.

—De acuerdo, si les parece bien iré mañana por la mañana. Seguramente me acompañará una

amiga. Gracias, hasta mañana —añadió Colin.

—Betty, ¿te importaría acompañarme mañana al banco para recoger el contenido de la caja de William? Ya tienen disponible la llave para que pueda abrirla.

—¿Seguro que quieres que te acompañe? —le pregunté con gesto de duda—. ¿No prefieres estar solo?

—Te estoy pidiendo mucho, pero me sentiría mejor si me acompañases.

—No te preocupes, iré contigo.

Colin me lanzó una sonrisa en señal de agradecimiento.

El segundo cuaderno terminaba con la muerte de Leo.

*El 18 de marzo de 1945 Ben recibió devuelta la carta que envió desde Zúrich a los padres de Leo el día 6 de marzo del mismo año.*

Apreciados Sres. Schulze, Me duele tremendamente comunicarles la muerte de su hijo Leo, queridísimo amigo mío.

*El pasado 3 de marzo tuve la oportunidad de dar un largo paseo a primera hora de la mañana alrededor del lago de Zúrich con su hijo, algo que nunca olvidaré. Como de costumbre, Leo con su conversación iluminó mi día y mi pensamiento. Nos despedimos y él se dirigió a la sede del banco en el que trabajaba, donde poco después de mediodía se produjo una enorme explosión a causa de un escape de gas. Su cuerpo sin vida ha sido encontrado esta misma mañana entre los escombros, quiero que sepan que me ocuparé personalmente de que sea repatriado y enviado a su Munich natal.*

*Leo siempre fue mi amigo. Desde que nos conocimos en la universidad he profesado una auténtica devoción por él, por su sabiduría, por su arte con la música y por la manera de entender la amistad y la justicia. Nunca lo olvidaré. Somos muchos los que agradecemos a Leo su constante defensa de la verdad.*

*Me uno al dolor que deben sentir por la pérdida de su hijo y ténganme a su disposición para cualquier cosa que puedan necesitar.*

*Siempre suyo*

*Benjamin Laurie*

*Ben nunca tuvo noticias de la familia de Leo pero años más tarde se encargó de que tanto en la Royal Economic Society como en la Academia de la Ciencia de Berlín-Brandeburgo se le otorgasen a título póstumo las medallas de miembro honorífico por sus aportaciones en el campo de la econometría.*

Y así terminaba el segundo cuaderno azul de William.

—Los he terminado de leer, Colin. ¿Cómo vas tú?

—He terminado el esquema de lo que dicen los cuadernos y las notas de William, y he hecho la lista de donde podríamos ir y a quien preguntar para sacar más información.

—¿Por qué no vamos a almorzar ahora y yo sigo después con las cartas de mi tía? —dijo Betty en un tono muy convincente.

—Me parece bien. ¿Conoces el Museo Geffrye?, acaban de abrir una cafetería en la que

podemos tomar algo.

—No he estado, pero mi suegro nos ha hablado de él.

—No es muy conocido pero vale la pena. Muestra como eran las casas inglesas desde el siglo diecisiete hasta nuestros días, y lo tenemos a cinco minutos andando, muy cerca, en Kingsland road.

—Dame diez minutos que llame a Harry, me pongo unas zapatillas y nos vamos.

—OK, te espero abajo.

Bajé al dormitorio, me calcé mis *All Star* blancas y esperé un poco decidiendo si llamaba o no a Harry.

Lo hice, necesitaba hablar con él.

—Hola, Harry.

—¡Hola!;Qué alegría oírte!

Segunda vez que le llamaba en poco más de 48 horas. En la primera me llamó Bet y ahora se alegraba de oír mi voz. Empezaba a parecerse al Harry de años atrás.

—¿Qué haces?

—Lo de siempre a esta hora. He terminado las visitas de la mañana y ahora voy a meter el informe.

—Todos tus días son iguales.

—Bet, no empecemos. Ya lo sabes, esto es la vida.

—Antes no pensabas así —le cortó Betty.

—Sí, pero antes no tenía una hipoteca, no tenía dos maravillosos enanos a los que cuidar, y no tenía una mesa con una montaña de facturas que no para de crecer. ¿Qué puedo hacer?, ¿lo mismo que mi abuelo? Me voy a Whitby, compro un barco de pesca y me dedico a eso y a leer. Por favor, Bet.

—¿Pero y si lo intentásemos?

—¿Intentar qué?, ¿cambiar?, ¿dejar de ser un comercial de seguros amargado al que lo único que le motiva en su vida es volver a casa para ver a sus hijos y a ti, aunque ya no sintamos lo mismo?

—Eso, eso mismo —contesté—. Los dos, tú y yo estamos dentro de una espiral sin salida, nuestros trabajos son la antítesis de lo que soñábamos y lo sabes, Harry, lo sabes, siempre lo has sabido. Nos estamos destruyendo.

—Mira, Bet, puede que esté de acuerdo contigo y que nuestra relación se esté desmoronando. No te lo voy a negar. Es cierto que ninguno de los dos hemos cumplido los sueños que teníamos hace dieciocho años, pero volver atrás es muy difícil, el entorno y las necesidades nos han encerrado. Mira, cada puñetero día, cada uno, cuando consigo que me firmen una póliza, justo después de que el cliente me entregue la hoja firmada pienso lo mismo: “¿para qué me sirven las nueve lenguas que hablo y escribo?, ¿para qué?, ¿para qué me sirve haberme doctorado en criptografía?, ¿para qué?”. Y sabes que me respondo: “para nada”, pero prefiero pensar en el presente, en nuestros hijos y en su futuro.

—¿Y cual es ese futuro, Harry? ¿Un futuro con sus padres separados?, ¿un futuro con una mentalidad conformista, como la nuestra?, ¿un futuro en el que no se lucha y nunca pasa nada?

—No me ataques, Bet, por favor. En el fondo sabes que pienso como tú. Hace años, cuando llegamos aquí, lo intentamos, buscamos todas las fórmulas para dedicarnos a lo nuestro, pero no pudo ser, y ya ha pasado mucho tiempo —concluyó Harry con síntomas de agotamiento en la voz.

—No quiero reprochártelo, pero no debimos irnos a España.

—Lo sé, y me culpo cada día de mi insistencia, me culpo de mi decisión, me culpo incluso de

haber truncado la carrera de quien podría haber sido una gran egiptóloga de mente clara y espíritu tenaz y ávido. Y me muero por dentro cuando lo pienso.

—Mi carrera no se ha truncado, y la tuya tampoco, simplemente están paradas, pero podemos reactivarlas. Cambiemos de lugar si es necesario, pero hagamos algo, Harry, por favor, hagamos algo —suplicaba Betty a través del teléfono.

—¿Estás segura?

—Sí, claro que lo estoy.

—Pensémoslo entonces.

—Gracias, Harry. Te sigo queriendo.

—¿Cuándo volverás? No quiero preguntarte qué estás haciendo, solo saber si volverás pronto.

—Aún no lo sé, tal vez dentro de diez días o dos semanas. Me dejé la vuelta abierta. Pero tengo ganas de verte.

—Y yo. ¿Has hablado con mi abuelo?

—No, con tu abuelo no. Llamé ayer por la tarde a tu padre para decirle que estaba en Londres y que podríamos vernos una noche.

—Que raro, ayer por la mañana me llamó Ian, sabía que estabas en Londres. Me echó uno de sus sermones: Que te llame todos los días, que Londres es una ciudad cada vez más peligrosa, que debo saber dónde estás. Quiere que nos veamos pronto. Igual voy a verlo dentro de tres semanas. Cada vez lo encuentro más cansado y me gustaría pasar más tiempo con él.

—Yo no le he dicho a tu abuelo que estaba aquí. Sí que es raro. Igual se lo dijeron los niños cuando le llamaron el sábado, pero yo no.

—Ya sabes como es mi abuelo. A mi me quiere, pero a ti te adora, y siempre ha tenido ese sentimiento de protección hacia nosotros.

—Él también es adorable.

—Mucho —confirmó Harry—. Se despidió diciéndome: “Quiero que recuerdes, Harry, que tú no eres un agente de seguros, eres un criptógrafo, un criptógrafo”.

—Él también querría verte feliz. Estoy segura.

—Les diré a los niños que te llamen hoy antes de acostarse —dijo Harry anunciando la despedida.

—Déjalos tranquilos, así no me entrará la morriña. Ya los llamaré yo mañana.

—Como tú quieras.

—Te mando un beso, Harry.

—Cuídate, Bet. Te quiero.

¿Habíamos necesitado tantos años y un pequeño distanciamiento geográfico y temporal para poder hablar? En el fondo estaba feliz porque esta charla era necesaria, pero aún nos quedaba mucho por hacer. Miré el reloj y ya habían pasado quince minutos. Colin debía llevar un rato esperándome.

Bajé corriendo las escaleras.

—Lo siento Colin, hablaba con Harry y se me ha ido el santo al cielo.

—Eso es buena señal, ¿no? —dijo Colin con un tono alegre.

—Sí, sí que lo es. Estamos dando los primeros pasos. Sabes, Colin, ¿hace cuanto que nos conocemos?, nada, ¿no?, desde el viernes de la semana pasada que te colaste en mi radio, lo cual más extraño no puede ser. Y aún así ayer me vine a Londres y estoy durmiendo en tu casa. Y tengo la sensación de conocerte desde hace mucho tiempo, te siento como si fueras uno de esos amigos

íntimos que solo con la mirada te entienden y con quienes puedes compartirlo todo.

—A mi me ocurre lo mismo, Betty. Será cosa de tu tía Rosa y mi abuelo Ben.

Continuamos conversando mientras andábamos hacia el museo. Una charla sobre nuestros intereses, nuestros gustos y sobre nuestras vidas. Al llegar, Colin me propuso hacer una visita rápida al museo antes de almorzar, y así lo hicimos. Me encantó y Colin me explicó que rara era la semana que William no iba a visitarlo o a realizar alguno de sus talleres. Se paseaba por las salas y al salir pedía un café y se lo tomaba siempre en el mismo banco del jardín.

Nos sentamos en una mesa de la cafetería al lado de un gran ventanal que daba a la biblioteca y comimos mientras seguíamos hablando de nuestras vidas.

Colin, de pequeño, había querido ser carpintero o agricultor, nada que ver con lo que estudió. Le gustaba estar cerca de todo aquello que proviniese de la naturaleza. Su abuelo le marcó mucho y, aunque nunca lo intentó orientar hacia el mundo de la economía, el peso de un familiar como Ben lo llevó a estudiar lo mismo que él y en la misma universidad. En cambio William siempre había querido ser lo que fue. Sus padres fallecieron en un accidente de tráfico el año que él y Colin terminaron los estudios. Los dos eran profesores de literatura en un colegio de Dover y siempre se volcaron en su formación, llegando incluso a hacer esfuerzos económicos para que pudiese estudiar en los mejores centros del Reino Unido. William, que ya de muy pequeño leía la prensa financiera, se convirtió en un economista experto en los mercados internacionales, uno de los más reputados de su país. Pero siempre le mordió por dentro la misma inquietud. Creía que había que devolver a la economía su origen ligado a las humanidades y a la filosofía, compaginando su valor como ciencia exacta con su valor social. Esto es lo que lo condujo al final a tomar la decisión de parar por un tiempo.

Yo cuando era muy pequeña quería ser como mi tía abuela Rosa. Su casa estaba repleta de objetos traídos de todos los lugares del mundo, parecía un museo, pero un museo en el que se podían tocar las cosas. Por mi estatura no los alcanzaba, pero mi tía los cogía entre sus manos y los dejaba en el suelo, nos sentábamos las dos con las piernas cruzadas, como los indios, y me contaba la historia del objeto. Qué era, para qué servía, de dónde y cuándo lo había traído. Si el objeto era antiguo su explicación se alargaba porque me contaba la civilización de la que provenía. Y así íbamos dando vueltas por toda la casa, sentándonos en cada palmo del suelo. En aquella época yo no era capaz de comprender a qué se había dedicado realmente mi tía, así que pensaba que había sido viajera y aventurera, y yo quería ser como ella. Pero es verdad que mi atracción por la historia, y en especial por la antigua, se empezó a forjar en aquellas visitas guiadas por la casa museo de mi tía. Así que estudié historia y me especialicé en el antiguo Egipto. Durante aquellos años de estudiante seguí yendo todos los miércoles a pasar la tarde en casa de Rosa, pero esta vez era yo quien hacía de guía y le contaba lo que aprendía en la universidad sobre sus objetos.

Terminamos de comer y volvimos paseando a casa de Colin. Fue entonces cuando le pregunté por Martha, su madre.

—¿Dónde vive tu madre?

—En Brighton. Cuando murió mi abuelo, con la herencia compró una casa y una franquicia de McDonalds y se mudó allí.

—¿Qué?, ¿trabaja en un McDonalds?

—Ya no, pero lo estuvo dirigiendo algunos años. Ahora tiene una chica que se lo gestiona.

—¿Cómo te llevas con ella? —continué preguntando.

—Muy bien. Intentamos vernos aquí o allí por lo menos una vez al mes. Quería a William

tanto como a mi, siempre hablaba de “mi hijo William y mi hijo Colin”.

—¿Sabe algo de lo que pone en los cuadernos referente la vida de tu abuelo?

—Creo que no. La semana pasada tuvimos una larga charla por teléfono y me di cuenta de que lo desconoce. Tampoco he querido contarle nada, ni del contenido de los cuadernos ni de mi opinión sobre la muerte de William. Prefiero no preocuparla. ¿Y tus padres? —inquirió ahora Colin.

—Viven en Barcelona, están bien de salud y disfrutan de su jubilación haciendo excursiones por el campo y viendo mucho cine. Pero nunca he tenido una relación de mucha confianza con ellos. Imagino que hubiesen querido para mi una vida tan convencional como la de los hijos de sus amigos, que me casase con un chico de Barcelona, que hubiese estudiado derecho y que todas mis raíces se hubiesen quedado allí. Pero yo no soy así.

Entramos en casa y antes de subir a la buhardilla ayudé a Colin a recoger dos lechugas del huerto que tenía en el jardín de detrás de la casa. Iban a ser parte de nuestra cena.

\* \* \*

Mientras tanto en Zúrich August recibía de Carl, el jefe del operativo a quien le habían encargado las investigaciones y el seguimiento, un resumen de lo que en los dos últimos días se había hablado en la casa de Shoreditch.

—Carl, ¿tenéis micros en todas las estancias de la casa? —preguntó August.

—Sí, en todas, incluso en los baños. Además, tenemos acceso al teléfono fijo y a sus móviles.

—¿No crees que sería conveniente hacernos con esos dos cuadernos que tienen?

—Aún no, August. Puede que encuentren más información y necesitamos que no sospechen nada. Por sus conversaciones sabemos muchas de las cosas que cuentan los cuadernos. No debemos precipitarnos, creo que nos van a llevar hasta donde nos interesa.

\* \* \*

Ya en la buhardilla, Colin y yo nos sentamos en la mesa, uno enfrente del otro, con el montón de cartas de mi tía ordenadas por fecha y con un bloc de notas en blanco. La idea era que las leyésemos los dos. Yo empezaría y se las iría pasando a él conforme las terminase de leer.

La primera carta era de diciembre de 1923, se la había enviado Ben. Le escribía en relación con la última reunión del grupo de debate político que dirigía en la universidad. En aquella reunión mi tía había participado muy activamente y Ben quería agradecerle sus aportaciones.

Entre las siguientes cartas del primer cuatrimestre del 24 se mezclaban algunas de Ben, otras de compañeros de universidad y tan solo una de su familia.

—Betty, ¿tenía buena relación Rosa con sus padres y sus hermanas? —quiso saber Colin.

—Ya me he dado cuenta, en casi todo un año solo le escribieron una vez.

—Igual hablaban por teléfono.

—No creo. Mi tía era una mujer muy independiente, mucho. Recuerdo que mi abuela, con la que yo no me llevaba muy bien, siempre hablaba de su hermana Rosa como una persona un tanto distante a quien no le gustaba que se inmiscuyesen en su vida.

—¿Tú lo entiendes todo? A mi me está costando descifrar algunas palabras.

—A mi también. La caligrafía es muy trabajada, pero en algún caso cuesta de entender, necesitaríamos a nuestro lado a un criptógrafo como Harry —sugirió Betty como si pensase en voz alta.

—¿Es bueno?

—Sí, de los mejores. Nos conocimos así, en una beca de investigación en el *British Museum*, investigando sobre la piedra Rosetta. Ni te imaginas lo que podía llegar a descifrar.

—A mi abuelo Ben también le gustaba la criptografía, codificaba muchos de sus estudios. Cuando era pequeño me llegó a enseñar un lenguaje en clave para hablarnos sin que mi madre nos pudiera entender. Ella se ponía nerviosísima mientras nosotros nos reíamos a carcajadas. Son momentos de la infancia que recuerdo muy bien.

En mayo del 24 Ben le escribió por primera vez a Rosa declarándole lo que sentía por ella. A partir de ahí las cartas de este tipo se sucedieron y de su contenido se deducía que mi tía Rosa debía enviarle cartas similares. Estaba clarísimo que mantenían una relación sentimental.

—Colin, no sé, pero me da la impresión de que faltan cartas. Como si mi tía me hubiese dejado únicamente las necesarias para poder entender el hilo de su vida. La secuencia es muy clara.

—Sigamos, Betty —dijo él sin levantar la cabeza.

A finales de 1928 Rosa recibió una carta de Ben, seguramente respondiendo a una suya. Le deseaba suerte en su trabajo en Madrid, lamentaba que su relación se hubiese terminado y le pedía mantener la amistad. Había tantos halagos hacía mi tía en aquella carta que se me puso la piel de gallina. Debió ser una mujer increíble.

A partir de 1929 las cartas de Ben eran de fechas concretas para felicitarle el año nuevo y el aniversario, cosa que seguramente haría ella también. Eran cartas más bien formales en las que se contaban su actividad profesional pero se adivinaba un cierto esfuerzo por evitar entrar en el terreno emocional.

26 de noviembre de 1936, en plena Batalla de Madrid, en una carta con sello y lacre diplomático Ben escribió:

*Querida Rosa,*

*Acabo de tener noticias de la marcha de tu familia a Zúrich, puedo comprender sus motivos. Esta mañana un excompañero de Eton que trabaja en el Foreign Office me ha contado los últimos episodios. Sé que Madrid está asediada, que sufrís constantes bombardeos y que la lucha en las calles está siendo terrible. Espero y deseo, por encima de cualquier cosa, que estés bien. Entiendo que tendrías tus razones para decidir quedarte y no marcharte en agosto junto con el embajador, pero mi contacto me ha confirmado tu reciente solicitud para salir de España ahora y refugiarte donde nuestro gobierno considere. No ha sido fácil, he tenido que mover algunos cables, incluso enfrentarme a mi padre para conseguir que pidiera algunos favores, pero lo he conseguido. En los próximos días un avión de la RAF [\[1\]](#) te sacará de Madrid desde el aeródromo de Alcalá. Un agente del MI6 en España dispondrá todo el operativo y se pondrá en contacto contigo. Solo pido, Rosa, que no sea demasiado tarde.*

*Siempre tu amigo  
Benjamin Laurie*

Le pasé la carta a Colin y esperé a que la terminara. Al poco levantó la cabeza y me dijo.

—Esto me suena. Entre los papeles que escondió William junto con los cuadernos hay algo más. Espera un momento.

Se levantó, se acercó a la mesa y rebuscó dentro de la caja de cartón que contenía los papeles.

—Aquí está. Sabía que algo más había leído. Esta carta se la envió tu tía a mi abuelo cuando consiguió salir de España. Toma.

La carta empezaba así:

*Zúrich 12 de diciembre de 1936*

*Mi querido Benjamin,*

*Siempre te estaré agradecida por lo que has hecho por mí. A los dos días de recibir tu carta contactó conmigo Edwin, del MI6, informándome de cada uno de los pasos de la operación que habían preparado para mi salida. Anteayer por la noche un coche me recogió en la parte trasera de la embajada y, acompañada por dos personas con uniformes del bando nacional, atravesamos Madrid. Sufrimos un contratiempo antes de llegar al aeródromo, un grupo de sublevados ordenó parar el coche y nos registró. Mis acompañantes les indicaron que íbamos a Guadarrama, que yo tenía información confidencial para el General Emilio Mola. Nos dejaron pasar y conseguimos llegar a Alcalá. El aeródromo estaba totalmente a oscuras pero un coche, que resultó ser el de Edwin, nos tiró las luces. Nos acercamos a él y esperamos unos quince minutos hasta que un avión de combate pequeño aterrizó con la única guía de unas fogatas al inicio y al final de la pista. Sin que las hélices se parasen me despedí de Edwin, el piloto descolgó una escalerilla y subí. Ya en pleno vuelo, a través del comunicador se presentó el teniente Jeremy, tu amigo y piloto. Me dio recuerdos de tu parte, me contó todo lo que habías tenido que hacer para conseguir sacarme de Madrid y me dio a conocer todos los detalles de su Spitfire Marine biplaza. Aterrizamos cerca de Burdeos para poder repostar y continuamos hasta Zúrich. En el aeropuerto militar me esperaban dos personas del consulado británico que me condujeron hasta la casa en la que está mi familia. Esta misma mañana he acudido al consulado para tomar posesión de mi nuevo cargo diplomático.*

*Te agradeceré eternamente tu tesón para conseguir ponerme a salvo.*

*Por favor, dale las gracias de mi parte a tu padre, y nuevamente a tu amigo Jeremy y a Edwin.*

*Siempre tu amiga*

*Rosa Ruiz*

—Colin, ¿sabes que desconocía por completo este pasaje de la vida de mi tía? No tenía ni idea.

—Me pasa lo mismo a mí con mi abuelo, aunque en algún momento he llegado a pensar que lo dejó todo preparado para que algún día lo supiese.

Seguí leyendo las cartas de Rosa. La siguiente por orden cronológico también era de Ben, era de septiembre de 1937 y le decía que el próximo mes pasaría tres semanas en Zúrich para participar en unas conferencias y poner en marcha un grupo de trabajo. Terminaba diciendo: “Después de tantos años me gustaría que nos volviésemos a ver, querida amiga”.

De las siguientes cartas deduje que mi tía y Ben se reencontraron pero no volvieron a mantener una relación sentimental. Él le escribía desde Londres, pero hablaban de los momentos que habían pasado juntos en Zúrich, ellos y otros amigos, los mismos que se mencionaban en los cuadernos: Julia, Sergio y Leo. Hablaban de las cenas, de sus visitas al teatro, de política y mucho de la música que escuchaban. Yo no sabía que mi tía era una melómana, jamás la vi escuchar música, ni tan siquiera hablar de esa afición, pero por lo que decían las cartas les encantaba

asistir a conciertos, tanto públicos como a sesiones privadas en casa de conocidos.

Había una carta con contenido muy escueto que me llamó la atención. Estaba fechada el dos de octubre de 1939, un mes después de estallar la Segunda Guerra Mundial. Ben le decía a Rosa que tenía la aprobación. Mozart le había dicho que podían empezar a tocar, y le pedía a mi tía que reuniese a la orquesta.

—Colin, tienes que leer esta carta, rápido —le dije con voz alterada.

La leyó y me miró con una cara que no mostraba tanta sorpresa como la mía.

—En aquella época pasaron muchas cosas. Había gente que tenía miedo, no se sabía bien de qué bando podían estar las personas con las que se relacionaban. ¡Imagínate en Zúrich!, estaba lleno de alemanes y mi abuelo era inglés. Además, su padre era político, y uno de los conocidos. Imagino que inventaron una forma de comunicarse con mayor seguridad y para evitar posibles malentendidos si alguien les intervenía el correo.

—¿De verdad te crees lo que me estás diciendo?, Colin.

—No es que me lo crea o me lo deje de creer, esa carta puede significar cualquier cosa que queramos imaginarnos, pero te puedo asegurar lo que te he dicho. Yo conozco gente cuyas familias, incluso en el mismo Londres, utilizaron formas particulares de hablar y comunicarse entre ellos para que otros no pudiesen saber lo que decían. Tenían miedo, lo que sucedía era muy grave, y nadie sabía cómo podía terminar. Imagínate si el Tercer Reich hubiese conseguido invadir Reino Unido. ¿Qué habría pasado con mi bisabuelo, mi abuelo y toda su familia?, imagínatelo.

—Puede que tengas razón. Por cierto, conozco poca gente que cuando habla de los nazis hable de ellos como el Tercer Reich, y tú lo acabas de hacer. Eso mismo le llamó la atención a William y lo anotó en el primer cuaderno sobre tu abuelo.

—Supongo que es algo que heredé de Ben. La verdad es que no conozco la razón por la que hablaba de ellos así, pero lo hizo siempre.

Lo que pensaba Colin sobre aquella carta no terminó de convencerme. Podía ser, pero me resultaba extraño. En menos de una semana estaban pasando demasiadas cosas en mi vida.

La siguiente carta provenía del Foreign Office, era de 1940. Se le pedía a mi tía que se presentase en Londres para ponerla al corriente de algunos cambios y ofrecerle un nuevo puesto. Después de ésta, ya no había más cartas hasta septiembre de 1946. Era la que me había mencionado Colin, la que escribió el ex Primer Ministro Sir Winston Churchill<sup>[2]</sup> a mi tía. Muy posiblemente nunca me fijé en ella por la sobriedad del sobre pero, efectivamente, el remite no dejaba lugar a dudas. Allí estaba grabado en letras negras: Líder de la muy leal Oposición de su Majestad.

*Mi muy apreciada Sra. Ruiz*

*No me corresponde a mí sino a la Casa de su Majestad el Rey hacerle el siguiente anuncio, pero he querido ser yo, con la aprobación de nuestro monarca, quien personalmente se lo comunique.*

*Me complace enormemente convocarla el próximo diecinueve de octubre en el Palacio de Buckingham para que su Majestad Jorge VI pueda otorgarle el grado de Dama de la Orden del Imperio Británico por sus aportaciones en materia de relaciones internacionales dentro y fuera de la Commonwealth.*

*El gobierno que dirige ha promovido dicho nombramiento como acto de agradecimiento a su total entrega, pero personalmente querría añadirle, consciente de todo lo acaecido en los últimos años, mi gratitud por sus acciones en defensa de nuestro pueblo, por las que merece la consideración de heroína del Imperio Británico.*

*Con todo mi respeto, su Excelencia el Líder de la Oposición y Ex Primer Ministro Sir Winston Churchill*

Le pasé la carta a Colin.

—Estoy segura de que mi tía hizo algo importante en aquella época. ¡Hasta el mismo Churchill la llama heroína!

—Eso parece, tiene toda la pinta.

—¡Cómo poco debía ser espía!

—Tampoco te pases, Betty, que España no participó en la guerra. Pero aquí, en Francia, Bélgica, Holanda y en otros países son muchas, pero muchas, las personas que te pueden contar las heroicidades de sus familias en aquellos años. Al final Hollywood, las cadenas de televisión y la Wikipedia se han encargado de que asociemos la guerra a Hitler, Roosevelt, Churchill, De Gaulle, Eisenhower o a Stalin. Pero, ¿quien nos habla de los miles o cientos de miles, o incluso millones de personas civiles que fueron héroes?, porque existieron de verdad. A muy pocos se lo reconocieron, pero estuvieron ahí. Con esto no quiero decirte que tu tía no fuera una heroína, seguro que lo fue, y tuvo la suerte de que se lo reconociesen.

—¿Tú conoces más héroes de la guerra?

—Muchos. El primero mi abuelo que, con independencia del motivo por el cual lo nombraron Caballero, siempre me ha parecido que ayudó en algo más, y no necesariamente algo secreto, si no que ayudó a gente, como a tu tía cuando la sacaron de Madrid. Además, hasta los doce años fui a un colegio público cerca de mi casa en Reading, y recuerdo muy bien que desde muy pequeños los niños nos contábamos, con el mayor de los orgullos, lo que nuestros abuelos o amigos de la familia hicieron durante la guerra. Algunos habían luchado en el frente, otros habían actuado de correo humano para transmitir información, apagado fuegos durante los bombardeos, trabajado en fábricas de tanques y de uniformes o acogido a personas que habían conseguido escapar y llegar a nuestra isla. Había de todo, y según el niño que lo contaba, parecía más o menos heroico. Pero nunca escuché de ninguno que le hubiesen reconocido su labor, más allá de algunas medallas al valor después de haber muerto en combate. En cambio, a los trece años ingresé en Eton, uno de los centros de la élite británica. Como te podrás imaginar todos o casi todos mis compañeros provenían de familias cuyos miembros aparecen en las enciclopedias. Allí también nos contábamos las historias de nuestras familias durante la guerra. Había militares, políticos, científicos y hasta espías. Y ¿sabes cual era la diferencia?, nuestros familiares sí tenían medallas y títulos. Así que esa es mi opinión, Betty. Hubo cientos de miles de héroes y heroínas, pero pocos tuvieron la suerte de ser reconocidos.

—Para venir de una familia de aristócratas tienes una opinión muy particular.

—Mi bisabuelo fue barón, pero mi abuelo no heredó el título, y tampoco creo que lo quisiera. Era un hombre que no creía demasiado en la diferencia de clases. Creía en las personas y, es más, pensaba que cualquier sentimiento de diferencia unido a la ambición era una fórmula que podía llegar a ser tan peligrosa como la bomba atómica. Así es como me educó. Fue él, no mi madre. Quiso que tuviese una educación plural, y creo que debo ser el único o uno de los pocos *Etonians* que primero fue a una escuela pública. Como estaba retirado y mi madre y yo vivíamos en su casa, era él quien me llevaba y recogía del colegio, quien pasaba las tardes conmigo, quien me contaba y me escuchaba. Es más, Betty, mira cómo era, en Eton yo estaba interno y el primer fin de semana que volví a casa, después de ingresar, le dije a mi madre que era homosexual. Yo pensaba que ya lo debía saber, pero se quedó paralizada. Mi abuelo se enfadó con ella por su reacción. Ellos ya lo habían hablado varias veces porque era manifiesto desde que era pequeño,

pero seguramente mi madre albergaba algún tipo de esperanza de que yo cambiara. Recuerdo perfectamente el discurso que le lanzó Ben a mi madre. Le habló de los valores que había tratado de inculcarle, los principios del ser humano, de aceptar al otro como es, de las bondades de que no seamos todos iguales y, sobre todo, de la importancia de la verdad. Para mi abuelo la verdad y lo verdadero eran conceptos fundamentales. La verdad era lo que es, lo que fue y lo que ha de ser, y si conseguimos verlo así, no nos desviaríamos del camino para hacer el bien. Entendía que la falta de verdad o la manipulación tendían matemática y socialmente a promover el mal. Nunca he conocido a nadie más comprensivo desde el convencimiento, no solo desde las ideas, con la libertad de género que Ben. No necesitaba ser activista, lo llevaba en su ADN, y eso que era un hombre nacido en 1902.

—¿Tuviste algún problema por ser homosexual?

—No, problemas de verdad no. Los imbéciles, como me decía mi abuelo, no tienen remedio y siempre existirán, pero tampoco hay que intentar desviarlos de su verdad. De pequeño algunas personas cuchicheaban a mis espaldas y, como mucho, alguno me decía algo que podía ofenderme, pero mi mente estaba bien adiestrada. El que tuvo algún problema fue William. Él vivía en Dover y en su entorno, no sus padres, debía haber bastantes más intolerantes que en el mío, y alguno que otro se lo hizo pasar mal.

—No te lo he contado pero yo trabajo con uno de esos imbéciles y, ahora que lo dices, Ben tenía razón, mi jefe seguramente es y será siempre imbécil y mejor no intentar cambiarlo.

Los ojos de Colin dibujaron una mirada que mostraba la autenticidad de su persona, me sonrió y me dijo.

—¿Seguimos para ver si descubrimos las heroicidades de tu tía?

—En el cuaderno de William decía que el nuevo puesto de Rosa se lo ofreció el mismo Anthony Eden. ¿Puede ser?

—Algún dato debió encontrar William que lo confirmase. A mi también me sorprendió un poco, pero a veces, dependiendo del cargo, es el propio Ministro de Exteriores el que realiza la propuesta y el nombramiento. Desde luego debió ser un puesto de mucha responsabilidad. En aquel momento las alianzas con otros países eran estratégicamente claves para el Reino Unido y los aliados y tu tía lideraba las misiones para promover esas alianzas. Imagino que debió conocer, además de a Eden, a muchos mandatarios. Lo verdaderamente extraño es que no te lo contase y que en España no fuera conocida por su destacada labor diplomática. Aunque te debo decir que aquí tampoco. Cuando leí los cuadernos llamé a una buena amiga que tiene un puesto de responsabilidad en el cuerpo diplomático y le pedí si podía averiguar quien fue tu tía, le di incluso los datos de las embajadas, consulados y puestos por los que Rosa había pasado, y nada. Me devolvió la llamada diciéndome que la información que había era muy escasa, poco más que algún registro de ingreso en la embajada de Madrid y en el consulado de Zúrich. Es como si tu tía hubiese sido una diplomática corriente. Pero ¡vete tú a saber!, igual entonces no se registraba tanta información, o se quemó o desapareció.

—No lo creo, Colin, te aseguro que hay algo más. No sé si sería espía o no lo sería, si lo que hizo era bueno o malo, pero desde luego hizo algo y nos escondió a todos quien había sido realmente.

El contenido de la siguiente carta me hizo sentir una enorme tristeza por mi tía, la recibió de Ben, en respuesta a una carta suya después de haber dejado Londres y regresado a España en enero de 1947.

Querida amiga Rosa,

*Tengo que reconocerte que al leer tu carta mis sentimientos se han enfrentado. Por un lado, desearía que siguieses aquí en Londres para disfrutar de tu persona, de tu charla y de tu afecto, pero por otro, dada la situación, entiendo que tu marcha es lo que necesitas para escapar de algo que se ha terminado convirtiéndose en imposible. Nos conocemos desde hace 23 años y en todo este tiempo hemos vivido seguramente mucho más que una vida. Hemos ido y hemos venido, como compañeros, amantes y luego amigos, pero siempre sabiendo que nos teníamos. Ahora, mientras te escribo me vienen a la mente muchos de los recuerdos juntos, desde aquellas ideas bolcheviques tuyas que seguro que veremos como se convierten en realidad en los próximos años, hasta nuestro primer beso y nuestra primera separación, nuestro reencuentro en Zúrich, la intensidad de vida durante la guerra, la lucha juntos y cómo la música al final sonó al compás de la verdad.*

*Me gustaría prometerte algo, querida Rosa, pero no puedo. Ojalá pudiésemos vivir otra vida y volver a encontrarnos de otra manera haciendo posible nuestro imposible juntos.*

*Siempre tuyo  
Benjamín Laurie*

—Pobre tía Rosa, ella amaba a tu abuelo y puede que él también, pero la relación no era posible. Él iba a ser o acababa de ser padre y seguramente mi tía no lo pudo soportar y regresó a Barcelona. Lo dejó todo y se fue, y no contó nada a nadie. Desapareció e hizo desaparecer todo lo que había hecho, lo que había sido.

—Así es Betty, yo he leído la carta que ella le envió a mi abuelo, y es tal y como dices.

—En estos momentos odio a tu abuelo —le dije sin poder evitar un tono enfadado.

—No lo hagas, era una cosa de los dos, y en el fondo mi abuelo nunca dejó de quererla. Esa decisión de seguir caminos distintos al final de la universidad les marcó para siempre.

—Y ¿qué sabes de tu abuela Julia?

—Poco, muy poco. Mi madre nunca me habló de ella y mi abuelo lo justo. Tuvo un romance con Ben durante la guerra, fue algo pasajero pero fruto de aquello nació mi madre y mi abuelo se sintió muy responsable, supongo que eso fue lo que hizo que tu tía se alejase de él. Luego mi abuela se marchó y Ben, que yo sepa, no volvió a tener ninguna relación seria.

No había ninguna otra carta hasta 1957, la de ese año era nuevamente de Ben. Efectivamente debieron estar diez años sin saber el uno del otro. Ben le contaba lo que había sucedido en esos años que estuvieron sin contacto. Le contó la marcha de Julia, cómo era y crecía Martha, cosas relativas a su cátedra en la London School of Economics, a sus investigaciones y rememoraba algunos hechos del pasado. Cierta comentario me llamó poderosamente la atención: lo mucho que recordaba y lo culpable que se sentía por la muerte de su amigo común Leo, y volvía a escribir una frase que aparecía en su última carta: “la música al final sonó al compás de la verdad”, y por último le decía que en bastantes ocasiones había estado tentado de conectar su Palmer, esperando escucharla al otro lado.

—¡Dios mío, Colin, mira lo que dice aquí tu abuelo!

Colin lo leyó y espetó el primer taco que yo le había escuchado hasta el momento.

—¡Fuck! Ya sabíamos que Rosa tenía una de estas radios, pero no que Ben y ella también las utilizaban para comunicarse. ¿Por qué, si en aquella época los dos tenían como base principal Londres?

Viajaban, pero su base era Londres. Y eso de sentirse culpable por la muerte de su amigo, pero ¿no había sido una explosión fortuita? ¿Qué pasó realmente? y ¿qué tuvo que ver mi abuelo con su muerte?

—Todo esto empieza a liarse, tenemos un problema con muchas variables y pocas respuestas.

—¿Quedan muchas cartas, Betty?

—Ya casi hemos terminado.

Ben siguió escribiendo a Rosa cada cuatro o cinco años, ella debió hacer lo mismo. Eran cartas más formales, para no perder el contacto y saber el uno del otro. La última que le envió fue en 1989, en respuesta a la última carta que le había escrito mi tía, conocedora de la enfermedad terminal de Ben.

*Querida Rosa,*

*Tu carta no me ha sorprendido, la he estado esperando los últimos cuarenta años, mi única duda era si llegarías a escribirla algún día. Creo que ya puedo morir tranquilo, por fin, sabiendo que me has perdonado por no haber tomado la decisión que nos habría permitido estar juntos. Siempre he sentido por ti lo mismo que tú por mí, pero no supe dar el paso, fui un cobarde. Espero que me puedas comprender.*

*De esta vida me llevo mucho más de lo que yo he dado. Estás tú, mi hija Martha, mi nieto Colin, estuvo Julia y mi gran amigo Leo.*

*He querido entender por tus palabras, que le estás dejando todo a tu sobrina nieta Betty, lo mío algún día lo encontrará mi nieto. Nuestro fiel lutier pasará a dirigir la orquesta, ayúdalo.*

*Te querré por siempre  
Benjamin Laurie, TTC*

Después de leerla tomé notas apresuradamente y comenté la carta con Colin. ¿Para qué nos habían estado preparando?, ¿qué teníamos que encontrar?, ¿quién era el lutier?, ¿por qué Ben firmaba con las siglas TTC?. Estaba claro que el momento había llegado y Colin y yo estábamos buscando algo que ellos querían que encontrásemos.

La última carta que me quedaba por leer de mi tía no tenía remite, sólo las iniciales, P. TTC, y estaba fechada en marzo de 1990, justo un mes después de morir Ben.

*Rosa,*

*Tal y como Benjamin te anunció, después de su muerte me voy a hacer cargo yo de la orquesta. Hace años que no sabes de mí, pero no he dejado ni un solo día de cuidar las partituras, es la única manera de que la música siga sonando al son de la verdad. Durante algún tiempo uno de los nuestros desafinó y nuestras Palmer dejaron de ser seguras, pero conseguimos que volviera a sonar bien y podemos volver a utilizarlas. Necesito hablar contigo y comentar asuntos sobre el futuro de las partituras, de las notas y de la orquesta. Sé por Benjamin que tu pupila es tu sobrina Betty, pero deberíamos comentarlo.*

*Por favor enciende tu Palmer el día que recibas esta carta y los siguientes seis días entre las cinco y las seis de la mañana, hora de Londres.*

*Muchas gracias, maestra*

*Peter*

Lo primero que hicimos Colin y yo fue buscar cualquier dato que nos llevase al remitente de

la carta. Nada, no había nada. Lo único que podía servirnos era el sello de la oficina de correos. Colin lo fotografió y se lo envió por whatsapp a un amigo, pidiéndole si podía identificar dónde se encontraba la oficina de emisión de ese sello. A los diez minutos le contestó, aunque no pudo ser muy preciso. La oficina exacta era muy difícil de determinar, pero lo que era seguro es que la carta se había enviado desde alguna población del condado de Yorkshire. Su amigo seguiría buscando para ver si podía encontrar la oficina.

Desde luego Colin y yo no nos habíamos conocido por casualidad, parecía como si todo se hubiese planificado para que en algún momento se produjese nuestro encuentro. Pero ¿por qué el desencadenante fue William?, ¿por qué tuvo que morir?, ¿quién lo mató?, y ¿por qué? Su intranquilidad en La Cocina de Megan durante la cena el día de su muerte, los preparativos para ir a Reading al día siguiente, el orden de la buhardilla que no llevaba su firma, las conversaciones en alemán que escuchó la vecina, y unos cuadernos y cartas llenos de variables, pero faltos de respuestas. Para mí era concluyente: Lo asesinaron. Pero necesitaba saber qué era lo que encontró o lo que hizo William para merecer ese final. Puede que Colin y yo estuviésemos ahora en peligro. O también podría ser que con su muerte hubiera terminado todo.

La sensación de temor de los últimos días había desaparecido y había dado paso a la necesidad de saber y descubrir, lo mismo que me ocurría hace ya muchos años cuando investigaba en los museos de historia.

—Colin, ¿tienes miedo? Podemos dejarlo si quieres —le dije con la voz muy calmada.

—Tengo rabia, Betty, mucha rabia. No entiendo por qué asesinaron a William ni qué tiene que ver mi abuelo en todo esto. Tendría que haber muerto yo, no él. ¡Qué diablos hiciste, Ben, para que 24 años después de tu muerte hayan asesinado al amor de mi vida! —gritó Colin con rabia—. Betty, espero que no haya sido por su culpa.

—¿Lo dejamos?

—Ni hablar, Betty, yo no, desde luego. No tengo ningún miedo. ¿Qué me puede pasar?, ¿lo mismo que a William? Él ya no está y era mi vida. Pero puedo seguir solo, te entenderé si lo dejas.

—Yo voy contigo, Colin. Necesito averiguar lo que Rosa quería que supiese, tengo que llegar hasta el final.

—Tienes hijos, Betty, hijos y un marido. ¿Estás segura?

—No nos pasará nada, no te preocupes, necesito seguir.

Plasmamos en un bloc toda la información de los cuadernos que consideramos útil, de las notas y de los papeles de William, de las cartas de mi tía Rosa y todos aquellos nombres y hechos de los que nos faltaba información. Nuestras grandes dudas, llegados a este punto, eran: quién era Peter, el lutier y si todavía seguiría vivo; qué querían mi tía y el abuelo de Colin que supiésemos; qué rayos significaban las siglas TTC y, sobre todo, por qué mataron a William y quién lo hizo. Escribimos estas dudas como principales y añadimos algunas otras que podían conducirnos a resolver las primeras. Como prioridad nos marcamos encontrar los otros cuadernos de William, para averiguar si el lutier seguía vivo y dónde se encontraba. Decidimos que a partir de ahora, por si acaso, seríamos más precavidos. Además de no conversar entre nosotros cuando la Palmer de Colin estuviese encendida, intentaríamos no hablar por teléfono de lo que estábamos haciendo y no comentar nada con otras personas, ni tan siquiera con Harry, mi marido, o con Martha, la madre de Colin. Al día siguiente iríamos a primera hora al banco en el que William tenía la caja de seguridad y de allí nos marcharíamos a Reading.

Ya era tarde, así que decidimos dejarlo. Colin me dijo que no le importaba que llamara a mi suegro para quedar con él, hubiese sido muy extraño, estando yo en Londres, no verlo en algún

momento. Como había imaginado, John me invitó a cenar en su casa. Me arreglé y a la media hora salí. Antes me despedí de Colin que estaba en el garaje montado en el Mustang verde botella de William fumándose un cigarrillo.

—¿Estás bien, Colin?

—Sí, sí lo estoy, vete tranquila, desconecta un poco y disfruta. Yo estaré bien, Betty.

Le pedí una calada de su cigarrillo, solté el humo y le dije que volvería pronto.

Cogí el metro en la parada de Shoreditch, tomé la línea roja hasta Oxford Circus y allí la línea azul a Islington. Me bajé, anduve un poco y llegué a casa de John. Como cada vez que nos veíamos me recibió con un beso, un abrazo y su frase de bienvenida: “ya está aquí mi Gala favorita”, en referencia a Gala Dalí, la musa del afamado artista de Figueras. Mi suegro es una persona muy afectuosa y cálida, nunca supe, ni por él ni por Harry, qué le llevó a dejar a mi marido y a su hermana cuando eran pequeños y marcharse a Londres. Tampoco nadie me contó nunca el motivo de la marcha de su mujer. Siempre me había sorprendido de Harry que, a pesar de su difícil infancia, fuese una persona tan vital y con un sentimiento familiar fuera de lo común en nuestros días. Tenía claro que nuestros hijos eran lo primero y luego venía el resto. Desde luego el que inventó el término resiliencia debió conocer a Harry. John, como era de esperar, me preguntó qué hacía en Londres. Me supo mal, pero tuve que mentirle, igual que cuando me preguntó en qué hotel me hospedaba. Fue una cena tranquila, hablamos un poco de todo y nos reímos. Era fácil reír con John. En ningún momento mencionó a Harry en la conversación hasta llegar al postre, cuando di la última cucharada a la tarta de queso que él había preparado.

—Betty, ¿cómo estáis Harry y tú? —me preguntó con semblante preocupado.

—¿Por qué lo dices?

—Cuando la madre de Harry se fue yo también hui.

—Te fuiste a Londres, no voy a preguntarte los motivos, pero ibas de vez en cuando a ver a Harry.

—Menos de lo que hubiese querido, no me hablaba cuando nos encontrábamos. Cuando yo llegaba los viernes él salía corriendo de casa y se refugiaba en el puerto, en el barco de mi padre. Ian tenía que salir a buscarlo y suplicarle que volviera, pero no me hablaba. Creo que me culpaba de haberlo separado de su madre y de su hermana. Nunca entendió por qué su madre no se lo llevó también con ella, y creo que incluso hoy sigue sin entenderlo. Debió sentirse rechazado y yo no lo ayudé.

—¿Y por qué no hiciste nada por ayudarlo? —le insistí con cierto reproche.

—Al cabo de cinco años lo intenté, la localicé y le conté como se sentía Harry, su hijo. Le pedí por favor que recapacitara, que él la necesitaba y también necesitaba a su hermana Emma, igual que yo. Pero nada, no quiso entenderlo, decía que lo justo era que cada uno tuviésemos a uno de los niños. ¡Puedes imaginar qué loca cabeza podía plantear una idea tan absurda! Así que dejé de insistir, seguramente Harry estaba mejor con Ian.

—¿Y Emma?, ¿nunca la has echado de menos?

—Cada segundo de mi vida, no pasa un momento en que no me culpe de nuestra separación, por lo mal padre que he sido con Harry y por no haber luchado más por recuperar a Emma —me contaba mientras le caían las lágrimas.

—Lo siento, John.

—No lo sientas, Betty, es lo que me ha tocado vivir. Lo hice mal. Por eso uso la máscara del humor para tapar al verdadero John que poco a poco se va pudriendo por dentro.

—¿Nunca la has vuelto a ver?

—Nunca. Harry tenía seis años cuando su madre se fue y Emma tenía siete, así que hace ya

38 años que no la veo, que no hablo con ella. Imagino que él nunca te lo ha contado. Cuando tenía trece años se escapó de casa de Ian y se fue en busca de su madre y de su hermana. Tardó ocho días en volver y vino directo a Londres a verme a mí. Las había encontrado en Ruan, en Francia. Tenía la intención de quedarse con ellas, pensaba que su madre lo aceptaría, pero no fue así. Después de intentarlo sin éxito trató de que Emma se fuese con él a Inglaterra, pero ella no quiso. Eran su sangre pero ya no eran su familia. Desde entonces se aferró como nunca a Ian, no lo niego, es quien lo cuidó como a un hijo. Años más tarde también volvió a mí.

—No tenía ni idea, John.

—Ni creo que nunca te lo cuente. Pero volviendo a lo de antes, Betty, ¿cómo estás?

—Digamos que la flor se marchita pero que si los dos queremos podría florecer de nuevo.

—Si hay algo en lo que os pueda ayudar, dímelo. Él nunca me lo pedirá, pero si puedo hacer algo, por favor, dímelo tú.

—Gracias por la cena, John, y gracias también por tu confianza.

—¿Irás a ver a Ian? —me preguntó cambiando de asunto.

—Estaré pocos días, no creo que tenga tiempo.

—Esta mañana me ha llamado para saber si te había visto. Sabía que estabas aquí y pensaba que tal vez habíamos quedado o íbamos a hacerlo.

—También se lo preguntó ayer a Harry. Es como tú, muy perspicaz. Imagino que también se ha dado cuenta de que Harry y yo no pasamos por nuestro mejor momento y debe estar algo intranquilo. Siento lo que te voy a decir, John, pero para Ian no hay nadie tan importante como su nieto Harry.

—Lo sé, Betty, y nunca podré agradecer a mi padre lo que hizo por mi hijo, cómo lo cuidó, cómo lo educó y lo mucho que lo quiere —terminó de decirme John antes de despedirnos.

Era tarde y cogí un taxi para volver a casa de Colin. Al llegar delante de la puerta de la calle tuve la impresión de haber visto antes en algún otro lugar a la mujer que pasaba andando en ese momento por la acera de enfrente. Más que la mujer —soy muy mala para recordar las caras— era la chaqueta que llevaba. Tengo esa manía, me fijo en la ropa que lleva la gente y, si me gusta, suelo recordarla. Colin me abrió, subimos a la primera planta, me descalcé y, ya con una taza de infusión entre las manos, le conté la velada con John. Como a mi mejor amigo le expliqué todos los detalles. Colin entendía en parte a Harry, él tampoco conoció a su padre.

Nos dimos las buenas noches y quedamos en desayunar a las siete de la mañana siguiente. Saldríamos pronto de casa para ir al banco.

No conseguía dormirme, primero pensando en todas las incógnitas que Colin y yo teníamos que resolver, y luego en Harry. Así que me incorporé, encendí la lamparita que tenía junto a la cama, cogí el teléfono móvil y le envié un WhatsApp.

—Hola, Harry, esta noche he cenado en casa de tu padre. Todo bien. Buenas noches.

Me llamó enseguida.

—Hola, Bet, estoy despierto.

—Es tarde, ¿no puedes dormir? —le pregunté.

—Me está costando, le doy vueltas a nuestra charla de este mediodía.

—¿Y cómo lo llevas?

—Dame algunos días y te diré. Por cierto, ¿está bien mi padre?

—Sí, está como siempre —quise ocultarle a Harry las confidencias que me había hecho John.

—Los niños han preguntado esta tarde por ti y les he contado que habíamos hablado y que estabas muy bien. No quiero que imaginen nada raro.

—Gracias, Harry. Desde ayer vuelves a llamarme Bet.

—Supongo que te echo de menos, y puede que hasta me dé miedo perderte.

—¿No será que echas de menos tu café de la mañana? —le dije con un cierto cinismo acompañado también de cariño.

—Bet, por favor, no me digas que no te has dado cuenta en todos estos años. Voy a confiarte un secreto: tiro tu café al lavabo. Haces un café horrible —balbuceó Harry mientras reía.

—¡Maldito inglés de Whitby!, menos mal que tienes la risa más bonita de Inglaterra.

—De Yorkshire seguro, eso me dice mi abuelo.

—Es tarde, Harry, vamos a dormir. Te quiero.

—Yo también te quiero, Bet, duerme y descansa.

Apagué la luz y antes de dormirme me quedé pensando en la última carta que recibió mi tía Rosa, la que fue enviada desde alguna población de Yorkshire.

## Capítulo 3.

Londres - Reading, 20 de febrero

Londres, jueves 20 de febrero, 2014

Mi reloj biológico volvió a demostrar aquella mañana su precisión ingenieril, a las cinco y media mis ojos se abrieron y ya no volvieron a cerrarse. Me levanté y, como la mañana del día anterior, fui al baño, probé nuevas cremas y terminé dentro de la bañera.

A primera hora teníamos previsto ir al banco, así que me vestí un poco más formal, como cuando me toca en mi trabajo enseñar un piso a ese tipo de cliente que te mira por encima del hombro, se queja de lo que le enseñas y alardea de su piso como si viviese en Buckingham, un Buckingham de 90 metros con vistas a las cocinas y tendederos de un patio de manzana. Me puse una falda negra japonesa, leotardos gris marengo, camiseta de rayas horizontales burdeos y blancas y me calcé mis *All Star* negras.

Como posiblemente nos quedaríamos a dormir en Reading, cogí una muda, el pijama y el neceser y los metí en una bolsa de mano que me había dejado Colin la noche anterior, una especie de *tote bag* cerrado, bonito y cómodo.

Bajé a desayunar a la hora que habíamos quedado. Colin me saludó con un “buenos días” y después se giró y apagó la radio Palmer que estaba en funcionamiento.

—¿Has descansado, Betty?

—Hablé un rato con Harry y luego me dormí muy rápido, ¿y tú?

—He conseguido descansar ayudado por una pastilla —me dijo con semblante triste.

Me acerqué a él y le di un abrazo de consuelo.

Mientras desayunábamos le conté, para animarlo un poco, lo que la noche pasada me había confesado Harry.

Tantos años haciéndole el café por la mañana y él ni se lo bebía.

—Pero, si no le gusta tu café, ¿por qué te lo pide?

—Yo una de las primeras cosas que hago al levantarme es prepararme un café, es un ritual, en cafetera italiana, café intenso y sin azúcar. Cuando nos conocimos, Harry fumaba a todas horas, incluso al despertarse lo primero que hacía era encender un cigarrillo. Terminó dejándolo de un día para otro. Pero antes de que lo hiciera, yo ya había tratado de ayudarlo. Por las mañanas antes de que tuviera tiempo de encender su cigarro le daba una taza con el mismo café que hacía para mí. ¡Y lo conseguía! Recuerdo que Harry daba un sorbo y decía: “después de este café no hay quien fume”. Por eso le sigo dando la taza cada mañana y supongo que a él le recuerda que no debe volver a fumar. Se ha convertido en nuestro ritual.

—Muy persuasivo tu café —intervino Colin sonriendo.

Terminamos de desayunar, cogimos nuestras cosas y salimos de casa. Eran ya las siete y cuarenta y cinco de la mañana. Como íbamos cargados cogimos un taxi y no dirigimos a Kensington Church Street. Es una calle cercana al palacio de Kensington con bastantes comercios y donde uno no se espera encontrar la sede de un banco. Pero sí, allí estaba el pequeño banco boutique, como se dice ahora, en el que William guardaba su caja de seguridad. Era un edificio victoriano sin rótulo y con un hombre fuerte en la puerta que, después de mirarnos de arriba abajo, nos invitó a entrar. Más que un banco parecía un típico club inglés; un hall de entrada con una decoración extremadamente clásica daba paso a una sala rectangular extremadamente actual. Allí

nos atendieron. Colin, que nunca conoció a su padre, hizo uso de su único apellido, el de su madre y de su abuelo.

—Buenos días, soy Colin Laurie —se presentó—. Ustedes me llamaron ayer para comunicarme que ya tenían preparada la llave del Señor William Stein.

—Buenos días Señor Laurie, así es, bienvenido. Si no le importa esperar un momento avisaré al director.

En menos de medio minuto apareció un hombre de unos 60 años, que por su aspecto bien podría ser el presidente del club, si el banco fuera un club.

—Buenos días, Señor Laurie. Ya tenemos su llave. Si no le importa seguirme para firmar unos documentos, después le acompañaré a la cámara.

Colin me presentó como “mi buena amiga Betty”, firmó una serie de papeles y le dijo al director del banco que deseaba que yo bajara a la cámara con él. Entregamos nuestros pasaportes y bajamos por un ascensor hasta la planta menos dos. Allí abajo nos abrieron un portón metálico y accedimos a una sala llena de cerraduras. Parecía una oficina de correos. Nos indicaron cual era la caja de William y nos dejaron solos. Colin introdujo la llave y sacó la caja, la depositó sobre una mesa tapizada de piel roja y nos sentamos uno enfrente del otro con la caja de por medio. Volvió a introducir la llave y la giró en el sentido contrario a la vez anterior, tal como le habían indicado. La tapa superior se levantó y lo primero que vimos fue un cuaderno verde, el cuaderno al que se hacía mención en los otros dos que ya teníamos. Colin lo retiró y debajo aparecieron un reloj de pulsera antiguo y dos memorias USB, una de ellas pegada a un sobre con papel adhesivo. Colin despegó la memoria del sobre, abrió la carta fechada en marzo de 2013 y la leyó en voz alta.

*Querido Colin,*

*Imagino que si estás leyendo esta carta es porque yo te he pedido que abrieses mi caja, o bien porque yo ya no estoy y, si es así, ojalá sea después de haber pasado toda la vida juntos.*

*Durante mis años de banquero tuve la oportunidad de trabajar para muchas empresas y organizaciones e instituciones financieras. Aquello que me apasionaba, con el tiempo, se convirtió en una pesadilla. Fui recogiendo y guardando información sobre los delitos que algunos de mis clientes cometían porque aquello me perturbaba. Al principio eran delitos menores, pero cada vez tenían más confianza en mí y pude acceder a información que probaba actos delictivos de tal envergadura que podrían hacer caer no solo a mis clientes sino también a los gobiernos de sus países. Sabes lo meticuloso que soy, de modo que toda la información que se encuentra en el pendrive de esta carta es cierta y contrastada. Nunca la puse en manos de las autoridades. No por miedo a verme involucrado en un escándalo de dimensiones imparables, ni tampoco por las represalias que podían tomar contra mí mis antiguos clientes, sino por el daño que podía hacer a personas inocentes. No he querido ser la espoleta de ninguna crisis económica que dejase sin empleo y sin ahorros a millares de personas. Por eso he decidido ocultar la información y dejar la banca, no quiero volver a un negocio tan sucio, truculento y mentiroso. Pero, por si en algún momento pudieras o pudiéramos necesitarla frente al chantaje de alguno de mis clientes, he considerado oportuno mantenerla como salvoconducto.*

*Si yo ya no estoy, haz uso de esta información, querido Colin, como tú consideres. Puedes hacerla pública, guardarla o destruirla, ahora es tuya pero, por favor, intenta que no haga daño. Nunca te hablé de esta caja porque no quería compartir contigo el peso que supone conocer su contenido.*

*Te estoy escribiendo esta carta el dieciséis de marzo, acabo de dejar mi trabajo y a mis clientes y pienso pasar toda la vida a tu lado. Esta tarde te propondré arreglar la casa de tu abuelo e irnos a vivir a Reading. No necesitamos más, Colin, solo tú y yo.*

*Con amor  
William Stein*

Durante la lectura de la carta el semblante de Colin fue cambiando de sorpresa a tristeza. Moví mi silla y me senté a su lado.

—¿Crees que lo asesinaron por esto, Betty? —me preguntó con los ojos vidriosos.

—No lo sé, Colin, podría ser, pero también podría ser por otro motivo.

—Nunca fui consciente de esta parte de su vida. Siempre creí que era feliz con su trabajo y jamás pensé que pudiera estar involucrado en nada turbio. Él era uno de los profesionales famosos de la City londinense y de Wall Street.

—Colin, no sabes si William hizo algo malo. En la carta explica que él accedió a información, no que fuera el promotor de ningún delito. Y al final lo dejó. No podía más y lo dejó.

—Puede que sea como tú dices. Vámonos de aquí.

Mientras cogíamos todo lo que había en la caja, quise saber:

—¿Era el reloj de William? No parece el de un banquero de la City.

—Era el reloj de mi abuelo Ben. Me lo regaló dos meses antes de morir. Nunca me lo he puesto, ya ves que no llevo reloj, me molestan. Ha estado siempre guardado junto a otros recuerdos, me extraña que William lo dejara aquí. Aunque la verdad es que él tampoco llevaba nunca reloj.

—¡No puede ser Colin! —exclamé mientras le pasaba el reloj.

En la tapa trasera del mecanismo había una inscripción de tamaño muy pequeño: “TTC 1946”.

—¡Jamás me fijé en esto, Betty!

Salimos del banco y nos dirigimos en taxi a la estación de Paddington para coger un tren a Reading. Mientras comprábamos los billetes, detrás y cerca de mi volvió a pasar la chaqueta que me había cruzado ya tres veces en los últimos dos días, debía ser un *bestseller* de la temporada.

El trayecto hasta Reading dura unos 50 minutos. Aunque hay trenes que lo hacen más rápido, no llegamos a tiempo de coger ninguno, así que aprovechamos el viaje para apuntar en nuestro bloc lo que habíamos averiguado en el banco. Mientras yo escribía Colin volvió a mirar uno de los papeles encontrados en el delantal de cocina de William, el que ponía “TTC enero 1940”. Quería cerciorarse de que el papel tenía anotada la fecha 1940 y no 1946 como en el reloj de Ben. En efecto, teníamos “TTC enero 1940” en una nota, “TTC 1946” en un reloj, varias cartas firmadas con distintos nombres acompañados de las siglas TTC, y unas radios que aparentemente eran de ese modelo.

Colin llevaba en su bolsa un pequeño ordenador portátil, lo sacó y nos dispusimos a comprobar el contenido de las memorias USB de la caja de seguridad. La que encontramos junto al sobre incluía gran cantidad de documentos perfectamente ordenados. Las carpetas principales llevaban el nombre de algunos clientes de William, la mayoría bancos de distintos países, y dentro de cada una de éstas había otras con nombres, fechas y datos. En una que se identificaba como “conclusiones” había un documento en el que William explicaba con todo tipo de detalles los delitos cometidos por sus clientes. Leímos por encima el documento y enseguida nos dimos cuenta de la gravedad de lo que allí se exponía.

La otra memoria contenía un solo archivo, era un Excel. El documento estaba protegido con contraseña. Colin no dudó ni un segundo, escribió “Willin’s” y se abrió. William y él usaban siempre las mismas contraseñas para sus teléfonos, cuentas y *emails*, me aclaró. Las distintas hojas del documento contenían todas lo mismo, una ristra enorme de fórmulas. Buscamos y rebuscamos, pero solo eran eso, fórmulas y variables. Las matemáticas no son lo mío, pero me recordaban a las que había escrito William en el primer cuaderno azul.

Llegamos a la estación de Reading y cogimos un taxi hasta la casa de Colin. Se encontraba en un lugar precioso llamado The Warren, junto a Reading y Caversham, entre un estrecho sendero junto al bosque y el río Támesis. Era un *cottage* inglés del siglo XIX con un gran jardín que terminaba en su propio embarcadero a la orilla del río.

—Es preciosa, Colin —le dije admirada nada más llegar.

—Ha sido gracias a William. Hace unos meses no estaba así y el jardín parecía un descampado. No sé si ahora que estoy solo me vendré a vivir aquí o quizá sea mejor venderla. Me pesan mucho los recuerdos y la ilusión que había puesto William en ella.

Entramos y me enseñó la casa. La reforma se había terminado no hacía mucho y los últimos viajes de William habían sido para redistribuir los muebles y ambientarla al gusto y necesidades de ellos dos. La planta baja era diáfana con excepción de la cocina, un aseo y un cuartito para dejar los abrigos, las botas... La decoración mezclaba los muebles del abuelo de Colin con otros más modernos de reciente adquisición. Nada más llegar encendimos la gran chimenea de ladrillo pintado de negro que presidía la estancia. En la planta superior, de techos abovedados, había 3 dormitorios. Dos de ellos se habían reformado por completo, y el tercero se mantenía en su estado original. Era el de Ben. Colin no había querido que William lo tocara. Era una manera de recordar su infancia y a su abuelo. Aquel cuarto era el más amplio y lo presidía una enorme cama acompañada de un sillón de orejas de piel. A un lado había un escritorio con una silla y una pizarra grande. Las paredes estaban repletas de libros y archivadores sobre unas sólidas estanterías de roble.

—¿William no ordenó todos estos libros? —le pregunté al comprobar el desorden que reinaba en las estanterías.

—Es lo único que no le dejé hacer. Ben era así y, aunque a nosotros no nos lo parezca, este era su orden. Él sabía perfectamente donde estaba cada cosa, jamás perdió nada, y cada libro, archivador y papel está donde tenía que estar según el criterio de mi abuelo. William era muy ordenado, pero no superaba en absoluto la estructurada mente de Ben.

Seguimos visitando la casa. Me sorprendió el sótano, era enorme, mucho más grande que la planta baja, casi se podía jugar a fútbol. Estaba lleno de trastos, de muebles y cajas ordenadas, esta vez, según el criterio de William. Colin no le había permitido tirar nada y le pidió que todo lo que no sirviese se guardara en el sótano.

Salimos de la casa y me enseñó el jardín. Tenía una especie de cabaña en uno de los lados que era el taller de manualidades de Ben y el lugar donde se refugiaba a escuchar música. Colin tampoco había dejado que William lo arreglase más allá de una mano de pintura y la sustitución de algunas tablas de madera de las paredes. Conservaba muchos recuerdos de aquel lugar. Desde muy pequeño su abuelo se lo llevaba allí, ponía música clásica y le enseñaba la secuencia de notas de las composiciones musicales. Le decía que no hacía falta que los instrumentos sonasen, que se podía imaginar la música simplemente leyendo las notas.

En la parte en la que el jardín lindaba con el río se encontraba el embarcadero, que guardaba bajo su techumbre dos canoas de remo. Todas las mañanas, después de desayunar, Ben solía remar unas cuantas millas.

El jardín estaba prácticamente terminado y ya asomaban los primeros brotes en la huerta que habían plantado.

Eran ya las doce y media cuando decidimos ir al pueblo a comer algo y a comprar algunas cosas para la cena y el desayuno del día siguiente.

—¿Llamamos a un taxi, Colin?, ¿o vamos cerca?

—Ven, sígueme, vamos en coche.

No me lo podía creer, en el pequeño granero que había junto a la casa guardaban un Ford Fiesta rojo, igualito que el que yo conducía cuando me saqué el carnet, allá por 1989.

—¿De dónde lo has sacado? ¿No sería también de William?

—¡Qué va! Es el último coche que tuvo mi madre cuando vivíamos aquí.

Nos subimos, miré en la guantera y efectivamente era un Fiesta del 85 con todo: starter, cenicero y radio extraíble.

—Es el primer coche que conduje cuando me saqué el carnet. Era de mi padre.

—¿Quieres llevarlo?

—Mejor a la vuelta, así ya me sabré el camino. ¿Aquí también fumaba William? —le dije mientras le señalaba un cartón de Kent que había al lado de mi asiento.

—Alguna vez. No era un gran fumador, como mucho uno o dos cigarrillos al día, pero es cierto que los dos últimos meses empezó a fumar más. Este cartón es la muestra, antes solo compraba cajetillas.

Nos acercamos hasta un supermercado cercano y después, con la compra hecha, nos sentamos en un bar que había justo enfrente. Mientras comíamos una ensalada de frutas y un huevo duro le pregunté:

—¿Qué vas a hacer con la información que te ha dejado William? —me refería a la información delicada de algunos de sus clientes.

—En estos momentos no tengo nada claro. Aún no sabemos ni quién ni por qué lo han matado —comentó dubitativo—, si ha sido por algo relacionado con mi abuelo y tu tía o tiene que ver con lo que sabía de sus antiguos clientes. Tampoco quiero plantearme ahora la responsabilidad moral de esta información comprometedor, ni tan siquiera la he leído y no creo que lo haga hasta dentro de un tiempo. Si él consideró que debía estar oculta para evitar hacer daño, no seré yo quien la saque a la luz. William era una buena persona, justa, con mucho criterio e incapaz de hacer daño a nadie.

A la vuelta conduje yo. Qué buenos recuerdos me trajo sentarme al volante de un Fiesta.

La casa ya estaba caldeada cuando llegamos, así que nos quitamos los zapatos, nos acomodamos en uno de los sofás, cogimos el cuaderno verde y empezamos a bucear en él.

*A los 17 años, durante su estancia en Eton, Ben estaba decidido a estudiar Derecho y Ciencias Políticas en Oxford, pero aquel curso, el último antes de empezar la universidad, conoció a una persona que cambiaría su futuro, el profesor de filosofía Albert Bridge. Entre otros postulados, Albert le enseñó lo que terminaría cautivándolo: “la teoría semántica de la verdad”. Dicha teoría despojaba los elementos metafísicos de la concepción de la verdad de Aristóteles. Ben pensó que como letrado o como político le resultaría difícil investigar y trabajar sobre las teorías de la verdad, así que decidió hacerlo desde las matemáticas, y la economía era un buen campo de partida. Por ese motivo se matriculó en la LSE y se especializó en matemáticas aplicadas a la economía. En algunos documentos Ben agradece a su profesor Albert lo que le enseñó, y en otro debate con él sobre las distintas teorías de la verdad asociadas a la lógica, a la matemática y a la filosofía.*

Seguí leyendo mientras Colin preparaba un café y de repente grité:

—¡Colin, ven corriendo, mira esto!

Tras anotar la fecha 29 de enero de 2014, siete días antes de morir, William había escrito:

*He tardado en encontrarlo, pero ya lo tengo. Intuía que las siglas TTC que he ido encontrado en distintos papeles debían significar algo, y ya lo sé: “The Truth Circle”, “El Circulo de la Verdad”. En una anotación al margen de uno de los trabajos de Ben de principios de 1939, tras su vuelta de un viaje a Zúrich, menciona la necesidad de organizar un Circulo de la Verdad, TTC, para trabajar sobre algo que aún no he encontrado que es. Pero por otras notas entiendo que hace referencia a un grupo de personas que deberían investigar, descubrir o proteger alguna cosa que permitiría mantener la esencia de la verdad de algo. Según lo recogido en otro de los cuadernos, recuerdo que para Ben la falta de la verdad era el fundamento de la maldad. Las personas de las que hasta hoy he recabado alguna información relacionada con las siglas TTC son: Sergio Silva, Leo Schulze, Rosa Ruiz, Julia Jones, un tal Peter el Lutier, que no sé quien es, y por supuesto Ben.*

*Estoy en Reading y sigo buscando entre los documentos de Ben. Hoy he tenido la sensación de que alguien me seguía. Creo haber visto la misma persona varias veces en los últimos días en mi trayecto en tren hacia aquí.*

Este cuaderno estaba escrito de otra manera, era más directo y hacia elucubraciones sobre el significado de todo aquello. Además, añadía comentarios sobre su estado de ánimo. Era evidente que William estaba intranquilo.

Otra cosa que nos quedaba clara era que el fabricante británico de aparatos de radios Palmer no comercializó el modelo llamado TTC. Las radios de mi tía, del abuelo de Colin, la de Sergio Silva y otras que no conocíamos se habrían fabricado expresamente.

A continuación aparecían 8 hojas llenas de fórmulas y tachones que fui pasando hasta que en un punto del cuaderno explicaba el motivo que provocó que Ben y Sergio Silva rompiesen su relación.

*En noviembre de 1975 Ben viajó a Zúrich para encontrarse con Sergio. Alertado por “el Lutier”, Ben culpa a Sergio de haber faltado a la promesa del TTC al intentar ponerse en contacto con antiguos miembros de la Organización. Sergio le explica que no fue así, que fueron ellos los que le identificaron y contactaron. Ben corta su relación con Sergio y le asegura que “cambiará las partituras”.*

*El pasado mes de octubre me presenté en la oficina de Sergio en Zúrich, después de haber intentado durante algunos días localizarlo por teléfono, allí me dieron la noticia de su reciente fallecimiento. Tenía noventa y cinco años y murió de una insuficiencia respiratoria. Sergio dejó dicho que no quería que nadie fuese informado ni se hiciese eco de su muerte, así me lo comunicó su secretaria personal. Pero haber sido un conocido banquero inglés tiene sus ventajas. La invité a tomar un café y accedió amablemente. Le estuve preguntando por la vida del Señor Silva y me respondió que fue del todo corriente, pero me contó un detalle que ahora, que tengo la sensación de que me están vigilando, me viene a la memoria. Dos días antes de su muerte, Sergio desapareció. Para su secretaria fue extraño, un hombre de esa edad tan avanzada se marcha de su casa sin maleta y no comunica a dónde va. Ella lo llamó y él le respondió de manera tajante: “estoy bien, volveré en unos días”. Su secretaria llegó a pensar que podía estar secuestrado, pero a los dos días apareció. La llamó por teléfono para que*

*acudiese a su casa sin demora. Cuando llegó no había nadie más en la casa. Sergio estaba muy demacrado y le costaba respirar. Sacó de su caja fuerte un montón de carpetas y le pidió que lo ayudara a eliminar todo aquel material con la trituradora. Estuvieron cerca de tres horas destruyendo hoja a hoja el contenido de las carpetas. A las ocho de la tarde ella se despidió de Sergio, le aconsejó que se acostase y se fue. Ya en su casa, decidió llamar al médico personal de Sergio para contarle que no lo había visto bien y que esa semana el asistente que vivía con Sergio estaba de vacaciones. Al cabo de una hora el médico, preocupado porque Sergio no respondía a sus llamadas, acudió a su casa. Llamó al timbre con insistencia y, como nadie le abría la puerta, pidió ayuda al conserje para que le abriera con sus llaves. Llegaron tarde, el Señor Silva había fallecido.*

—Debería haber hecho más caso a William cuando me hablaba de su investigación sobre mi abuelo. Me contaba muchas cosas, pero yo no atendía, pensaba que no era más que una distracción para él, que se estaba divirtiendo con todo esto —me confesó Colin mientras cerraba los ojos y apretaba los puños.

—No sabías qué estaba pasando, no te culpes.

Hace veinte días, el 31 de enero, William escribió sobre el contenido de un documento que acababa de encontrar, un archivo diplomático fechado el 30 de diciembre de 1946. Lo había hallado de forma casual al quitar el marco a un dibujo con el retrato de Ben, Martha y Colin, los tres juntos, que pensaba llevar a Londres para restaurar. Entre el dibujo y el soporte trasero había una carpeta roja con el siguiente título: “Archivo diplomático confidencial”. La carpeta contenía una sola hoja en cuyo texto se confirmaba que todos los registros y la información sobre Benjamin Laurie y Rosa Ruiz habían sido borrados de los ministerios y organismos de exteriores, de defensa e interior del Estado británico, así como también de los servicios de seguridad e inteligencia.

—Por eso tu amiga del cuerpo diplomático no encontró nada sobre mi tía.

—Ya, pero —mientras terminaba la frase Colin se quedó pensando.

—¿Pero qué?

—Ven conmigo.

Fui tras él y salimos de la casa. Mientras andábamos hacia la cabaña del jardín me fue contando la última conversación que tuvo con William la tarde del día de su muerte. Colin estaba en la feria en Edimburgo y William en el tren de regreso a Londres desde Reading. Hablaron unos diez minutos y William le recordó que la próxima vez que fuesen juntos a Reading quería que Colin le enseñara dónde estaba el escondite que compartía con su abuelo cuando era pequeño. Cuando era pequeño Colin, Ben y él utilizaban aquel escondite para jugar. Allí guardaban los secretos que no querían que nadie supiese y, cuando hablaban de aquel lugar, siempre lo hacían en voz baja y con disimulo.

Ya dentro de la cabaña, haciendo uso de un destornillador plano, Colin levantó una de las tablas del suelo. Debajo de la madera había un hueco y dentro una carta.

—Mi abuelo quería que la encontrase. Lo dejó todo preparado — apretaba la carta satisfecho Colin.

Con la carta en la mano volvimos a casa. Era la segunda vez que veíamos ese remite, P. TTC, y la carta decía lo siguiente:

*Diciembre 1989*

*Mi más que apreciado Benjamín,*

*He recibido tu carta. Antes de nada quiero agradecerte la confianza que has depositado en mí durante todos estos años. Era muy joven cuando Julia nos presentó y me hiciste el encargo y, aunque ya han pasado 49 años, sigo manteniendo todos los compromisos que juramos en el Círculo. Para tu tranquilidad quiero que sepas que Sergio está totalmente recuperado y no supone ningún peligro, sin embargo entiendo que no sea él sino yo quien pase a dirigir la orquesta cuando tú no estés. Siempre trabajé en la sombra y lo seguiré haciendo, pero te aseguro que la música no dejará de sonar, estate tranquilo. Ya quedamos pocos y empieza a ser necesario activar cuanto antes la segunda fase de conservación, tal y como la definimos. Aunque los últimos años hayamos debatido sobre si debíamos conservar o eliminar las partituras, estoy de acuerdo contigo que no está entre nuestras atribuciones esa decisión. El futuro será de los que estén, no de los que nos hayamos ido. Me pondré inmediatamente en contacto con Rosa para activarlo todo. Por lo que me comentas en tu carta su sobrina y tu nieto estarían preparados. Que sepas que el mío también lo está, siguiendo todos los pasos que definimos.*

*Respecto a la Organización, más allá del contacto que tuvimos en el 75, no ha vuelto a producirse ningún nuevo intento. Pero debemos extremar la alerta, los cambios geopolíticos y económicos que se avecinan podrían despertarlos y, si una vez lo intentaron, podrían volver a hacerlo.*

*Benjamin, me duele mucho escribir estas últimas palabras, te echaré de menos, nunca podré olvidar tu empeño e integridad y lo que hiciste por todos nosotros.*

*Tu fiel Lutier  
Peter*

Mientras Colin le leía la carta a Betty, en otro lugar de Inglaterra un hombre escuchaba toda su conversación a través de una radio Palmer.

—¡Colin, la radio está encendida! —le dije mientras me levantaba y apagaba la Palmer de su abuelo.

—Perdona, ni me he dado cuenta. Está así desde esta mañana. He sintonizado un canal de clásica y lo he dejado de fondo.

—¿Has visto el sello de correos de la carta? Es igual que el de la otra carta de Peter, también debió enviarse desde algún lugar de Yorkshire.

\* \* \*

En Zúrich, en el edificio de la Bahnhofstrasse, los dos hombres que escuchaban permanentemente la Palmer del fallecido Sergio Silva habían llamado a August para contarle el contenido literal de lo que acababan de oír. Inmediatamente August telefoneó a Joelle.

—Buenas tardes, Joelle, ¿puedes hablar?

—Hola, August, solo si es urgente.

—Sí lo es. Ayer por la tarde escuchamos a través de los micros ocultos en la casa de Colin, la pareja de William, una conversación acerca de una carta que acababan de leer él y Betty, la sobrina de Rosa. En la conversación se intuía que sus familiares podrían haberles dejado algo.

—¿Estáis seguros, August?

—Déjame terminar, Joelle. Te llamo porque Betty y Colin están en Reading. Desde que ella ha llegado a Londres, por prudencia, no han hablado con la radio encendida, pero lo acaban de hacer, llevan toda la tarde haciéndolo, y ahora podemos confirmarlo. Sus familiares los

prepararon para algo y les debieron dejar lo que llaman “las partituras”. Pensamos que se podrían estar refiriendo a la historia de lo que pasó en aquella época, o que tal vez sean las secuencias. Quien sabe, igual no se destruyeron.

—¿Saben dónde están?

—Ni saben dónde están ni tan siquiera qué son, ni para qué sirven. Además, debe haber otra persona, un familiar del tal Peter a quien, al parecer, también prepararon. ¿Quieres que intervengamos ya, Joelle?

—No, por supuesto que no. Hemos estado esperando esto muchos años, no vamos a fastidiarlo ahora que estamos cerca. En pocos días han averiguado mucho, dejémoslos un poco más de tiempo, aguátemos, August.

—Pero, Joelle —dijo sin poder terminar la frase al ser interrumpido por ella.

—August, es verdad que fue tu padre quien en 1974 trató de demostrar sin éxito que Sergio Silva fue una de las personas involucradas en la destrucción de las secuencias. Pero nadie le creyó. También es verdad que fuiste tú quien este septiembre pasado me convenciste de que Sergio estuvo realmente metido en todo aquello. Te creí, volví a convocar a la Organización, y nos apoyaron. Pero también es cierto que gracias a ti Sergio terminó muerto y no conseguimos sacarle nada, tan solo unos nombres y un transistor que aparentemente utilizaban para comunicarse en aquel momento. Y no olvides que, después de haber perdido casi toda esperanza, fue a mí a quien visitó William, a mí. Y fue a mí a quien le contó que se había retirado, a mí a quien le contó toda la historia de su nuevo entretenimiento, lo que investigaba sobre Ben, el abuelo de su pareja. A partir de entonces hemos sabido esperar, y esa espera nos esta dando resultados. Porque cuando hemos corrido, mejor dicho, has corrido, han pasado cosas que no nos interesan ni a ti, ni a mí ni a la Organización. Sigo sin creerme lo de la muerte por accidente de William. ¿No te lo había dicho? ¿Crees que no sé que él también había trabajado para tu familia?, ¿crees que no sé que tenía información sobre todos vuestros trapos sucios? No eras el único que deseaba verlo muerto, te lo aseguro. Y no es que fuera santo de mi devoción. Para mí lo más importante es mi banco, pero odio a los mentirosos como tú. Ya te lo he dicho y ahora te lo repito, August: no la cagues, espera y no la cagues.

—¡También tenía información de tu banco, Joelle!

—Sí, pero yo sé convivir con el peligro, August. Convocaré ahora mismo una reunión urgente con los otros dos miembros de la Organización. Será esta noche en mi casa, y esta vez los pondremos al día. Tenemos que estar preparados por si finalmente conseguimos las secuencias.

—De acuerdo, Joelle —asintió August aplacado.

—Por favor, pídele a Carl que venga, y mándame media hora antes de la reunión un informe de todo lo que ha sucedido hasta el momento.

\* \* \*

El hombre que escuchaba desde Inglaterra la Palmer de Ben también sabía que la radio de Sergio estaba encendida, sabía que estaba en funcionamiento, en continuo funcionamiento desde el pasado mes de octubre. Pero aún sabía más. Sabía que cuando los hombres de Carl, en presencia de August, retuvieron e interrogaron a Sergio, éste dijo muy poco. Por más que lo presionaron solo dio los nombres de sus compañeros, no sus apellidos, pero se vio forzado a revelar que en el pasado se comunicaban entre ellos a través de una radio. También sabía que tras su muerte los hombres de Carl registraron la casa de Sergio y que lo único que encontraron fue la radio. Y cuando la encendieron, antes de hacer uso del inhibidor para que no los pudieran escuchar, el hombre de Inglaterra supo mucho de ellos: sus nombres, su dudosa profesión, su origen, quienes

eran Carl y August, lo que le sucedió a Sergio, la entrada en acción de la Organización y sus intenciones.

\* \* \*

En Reading ya había anochecido, así que después de comentar la carta de Peter a Ben, aunque no habíamos terminado de leer el cuaderno verde, decidimos parar y hacer la cena. La cocina estaba muy bien equipada y a Colin le relajaba cocinar. Abrimos una botella de vino para él y una cerveza para mí y nos pusimos manos a la obra. Mientras Colin preparaba un salmón Wellington siguiendo la receta de La Cocina de Megan, yo preparaba una ensalada de manzana y aguacate. Cenamos en la barra sentados en los taburetes de mimbre que había en la misma cocina. Al terminar Colin ya se había bebido media botella de vino y yo iba por el tercer botellín de cerveza, de modo que, aunque hacía frío, salimos a que nos diera el aire cinco minutos y encendimos unos cigarrillos de los que William había dejado en el coche. No sabíamos si descansar o terminar el cuaderno, el día había sido largo y cargado de emociones.

—Colin, terminemos de leerlo, no debe quedar mucho —le dije animándolo.

—¿Te importa si lo hacemos en el dormitorio? Estoy algo cansado.

—Claro.

Tapamos la chimenea y subimos a la planta de arriba. Nos tumbamos en la enorme cama que William había comprado para el dormitorio de ellos dos y seguimos leyendo.

El mismo día que lo mataron —¿lo mataron?—, el 5 de febrero, William había escrito en el cuaderno:

*Estoy seguro de que me están siguiendo. Hoy aún no los he visto, pero he identificado a dos hombres de aspecto extranjero que durante los últimos días merodean por donde voy. Los he visto en el tren de ida, en el de vuelta, en la cafetería del Museo Geffrye, y algunas veces incluso en los alrededores de mi casa. No tengo claro si me siguen por la información que conservo de algunos de mis antiguos clientes o si, a raíz de mi investigación sobre Ben, he despertado alguna sospecha. Pero ¿cómo puede haber alguien que sepa estas cosas? No puedo negar que tengo miedo, que estoy asustado. Mañana cuando regrese Colin de Edimburgo se lo contaré todo, y esta tarde en Londres pasaré por mi banco y guardaré estas notas junto con el reloj de Ben y las fórmulas que he encontrado.*

—Creo que a nosotros también nos están siguiendo —avancé antes de que Colin terminara de leer.

—¿Qué dices? Si nosotros no hemos hecho nada, no sabemos nada.

—Es cierto, pero estos dos últimos días he tenido la sensación de haber visto a una misma persona varias veces.

—¿Estás segura?

—No, no lo estoy, pero después de leer esto quería que lo supieses. Tengo la impresión de haber visto una misma chaqueta de mujer varias veces cerca de nosotros.

—¿Quieres que llamemos a la policía? —sondeó Colin.

—¿Y qué les contamos? Solo tenemos papeles. Además, imagínate, igual tendríamos que entregar la información que guardaba William sobre los posibles delitos de sus clientes. Podría ser incluso peor.

—¿Quieres avisar a tu marido por si acaso?

—Mejor que Harry no sepa nada. No quiero preocuparle.

—Entonces, ¿qué hacemos, Betty?

—¿Quieres dejarlo? —le propuse esta vez yo a Colin.

—No, no, necesito saber quien mató a William y por qué.

—Entonces, ¿por donde continuamos? No tenemos más información y puede que William no descubriese nada más.

Tenemos más información. La habitación de mi abuelo está llena. Recuerdo que de pequeño me decía: “Colin, la información importante guárdala siempre en carpetas amarillas”. Así que le vamos a hacer caso y empezaremos por ahí. De la biblioteca de su cuarto nos llevaremos a Londres las carpetas amarillas. Allí estaremos más seguros.

—Pero ni tú ni yo sabemos matemáticas y William había encontrado fórmulas, y en una de las memorias USB que escondió ocurre lo mismo, solo hay fórmulas. Necesitamos a alguien que nos ayude.

—¿Quién te ha dicho que no sé matemáticas? Que tenga una tienda de flores no significa que no sepa. Mi abuelo se paso años y años enseñándome. Y además fui banquero. Es cierto que nunca me gustó, pero no era malo en el oficio.

—Perdona si te he molestado, Colin.

—¿Qué va, Betty! No te preocupes. Ahora necesito descansar, estoy destrozado —añadió Colin con voz casi imperceptible.

—¿Te importa que duerma aquí contigo? Tengo un poco de miedo.

—Para nada, yo iba a pedirte lo mismo.

Cogí mi bolsa del cuarto de invitados, me puse el pijama y me metí en la cama junto a Colin. Antes de que pudiera cerrar los ojos mi teléfono móvil sonó, era un mensaje de Harry. Su abuelo Ian tenía unos regalos para los niños y le había pedido que yo se los llevara a Barcelona. Quería saber la dirección de mi hotel en Londres para enviármelos. Ian era muy británico y confiaba más en el *Royal Mail* que en cualquier otro servicio de mensajería privado. Le contesté a Harry y, como seguía sin querer preocuparlo, le di la dirección y le pedí que lo enviara a mi atención. Harry no era una persona desconfiada, además me había dado mi tiempo y mi espacio sin cuestionar nada.

A la mañana siguiente me levanté una vez más guiada por mi reloj biológico de madre de una niña de doce años y de un niño de ocho. Colin ya no estaba en la cama. Salí de la habitación, atravesé el pasillo hasta el cuarto de invitados y entré en el baño. Me desnudé y directamente me metí en la ducha. Estuve bajo el chorro dejando caer el agua sobre mi cara unos diez minutos, lo necesitaba. Terminé de arreglarme en el baño, me vestí y bajé a la sala. Eran las seis y veinte de la mañana y Colin me había dejado preparado el desayuno junto a una nota sobre la barra de la cocina: “Buenos días, Betty, he salido a remar un rato, volveré a las 6:40”. Me serví café en una taza, salí de la casa, recorrí el jardín hasta el río y me senté en un banco de madera que había en el embarcadero. Colin no tardó en llegar, su viejo bote apareció tras la curva del río y vi como uno de los largos remos se levantaba en señal de saludo. Volvimos a casa y mientras él se duchaba yo terminé de desayunar. A las ocho y media en punto teníamos un taxi esperándonos en la puerta, cargamos en el maletero nuestras bolsas y una enorme caja llena de carpetas amarillas y nos dirigimos a la estación. El taxista nos ayudó a llevar todas nuestras cosas al andén —por lo que recibió una generosa propina de Colin—, subimos al tren y regresamos a Londres.

Durante el trayecto no me sentí tranquila, no podía dejar de mirar a las personas que había a nuestro alrededor en busca de la chaqueta. Pero no apareció. Un mozo de la estación de Paddignton nos ayudó a cargar la caja en el taxi que nos llevaría a casa de Colin. En aquel trayecto, que debido al tráfico duro más de lo normal, Colin recibió una llamada. Era el amigo que

le había informado sobre el sello de la carta que envió Peter el Lutier a mi tía Rosa, el que le dijo que procedía de alguna población del condado de Yorkshire. Al colgar me contó lo que le acababa de revelar.

—Betty, ya sabemos desde dónde envió el Lutier las cartas a tu tía y a mi abuelo. Mi amigo no ha parado hasta encontrarlo. Se enviaron desde una oficina postal de Whitby.

—¿De Whitby? —me sorprendí.

—Sí, de Whitby. Yo también estoy asombrado. Es el pueblo de tu marido, ¿no?

—No solo eso, Colin, no solo eso. Harry se llama Harry Peter Ash, porque su abuelo es Ian Peter Ash —dije mientras sentía que mi cuerpo se estremecía.

Sin demora marqué en mi móvil el número de Ian, no me contestó y le dejé un mensaje en el buzón: “Ian, soy Betty. Necesito hablar contigo, es urgente, llámame”. No me llamaba, así que a los cinco minutos, impaciente, lo intenté de nuevo y volvió a saltar su buzón. Entonces, precipitadamente, le dejé grabado otro mensaje: “Ian, soy yo otra vez. ¿Eres tú el Lutier?, espero tu llamada”.

Llegamos a casa de Colin, y bajé del taxi mirando a todos lados. Seguía sin ver la chaqueta. Dejamos la caja de las carpetas amarillas en la buhardilla y Colin me preguntó si no sería conveniente llamar a Harry. Le dije que todavía no, quizá yo estaba sacando conclusiones demasiado precipitadas y no quería preocuparle.

\* \* \*

En ese mismo momento en Zúrich tenía lugar una conversación entre Carl y August.

—August, creo que sabemos quien es Peter.

—Dime.

—La sobrina nieta de Rosa ha llamado al abuelo de su marido para preguntarle si él era el Lutier.

—¿Y qué le ha dicho?

—No le ha contestado, se lo ha dejado grabado en un mensaje de voz.

—Pero ¿podría ser?

—Todo podría ser, August. Por la edad del hombre podría ser, pero no te lo puedo confirmar. Si le devuelve la llamada, podremos averiguarlo.

—No os quedéis esperando, localizadlo cuanto antes y seguidlo, quiero saber si era él. Y no le digas nada a nadie. Comunícate únicamente conmigo. No hables con Joelle, yo te daré las órdenes.

—Pero anoche en su casa me dijo que quería estar informada de todo y que no hiciésemos nada sin su aprobación.

—Ya sé lo que te dijo, yo estaba delante, pero es mi banco el que blanquea tus operaciones y custodia tus bienes, así que tú infórmame a mí y ya se lo diré yo a Joelle.

—¿Sois todos unas ratas, August!

—Tampoco tú eres una paloma, Carl.

\* \* \*

Antes de ponernos a trabajar con las carpetas amarillas bajamos a la cocina a tomar un té y en ese mismo momento sonó el timbre de la puerta. Colin fue a abrirla, escuché como la cerraba y volvió con un ramo de flores.

—Betty, alguien te ha enviado esto.

—¿A mí?, ¿aquí?

—Eso me han dicho, y en el sobre que lo acompaña pone tu nombre. Igual es Harry, ¿no le diste anoche esta dirección?

Dejé el ramo sobre el banco y abrí el sobre.

*Betty, soy Ian. Por favor, no leas esta carta en voz alta. Ignoro si ya lo has descubierto, pero yo soy Peter el Lutier. Ayer por la tarde os dejasteis la radio de Ben encendida y os pude escuchar a Colin y a ti. Si te escribo de esta manera es porque a estas alturas creo que podéis estar en peligro. Por favor, te ruego que sigas mis instrucciones. No me llames desde tu teléfono ni desde el de Colin, os pueden estar escuchando. No habléis dentro de su casa, podría haber micrófonos ocultos. A Harry no le digas nada, aún no debe saber nada. No tengo la total seguridad de que os hayan descubierto pero, si lo han hecho, tened en cuenta que son personas muy peligrosas y capaces de todo. He llamado a mi hijo John para decirle que he hablado contigo y que hoy por la mañana pasarás por su galería a recoger un cuadro que quiero regalar a Harry. Ve sola, que no te acompañe Colin, y no llames antes a John, preséntate directamente allí. Cuando estés con él, dile que te has quedado sin batería y que quieres llamarme para darme las gracias. Su teléfono seguro que no está intervenido, así podremos hablar.*

*Betty, estate tranquila, voy a ayudaros.*

*Ian*

Colín me preguntó quien me enviaba el ramo, y poniéndome el dedo índice de la mano izquierda en los labios, solo con gestos le indiqué que no hablásemos allí y que me siguiese. Le conduje hasta el jardín y junto a la huerta le di la nota de Ian para que la leyese. Al terminar me dijo:

—Vete ya, Betty, yo iré a visitar a un viejo amigo que nos puede ayudar a detectar si tenemos micros en casa. Es un antiguo agente del MI5, compañero de Eton. Le diré que, como William llevaba a cabo operaciones importantes para el banco, tengo miedo de que alguien instalase algo en nuestra casa para vigilarlo.

—De camino compraré un teléfono móvil de los que no tienen contrato y me darán un número nuevo —propuse yo.

—No hace falta, Betty, en la tienda hay uno de esos de prepago. Es el que se lleva Fred cuando tiene que hacer algún reparto, y está a su nombre, seguro que no está intervenido. A partir de ahora usaremos ese. Ten cuidado —me advirtió Colin.

—Tú también.

Repetí el circuito que había hecho dos días antes. Me subí al metro en Shoreditch, después a con la línea roja llegué a Oxford Circus y hasta Islington con la línea azul. Desde allí, tras cinco minutos andando, llegué a la galería de John, junto a su casa. A través del escaparate vi que estaba dentro.

—¡Buenos días querida Betty!, te veo exhausta, ¿has venido corriendo?

—Qué va, John, es que hoy tengo muchas cosas que hacer —le dije mientras me acercaba y le daba dos besos.

—Ven, mira, este es el cuadro que quiere regalarle mi padre a Harry. ¿Te gusta?

—Sí, y a Harry también le gustará, seguro.

—¿Te ha dicho a ti Ian por qué se lo quiere regalar? —me preguntó John algo extrañado.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Por nada. Es que ayer por la tarde me llamó para decirme que quería regalarle un cuadro y que lo eligiese yo, tenía prisa, quería que tú te lo llevases hoy. ¿Vuelves hoy a Barcelona?

—Hoy no, pero tengo bastante trabajo y esta mañana tenía un hueco para venir a recogerlo.

—Voy a embalarlo. Si quieres mientras esperas puedes ir a la trastienda, tengo café preparado.

—John, ¿podrías dejarme tu teléfono móvil? Quiero llamar a Ian para darle las gracias y me he quedado sin batería.

—Claro, toma —sonrió mientras me daba su teléfono.

Me metí en la trastienda, las manos me temblaban y el corazón me iba a mil. Busqué entre los contactos a Ian, que aparecía como *Daddy*, y pulsé el botón de llamar. Sonó tres segundos hasta que escuché su voz.

—¿Betty?

—Sí, soy yo —contesté en tono muy bajo y voz temblorosa.

—Tranquila, querida, tranquila. No va a pasar nada.

—¿Quién eres en realidad, Ian?

—Soy parte de tu familia, Betty. El abuelo de tu marido, el bisabuelo de tus hijos. Y además os quiero. He vivido mucho, posiblemente demasiado, y no voy a permitir que estéis en peligro.

—Pero ¿qué has hecho?

—Qué hicimos, Betty. Éramos unos cuantos: tu tía, el abuelo de Colin y organizador del grupo, Julia, que era agente de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos norteamericana, pero que se hacía pasar por periodista, Sergio, nuestro enlace con los suizos, Leo, íntimo amigo de Benjamin y miembro del proyecto del Tercer Reich, y yo, un joven operario con ganas de aventura y mucho conocimiento tecnológico, alguien que pasaba totalmente desapercibido. No hicimos nada malo, más bien todo lo contrario, ganamos la Segunda Guerra Mundial.

—Ian, eso acabó hace casi setenta años, ¿qué esta pasando ahora?

—La mentira siempre intenta destruir la verdad y esto no acaba nunca, nunca, Betty. Esto es lo que está pasando. No es del todo seguro que sigamos hablando, podrían haberte seguido.

—¿Quién?, ¿quiénes me pueden seguir?

—Te lo contaré todo cuando nos veamos. Necesito que vengas a Whitby. Escúchame bien. Mañana a las seis y doce de la mañana sale el primer tren a Whitby desde Kings Cross y tarda casi seis horas. Compra el billete. El tren parará en Northallerton y allí hay que cambiar de tren hasta Middlesborough, donde hay que volver a cambiar para llegar a Whitby. Pero haz lo siguiente: sube a ese último tren como si fueses a Whitby, deja tu bolsa en el portamaletas de encima de tu asiento, bien visible. Si alguien te estuviera siguiendo debe ver que continua allí. No lledes nada de valor en la bolsa porque se quedará en el tren. Luego escóndete en el baño. El tren tarda cinco minutos en irse y dan un aviso un minuto antes de salir. Cuando lo escuches bájate del tren. Te he reservado un coche en la oficina de Avis de la estación. Conduce hasta Whitby y no vengas a casa, nos veremos en el puerto, en mi barco. Te estaré esperando.

—¿No puedes decirme nada más, Ian?

—Mañana lo sabrás todo.

—¿Harry y John saben algo?

—Ninguno de los dos. John no fue elegido y Harry debería saberlo llegado el momento oportuno.

—¿Es lo que pienso, Ian? ¿Nuestra historia, la de Harry y mía, es de verdad?

—Claro que es de verdad, Betty. Nunca he conocido a nadie que esté más loco por su mujer que mi nieto. Yo promoví vuestro encuentro en el British, sí, lo hice yo, era mi obligación, pero él no

sabía nada, y se enamoró. Eso no estaba en los planes, pero sucedió.

—Sabes lo mucho que te aprecio, Ian, ¿me estás contando la verdad?

—Toda la verdad.

—De acuerdo, te veo mañana —me despedí desconcertada.

—Cuéntale a Colin nuestra charla. Él no debe venir a Whitby, debe quedarse en Londres. Y, por favor, sed precavidos, os podrían estar escuchando. Te espero, querida Betty, hasta mañana.

Cuando salí de la trastienda después de hablar con Ian, John casi había terminado de embalar el cuadro. Me preguntó por su padre, que cómo lo había encontrado, y le dije que bien, como siempre. Ian a sus noventa y tres años está en buena forma mental y física, no como antes, pero sigue saliendo acompañado a pescar en su barco.

No pude rechazar la invitación de John para almorzar juntos y, aunque estaba un poco inquieta, tuve que quedarme con él unas horas más de lo previsto. Al terminar decidimos que si Harry, los niños y yo en los dos próximos meses no podíamos venir a Londres a visitarlo, vendría él a Barcelona. Después de un abrazo, nos despedimos. Tomé un taxi y me dirigí a casa de Colin. Justo al llegar, mientras pagaba al taxista, vi salir a un hombre de la casa, me asusté un poco y me apresuré a bajar del vehículo. Crucé la calle y llamé al timbre. Para mi tranquilidad me abrió Colin.

—¿Quién es el hombre que acaba de marcharse?

—Era Philip, mi amigo del MI5. Le he llamado y ha querido venir él directamente. Tranquila, lo he hecho desde el teléfono de la vecina, le dije que el mío no funcionaba.

—¿Y ha podido encontrar algo?

—Ya lo creo. Ha venido con un aparato que los detecta. ¡Había seis micros ocultos!

—¿Qué habéis hecho?

—Ha dejado fuera de servicio cuatro de ellos, y los otros dos los ha mantenido, así seguirán oyendo algo y no pensarán que los hemos descubierto. Están activos el de mi dormitorio y el del salón. No hablemos de nada importante ahí.

—¿Y a tu amigo no le ha extrañado encontrar tantos micros?

—Philip era mi compañero de cuarto en Eton. Somos mucho más que amigos. En una ocasión ya tuvo que ayudar a William por un asunto de espionaje financiero a uno de sus clientes, así que no lo ha visto del todo raro. Me ha comentado que es más común de lo que parece, que el espionaje industrial, financiero y tecnológico está a la orden del día. Quería quitar todos los micros, ahora que William ya no está, pero le he dicho que me encargaría yo de desactivar los otros dos que faltan. También se ha ofrecido a investigar quien puede estar detrás de todo esto, pero le he hecho ver que no era necesario, yo no tengo relación con el mundo financiero.

—¿Te ha creído? —insistí con extrañeza.

—Supongo que sí, pero si no me ha creído tampoco me preocupa, nuestra amistad es incondicional. Y tú, ¿has podido hablar con Ian?

—Sí. —Y le conté todos los detalles de mi conversación con Ian Peter.

Eran ya las 2 de la tarde. Colin quería pasar el resto del día en la buhardilla revisando los papeles de las carpetas amarillas de Ben, pero al saber que yo tenía que ir a Whitby al día siguiente, cambió los planes.

—Nos merecemos un respiro, Betty. Los viernes el *British Museum* cierra tarde. ¿Qué tal si vamos y me haces de guía?

—Me encantaría, pero ¿crees qué debemos hacerlo? No sería mejor quedarnos a leer los papeles de Ben.

—Claro que debemos hacerlo. Nos vendrá bien a los dos.

Antes de ir al British pasamos por la oficina de William. Colin les había llamado esa mañana, también desde el teléfono de la vecina, para pedirles que comprasen un teléfono prepago a nombre de una de las dos chicas que trabajaban allí. De esta forma tendríamos, además del teléfono de Fred, otro de prepago a nombre de otra persona que nos serviría para comunicarnos entre nosotros sin miedo a que pudieran escucharnos. Para ser, como la había definido Colin, una pequeña oficina patrimonial y de inversión, no estaba nada mal. Por lo menos tenía el doble de tamaño que mi piso de Barcelona. Ubicada en el 18 de Clifford Street, en pleno Mayfair, era un espacio muy elegante y refinado. Allí trabajaban dos mujeres de porte altivo y que debían tener más o menos mi misma edad. Recogimos el teléfono y Colin, ante la insistencia de una de ellas, le prometió que como muy tarde en diez días se reunirían para que pudieran ponerlo al día de los asuntos de la oficina. Desde allí decidimos ir hasta el museo dando un paseo. Durante el trayecto le conté a Colin como era mi trabajo, mi jefe, mi día a día... y lo comparé con lo que acababa de ver en su oficina. Era como en la serie “Arriba y Abajo”. Nos reímos y, a pesar de todo lo que nos estaba sucediendo, conseguimos relajarnos un rato.

Entrar en el British era siempre para mí un chute de energía. Volvía a ser la Betty que fui y la que siempre quise ser. Estuvimos visitando el museo una hora y media y yo hice de guía de Colin. Él conocía bien el museo, pero le sorprendí con detalles que no sabía. Y como no podía ser de otra manera, al final de la visita, delante de la piedra Rosetta, nos detuvimos un buen rato. Me sentía como cuando tenía veinticinco años.

—Espera, Betty, déjame preguntar si aún está en el museo un amigo de William.

Se marchó y al cabo de cinco minutos volvió acompañado de una persona.

—Betty, te presento a Eduard Abbott, un fiel amigo de William y uno de los conservadores del museo. No sabía si a esta hora aún estaría, pero, ya ves, le pasa como a ti, podría quedarse a vivir aquí dentro. Eduard, ella es Betty, una buena amiga mía. De joven estuvo aquí trabajando en prácticas con una beca para estudiar la piedra Rosetta.

Nos presentamos y Eduard se interesó por mi trabajo. Hablamos un rato sobre los meses que pasé en el museo y, para mi sorpresa, nos llevó al cuarto de la planta menos tres donde trabajé y conocí a Harry. Estaba igual. Incluso tenía el mismo olor. Por un instante me vinieron a la memoria los recuerdos de nuestro primer encuentro.

Ya fuera del museo y de camino a casa llamé a Harry. Lo hice desde uno de los nuevos teléfonos, sin miedo a que nadie me estuviera escuchando.

—¿Quién es? —dijo Harry.

—Soy Betty.

—¡Hola, Bet! ¿Desde donde llamas? Este no es tu número.

—He comprado un teléfono prepago, así las llamadas me salen más baratas. Guárdate el número y cuando me llames hazlo a éste —era mejor mentir para no tener que darle explicaciones.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. No te vas a creer dónde he estado.

—¿Dónde?

—En nuestro cuartucho del *British Museum*. Me han presentado a uno de los conservadores, hemos estado hablando de mi época allí y ha querido que lo volviese a ver. ¡Está igual, Harry, igual que lo dejamos nosotros! No ha cambiado nada, ni el olor. Solo faltabas tú.

—Recuerdo tan bien aquella época, a veces me duermo pensando en ella. Ojalá pudiera estar

ahora contigo, te echo de menos, Bet.

—Yo también, Harry. Tengo ganas de verte y de abrazarte como antes, como lo hacíamos en ese cuarto.

—Sigo pensando en lo que me dijiste. En replantearnos las cosas e intentar trabajar en lo que nos apasiona, aunque tengamos que dejar Barcelona.

—¿Y?

—Seguramente tienes razón.

—Te quiero, Harry. ¿Cómo están los niños?

—Están muy bien. En un rato vamos a hacer una sesión de cocina. Haremos un primer plato, el segundo y un pastel de postre.

—Dales un beso de mi parte y diles que en pocos días los veo.

—Cuídate, Bet. Un beso.

—Otro para ti, Harry.

Llegamos a casa de Colin, preparamos una cena ligera y hablamos de cosas triviales. Como yo tenía que estar en la estación de Kings Cross a las cinco y media de la mañana para comprar el billete, nos fuimos a dormir y quedamos en vernos para desayunar juntos a las cuatro y cincuenta. Esa noche caí rendida en la cama y me dormí recordando la visita al cuarto del British.

## Capítulo 4.

Londres - Whitby - Zúrich, 22 de febrero

Londres, sábado 22 de febrero, 2014

Esta vez no fue mi reloj biológico, fue el despertador de mi móvil. A las cuatro de la mañana sonó y me desperté de un profundo sueño. Soy de fácil levantar, aunque el cuerpo no quiera responderme, de modo que me puse en pie y me dirigí al baño. Me lavé los dientes, me puse una rápida mascarilla y con una ducha revitalizante estuve lista. Al contrario de lo que había pensado, estaba tranquila. Diría que me sentía templada y decidida. No es que sea una mujer especialmente audaz, pero tenía la necesidad de conocer la verdad sobre mi tía, sobre William y ahora sobre Ian.

Me vestí de colores oscuros, pantalón negro y jersey gris. Supongo que era por aquello de pasar lo mas desapercibida posible durante el viaje a Whitby. Metí unas sábanas viejas de Colin en la bolsa de viaje y en el bolso de mano ropa interior, una camiseta y los útiles de aseo. Cuando bajé a la cocina Colin ya estaba esperándome para desayunar.

—Buenos días, Betty.

—Buenos días, Colin.

Como en aquella estancia había uno de los micros de escucha instalado, quedamos la noche anterior que cuando quisiésemos hablar allí pondríamos una radio con el volumen alto junto al micro y de esta forma evitaríamos que nos oyesen. Y eso fue lo que hizo Colin nada más verme.

—Ni te imaginas lo bien que he dormido. La tarde de ayer me sentó genial. Gracias.

—Me alegra verte con las pilas cargadas —celebró Colin mientras me ofrecía una taza de café—. Te he hecho unas tostadas y un zumo para desayunar, y te he preparado un par de sándwiches para el viaje. Llévate también un botellín de agua por si acaso.

—¡Gracias, mamá Colin! —respondí con una enorme sonrisa mientras daba el primer mordisco a una tostada.

—Imagino que no llegarás a Whitby hasta las doce o la una de la tarde. Por favor, nada más llegar llámame. ¿Tienes el móvil nuevo cargado?

—Sí, tiene la batería llena, y no te preocupes, nada más esté con Ian te llamaré.

—Estaré todo el día en casa revisando los papeles de las carpetas de Ben a ver qué puedo encontrar.

—Imagino que regresaré mañana de Whitby, salvo que Ian me pida que me quede algún día más.

—Avísame, y si decides no volver en tren puedo sacarte un billete de avión de Leeds a Londres, será más cómodo. Y, Betty, si tienes miedo o te sientes perseguida, avísame, tengo algún conocido en la policía que podría ayudarnos en caso de necesitarlo.

—No te preocupes, Colin, estaré bien. ¿Tú vas a estar solo?

—Anoche le envié un mensaje a Fred para que hoy abra la tienda él y la mantenga abierta todo el día. Yo bajaré en algún momento. Debería hacer algunos pedidos.

—Creo que el taxi ya me está esperando. Hablamos pronto, Colin —le di un abrazo y bajé las escaleras.

La calle estaba vacía, subí al coche y nos dirigimos a la estación de Kings Cross.

Ya en la taquilla, mientras hacía la cola para comprar el billete, tuve la impresión de que volvía a ver a la mujer de la chaqueta. Aunque tal vez era mi subconsciente que, alertado por la situación, me hacía ver algo que en realidad no estaba sucediendo. Busqué el andén número tres y

me subí al tren. Busqué mi asiento y me esforcé por dejar a un lado la imaginación y mirar objetivamente el entorno. No lo conseguía, me resultaba difícil a pesar de que no había mucha gente, y la que había no parecía que me estuviese vigilando. Eran las seis y dos minutos de la mañana y, hasta las seis y doce que partió el tren, cada vez que se abría la puerta del vagón y entraba un nuevo pasajero mi ritmo cardíaco se aceleraba. Tenía que tranquilizarme. No había previsto que las circunstancias y sentirme sola en un vagón de tren pudiesen cambiar tan rápido mi estado de ánimo.

\* \* \*

A la misma hora que partía el tren de Betty sonaba en Zúrich el teléfono de August.

—¿Quién es?

—Buenos días, August, soy Carl. Acabo de recibir una llamada de Londres. Betty ha cogido un tren en dirección a Whitby. Una persona de mi equipo también se dirige en estos momentos en coche hasta la primera parada para subirse al tren. ¿Qué quieres que hagamos?

—¿Sabéis si Ian y ella han hablado?

—Por teléfono o email no, pero podrían haberlo hecho de otra manera. Lo que es evidente es que ella va a verle.

—Quiero que las personas que enviaste a Whitby para localizar a Ian intervengan antes de que ella llegue.

—¿Qué quieres decir con intervenir?

—Ian es el maldito Lutier o director de orquesta, o como quiera llamarse, y lo sabe todo. Necesitamos llegar a él antes de que lo haga Betty. Dile a tu gente que actúen, que lo fuercen a hablar. Pase lo que pase, necesito que hable.

—August, ¿no deberíamos esperar, como dijo Joelle?

—Esperar a qué, ¿a que se lo cuente todo a Betty?, ¿a que tenga tiempo de destruir las secuencias?, si es que existen, ¿a qué todo termine por no haber actuado cuando era el momento? Me da igual lo que dijo la zorra de Joelle, tenemos que hacer algo ya.

—¿Y si no cuenta nada?

—Pues que sean más convincentes. No quiero que pase como con Sergio. Tiene que hablar y, si no lo hace, que no vuelva a hablar nunca más. Y que busquen en la casa. Tenemos que salir de allí con algo.

—Daré la orden y te iré informando, August.

\* \* \*

Después de dos horas y media de trayecto el tren se detuvo por primera vez en Northallerton. Disponía de quince minutos para bajar y cambiar de tren. Cogí la bolsa, bajé, me dirigí al andén número dos y subí al vagón que indicaba mi billete. Había más gente que en el anterior tren, pero todo me pareció normal. Levanté los brazos para colocar la bolsa en el estante de arriba del asiento y, en ese instante, un escalofrío de pánico recorrió mi cuerpo. La mujer de la chaqueta estaba allí, dejando su bolso en el mismo estante pero cuatro asientos más atrás. A pesar de todo supe reaccionar, no giré la cabeza, no la miré, actué con naturalidad aparente y me senté en mi asiento. No había duda, me estaban siguiendo.

En media hora, que se me hizo eterna, llegamos a Middlesbrough. Punto por punto seguí los pasos que me había indicado Ian. Me apeé del tren con mi equipaje y volví a subir a otro, el último, que terminaba el trayecto en Whitby. Coloqué la bolsa de viaje bien visible arriba de mi

asiento, me senté y observé, esta vez sí, cómo la mujer de la chaqueta ocupaba su asiento. Dejé pasar dos minutos y me levanté para ir al baño, entré y cerré la puerta. Me quedé allí hasta que escuché el aviso de que en un minuto salía el tren. Abandoné el baño y rápidamente descendí del vagón y me escondí detrás de un pilar del andén. Nadie me había seguido. Observé cómo el tren se alejaba de la estación. En el andén solo quedaba yo. En la oficina de Avis me entregaron el coche que Ian había reservado para mí. Antes de poner en marcha el motor aproveché para llamar a Colin.

—Colin, soy Betty. Ya estoy en Middlesbrough. Me han estado siguiendo.

—¿Estás bien?, ¿quién te seguía?

—La mujer de la chaqueta, estoy segura.

—Pero ¿ha pasado algo?

—No. He seguido las instrucciones de Ian y he bajado del tren. Ella ha seguido hasta Whitby, la he despistado.

—¿Crees que sabía donde ibas?

—Espero que no, de lo contrario querría decir que también han descubierto a Ian.

—No creo, no has hablado con él desde tu móvil...

—Ya, pero antes en el tren he estado repasando todo lo que he hecho desde mi llegada a Inglaterra y creo que ayer metí la pata. Estaba nerviosa y cometí un error. ¿Te acuerdas que en el taxi que nos llevó por la mañana a tu casa desde Paddington llamé a Ian un par de veces?, pues le dejé mensajes en su buzón de voz, y en el segundo mensaje le preguntaba si era él el Lutier.

—Pero crees que ... —empezó Colin, aunque sin dejarle terminar la frase le contesté:

—Cualquier cosa, Colin, cualquier cosa. Si en tu casa había micros instalados, muy posiblemente también habrían intervenido nuestros móviles. Además, igual que Ian nos oyó a través de la radio, también nos podían estar escuchando ellos.

—Llámame en cuanto llegues, Betty, y ten cuidado.

El trayecto en coche no duraba más de una hora. Mientras conducía me preguntaba cómo habría reaccionado la mujer de la chaqueta al darse cuenta de que yo no estaba en el tren. ¿Habría regresado a Londres?, ¿me estaría esperando en Whitby? ¿Sabría ella quien era Ian? Me sentía satisfecha porque había conseguido despistar a los que me seguían, aunque también les había demostrado que conocía su existencia. Tuve que hacer una corta parada para ir al baño y ya de paso comí los sándwiches que me había preparado Colin. Tenía prisa por llegar, pero por otro lado algo me frenaba y me hacía desear que ese trayecto fuese más largo.

Al llegar a Whitby conduje directamente hasta el puerto, aparqué y anduve hasta el barco de Ian. Delante de la proa grité su nombre y esperé, pero Ian no salía. Volví a llamarlo hasta tres veces, pero seguía sin aparecer, así que subí al barco. Como conocía, de cuando lo acompañábamos a pescar, dónde escondía una llave, la cogí y entré en la cabina. Todo estaba en orden pero Ian no había llegado. Era la una y media de la tarde. Esperé sentada en el muelle cerca de treinta minutos, quería llamarlo pero no lo hice, tal como él me había aconsejado. Finalmente, angustiada, decidí ir a buscarlo a su casa que estaba a cinco minutos andando. Delante de la puerta del jardín volví a gritar su nombre. Nada, tampoco contestaba. Entré, crucé el jardín y no tuve que llamar al timbre, la puerta estaba entreabierta y dentro había luz. Nunca imaginé que reaccionaría así. En vez de dar la vuelta y marcharme de allí, entré corriendo en la casa gritando su nombre. La casa estaba en perfecto estado. Subí a la primera planta y ni rastro de Ian, abrí la puerta del sótano y al encender la luz vi al final de la escalera un cuerpo tendido boca abajo. Bajé los peldaños de tres en tres y le di la vuelta al cuerpo. Era Ian. Tenía una enorme brecha en la frente y un charco de sangre rodeaba su cabeza. Saqué el teléfono de mi bolsillo y llamé a emergencias: “Un hombre de

noventa y tres años se ha caído por una escalera y está inconsciente, creo que aun está vivo pero hay mucha sangre”. Les di la dirección, colgué el teléfono e intenté reanimarlo. No lo conseguí, apenas pudo balbucear cuatro palabras: “han sido ellos, Berlín” y luego expiró. Estaba absolutamente consternada. Me quedé inmóvil a su lado. Cuando llegaron los servicios sanitarios y la policía yo continuaba sujetando la cabeza de Ian. Creo que fue un médico quien me separó de su cuerpo y me acompañó al piso de arriba por aquellas fatídicas escaleras. Sabía lo que con toda probabilidad había pasado. Lo habían matado, lo habían empujado por las escaleras, pero no podía decirlo. Expliqué como pude lo sucedido a la policía: cómo habíamos quedado, cómo encontré su cuerpo y cómo suponía que habría ocurrido el fatal accidente. A la circunstancia de que la puerta de la casa estuviese abierta no le dieron importancia, en muchas casas del pueblo era normal. Les pedí que no avisaran ni a su hijo ni a su nieto, que prefería ser yo quien se lo comunicara, pero lo primero que hice fue llamar a Colin. Estaba muy intranquilo, hacía rato que esperaba mi llamada y ya imaginaba que me había pasado algo. Le relaté atropelladamente lo sucedido y me preguntó si no sería mejor contarle la verdad a la policía, le contesté que era mejor no hacerlo, eso no ayudaría a poner fin a esta pesadilla. Empezábamos a ver claro que a William lo habían asesinado por el mismo motivo que a Ian, por lo que había averiguado sobre el TTC y no por la información comprometida que guardaba de sus clientes. Aún sabiendo que lo iban a seguir, no pude convencer a Colin de que no viniese en el primer avión a reunirse conmigo en Whitby.

Lo más difícil venía ahora. ¿Cómo le explicaba a Harry que su abuelo había muerto? y ¿qué le contaba? ¿Tenía que revelarle lo que habíamos averiguado? Aún no podía decirle toda la verdad, tenía que conseguir que viniese y contárselo cara a cara. Llamé desde el teléfono nuevo.

—Sí, ¿eres Bet?

—Harry, sí, soy yo —le dije llorando—. Estoy en Whitby, anoche decidí venir para darle una sorpresa a Ian y al llegar a su casa lo he encontrado muerto. Harry, Ian ha muerto, se ha caído por las escaleras del sótano.

Se produjo un largo silencio.

—¿Ha sufrido? —balbuceó con la voz ahogada y entrecortada.

—Creo que no —esa era la peor de las mentiras que podía contarle. Claro que había sufrido, lo habían asesinado—, pero la autopsia dirá.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Paralizada, en estado de shock, muy mal. Aunque lo peor está siendo contártelo a ti. Lo siento mucho, Harry, lo siento.

—¿Lo sabe mi padre?

—Todavía no. Prefiero que se lo digas tú. Ayer estuve con él, fui a su tienda a recoger un regalo que Ian había encargado para ti, pero no le dije nada de que vendría hoy a Whitby porque aun no lo había decidido.

—Ahora le llamo yo, no te preocupes. Hablamos en un rato, voy a organizarlo todo para coger el primer vuelo para allá —De repente la voz de Harry me pareció extremadamente serena.

Después de revisar la casa y tomar algunas huellas, la policía se llevó el cuerpo de Ian, limpiaron el sótano y yo acompañé a un agente a la comisaría para hacer la declaración. Los forenses habían resuelto que el cuerpo estaba en perfecto estado, más allá de la contusión en la cabeza provocada por la caída y que confirmaban como causa de la muerte. La policía parecía tenerlo muy claro: un hombre de noventa y tres años que vive solo y se tropieza al bajar las escaleras. Me contaron que las caídas eran habituales a esa edad. En la mayoría de casos provocaban roturas de pelvis y en otros, lamentablemente, si se golpeaban en la cabeza, la muerte.

Al salir de la comisaría, y a pesar del miedo que sentía, decidí volver a casa de Ian. En aquel momento sabía que era muy posible que alguien me estuviese vigilando. Pero ¿por qué? ¿Qué cosa tan importante conocía Ian como para provocar su muerte? Ahora todos corríamos peligro, sin ninguna duda.

De camino el teléfono no dejó de sonar. Primero llamó Harry para decirme que había conseguido a través de una agencia un billete en un chárter que llegaría a Leeds a las ocho de la tarde, así que alquilando un coche podría estar en Whitby sobre las diez de la noche. Después fue Colin que ya estaba de camino al aeropuerto y esperaba reunirse conmigo a eso de las ocho.

Harry ya había quedado con John que me llamase en un rato para empezar a organizar todo lo referente al funeral. Por unos instantes lo que había pasado esos días quedaba en un segundo plano. Pero yo estaba de nuevo en casa de Ian, sola. También hablé con mi madre. Harry le había dado la noticia. Insistía en venir con mi padre al funeral, pero la convencí para que no lo hicieran y que en cambio cuidaran de los niños durante los días que Harry y yo íbamos a estar en Londres. Mi madre me pasó con mis hijos y pude decirles lo mucho que Ian los quería y la suerte que habían tenido de conocerlo.

El siguiente fue John. Estaba muy triste pero entero, y sobre todo preocupado por mí, por mi estado de ánimo. Desde Londres había conseguido arreglarlo todo con el seguro y, a pesar de ser domingo, al día siguiente por la tarde se celebraría el funeral y el entierro de su padre. Él llegaría a primera hora de la mañana. También me comentó que, si nos parecía bien, se iría después de solucionarlo todo a Barcelona para pasar unos días con sus nietos. Estaba deseándolo.

Eran las seis de la tarde y estaba sola en casa de Ian. Podría haber empezado a buscar alguna pista entre sus cosas pero no me sentía con fuerza para hacerlo. En su lugar caminé hasta el puerto, subí al Harry & Emma, el barco de Ian, y me senté en la popa. Desde allí veía todos los barcos que entraban en el río Esk desde el mar. Algunos volvían de su jornada de pesca, otros venían del continente con alguna mercancía y muy pocos, por las fechas en que estábamos, regresaban después de intentar avistar ballenas. Trataba de no pensar en nada, y casi lo consigo, pero de repente tuve una corazonada. Me levanté, abrí la puerta y entré en la cabina. En un hueco junto al timón había una radio. Recordé que una vez mis hijos la sacaron y preguntaron a Ian por ella. Él les explicó que era una de las primeras radios que había fabricado y que seguía funcionando como el primer día. Cogí el aparato y, para mi sorpresa, era una Palmer. Muy distinta de la de mi tía Rosa y de la de Ben. De color verde oscuro y gris y el doble de grande que las otras. Llevaba también el doble de pilas y en la tapa de las pilas se leían las iniciales “TTC”. En la parte frontal tenía una serie de pequeños pilotos luminosos, cada uno de ellos sobre un interruptor de palanca y con una letra mayúscula grabada: “B”, “J”, “S”, “R”, “L”. No me lo podía creer, pero era cierto. Esas letras tenían que ser las iniciales de: Benjamin, Julia, Sergio, Rosa y Leo. Junto a la radio encontré unos auriculares también con el anagrama de Palmer. Los enchufé y conecté la radio. Al momento uno de los pilotos se puso de color amarillo. Era el que estaba sobre la letra S, la de Sergio. Intenté escuchar algo a través de los auriculares, pero nada, no se oía nada. Hacía cuatro meses que Sergio había muerto, y no tenía ni hermanos ni hijos. Entonces ¿quién debía tener su radio? y ¿por qué estaba encendida? Lo vi claro. Ian debió ser el radioescucha del grupo, pero no solo eso, muy probablemente fue él quien montó aquel sistema de comunicación secreto, y seguramente por ese motivo le pusieron el apelativo de “Lutier”. Ahora empezaba a entender algunas cosas. El abuelo de Harry trabajó de muy joven como operario en una fábrica de productos electrónicos de la comarca, claro, debió trabajar en la fábrica de Palmer. Busqué en Internet con mi nuevo teléfono para evitar que me rastrearán y, efectivamente, la primera fábrica

de Palmer estuvo en Stockton-on-Tees, un pueblo a una hora de Whitby. En esos instantes hubiera querido seguir allí buscando pistas, pero Colin estaba a punto de llegar. Al punto dejé el barco y me fui a casa de Ian.

\* \* \*

Mientras Betty caminaba hacia casa de Ian se produjo una llamada en Zúrich.

—¿Señora Schnieper?

—¿Eres Carl?

—Sí. Soy yo, señora. He querido llamarla directamente a usted antes que a August.

—¿Qué pasa?

Carl le contó la conversación mantenida con August aquella misma mañana, cuando descubrieron que Betty se dirigía a Whitby, y también las instrucciones recibidas y lo que había sucedido después.

—Dos de mis hombres acudieron a casa del viejo Ian, lo habíamos localizado el día anterior. Teníamos entre cuatro y cinco horas antes de que llegara Betty. Abrieron la puerta con una ganzúa y encontraron al viejo sentado en una butaca. No necesitaron maniatarle ni taponarle la boca, se quedó quieto delante de ellos y de la pistola que le apuntaba. Antes de que pudieran pronunciar una palabra él les dijo: “Os estaba esperando”. Intentaron sacarle información sin recurrir a ninguna violencia que pudiera dejar rastro pero no consiguieron nada. En la casa tampoco encontraron información relevante ni ningún lugar en el que pudiera esconder algo. Al final lo amenazaron con matar a su nieto, incluso a sus biznietos, pero siguió callado. Así que lo pusieron al borde de la escalera del sótano y, ante su negativa a hablar, lo empujaron. Sabemos que ha muerto.

—Y la policía qué ha dicho —quiso saber Joelle Schnieper con una voz seria y cortante.

—Mis hombres no dejaron ninguna pista, ni le dieron golpes. La policía ha concluido que se cayó por las escaleras. Era muy mayor y no resulta extraño que haya muerto así.

—¿Ya lo saben los otros?

—Sí, estamos detrás de ellos. Betty descubrió el cadáver y Colin está de camino. También sabemos que Harry, el marido de Betty, está yendo hacia allí. Lo entierran mañana por la tarde.

—¿Hay más noticias?, ¿alguna conversación entre ellos?

—No, de momento no. Mucho me temo que saben que alguien les sigue. Como le contaba, Betty ha intentado despistar en el tren a una mujer de mi equipo, y no me extrañaría que puedan estar utilizando otros teléfonos para hablar entre ellos, pero no tenemos forma de averiguar los números, a su nombre no hay más líneas.

—Buscad entre sus familiares y amigos, no podemos quedarnos sordos.

—Lo estamos haciendo, pero no es nada fácil. Usando teléfonos de prepago y cambiando de compañía continuamente resulta imposible dar con ellos. Pero no se preocupe, somos su sombra.

—¿No me llames de usted, Carl! ¿Hace cuanto que nos conocemos?, desde que éramos niños ¿no? Bueno, ¿y ahora qué hacemos con August?

—No te entiendo.

—¿Crees que con un idiota impulsivo como él vamos a conseguir algo? ¿No sería mejor que Ian siguiese vivo? Tal vez no y August tenía razón al ordenarte matarlo —Joelle no disimulaba la ironía—. No obstante sigo pensando que nos convendría más que siguiese respirando, como os ordené en mi casa. De ti no tengo ninguna duda Carl, sigues las órdenes, estrictamente las órdenes, y tu fidelidad a la causa te precede, pero ¿y August? Solo sabe meter la pata.

—Joelle, igual que a ti, mi abuelo también se encargó de que me quedase claro quienes erais

y la causa por la que teníamos que trabajar. Él pudo haber acabado con vosotros, denunciaros al Tercer Reich y haberse llevado una buena recompensa, pero no lo hizo, fue fiel. Tan fiel como lo soy yo. ¡No dudes nunca de mi, Joelle!

—¡Y tú, Carl, no me amenes! En el fondo somos iguales. Te voy a pedir algo que no esperas y no aceptaré una negativa por respuesta.

—Suéltalo.

—Quiero que mates a August. Nadie más que tú y yo debe saberlo. Tiene que parecer una muerte natural, un infarto, un derrame, algo respiratorio, lo que sea, pero que parezca natural. Puedes usar, si mal no recuerdo, eso que le enseñaron los nazis a tu abuelo, y que alguna vez empleáis con los políticos.

—Pero en la Organización sois cuatro bancos, siempre habéis sido los cuatro.

—Seguiremos siendo cuatro, Carl. El hermano de August está preparado, es mucho mejor que él y sabe de la Organización. No te preocupes, estoy segura de que celebrará su muerte y con gusto le sustituirá.

—Dame un día, Joelle, y si puedo lo haré esta noche.

—A partir de ahora solo hablarás conmigo, con nadie más. Seré tu único interlocutor con la Organización. Seguid de cerca a Betty y a Colin. Averiguad si siguen intentando descubrir más o si abandonan. Buscad cualquier otra conexión con Ian, buscad si existe algún otro miembro. No lo dejes, Carl. La muerte de Ian seguramente ha sido otro error, pero no es tu culpa, y sé que comprendes lo importante que es esto para todos.

—Te mantendré informada.

—Por cierto, avísame en cuanto regresen a Londres. Llamaré nuevamente a Colin para almorzar con él.

\* \* \*

En Whitby, a las siete y cuarenta y cinco de la tarde del sábado Colin me llamó desde el taxi, hacía algo más de una hora que había aterrizado en Leeds y en quince minutos estaría en casa de Ian. Yo acababa de llegar después de mi visita al barco y de pasar por un supermercado para comprar algo para la cena y el desayuno. Tenía pensado hablar con Colin y pedirle que cuando llegase Harry él no estuviese. Prefería contárselo todo a Harry estando los dos solos y que Colin se uniera después. La noche se anunciaba muy larga. Mi marido siempre había sido comprensivo conmigo, muy comprensivo, pero claro, nunca le había tenido que contar nada parecido a lo que esa noche iba a explicarle.

Escuché a alguien gritar mi nombre y salí de la casa. Era Colin, su taxi le acababa de dejar. Nos fundimos en un abrazo como si fuéramos amiga-amigo, madre-hijo, novia-novio, pero no era eso. Éramos cómplices de lo que algunos podrían llamar una aventura y otros una pesadilla, y eso, fuese lo que fuese, nos estaba uniendo.

Le pude contar de nuevo y más tranquila lo ocurrido esa tarde y le enseñé la radio que había encontrado en el barco. La probamos, pusimos en marcha la que él traía de Londres y la de Ian, y efectivamente, además del luminoso de Sergio, que seguía encendido, se iluminó también el de Benjamin. Es más, llegamos a comprobar cómo se escuchaba en la de Ian lo que decíamos. Después preparamos la manera de explicárselo todo a Harry. Se lo contaría primero yo sola, sin Colin, y después aparecería él para conocerse y, si todo iba bien, decidir los tres juntos qué hacer, si abandonar o continuar.

A las nueve y media Colin cogió mi coche de alquiler y se fue en busca de un *pub* que abriese hasta tarde en el centro de Whitby. Al cabo de poco llegó Harry. Cruzó la puerta de casa de su

abuelo, me miró y me abrazó. Ese sí que fue un abrazo del tipo novia-novio, de los que hacía mucho tiempo que no sentía.

—¿Cómo estás, Bet? —me susurró mientras me apretaba una de las manos y con la otra me acariciaba el pelo.

—Mejor, ¿y tú?

—Era algo que tenía que pasar, más pronto que tarde tenía que pasar. Ian era muy mayor. Lo único que me sabe mal es no haber podido despedirme de él, darle un beso y un abrazo. Era como mi padre. Anoche me llamó. Aunque era muy tarde salió a pasear. Le debió entrar un momento de añoranza y quiso hablar conmigo, pero como no llevaba el móvil, un amigo suyo, el que vigila el puerto, le prestó su teléfono. Me dijo lo orgulloso que estaba de mí, lo mucho que siempre había echado de menos a mi hermana Emma y lo feliz que le hacíais los niños y tú. Era como si supiese que no volveríamos a hablar, como si intuyese su accidente —me contaba Harry con los ojos enrojecidos.

—¿No te dijo nada más?

—Sí, estuvimos cerca de quince minutos hablando, de mi infancia, de todo lo que me había enseñado y de algunos de nuestros recuerdos juntos. Fue muy emotivo, seguía teniendo muy buena memoria.

—¿Nada más?

—No, ¿por qué lo dices?

—No, por nada.

—Se despidió como cuando yo era niño y vivía con él en su casa. Cada noche, al acostarme, me besaba y me repetía lo mismo: “Buenas noches, príncipe de la verdad, recuerda protegerla, guardarla y defenderla. Solo la verdad nos hace libres”.

—Harry, lo que voy a contarte va a parecerse una locura, pero necesito que me escuches. No me preguntes nada y escúchame, por favor.

Empecé a relatarle todo lo que había sucedido desde la semana pasada, desde el mismo día 14, en Barcelona, cuando en la radio Palmer de mi tía abuela Rosa apareció Colin por primera vez. Harry no hablaba, tan solo me miraba fijamente. Su cara adoptó todas las expresiones posibles, desde la incredulidad al principio, cambiando a sorpresa después para terminar en interés. Yo no sabía si él pensaba que yo estaba loca o que lo engañaba con un tal Colin y que toda esta historia era mi tapadera, o si en realidad me estaba creyendo. Al acabar le enseñé las dos radios Palmer, la de Ben y la de Ian, y le mostré como se podían comunicar entre ellas.

—¿Me crees, Harry? —quise saber después de la demostración de las radios.

—Siempre te he creído, Bet.

—¿Entonces?

—Yo viví muchos años con mi abuelo, le conocía muy bien. Algunas de las cosas que me cuentas no me extrañan nada. Más de dos y tres veces durante mi adolescencia le pregunté sobre su verdadera historia porque no acababa de comprender algunas cosas que me explicaba y que hacía. Además de ir a pescar y de destinar tiempo a leer, estaba convencido de que se dedicaba a otras cosas. Ahora ya lo sé, me lo acabas de contar tú.

—¿Qué debemos hacer?

—Aún no lo tengo claro. De momento esperar a que llegue tu amigo Colin. Quiero conocerlo. Y después necesitaré pensar un poco. Hace unas ocho horas mi abuelo estaba vivo, mi mujer en Londres haciendo no sé qué y yo intentando firmar pólizas de vida. Y ahora mi querido Ian se ha ido, mi mujer me ha contado una historia que, si no fuera cierta, parecería una locura, y yo me he largado de Barcelona sin darle una fecha de vuelta a mi jefe.

—Harry, no te lo he contado. Ayer le pregunté a Ian si lo nuestro era cierto. Me dijo que sí pero que fue él quien promovió nuestro primer encuentro en el British. Siempre le estaré agradecida

—Recuerdo —añadió Harry— que me insistió mucho para que aceptase la beca en Londres que él me había conseguido a través de un conocido. Yo en cambio no la quería, prefería irme a Berlín para mejorar mi alemán, y tenía un amigo que podía conseguirme algo en el Neues. Pero hice bien siguiendo su consejo.

—Desde ayer lo estoy pensando, ¿por qué quería que nos encontrásemos?

—Durante aquellos meses, cuando hablábamos por teléfono y después de explicarle que te había conocido, me preguntaba mucho por ti. Imagino que querría saber cómo eras, cómo era la persona que tu tía Rosa había elegido.

—¿Crees que podremos volver a ser como antes? —pensé en voz alta por los dos mientras le acariciaba sus largos dedos.

—Ya somos como antes —me contestó mientras acercaba sus labios a los míos.

Tal y como habíamos quedado, a las once y media de la noche regresó Colin. Los presenté, se saludaron afectuosamente y Harry le dijo que no se preocupara, que nos creía y que no pensaba que nos hubiésemos vuelto locos. Era muy tarde pero nos quedamos un buen rato hablando los tres en el sótano. Era el lugar más seguro. Ian lo había convertido en refugio antibombas durante la segunda guerra mundial y, aunque hubieran instalado micros, la señal no podía salir de allí. Le mostramos a Harry el resumen del bloc y pudo ojear los cuadernos y algunas cartas que había traído Colin de Londres. A las dos de la madrugada nos fuimos a dormir. Colin se instaló en el que había sido el dormitorio de Harry y mi marido y yo en el cuarto de invitados. Al día siguiente a primera hora vendría John, por la tarde iba a celebrarse el funeral y el entierro. Quedamos en que presentaríamos a Colin como un buen amigo nuestro y que durante todo el día dejaríamos a un lado lo que estaba pasando y nos centraríamos en la despedida de Ian.

Aquel domingo 23 nos levantamos muy pronto, a la cinco de la mañana, tomamos un café —esta vez lo preparó Harry— y al terminar él se marchó en coche a Leeds para recoger a su padre en el aeropuerto. Colin y yo mantuvimos una larga charla aprovechando que Harry no estaba.

—Tienes suerte, Betty.

—¿Lo dices por Harry?

—No, lo digo por los dos. Se os ve unidos.

—Eso es ahora.

—Puede ser, pero hay algo más que se percibe cuando os miráis. A mí me pasaba lo mismo con William. Podíamos discutir, podíamos distanciarnos, pero sabíamos que nos teníamos y que no éramos capaces de vivir el uno sin el otro —terminó de hablar con el rostro un poco desencajado.

—Tienes razón. Si durante estos últimos años no he tomado ninguna decisión es porque tampoco sabría estar sin él. Y creo que a Harry le ocurre lo mismo —le dije a Colin mientras le cogía la mano—.

Después de un silencio notable, seguimos hablando de nuestros sentimientos un largo rato.

Harry y John aparecieron en casa de Ian cuatro horas después. Habían pasado por la funeraria para arreglarlo todo. Imaginé que habían querido hacerlo juntos ellos dos solos. John me dio un abrazo como lo habría hecho mi padre y volvió a repetirme lo mucho que sentía que yo hubiese tenido que vivir aquel trance. Le presentamos a Colin y fue muy cariñoso con él. Al rato

le dijo: “Me recuerdas mucho a alguien, no sé a quien, pero ya lo recordaré”.

Harry no sabía que Ian había dejado un testamento, pero John sí. Como Whitby era un pueblo pequeño y los locales se conocían bastante, los albaceas de Ian, dos buenos amigos suyos, antes de registrar el testamento en el tribunal de justicia y saltándose un poco el procedimiento, quedaron en pasarse por la casa para leerles a Harry y a John lo que Ian había dispuesto. Tras cruzar la puerta, como si fueran jugadores de rugby, se abrazaron los cuatro a la vez. ¡Nunca dejarán de sorprenderme los británicos!, para que luego sigamos haciendo uso de los tópicos.

La lectura informal del testamento se produjo delante de Colin y de mí. Por sus gestos y comentarios hacia su hijo, entendí que John ya era conocedor de parte del contenido, que decía lo siguiente:

*Como bien sabe mi hijo, John Ash, después de haberlo compartido con él y de tener su total conformidad, lego todas mis pertenencias a mi nieto Harry Peter Ash, con las siguientes condiciones que, si bien no son de obligado cumplimiento, espero que él las comprenda y las pueda cumplir.*

*Además de la casa de Whitby, el barco, el amarre, la caseta del puerto y el resto de mis pertenencias, así como mis cuentas bancarias en Inglaterra, bienes de los que son conocedores mi hijo y mi nieto, poseo un apartamento en Berlín (Piso 3, puerta 2, en Unter den Linden 12). Harry, la llave te la entregarán llamando al +49 3020302012, que es el número de la agencia que se encarga de su mantenimiento. Ellos ya saben que una vez yo fallezca deben entregarte el inmueble y gestionar todas las cuestiones administrativas en Alemania. En dicho apartamento encontrarás, además del mobiliario, algunos objetos y recuerdos míos. Me gustaría que los conservaras bien, son una parte importante de mi vida.*

*Encontrarás una cantidad considerable de libras en mis cuentas bancarias. Después de pagar los impuestos, dispón de ellas como consideres, pero te agradeceré dos cosas: que localices a tu hermana Emma y le hagas entrega de una cuarta parte de mi capital, acompañado del siguiente mensaje: “Nunca te olvide. Te quiere tu abuelo Ian”. Y que conserves otra cuarta parte y la uses para que a tu padre, mi hijo, nunca le falte nada. John ya sabe de esta disposición, está de acuerdo y le parece justo.*

*Con el resto haz lo que estimes oportuno. Mantén si puedes mi casa y mi barco. Procura tú y Betty la mejor educación a vuestros hijos y, antes de que sea tarde, deja ese trabajo tuyo y persigue tus sueños.*

*Así me despido de vosotros, no sin antes deciros:*

*John, te fuiste pronto, pero volviste y compartimos el tiempo suficiente para recuperar todos los años que estuvimos alejados. No te culpes de nada, hijo. Por favor, no lo hagas. Tú solo me has dado lo mejor. Quédate con eso, con el orgullo que siente tu padre de haberte tenido a su lado.*

*Harry, mi querido príncipe de la verdad, yo tracé mi camino y tú debes hacer lo mismo. Algún día entenderás muchas de las cosas que te enseñé y encontrarás su valor. Transmítelas a tus hijos y cuida de la verdad, es el mejor camino.*

Después de la lectura del testamento, Harry y su padre se abrazaron emocionados. Imagino que los recuerdos les inundaban, que hubiesen querido que sus vidas fuesen más fáciles. No fue así, pero siempre, ante cualquier dificultad, encontraron el apoyo de Ian. Ahí estuvo él, sin levantar la voz ni reprocharles nada. Siempre esperándoles.

John había nacido al final de la Segunda Guerra Mundial, fruto de un breve matrimonio de

Ian con una mujer de Whitby. La madre murió en el parto. A los 16 años John se mudó a Londres para estudiar Bellas Artes y su entorno hizo que se distanciara de su padre.

Poco después del mediodía se celebró el funeral. La ceremonia fue muy corta, como habría querido Ian. La iglesia estaba repleta de gente que, al terminar, se acercaron a John y a Harry para mostrarles sus condolencias y compartir con ellos algún recuerdo de Ian. Aunque habíamos quedado en olvidar por unas horas los sucesos de estos días, yo, sin poder evitarlo, busqué con la mirada, entre los asistentes, a la mujer de la chaqueta, la que me había estado siguiendo, pero no estaba. Quise imaginar que ya no la volvería a ver nunca más. Si tenían que continuar siguiéndome, lo lógico era que cambiaran de persona. Al acabar el funeral nos desplazamos al cementerio de la Abadía de Whitby para el entierro. Aquel lugar era el más aterrador del pueblo de mi marido, no solo por servir de inspiración a Bram Stoker para escribir Drácula, sino porque realmente era un lugar gélido y abandonado. Pero Ian quería ser enterrado allí, mirando a su mar. Nos fuimos dejando a Ian Peter Ash descansando bajo una lápida con esta inscripción: “Ian Peter Ash, Whitby 1920 – 2014, pescador y amante de la verdad”.

John regresó a Londres ese mismo domingo, le acompañó Harry al aeropuerto. Quedamos que en unas semanas iría a Barcelona para pasar por los menos quince días con Abril y Enrique. La muerte de su padre le había despertado aún más la necesidad de estar con sus nietos. Mientras nos despedíamos en la puerta de casa de Ian exclamó:

—¡Colin, ya está, ya sé a quien me recuerdas! —volvió a entrar en casa y desapareció escaleras arriba.

Al instante regresó con una foto en la mano.

—Harry, tú esta foto seguro que no la conoces porque tu abuelo la escondía junto a otras en una caja que guardaba detrás del radiador de su dormitorio. Yo la descubrí cuando estuve aquí hace tres veranos ayudándole mientras pintaban la casa. Hay fotos y cartas de sus amigos. Mira este hombre, Colin, os parecéis muchísimo.

—Sí que es verdad. Cuánto nos parecemos —respondió Colin.

—Aún funciona mi memoria —recalcó burlón John mirando a su hijo.

Claro que se parecían, aquel hombre de la foto en blanco en negro era Ben, el abuelo de Colin, y junto a él estaban mi tía Rosa, Ian y tres personas más. Deduje que eran Julia, Sergio y Leo. Detrás de la foto había una nota: “TTC enero 1940”.

Cuando Harry regresó del aeropuerto nos volvimos a reunir en el sótano para hablar. Ni Colin ni yo habíamos querido revisar todavía las fotos y las cartas que contenía la caja que nos había descubierto John. Harry nos bajó una bandeja con el famoso “*fish and chips*” de Whitby que había comprado de vuelta a casa. Nada más poner los pies en el último peldaño le dije:

—¿Has visto lo que hay escrito en la parte de atrás de la foto? Es lo mismo que escribó William en una de sus notas. ¿Y tú sabías que tu abuelo tenía un apartamento en Berlín?

—Primera noticia, nunca me lo dijo. Y por supuesto no sabía nada de esta foto, ni de las siglas, ni de las radios, ni de que tú y yo no nos conocimos por casualidad, nada de nada; ni siquiera de esta historia que hay alrededor de la famosa “verdad” que tanto menciona.

—¿Ian hablaba alemán? —preguntó Colin a Harry.

—Lo hablaba muy bien. Él me lo enseñó a mí. Si soy lingüista y criptógrafo es en parte por mi abuelo. Él despertó mi interés.

—Cuando te has ido nos hemos quedado observando en detalle la foto. Están en el aeropuerto de Zúrich —le dije mientras se la mostraba—. Ves, están en la pista de un aeropuerto y

detrás a la izquierda, entre Ben y Rosa, se ve el cartel de la terminal y pone “Zúrich”. Yo pensaba que durante la guerra tu abuelo se había quedado en Whitby.

—Por lo que yo sé estuvo en Whitby y no dejó de trabajar en la fábrica de Stockton-on-Tees. De pequeño, siempre que le preguntaba por aquella época, me respondía lo mismo. Había soldados que vigilaban las playas y el puerto, un aeródromo cerca del pueblo, pero poca cosa más. El seguía trabajando y lo más que hizo fue convertir el sótano en un bunker de hormigón. Pero está claro que con ese grupo de personas, el TTC, había algo más que amistad. Tal vez solo estuvo una vez en Zúrich, el día de esa foto. No sé.

—Debían ser espías, tiene toda la pinta —le dije a mi marido.

—Betty está convencida de eso. No es la primera vez que lo dice —añadió Colin.

—Pues yo no lo creo. ¿No os parece que de una forma u otra nos lo habrían revelado? La guerra terminó hace 68 años. Después de tanto tiempo, son las típicas batallitas que se terminan contando. Éramos sus nietos, ¿qué peligro había? Ninguno. ¿Y por qué siguieron después de la guerra? Las radios, las cartas, todo lo que habéis contado. ¿Y por qué han matado ahora a Ian y antes a William?, ¿por qué os persiguen? Los nazis perdieron la guerra hace 68 años y ya no existe el Tercer Reich. No debían ser espías. Es otra cosa.

Seguimos hablando y comiendo pescado con patatas fritas hasta que Harry nos preguntó:

—¿Queréis seguir con todo esto o preferís dejarlo?

—Yo quiero seguir, necesito saber quien mató a William. Pero entendería que vosotros lo dejaseis, tenéis hijos y puede ser peligroso —contestó Colin.

—Seguramente es más peligroso no hacer nada —dije mientras miraba a Harry—. Y tú, ¿qué quieres hacer tú?

—Ian era mi familia, Bet. Yo también necesito continuar lo que habéis empezado.

Una vez tomada la decisión y conscientes los tres del peligro que podíamos correr, Harry expuso lo siguiente:

Habían pasado nueve días desde que Colin y yo empezamos a hablar a través de nuestras radios y cinco de mi llegada a Inglaterra. Nos estaban siguiendo, pero no terminaban de acercarse a nosotros. Parecía que querían saber qué hacíamos y hasta dónde llegábamos, pero nada más. Seguramente habían matado a Ian al averiguar que él era el Lutier y que pretendía contarme algo, o quizá buscando saber qué información tenía. Fuera lo que fuere, Harry creía que hasta que no descubriésemos más, no estaríamos verdaderamente en peligro.

Debíamos ser muy precavidos, más de lo que lo habíamos sido hasta ahora. Además de colocar micros y seguirnos, sabíamos que las personas que nos acechaban eran capaces de matar.

Harry se quedaría en Whitby terminando gestiones. Tenía que formalizar el testamento, ir a los bancos, hacer cambios de nombre e intentar localizar a Emma para cumplir con la voluntad de Ian. Además, aprovecharía para revisar las fotos y las cartas que había en la caja y para comprobar que no hubiera alguna cosa más importante o comprometedoras en la casa. También revisaría el barco y la caseta del puerto. Debía, además, llamar a Berlín para enterarse de qué iba todo aquello del apartamento, y también quería preguntarle a un viejo amigo de Whitby si sabía algo sobre aquellas radios.

Colin regresaría a Londres, abriría la tienda para que pareciese que todo volvía a la normalidad y hablaría con su amigo del MI5 para que le prestase un aparato de detección de micros. Ya se inventaría cualquier excusa. Teníamos la opción de comprarlo online —hoy en día se vende de todo—, pero siempre sería más efectivo uno profesional. También se encargaría de conseguir tres números de móvil nuevos que pondría a nombre de Fred y con su número de cuenta. Se lo compensaría en la nómina. Además quería leer los papeles de las carpetas amarillas de Ben

por si podía averiguar algo nuevo.

Yo viajaría a Barcelona para estar dos días. Vería a los niños y lo dejaría todo organizado por si Harry y yo no regresábamos en un par de semanas. Otra cosa que debía hacer era hablar con mi jefe para ver si me permitía prolongar mis vacaciones o si me invitaba a no volver más a la dichosa inmobiliaria. Con todo resuelto volvería a Londres llevando conmigo la radio de mi tía, otras cosas que guardaba de ella y todo lo que tenía Harry de Ian en nuestra casa.

Sacamos los billetes de avión y quedamos en reencontramos el siguiente miércoles, día 26, en casa de Colin en Londres. Por teléfono no debíamos hablar sobre nada de esto.

Nos fuimos a dormir y le pregunté a Harry:

—¿Estás haciendo todo esto por mí?

—No. Por todos —me dijo muy seguro.

—¿Y tu trabajo?

—Fuiste tú la que me pediste que reflexionara sobre ello. Además, mira el testamento de Ian, los dos pensabais lo mismo. Mañana llamaré a la oficina para avisar de la muerte de mi abuelo y para decirles que, por asuntos familiares, no podré volver hasta dentro de tres semanas. Imagino que cuando regrese me estará esperando la carta de despido.

Nos abrazamos y nos quedamos dormidos.

## Capítulo 5.

Londres - Whitby - Zúrich, 24 de febrero

Whitby, lunes 24 de febrero, 2014

Harry nos dejó a Colin y a mí en el aeropuerto de Leeds a primera hora de la mañana del lunes. Mi vuelo a Barcelona salía solo media hora antes que el de Colin a Londres.

Ese día lo pasamos cada uno de nosotros por nuestra cuenta y a kilómetros de distancia. Uno en Whitby, el otro en Londres y yo en Barcelona. ¡Qué emoción volver a ver a mis hijos! Solo hacía una semana que no estaba con ellos pero me habían pasado tantas cosas que parecía mucho más tiempo. Los abracé, los besé y me contaron todo, cada detalle, de lo que habían hecho.

\* \* \*

En Zúrich ese mismo lunes a las cinco de la tarde se celebraba un funeral. La noche del sábado, el mismo día que murió Ian, August sufrió un infarto y murió también. Era el presidente del tercer banco suizo y toda la prensa económica internacional se hizo eco de la noticia. Su hermano ocupó su puesto en el banco y en la Organización, y dicen que no llegó a derramar ni una sola lágrima. En el funeral oficiado en la Grossmünster ante muchos personajes del mundo de la empresa y la política habló Joelle Schnieper en representación de la banca del país helvético. Lo recordó como un excelente banquero, persona y, sobre todo, como un buen amigo.

\* \* \*

Los siguientes dos días no volví a hablar con Colin, y tampoco lo hizo Harry. Colin ya sabía a qué hora aproximadamente llegaríamos el miércoles a Londres. Por seguridad era mejor no contactar con él.

Harry y yo sí que hablamos, pero únicamente por asuntos personales. Había conseguido localizar a su hermana Emma y podía cumplir el deseo de Ian. Conversaron un par de veces. La primera fue para comunicarle que su abuelo había fallecido y lo que había dispuesto para ella, y la segunda para facilitarle los datos del abogado que gestionaría la documentación y la transferencia del dinero. Al parecer, en un principio Emma no quiso aceptarlo pero Harry la convenció. Me dijo, con emoción, que aunque no estaba seguro, pues no habían quedado en nada firme, aquel contacto podría ser un buen paso para recuperar a su hermana. Probablemente era el inicio de un largo camino que él estaba dispuesto a recorrer.

Yo pasé aquellos dos días rebuscando entre los recuerdos de mi tía Rosa y organizándolo todo para los niños. Abril y Enrique iban a quedarse con mis padres diez días y, si John se podía organizar, después estarían con él en nuestra casa. Los niños estaban bien y eso me daba a mí tranquilidad para volver a Londres y continuar con todo aquello.

Mi vuelo a Londres salía el miércoles a las tres de la tarde. Aquel mismo día por la mañana acompañé a mis hijos al colegio, me despedí de ellos, cogí de casa todo lo que tenía que llevarme a Londres y me dirigí en taxi a mi trabajo para hablar con mi jefe.

—¡Hombre, aquí está la hippie! —dijo el gilipollas de mi jefe al verme.

—Hola, Carlos

—¿Tú no estabas de vacaciones?, aún te quedan dos semanas.

—Venía por eso. Para hablar contigo y ver cuanto trabajo había y si podía pedirte una más.

—No, claro que no.

—¿Pero hay mucho trabajo?

—No, pero con tres semanas creo que tienes suficiente.

—Ya, pero me corresponden cuatro, y además aún me debes tres de otros años.

—Pero yo te pago por eso, por trabajar, no por estar de vacaciones.

—¡Perdona, Carlos!, las vacaciones son un derecho. Además, ahora me has dado tres semanas, sí, pero sólo me vas a pagar una. Es del todo injusto, y no he dicho nada.

—¡Derecho!, ¿de qué derecho me hablas? ¿Tú te crees que tienes algún derecho aquí? Esta empresa es mía.

—¿Tú sabes cuanto me pagas?, ¿sabes qué hago?, ¿sabes lo que tengo que tragar con tu menosprecio y tu actitud?

—Te pago lo que aportas, nada más. Y si no te gusta como te trato ya te puedes ir. Hippies como tú las hay a patadas.

—¡Claro que me voy! Voy a recoger mis cosas, llamar al gestor para que me prepare el finiquito y me voy.

Recogí mis cosas, hice la llamada al gestor y me despedí.

—¡Adiós, Carlos!, y buena suerte —le dije en tono sarcástico.

Ni me contestó. Por fin acababa de dar carpetazo a la peor etapa de mi vida laboral. Un trabajo que no me gustaba, que con suerte me daba mil euros al mes y con un jefe déspota, machista y, sobre todo, capullo. Aún no entiendo cómo hay gente tan cerrada que solo es capaz de considerar correcto lo suyo y no sabe valorar la opinión ajena y la diversidad ni aprender de ellas.

A las tres y media de la tarde, hora de Londres, aterrizaba en Heathrow, y como el martes anterior me esperaba Colin en la salida. Hicimos el mismo recorrido. Fuimos al parking y subimos al coche. Había venido en el Mustang. Durante el trayecto pudimos hablar. Colin me comentó que no había micros en el coche, pero lo importante preferimos dejarlo para más tarde, cuando Harry estuviera con nosotros. Llegamos a Shoreditch y Willin's, su tienda, que estaba abierta. Los clientes que esperaban dentro eran como me los había imaginado, hombres y mujeres cuya forma de vestir definía claramente su estatus, en unos casos, o su carácter progresista y abierto, en otros. Colin me presentó a Fred, un chico de unos veinticinco años muy simpático. Le encantaba Barcelona y estuvimos hablando de distintos lugares de la ciudad. Aunque nos comunicamos en inglés quiso demostrarme sus conocimientos del castellano. Sus abuelos, después de jubilarse, se habían ido a vivir a Jávea, un pueblo de la costa alicantina del que decían que tiene la luz más bella de España, y Fred viajaba allí un par de veces al año para pasar unos días con ellos.

Ya dentro de casa subimos directamente a la última planta. Allí no quedaban micros y podíamos hablar. Los del salón y los dormitorios todavía no estaban desactivados.

Eran las seis casi en punto de la tarde cuando sonó el timbre de la casa. Era Harry. Llegaba cargado con tres bolsas. Nos dimos un beso y un abrazo. Colin le indicó con gestos que no hablase. Dejamos las bolsas en el dormitorio y subimos los tres a la buhardilla. Lo primero que hice fue anunciarle que ya no tenía trabajo. Me sentía un tanto angustiada, no lo podía disimular. Yo sin trabajo y él en trance de perderlo. Sabía que podía ser bueno para los dos y que disponíamos de ahorros para aguantar un año pero la situación me producía un poco de vértigo. Harry me tranquilizó. A él también le habían comunicado que estaba despedido, pero para su sorpresa y para nuestra tranquilidad se había encontrado con que Ian tenía unos ahorros que para nada correspondían a los de un viejo pescador de bacalao. En los años sesenta realizó una serie de inversiones bursátiles que hoy en día se habían transformado en una pequeña fortuna. Harry no

terminaba de encontrar el motivo por el que Ian nunca se lo contó ni a él ni a John, ni comprendía que hubiese vivido de manera tan austera.

Colin nos entregó a cada uno un nuevo móvil con un nuevo número. Fred no le había puesto ningún inconveniente para que estuvieran a su nombre. Aceptó bien la excusa de que eran para unos amigos que venían a Londres y que de ese modo se los podía desgravar a través de la tienda. Que estuviesen a su nombre y con su número de cuenta no le preocupaba a Fred, conocía la generosidad de su jefe.

También nos comunicó que no se habían encontrado nuevos micros en la casa y que seguían activados los que sabíamos. Su amigo del MI5 le había prestado el detector y al decirle Colin que quería averiguar si en Reading también había algún micro instalado su amigo se prestó a ayudarlo. No obstante Colin, después de agradecerse, alegó que no era necesario, que posiblemente todo aquello era provocado por su estado emocional tras la reciente muerte de William. Y no nos dijimos nada más. Bajamos las escaleras, salimos de casa y nos dirigimos a Arnold Circus, a la Cocina de Megan. Ya le habíamos hablado a Harry del lugar y allí podríamos conversar más tranquilos.

\* \* \*

Al mismo tiempo que entrábamos en la Cocina de Megan, Carl, desde Londres, llamaba a Joelle que se encontraba en Nueva York, en la ceremonia de salida a bolsa de una empresa tecnológica financiada por fondos de inversión asociados a su banco.

—Saludos, Joelle. Se han reunido. Ya están los tres juntos.

—Bien. Me quedo más tranquila, Carl. Ayer cuando comí con Colin en Londres llegué a pensar que habían abandonado.

—Hasta esta tarde no teníamos ningún indicio de que fueran a seguir. El contenido de sus conversaciones ha sido personal, sin ningún interés para nosotros. En casa de Colin no ha pasado nada y además ha vuelto a abrir la tienda. Harry se ha dedicado a hacer gestiones relacionadas con la muerte de su abuelo y poco más. Algo nos alertó, pero fue una falsa alarma. Se puso en contacto con una mujer en Francia, pensamos que podía estar relacionada con algún miembro del Círculo, pero no, era su hermana y hablaban de la herencia. Y Betty en Barcelona tampoco ha hecho nada especial. Pero hoy han vuelto a juntarse. Betty y Harry han volado a Londres para reunirse con Colin en su casa. ¿Y qué sentido tiene que vuelvan a encontrarse si no es para intentar averiguar algo más?

—¿Habéis cambiado ya a los equipos de seguimiento? —se interesó Joelle.

—Sí, son otras personas. No podrán reconocerlos. Actuaremos principalmente con ellos. Intentaremos instalar más micros. Sus teléfonos siguen intervenidos pero si son listos no creo que los usen para hablar entre ellos. Tenemos dos personas recogiendo permanentemente toda la información que van dejando sus nombres, pasaportes y números de cuenta. Cualquier movimiento que hagan lo sabremos al momento.

—Sabes que no quiero que actuéis hasta que yo lo apruebe —intervino tajante Joelle—. Dejad que se muevan. Necesitamos que no se sientan presionados.

\* \* \*

Nos sentamos a la mesa que estaba junto al patio, la más alejada de todas, y empezamos a hablar con la seguridad de que nadie nos escuchaba.

Harry nos habló de las radios. Se las había llevado a un viejo amigo del pueblo. Era un friki

de la tecnología que, después de haber trabajado muchos años en San Francisco, había decidido volver a Inglaterra, a Whitby. Allí disfrutaba del mar y de su gente mientras ampliaba su colección de procesadores y hacía algún que otro trabajo no muy legal. Por encargo abría los protocolos de seguridad de los sistemas de algunas empresas e instituciones para robar información. Aunque no le resultó fácil porque las radios eran muy antiguas, consiguió averiguar algo. La de Ian actuaba como una centralita y ninguna de las otras radios podía detectar si estaba o no en marcha. La definió como “la radio fantasma”, lo puede escuchar todo y nadie puede escucharla a ella. Harry le explicó que todo aquello lo había montado su abuelo a finales de los años treinta o principios de los cuarenta. Su amigo se sorprendió porque los circuitos eran muy avanzados para esa época y además tenía la impresión de que habían sido manipulados para intentar adaptarles un sistema de geolocalización pero que no había terminado de funcionar. Si le daba un par de horas, él podía tratar de integrarlo y ver qué pasaba. Así lo hizo, y cuando Harry volvió ya tenía una respuesta. El piloto encendido con la letra S correspondía a una radio que se encontraba en aquel momento en Zúrich. Pero no solo consiguió eso, hasta fue capaz de darle un radio de localización de dos kilómetros: estaba en el mismo centro de la ciudad. Averiguó también que esa radio estaba emitiendo, y si no podían escucharla era porque debía llevar un inhibidor de señal. Estaba claro que alguien sabía para qué servían esas radios y no quería que le oyesen.

El apartamento que había heredado Harry en Alemania lo compró Ian en 1992. Estaba justo al lado de la Biblioteca Estatal de Berlín. Era un edificio muy antiguo, de 1910. Antes de la caída del muro pertenecía al estado comunista de la RDA y tras la reunificación se privatizó y se vendió. Cuando Harry nos lo contó, no nos lo podíamos creer: ¡le había costado tres millones de marcos alemanes!, lo que viene a ser un millón y medio de euros ahora. Era lógico que Harry no compartiera esta información con John para evitar que pudiera hacerse preguntas sobre su padre.

Al poco de comprarlo Ian mandó un camión con objetos y muebles desde Inglaterra y pasó algunas semanas en Berlín. Después, según le contaron los de la agencia, acudía allí al menos tres veces al año. Eran visitas cortas, de no más de dos días. Avisaba a la agencia y ellos lo esperaban. El apartamento necesitaba dos llaves para abrir la puerta. Una la traía personalmente Ian y la otra la guardaban en la agencia. Harry no tenía ni idea de los viajes a Berlín de su abuelo. Sabía que hablaba alemán, pero nada más. Por aquel entonces Harry ya no vivía en Whitby, residía en Oxford, donde estudiaba la carrera. Aquel apartamento era una nueva variable en nuestra investigación.

La caja de Ian donde John encontró la foto de los miembros del TTC contenía más fotos, cartas y una llave de seguridad con un adhesivo que ponía “Berlín”. Sería, sin duda, la llave del apartamento. El contenido de las cartas confirmaba nuestras investigaciones. Había cartas de todos los miembros del TTC, de distintas fechas y enviadas por distintos motivos. Se deducía de ellas que Julia Jones fue quien introdujo a Ian en el TTC. Ella era agente del OSS, el servicio de espionaje norteamericano anterior a la CIA. No sabíamos de qué los conocía, pero también fue ella quien puso en contacto a Ian y a Ben. A partir de entonces ellos mantuvieron una estrecha relación. Era como si Ben le diese instrucciones a Ian, y éste las ejecutase.

Por último, Harry nos contó lo que había encontrado en la caseta del puerto donde su abuelo guardaba las redes de pesca. Debajo de un arcón de madera había una trampilla y debajo de ésta un hueco del tamaño de una cesta para pescar langostas. Dentro descubrió un rollo de papel continuo que extendió en el suelo. No debía tener menos de dos metros por uno, y había escritas a mano una gran cantidad de notas musicales de tamaño minúsculo.

Colin, por su lado, en los papeles de las carpetas amarillas de Ben había encontrado más

información interesante. Pero antes de entrar en su contenido quiso explicarnos el extraño encuentro que había tenido el día anterior. El lunes, a las pocas horas de haber regresado de Whitby, recibió una llamada de Joelle Schnieper. Ya me había hablado de ella. Era la presidenta de un banco suizo y conocía a William porque había sido asesor suyo. La primera vez que Joelle llamó a Colin le manifestó su interés por conocerle, segura de que a William le hubiera gustado. El martes ella iba a estar en Londres así que llamó a Colin por segunda vez para invitarlo a almorzar. Colin accedió, le parecía una persona muy amable. La misma mañana del martes, poco antes de salir hacia el Annabel's, un club privado del que Joelle y William eran miembros, Colin estuvo revisando papeles de su abuelo. En uno de ellos había una lista de nombres entre los cuales aparecía "Schnieper". Acto seguido buscó la memoria USB de William que contenía los datos confidenciales de sus clientes y que sacaron de la caja de seguridad del banco. La conectó a su ordenador y en el campo "buscar" escribió la palabra "Schnieper". ¡Eureka! William tenía información de algunos delitos cometidos por el banco presidido por la mujer con la que se había citado para almorzar. Leyó por encima las conclusiones de William sobre su cliente y se encontró con graves infracciones en las que estaban involucrados tanto el propio banco como algunos gobiernos, partidos políticos, reguladores bancarios y hasta alguna institución internacional. Se habían saltado no solo las leyes sino también gran parte de los principios éticos. De su etapa como banquero Colin era conocedor de lo poco honesta que podía ser la banca y de su ambición de poder, pero aquello lo sobrepasaba. Acudió a su encuentro con la señora Schnieper turbado por lo que acababa de conocer. Se preguntaba si Joelle querría conocerlo para compartir sus recuerdos de William o más bien buscaba averiguar si William, y ahora él, sabía algo sobre las actividades irregulares de su banco.

Cuando Colin llegó al club, Joelle ya le estaba esperando en una de las salas privadas. Tratándose de un primer encuentro y siendo ella una mujer con tanto poder, el saludo entre los dos fue muy informal. Colin le tendió la mano pero ella, al tiempo que se la cogía, se le acercó y le dio un beso. Parecía poco mayor que Colin y su aspecto era impecable. No tenía apenas arrugas en el rostro, el color y la textura de su piel eran uniformes, el pelo castaño parecía natural y su porte era de capitana de la guardia real. A Colin le sorprendió su atuendo. Esperaba ver un traje de chaqueta oscuro, tacones de al menos seis centímetros, alguna piedra en los lóbulos de las orejas y un bolso de mano de marca francesa. Pero no. Vestía tejanos rectos, sneakers blancas, una americana de cuadros sobre una camiseta gris ceñida y no colgaba de ella joya alguna. El reloj era de running y en vez de bolso llevaba una mochila de tela de gabardina. Un estilo informal perfecto, pensó Colin recordando que Joelle estaba de paso en Londres camino a Nueva York y que tras el almuerzo tenía que coger el vuelo.

Los primeros veinte minutos solo hablaron de William. Cuándo y cómo lo había conocido Joelle, sus encuentros en Londres, muchos de ellos en la misma mesa donde estaban ahora sentados, alguna salida nocturna en Zúrich, incluso un fin de semana que pasaron en Maldivas tras un consejo de administración del banco. Aquella conversación y recordar a William tranquilizó a Colin y, durante un rato, dejó a un lado la inquietud que le habían generado los secretos que conocía de la mujer que tenía enfrente. Pero como una señal de alarma, en el segundo plato, cuando ella empezó a preguntarle sobre su abuelo, Colin reaccionó.

—Me contó William que estuviste muy unido a tu abuelo —le dijo más que como una pregunta como una afirmación—. Yo también lo estuve al mío.

—Sí, pasé mi infancia con él y con mi madre.

—¿Lo echas de menos?

—Sí y no. Murió hace muchos años.

Las preguntas de Joelle empezaron a incomodar a Colin. Se estaban centrando en Ben: qué estudió, cuál era su campo de investigación, qué recuerdos conservaba de él. Joelle intentaba justificar las preguntas comparándolas con la relación que tuvo ella con su abuelo. A Colin le pareció extraño. Tuvo la sospecha de que Joelle no tenía ni el más mínimo interés en saber qué conocía él sobre las infracciones de su banco. Por el contrario su abuelo Ben estaba tomando protagonismo en aquel almuerzo, demasiado.

Al finalizar el postre siguieron con el café en un salón contiguo al de la comida. Fue entonces cuando las preguntas de Joelle terminaron de alertar a Colin.

—La última vez que vi a William fue en Zúrich, cenamos juntos en mi casa. Estaba algo intranquilo. Quizá sepas si le pasaba algo, Colin.

—Que yo sepa no le pasaba nada especial, estaba bien —le contestó con la intención de no decirle la verdad.

—Me contó cómo era la casa que os estabais arreglando, en Reading, ¿no?, y también que estaba trabajando en los papeles de tu abuelo. Parecía muy interesado —seguía insistiendo Joelle.

—Lo hacía por distracción. Yo no estuve muy pendiente de eso, no le hice mucho caso, pobre. Es una pena que William no haya podido disfrutar de la nueva casa, la dejó preciosa.

—Pues no sé si te lo contó, Colin, pero ¿sabes que nos llegó a relacionar a ti a mí? Tu abuelo había trabajado para el mío, bueno, para el mío directamente no. Allá por 1936 o 1937 una serie de bancos suizos promovieron unas conferencias, de manera altruista, para hablar sobre los ciclos económicos y su comportamiento desde el punto de vista matemático. Me explicó William que tu abuelo ayudó a organizar aquellas conferencias y que fue ponente en varias. Seguro que debió conocer o incluso hablar alguna vez con el mío. Entonces mi abuelo era el presidente de nuestro banco y también uno de los promotores de aquellas conferencias. Fíjate que pequeño es el mundo.

—¡Ostras, qué casualidad!, no tenía ni idea. Sabía que mi abuelo había estado algunas veces en Zúrich pero nunca supe el motivo. Igual William me lo llegó a contar pero, la verdad, a veces hablaba tanto que yo desconectaba —mintió Colin sin saber cómo disimular su asombro.

Salió del almuerzo con la certeza de que esa mujer, Joelle Schnieper, no lo había citado para mostrarle sus condolencias y compartir sus bonitos recuerdos de William. Buscaba algo más, quería saber hasta dónde conocía Colin la vida de Ben.

Después de contarnos el encuentro, le pregunté qué otros nombres aparecían en la lista de los papeles de su abuelo.

—Espera —me contestó sacando unas notas de su cartera—. Como os podéis imaginar lo primero que hice al volver de la comida fue coger la lista y buscar en internet.

—¿No lo harías desde casa? —quiso saber Harry.

—Tranquilos, lo hice con el móvil nuevo, sin conectarme a la red de casa.

Colin nos detalló la lista. Al lado de cada uno de los nombres había un símbolo. Los nombres estaban desordenados pero Colin los había agrupado después de encontrarles la relación. Aparecían un total de cuatro bancos suizos: Schnieper, ZZB que era el Zúrich Zentral Bank, Vollenweider y SK que era el Swiss Kredit, y varios nombres de personas. No encontró información sobre todas, pero supuso, por su símbolo, que podían dedicarse a lo mismo, eran matemáticos y científicos alemanes y suizos. Para su sorpresa, entre éstos estaba Leo Schulze, el amigo de Ben. Los otros eran: Hans Sutermeister, Edgar Pellegrini, Mark Piaget, Bernard Müller, Johann Steiner y Dieter Merian. Otros tres nombres de la lista correspondían a tres altos mandos de las SS del Tercer Reich alemán. Dos fueron juzgados en Nuremberg y ya habían fallecido: el Teniente General Frank Baumann y el Mayor General Günter Meyer. El tercero murió en una

explosión en Zúrich, el Brigadier Hugo Frei. El último de los nombres de la lista era fácil de reconocer, su símbolo era distinto, sólo él lo tenía, el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler.

Harry y yo nos quedamos paralizados.

—¿Colin, esta lista estaba tan accesible en las estanterías del dormitorio de tu abuelo en Reading? —inquirí sorprendida y asaltada de dudas.

—No tan accesible, no creas, la escondió bien. Estaba entre líneas en un texto que escribí sobre el manual de vestimenta de un profesor de la London School of Economics. Leí las dos primeras páginas y seguí leyendo de casualidad porque el texto era entretenido. A veces no solemos ver lo que tenemos justo delante. Ya te conté que de pequeño Ben me decía que guardase lo importante en carpetas amarillas. Ayer me di cuenta de que desde niño me estuvo preparando para que algún día encontrase lo que escondía. Lo mismo que hicieron con vosotros tu tía Rosa y tu abuelo Ian.

—Perdonad que os interrumpa —dijo Harry—. ¿En qué año me dijisteis que murió Leo Schulze?

—También lo comprobé, Harry. Debieron morir en la misma explosión Leo y el Brigadier Hugo Frei. Fue en Zúrich el 3 de marzo de 1945.

—¡Uff, mierda! —resopló Harry.

—El día antes de morir —intervine yo sin pausa— una de las cosas que Ian me dijo por teléfono fue que habían ganado la Segunda Guerra Mundial y que Leo trabajaba en un proyecto del Tercer Reich. Está claro ¿no?

—Estás muy segura de que eran espías, Bet —me respondió Harry.

—Sí, sí lo estoy. Además a Ben y a mi tía el mismo Winston Churchill los condecoró y los llamó héroes.

—De acuerdo, Betty, tienes razón, puede ser —dijo Colin interrumpiéndome—, pero la guerra terminó hace muchos años, ¿por qué nos vigilan ahora?, ¿qué sentido tienen las muertes de William y de Ian? No tiene mucha pinta de un ajuste de cuentas por algo que terminó hace casi 70 años.

—Los registros de tu abuelo y de tu tía los borraron, según tengo entendido —reflexionó Harry.

—Así es, los borraron de los ministerios, de las secretarías y de las agencias de seguridad, y la carta que lo confirmaba la había guardado escondida mi abuelo Ben.

—Eso es lo que tenemos que buscar, qué ocurrió para que el gobierno británico escondiese la labor del TTC. O temían algo o el fin de la guerra no sucedió exactamente como nos lo han descrito.

—¡Claro, Harry! —continué yo—. Tal vez la guerra no terminó gracias al desembarco aliado y al avance de las tropas rusas. Tal vez se ganó a causa de algo turbio, algo que podía incluso incomodar a los gobiernos de las tropas aliadas, y eso solo lo conocerían los miembros del TTC y no debía saberse. Parece un disparate pero podría ser la explicación de que nos persigan y hayan matado a Ian y a William.

—Creo que vas demasiado rápido, Betty —me dijo preocupado Colin.

—Bet, yo estoy en parte de acuerdo con Colin, pero hay algo de lo que dices que puede tener sentido. Ian nos pidió que grabásemos en su lápida “pescador y amante de la verdad” y mucho de lo que me habéis contado hace referencia a lo mismo, no lo olvidéis, hasta llamaban a su grupo El Círculo de la Verdad. Estaban obsesionados con la veracidad. Recuerdo que una de las frases que Ian me repetía, y que incluso llegó a grabar en la pluma que me regaló cuando terminé los estudios, se refería también a eso: El lenguaje es la expresión de la verdad. Es posible que como

tú dices, Bet, la guerra no terminase como está escrito en los libros y el TTC nos quisiese contar la verdad a través de otro tipo de lenguaje.

—¿Te refieres a los papeles con fórmulas y al rollo con notas musicales que hemos encontrado, Harry? —quiso saber Colin.

—¡Exacto! —afirmó Harry.

Se había hecho muy tarde y teníamos mucho trabajo por delante. Volvimos a casa de Colin y nos fuimos a dormir. Habíamos decidido que lo primero que haríamos al día siguiente sería escribir todas las opciones que teníamos e intentar relacionarlas entre sí. También consideramos la necesidad de hacer una visita a Berlín.

Antes de cerrar los ojos Harry me preguntó.

—¿Cómo estás, Bet?

—A pesar de todo, hacía años que no estaba tan bien —le contesté mientras me cogía de su brazo y acercaba mi cara a la suya.

Capítulo 6.  
Londres - Berlín - Zúrich, 27 de febrero

Londres, jueves 27 de febrero, 2014

Esa mañana no fue mi reloj biológico el que me despertó, fue el de Harry. Entreabrí los ojos y le vi concentrado mirando su móvil.

—¿Lees la prensa? —le pregunté al tiempo que me espabilaba.

—No. Hice unas fotos del papel con las notas musicales que encontré en la caseta del puerto y las estaba mirando. Ahí dentro hay algo, no sé que es, pero hay algo.

Podíamos hablar tranquilamente, la noche anterior Colin había desactivado los micros de los dormitorios y del salón.

—¿Crees que puede esconder lo que verdaderamente pasó?

—Vete tú a saber. Tampoco creo que lo pusiesen tan fácil. Si yo hubiera sido Ian, también habría creado pistas falsas para mayor seguridad, y esta podría ser una.

—Son las cinco y media de la mañana, ¿te apetece un baño?

Esas eran dos de las cosas que no teníamos en Barcelona, intimidad y una bañera en la que cupiésemos los dos. Así que nos dimos mutuamente un buen masaje de espuma, nos arreglamos y bajamos al salón.

Colin debía ser la persona que menos dormía del mundo. Ya estaba allí esperándonos. Al vernos apagó su Palmer y animado nos dio los buenos días.

—Colin, muchas gracias por todo. Aún no había tenido la oportunidad de decírtelo —le expresó Harry con afecto.

—¿Gracias por qué?, solo espero que estéis cómodos.

—No lo digo solo por alojarnos en tu casa, lo digo por habernos traído hasta aquí.

—Gracias a vosotros, Harry, a los dos. Ojalá estuviese William aquí con nosotros.

—Ojalá —le contestó Harry mientras se acercaba a él para abrazarlo.

Terminamos de desayunar y subimos a la buhardilla donde nos esperaba todo el material que habíamos reunido hasta el momento: lo que Harry había traído de Ian desde Whitby, los cuadernos de William, las carpetas de Ben y las cartas de Rosa.

Algunas cartas de Ian indicaban que el TTC, o El Círculo de la Verdad, se constituyó formalmente en enero de 1940. De ahí la fotografía en la que aparecían todos sus integrantes en el aeropuerto de Zúrich y la fecha escrita en una de las notas de William que encontramos en su delantal. Todo apuntaba a que fue una orden directa que recibió Ben de Winston Churchill, a quien debían llamar “Mozart”. También se deducía que habían empezado a operar antes del 40 y que el gobierno británico solo conocía la existencia de Rosa y de Ben. El resto de los miembros debieron permanecer en el anonimato, y parecía que había un especial interés en que fuese así. Supusimos que quizá por esta razón únicamente mi tía y el abuelo de Colin fueron reconocidos con los títulos de Dama y Caballero. El resto de la información de Ian ayudaba a corroborar lo que ya sabíamos.

A la hora del almuerzo Colin y yo repetimos en el bar del *Geffrye Museum*, mientras Harry se reunía con un antiguo compañero de Oxford, también doctor en criptografía. Quedamos que nos reuniríamos de nuevo a las seis de la tarde en el Old Spitalfields Market.

Tras el almuerzo, lo primero que hice fue sacar los billetes de avión para Berlín. La

investigación de la mañana nos había confirmado que el siguiente paso debía ser volar allí y debíamos ir los tres juntos. Demasiadas pistas apuntaban a Berlín: el apartamento de Ian, sus últimas palabras antes de morir, las notas de William...

Colin esa tarde trabajó en la tienda pues necesitaba despachar pedidos atrasados, y yo aproveché para ir a Kew, a la oficina donde se conservan los archivos nacionales británicos. Algunos de estos se podían consultar por Internet pero tardaban días en autorizarte el acceso, así que consideré más práctico ir directamente.

Colin y yo llegamos a las seis en punto al bar del mercado donde habíamos quedado. Harry apareció diez minutos más tarde.

—Perdón, siento llegar tarde.

—No te preocupes —le tranquilizó Colin—. ¿Has encontrado algo?

—Eso es, por eso me he retrasado. Ya os conté que mi amigo trabaja en temas de codificación y ciberseguridad. Es independiente y asesora a grandes empresas para proteger información confidencial. En Oxford era el mejor, era realmente bueno. Le he llevado el rollo de papel con las notas musicales que encontré en Whitby. Lo ha escaneado y luego ha utilizado un software especial para ver si podía descifrarlo, pero nada. En total contiene veinte mil notas escritas, que no son pocas.

—Harry, pero igual no todas las notas tienen significado —le hice notar.

—Exacto, Bet. En realidad solo tienen significado 53 notas. Después de despedirme de mi amigo, al bajar en el ascensor, me he dado cuenta de que era un ascensor tubular, como el rollo de papel de Ian, y he recordado que mi abuelo, a veces, cuando me enseñaba criptografía, solo utilizaba partes de los códigos y en algunas ocasiones hacía coincidir el inicio y final de los papeles. Así que he desplegado el rollo y lo he enrollado en forma de tubo para hacer coincidir el principio y el final, y ¡ahí estaba!, una secuencia clara de 53 notas. Dentro de las veinte mil solo una cincuentena representan algo y son solo tres palabras, nada más: “Tesoro Tercer Reich”.

—Esto se está liando, Harry —dijo Colin sorprendido—. Mucho se ha escrito sobre la existencia de un tesoro escondido por los nazis antes del final de la guerra, compuesto por oro, objetos y obras de arte, joyas, pero hasta el momento nadie lo ha encontrado.

—Harry, ¿crees qué...? —le iba a preguntar pero no me dejó acabar.

—No quiero creer nada, Bet, de momento nada. Ayer estábamos considerando que quizá la guerra no había terminado del modo que nos lo han contado y que el TTC podía estar al corriente de las causas reales de su fin. Ahora aparece la palabra “tesoro” y además tenemos una lista de nombres de bancos suizos. No sería extraño pensar que tu tía, nuestros abuelos y los otros integrantes del Círculo supieran dónde estaba el tesoro. Y si así fuera, podríamos llegar a imaginar el interés que tenía Joelle Schnieper por Ben.

—Tienes razón, tenemos una variable más. Una que Ian se preocupó de esconder —le contesté.

—O una variable que sabía que su nieto podría descifrar —añadió Colin—. ¿Tú has encontrado algo en el archivo, Betty?

—Nada. He buscado los nombres de la lista de Ben en los archivos digitalizados. Pero ninguno aparece. También he intentado averiguar si la banca suiza estuvo involucrada en la guerra y no he encontrado nada al respecto.

Seguimos conversando, comimos algo ligero y nos fuimos a casa, nuestro vuelo a Berlín salía a primera hora de la mañana.

A las cinco y media de la mañana del viernes 28 íbamos montados en el coche de William

camino al aeropuerto de Gatwick. Nuestro vuelo a Berlín salía de allí. Aterrizamos en Berlín Tegel a las nueve de la mañana, una hora menos en Londres. Harry había llamado la tarde anterior a la agencia para avisar de nuestra visita. Tenía que firmar unos papeles y recoger la segunda llave que abría la puerta del apartamento de Ian.

\* \* \*

A esa misma hora en Zúrich, Carl informaba a Joelle, que acababa de regresar de Nueva York.

—Buenos días, Joelle. Los tenemos localizados en Berlín.

—¿En Berlín?, ¿qué hacen allí?

—Aún no lo sabemos. Ayer detectamos una compra de tres billetes con la tarjeta de Betty. Dos de los nuestros han tomado el mismo vuelo y dos más se han acercado al aeropuerto para poder seguirlos en caso de que se separen.

—¿Habéis averiguado algo más?

—Harry visitó ayer la oficina de un consultor en ciberseguridad, parece que es un excompañero suyo de universidad, y Betty fue a la oficina de archivos nacionales. No sabemos nada más por ahora, pero siguen adelante y eso quiere decir que van descubriendo algunas cosas.

—Carl, como las otras veces, que no se sientan perseguidos.

—Ok. Te voy informando a lo largo del día.

—Gracias, Carl.

\* \* \*

Llegamos a la agencia, estaba muy cerca del apartamento, en la misma avenida. Mientras Harry firmaba los papeles para tramitar el cambio de nombre y propiedad, a Colin y a mí nos invitaron a un café y a una pasta. Aprovechamos ese rato para compartir impresiones sobre la ciudad, nuestros lugares favoritos y sobre cómo debía ser la vida allí cuando estaba dividida. Colin visitaba Berlín por tercera vez y para mí era el cuarto viaje.

Al cabo de veinte minutos se nos unió Harry. Aún teníamos que esperar unos minutos más hasta que terminasen de sellar algunos documentos que debían entregarle. Harry había estado conversando con la persona que trataba a Ian cuando venía a Berlín. Le describió a su abuelo como un hombre amable y reservado. Le explicó que les había prohibido entrar en el apartamento si él no estaba, y eso no eran más de tres veces al año, como mucho, de modo que solo podían limpiar o hacer algún arreglo cuando Ian estaba en Berlín. Esta misma agencia fue la que, a finales de 1990, se encargó de encontrarle el inmueble y gestionar la compra. Ian se personó en sus oficinas y mostró su interés por adquirir un apartamento. El principal requisito era la ubicación. Debía estar en la misma zona de la agencia y lo más cerca posible de la Biblioteca Estatal de Berlín. También solicitó que fuera un edificio de pocos vecinos y muy seguro. A lo largo de 1991 le enseñaron cuatro viviendas, pero ninguna cumplía plenamente con sus deseos. En marzo del 92 la empresa propietaria del edificio del número doce de la avenida Unter den Linden puso uno de los apartamentos a la venta. De inmediato avisaron a Ian, quien al día siguiente viajó a Berlín, lo visitó y cerró la compra. El precio no fue ningún problema, no regateó ni un solo marco. El agente inmobiliario la recordaba como la venta más rápida que había conseguido nunca. Una visita de cinco minutos, cuatro preguntas, dos llamadas y una firma, así se cerró.

Con los documentos sellados y la segunda llave ya en nuestras manos, nos dirigimos al apartamento. Pensábamos reservar un par de habitaciones en un hotel, pero la agencia nos avisó

de que no nos haría falta. El apartamento disponía de varios dormitorios y Ian lo había equipado totalmente. Además habían realizado una limpieza recientemente, durante la última visita de Ian, hacía diez días. —Eso quería decir que cuatro días antes de morir había estado en Berlín—. Le explicaron que había sido una visita muy rápida. Llegó a primera hora de la mañana y por la tarde del día siguiente ya estaba de vuelta a Inglaterra. Siempre les sorprendía cómo un hombre tan mayor conservaba la fuerza y las ganas para hacer aquellos viajes tan rápidos.

De camino pasamos por delante del edificio de la biblioteca, estaba en el número ocho, a tan solo dos bloques de la residencia de Ian. El requisito de ubicación y cercanía lo cumplía sobradamente. El bloque número doce fue construido en 1910 y su fachada, muy moderna para la época, había sobrevivido milagrosamente a las confrontaciones y bombardeos de la guerra. Como vecino había tenido el primer Hotel de Roma, uno de los más famosos de la ciudad a principios del siglo XX que más tarde cambiaría de ubicación. Para los berlineses el edificio número doce era una de las joyas que aún se mantenían en pie en la famosa Unter den Linden.

El conserje nos recibió en la portería. Por suerte hablaba inglés. La agencia ya le había informado del fallecimiento del señor Ian Peter Ash y de la visita del nuevo propietario, su nieto. El hombre, muy amable, nos mostró sus sentidas condolencias por la muerte de Ian y nos contestó a algunas preguntas que le hicimos. Salvo el apartamento de Harry, el resto estaban ocupados por oficinas de grupos de inversión y profesionales del derecho. Allí solo dormía Ian las contadas ocasiones que visitaba Berlín. Los recuerdos que guardaba el conserje de esos años eran los pequeños obsequios que siempre le traía Ian de Inglaterra y cómo muy a menudo entraba y salía del edificio cargado con libros de la biblioteca. Según el conserje Ian pasaba horas y horas en la biblioteca vecina.

La puerta dos del tercer piso era de roble macizo. Enfrente, en la número uno, una placa identificaba la empresa que allí trabajaba. Era un bufete de abogados alemán. Tuvimos que girar varias veces cada una de las llaves hasta abrir la puerta. Ian se había tomado muchas molestias en la seguridad de su apartamento. Encendimos la luz del vestíbulo de entrada y los tres juntos, un poco temerosos por lo que pudiésemos encontrar, recorrimos la vivienda. Fuimos estancia por estancia encendiendo interruptores y subiendo persianas. A parte de dos generosos dormitorios, un despacho y una cocina, había una pequeña biblioteca abarrotada de libros desde el suelo hasta el techo y un enorme salón que daba a la calle. Harry estaba muy sorprendido con los muebles y los objetos que había. No tenían nada que ver con Ian y eran completamente distintos a los de su casa de Whitby. En Inglaterra, su abuelo era y vivía como un pescador. En Berlín parecía tener la vida de un notario o de un juez. De repente vi algo que me detuvo.

—¡No puede ser! —levanté la voz fijando la mirada a un lado del salón.

—¿Qué pasa, Betty?

—Ese sofá y esa ventana los he visto antes. Mi tía Rosa estuvo aquí.

—¿Cómo lo sabes, Bet?

—Lo sé, estoy segura, Harry. Rosa, al morir, me dejó una caja con algunos objetos, entre ellos había una foto suya bastante reciente, sentada en este sofá y detrás tenía esa ventana y la misma vista. Estaba aquí —dije mientras rebuscaba en una de mis bolsas de viaje—. Mirad, aquí la tengo.

Acababa de encontrar la fotografía. Efectivamente era el apartamento de Ian. Mi tía murió en 1994, así que debía haber sido tomada entre el 92 y el 94. Yo no recordaba ese viaje a Berlín, pero es cierto que, hasta pocos meses antes de morir, mi tía gozaba de buena salud y viajaba a menudo por Europa para visitar amistades.

—Harry, ¿no encontraste en Whitby nada que relacionase a tu abuelo con mi tía?

—Nada. Aparte de la foto en la que están todos los miembros del TTC, nada. Ian tenía cartas, pero ninguna de tu tía —me contestó Harry.

—Betty, acuérdate de la carta que le envié Ian después de la muerte de mi abuelo. Le pedía que hablasen a través de las radios Palmer —añadió Colin— y así lo debieron hacer. No se escribieron más. Utilizaron de nuevo sus Palmer para comunicarse.

Abrimos algunas ventanas para airear el apartamento, dejamos nuestras cosas, confirmamos que había sábanas, edredones y toallas para poder alojarnos allí y nos fuimos a comer algo.

Aquel febrero estaba siendo templado en Berlín. No había llovido ni nevado, las temperaturas no bajaban de los catorce grados durante el día y lucía un sol primaveral. Así que, aprovechando el inusual clima de la ciudad, nos dimos un paseo hasta la Puerta de Brandeburgo. Compramos unas salchichas troceadas con curry en un puesto callejero y andando nos adentramos en el Tiergarten, el pulmón de la ciudad, para tomar el tentempié sentados en un banco junto a un estanque.

—Aún no termino de creermelo todo esto —empezó Harry—. Viví toda mi infancia y parte de mi juventud con Ian, era como mi padre. Después, cuando estudiaba en Oxford, era rara la semana que no hablásemos dos o tres veces. Estábamos verdaderamente unidos. No puedo quitarme de la cabeza esta doble vida. No logro comprenderlo.

—A mí me pasa algo parecido, Harry —añadió Colin—. Yo también estaba muy unido a mi abuelo y nunca sospeché nada. Pero lo que en realidad no me deja descansar, lo que no me puedo quitar de la cabeza, es saber si William murió porque sabía demasiado de sus clientes o fue por culpa de Ben, por todo lo que había averiguado sobre su vida. Esto me provoca un cierto resquemor hacia mi abuelo.

—Colin, te entiendo —le dije comprensiva—, pero seguro que no es por Ben, no debes pensar eso. No me encaja que quisieran ponernos en riesgo. Creo que más bien querían conducirnos a algo importante, pero también querían protegernos. Colin, no siempre elegimos lo que nos toca. ¿Por qué mi tía me eligió a mí y no a cualquier otro de sus sobrinos? No lo sé, pero me tocó. Ella eligió por mí y no se lo reprocho. Algo debió ver. Y a ti seguramente te ocurre lo mismo. ¿Por qué no escogió a tu madre? Lo lógico es que fuese ella quien estuviera aquí sentada con nosotros. O John en lugar de Harry. Pero nos eligieron a nosotros. Y si te das cuenta, cuando escuchaste nuestras voces, la mía y la de mi familia, por primera vez a través de la Palmer, no decidiste tirar la radio, no te asustaste, seguiste, y ahora estamos aquí. Además de quererte Ben confiaba mucho en ti.

Después de pasar un rato tumbados en la hierba tomando el sol del invierno alemán, regresamos al número doce de Unter den Linden. Ya en el apartamento de Ian nos repartimos las estancias en busca de nuevas pistas. Colin se encargó de la biblioteca, yo de los dormitorios y el salón, y Harry del despacho. A pesar de que cada vez que encontrábamos algo que nos parecía interesante teníamos ganas de compartirlo con los otros, supimos conservar la calma y esperar. Pasamos toda la tarde abriendo cajones y leyendo papeles y libros. Nada relevante. Hasta que sobre las siete de la tarde Colin llamó:

—¡Harry, ven!

Acudimos los dos apresuradamente a la biblioteca. Colin sostenía un libro en su mano derecha.

—¿Era tuyo? —preguntó Colin a mi marido.

—¡Sí! Es el primer libro de cuentos que me regaló mi abuelo cuando tenía unos cuatro años. ¿Qué hace aquí?

—Eso es lo que me ha parecido extraño, Harry. Un libro infantil en medio de un montón de

libros de historia, ciencia y literatura no tiene mucho sentido. Lleva escrito tu nombre y hay una dedicatoria en la primera página.

—Bet, ¿te acuerdas? Este libro estaba en Whitby, al menos hasta el verano pasado. Ian se lo enseñó a Abril y a Enrique y les contó que me lo había regalado él cuando yo era pequeño. ¿Por qué lo traería aquí? —se preguntó Harry mientras pasaba las páginas.

La dedicatoria era de Ian y decía: “Para mi nieto Harry con cariño. Para que se enamore tanto de las letras como lo ha hecho su abuelo”, y lo firmaba en 1970.

—¡Lo tengo! —exclamó Harry—. Justo en esta página empezaba mi pasaje preferido del libro, y mirad —nos señaló una anotación escrita a mano en esa misma página—: “CDU8, del 1429 al 1828, página 33”.

Harry rápidamente interpretó qué significaban aquellos números y letras que su abuelo le había dejado. Era la codificación de una biblioteca y seguramente de la que teníamos al lado del apartamento. Debíamos buscar del CDU8, que correspondía a la lingüística, los libros entre el 1429 y el 1829, y buscar en sus correspondientes páginas número 33. Allí debía haber ocultado algo Ian.

No lo sabríamos hasta el día siguiente ya que la Biblioteca Estatal estaba cerrada aquella tarde. Dejamos de buscar y nos fuimos a cenar a un restaurante tranquilo que le habían recomendado a Colin. Aparcamos por un rato todo lo que bullía en nuestras cabezas y hablamos simplemente de nuestras vidas. Cerca de las nueve y media de la noche estábamos de vuelta en el apartamento y prolongamos nuestra charla en el salón. En un momento dado Harry se levantó para ir a la cocina, el único espacio que no habíamos registrado aquella tarde.

—¡No os lo vais a creer! —nos gritó desde la cocina.

Acudimos corriendo. Harry estaba delante de un armario abierto, y dentro, perfectamente ordenadas, había tres tazas. La primera tenía al lado una caja de poleo menta, la hierba preferida de Harry. Junto a la segunda, una caja de té rojo, lo que yo suelo beber por las noches, y al lado de la tercera otra caja con cuatro tipos distintos de hierbas.

—Mi abuelo sabía que llegaríamos hasta aquí, lo sabía. Cuidó todos los detalles. Hasta son de la misma marca que compramos nosotros.

Colin, Ian no debía conocer tus gustos y por eso te dejó varias opciones. ¡Es increíble! —dijo Harry con cara de satisfacción.

Preparamos nuestras infusiones y volvimos al salón. No pudimos evitar, tras la sorpresa de la cocina, centrar nuestra conversación en los interrogantes que nos planteaba la manera en que Ian había actuado y lo había planificado todo. Alertado de algún peligro, me llamó para que fuera a Whitby con la intención de contármelo todo, pero lo mataron antes de poder hacerlo. Y también había proyectado nuestra visita, de los tres, a Berlín. Ian supo que Colin y yo nos habíamos encontrado, pero en aquel momento Harry aún no sabía nada. Empezamos a barajar distintas hipótesis.

¿Qué motivo llevó a Ian, y en su momento a mi tía Rosa y al abuelo de Colin, a esconder lo que ahora estábamos buscando? ¿Qué querían que averiguásemos en Berlín? ¿Para qué nos habían conducido a los tres hasta aquí?

Planteando estas dudas, sentimos de nuevo el peligro al que nos estábamos exponiendo. Dos personas habían muerto. Durante las últimas horas habíamos conseguido dejar a un lado esta sensación, pero seguía ahí. Debíamos estar atentos y, si fuese necesario, considerar la conveniencia de avisar a la policía como había propuesto Harry al inicio. Además me hizo recordar que teníamos dos hijos en Barcelona que nos necesitaban.

Harry y yo ocupamos la habitación que debía haber sido de Ian y Colin durmió en la otra. A

la una de la mañana, con voz susurrante Harry me habló:

—¿Estás despierta, Bet?

—Sí, Harry. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No, no puedo, estoy todo el rato dándole vueltas, imaginando a mi abuelo en esta casa.

—A mi me ocurre lo mismo. No me quito de la cabeza la foto de mi tía en el sofá del salón.

—¿No crees que lo sencillo hubiese sido dejar escrita una carta en la que nos lo contasen todo, en vez de obligarnos a tirar del hilo pista tras pista?

—Pero por alguna razón no lo hicieron, Harry.

—Ya, pero había otras formas más sencillas.

—Sabes lo que yo creo, Harry, que lo organizaron de este modo porque, a menos que sucediera algo imprevisto, no pretendían contarnos nada. Tu abuelo, con los años, habría muerto y nosotros, más allá de la sorpresa de que tenía una pequeña fortuna, no hubiéramos sabido nada más. Pero ese algo inesperado ha ocurrido. Quizá fue William quien destapó la amenaza o fue por otro motivo. No valía con una carta, Harry, ni con un email, ni con una caja de seguridad. Esas serían formas obvias y fáciles de averiguar para los que mataron a William y a tu abuelo. Tenía que ser de otra manera, más sutil, más difícil, con más pasos, pero que, a pesar de todo, nosotros fuéramos capaces de descubrir. Y además, si nos ocurría algún accidente, nadie nunca pudiese encontrarlo.

—Tienes razón —concluyó Harry—. Bet, prometerme que si me pasa cualquier cosa abandonarás esta búsqueda e irás directa a la policía.

—Claro, Harry. Espero que tú hagas lo mismo.

Nos cogimos de la mano, juntamos nuestros cuerpos e intentamos dormir.

Lo debimos conseguir muy rápido porque no recuerdo más de aquella noche. A la mañana siguiente ya era marzo, sábado 1 de marzo. Nos levantamos pronto. Harry volvió a mirarme de reojo en la ducha como años atrás. Al rato, ya arreglados, salimos a la calle a desayunar algo rápido para llegar cuanto antes a la biblioteca. Los sábados estaba abierta de nueve de la mañana a tres de la tarde y los domingos estaba cerrada, así que no podíamos perder tiempo. Parecíamos jóvenes estudiantes, llegamos cinco minutos antes de que abriesen las puertas, ¡como si fueran a quitarnos los libros! Tuvimos que identificarnos y rellenar una serie de papeles. Al no tener ni residencia alemana ni el carnet de socio, no permitían sacar los libros del edificio, solo podíamos consultarlos allí. Disponíamos exclusivamente de la mañana para consultar 400 libros pero no era imposible. Lo difícil sería pedirlos si no estaban a nuestro alcance y que algún funcionario se brindase a dedicarnos su mañana. Ocurrió lo que nos temíamos. Era obligatorio solicitarlos y además el joven funcionario que nos atendió sentado tras un mostrador nos dijo que solo podían entregar los libros de cinco en cinco como máximo. No íbamos a tener suficiente con el sábado. Pedimos, apurados, los primeros cinco y afortunadamente ocurrió algo inesperado. La mujer que había salido del almacén con los libros, la que se encargaba de buscarlos y entregarlos, se dirigió a Harry y le preguntó:

—¿No será usted por casualidad el nieto de Ian?

—Sí, sí, soy yo.

—¿Harry, verdad? —le volvió a preguntar la mujer.

—Harry Peter Ash, para ser más exacto —contestó Harry con una simpática sonrisa.

—Y su abuelo, ¿cómo está?, ¿está bien? —volvió a preguntar la mujer, esta vez con preocupación.

—¿Lo conocía mucho? —dijo extrañado Harry.

—Mucho no, pero lo conocía. Me dijo que si algún día alguien pedía esta serie de libros y no era él, sería su nieto Harry. También me dijo que si esto sucedía, quizá él ya no existiría.

—Mi abuelo falleció hace justo una semana.

—¡Cuanto lo siento! Era una bellísima persona. No hace muchos días que estuvo aquí.

—¿Venía mucho? —volvió a preguntar Harry.

—Yo llevo trabajando en la biblioteca más o menos desde que él empezó a venir, en 1992, y lo hacía tres veces al año, siempre dos días cada vez. Al cabo de unos cinco años empezamos a hablar de libros y de criptografía, teníamos esta afición en común. Cada vez que venía me traía un libro sobre criptografía de Inglaterra. Era un hombre muy interesante y también distinguido.

—¿Y siempre consultaba los mismos libros?

—Sí, siempre. No solo estos cinco. Él consultaba una serie más larga. Y pasaban los años y volvía a consultarla, siempre los mismos. Por eso me dijo que si alguien más los pedía tenía que ser su nieto, y si no era así que, por favor, lo llamase por teléfono para saber de quién se trataba. Igualmente me advirtió que si alguna vez se extraviaba alguno, él se ocuparía de conseguirlo de nuevo. Pero nunca pasó nada.

—Mire, solo tenemos la mañana, y nuestra intención era tomar notas de los 400 libros que me indicó mi abuelo. Imagino que son los que él consultaba. Pero el problema es que solo los entregan de cinco en cinco —se lamentó Harry con tono amable.

—Espere un momento —susurró la mujer mientras se dirigía a hablar con el chico del mostrador.

Volvió al cabo de cinco minutos.

—Harry, voy a hacer una excepción con ustedes. Sé que su abuelo estaría agradecido. Hoy es sábado y no hay mucha gente, pueden pasar dentro conmigo y así podrán consultar los libros directamente. Será mucho más rápido.

—No sabe como se lo agradezco. Entiendo que mi abuelo congeniase con usted.

Así es como pudimos entrar en la parte de la Biblioteca Estatal de Berlín donde se almacenaban los libros y revisar los 400 de la serie que nos había indicado Ian.

La página 33 del primer libro, el 1429, la ojeamos los tres juntos. De pie, las tres cabezas casi pegadas una a la otra, rastreamos de arriba abajo aquella página. Y fue Colin quien se percató de que justo al final de un punto, a mitad de la página, había escrita a mano una minúscula nota musical. En el número 1430 ocurría lo mismo y así en todos. Organizamos una especie de cadena. Uno buscaba y cogía el libro, otro apuntaba la nota y tomaba con el teléfono una fotografía de la página, y el tercero lo dejaba de nuevo en su estantería. Aquel proceso nos llevó cinco horas, cuando terminamos eran ya las dos y cuarto de la tarde, pero lo teníamos! Era una secuencia de 400 notas musicales hábilmente escondidas por Ian en aquella biblioteca.

Nos despedimos de la agradable bibliotecaria agradeciéndole nuevamente su favor y prometiéndole que volveríamos. Primero buscamos un lugar en el que comer algo fácil y rápido para regresar pronto al apartamento. Mi marido estaba inquieto, quería intentar descifrar las notas musicales cuanto antes.

Al llegar, Harry se encerró en la biblioteca de Ian, se sentó en la pequeña mesa que había en el centro, dejó los papeles con las notas, encendió una lámpara y se quedó absorto mirándolos. Salió de allí al cabo de veinte minutos y vino al salón, donde estábamos nosotros. Lo único que repetía era, “no veo nada, no veo nada”, mientras andaba en círculos. Y volvió a meterse en la biblioteca. A la media hora apareció de nuevo.

—Lo siento, necesito más tiempo.

—No te preocupes, Harry —le dijo Colin en tono comprensivo.

—Creo que sé como lo codificó. No teníamos que apuntar las notas siguiendo el orden numérico de los libros. Cada nota estaba escrita en un lugar distinto de la página. Si reviso las

fotografías que hemos tomado y coloco cada nota en el lugar que ocupaba en la página, creo que conseguiré el código de Ian. Necesitaré toda la tarde y puede que parte de la noche.

—Colin y yo nos vamos a dar una vuelta, así estarás mas tranquilo.

—Podéis ir a cenar aquí —me dijo mientras me entregaba un papel escrito a mano—. Según el de la agencia es el lugar de moda ahora en Berlín. Invita Ian —dijo mientras nos guiñaba un ojo.

—¿Te traemos algo?

—Gracias, Colin, no hace falta. Si más tarde tengo hambre buscaré algo por aquí cerca. Disfrutad.

Cogimos un taxi que nos llevó a la isla de los museos. Ese sábado algunos cerraban más tarde y aprovechamos para hacer una visita al de Pérgamo. Al salir nos fuimos al restaurante que nos había recomendado Harry. Cuando íbamos a entrar tuve la misma sensación que días atrás en Londres con la mujer de la chaqueta, la que me siguió hasta Whitby. Vi pasar a un hombre cuya combinación de colores de chaqueta y pantalón me resultaba conocida, la había visto antes en otro lugar. Mientras Colin miraba la carta estuve repasando paso por paso lo que habíamos hecho desde que llegamos a Berlín. Y al fin lo recordé.

—Estaba en nuestro avión.

—¿Qué dices, Betty?

—Nos están siguiendo, seguro. He visto a ese hombre antes, y ya sé donde. Viajaba en nuestro avión de Londres a Berlín.

—¿Seguro?

—Sí, Colin, seguro. Es la misma sensación que tuve con la mujer de la chaqueta. Ya te dije que suelo fijarme en la ropa de la gente y, si me llama la atención, la recuerdo.

A continuación llamé a Harry para contárselo. A él no le asustaba. Si no habían actuado contra nosotros hasta ahora, no creía que lo fueran a hacer. De momento solo nos vigilaban, estaban esperando algo. Seguramente que descubriésemos lo que el TTC escondía.

Al cabo de dos horas y media volvimos al apartamento. Antes de entrar en el edificio miré a nuestro alrededor en busca del hombre que nos seguía, pero no lo vi. Para nuestra tranquilidad el bloque tenía conserje durante el día y una persona de seguridad que pasaba toda la noche en la portería. Harry nos abrió la puerta con una taza en la mano y con cara de satisfacción.

—De camino aquí no he visto al hombre que nos seguía —le dije antes de entrar.

—Mejor. No deben querer presionarnos. Ya he averiguado lo que nos quería decir mi abuelo. Vamos a la biblioteca.

El suelo estaba lleno de papeles plagados de códigos, de tachones y de rayas, algunos arrugados y otros dejados caer sin más. Había arrancado casi todas las hojas de su bloc.

—He probado primero lo que os dije, pero nada. También he intentado hacer coincidir distintas partes de la hoja, como hice con el rollo donde escondió las palabras “Tesoro Tercer Reich”, y tampoco. Y no sé cómo, mientras pensaba, he fijado la mirada en el libro infantil que me regaló Ian. Y, ¡claro!, ¡su título!, “La historia del mundo contada al revés”. ¡Lo tenía! He cogido la hoja de las notas en el orden que aparecían en los libros, le he dado la vuelta y mirando a través, ayudado por la lámpara, lo he visto. Ian había utilizado el mismo método de codificación que en el rollo, pero al revés. Se lee clarísimo “Buscar Leo Schulze”.

—¡Pero Leo Schulze murió en marzo del 45! —exclamó Colin.

—¿Seguro? ¿Estamos seguros de que murió? —les pregunté.

—También podría ser algo relacionado con él —sugirió Harry.

Aquella noche Harry estaba exultante. A pesar de que sabíamos que estábamos metidos en un asunto peligroso, sentí que Harry volvía a ser el de antes, apasionado por las letras, los símbolos y las palabras, el nieto de Ian que desde pequeño jugaba con él a descifrar códigos y descubrir acertijos.

Lo primero que hicimos a la mañana siguiente fue llamar a mi madre. Era 2 de marzo, su cumpleaños. Nos contó cómo estaban los niños y que le habían regalado unos dibujos preciosos por su aniversario. Y nos pasó con ellos. Tenían muchas ganas de vernos, las mismas que Harry y yo de estar con ellos. Al terminar la conversación, volvimos a preguntarnos si estábamos haciendo lo correcto o debíamos dejar todo aquello y volver a Barcelona. La conclusión, como días antes, fue seguir. Por Rosa, por Ian, por Ben y por William.

Era domingo y antes de ponernos a trabajar decidimos airearnos un poco, Harry lo necesitaba más que nadie. Así que con ropa cómoda salimos a andar por el Tiergarten. Tras una hora y media de marcha rápida regresamos al apartamento, nos arreglamos y preparamos un sencillo desayuno con cuatro cosas que habíamos comprado en el camino de vuelta.

Nos sentamos en el salón, extendimos todo el material que habíamos traído de Londres y empezamos a buscar a Leo Schulze.

Hasta el momento sabíamos que Leo era de Munich, que estudió en Londres con Ben, volvió a Alemania para trabajar para su gobierno durante los primeros años de Hitler, y más adelante lo dejó y se marchó a Zúrich como analista de un banco donde murió en el 45 a causa de una explosión de gas.

—Este es el guion que tenemos de la vida de Leo —apostilló Colin.

—Además podemos añadir que su nombre —continué yo— aparecía en la lista de Ben junto a otros científicos, bancos y militares de las SS. Y no os olvidéis, Ian me habló de él en nuestra última conversación telefónica y me reveló que era miembro de un proyecto del Tercer Reich.

—Tiene pinta de haber sido una especie de agente infiltrado —apuntó Harry—. A ver, trabajaba para los nazis, los conocía, lo deja y se marcha a Suiza de analista de un banco. Extraño este cambio siendo un investigador. Era miembro del TTC, incluso tenía una de las radios Palmer. Y da la casualidad que muere en el mismo accidente que un oficial de las SS que estaba en Zúrich antes de terminar la guerra.

—Y era un excelente violista —recordó Colin.

—¡Exacto! —confirmó Harry—, y ese es un dato importante. Seguramente estuvo involucrado en el desarrollo del método de codificación que utilizaban.

—William también dejó anotado que Ben se sentía culpable de la muerte de Leo —recordé yo.

—No quiero adelantarme, pero dejadme que lance una hipótesis —anunció Colin mientras se ponía en pie—. Como decías tú, Harry, Leo era del TTC y estaba infiltrado en un proyecto del Tercer Reich. El propósito del proyecto era guardar o asegurar el tesoro reunido durante la guerra, y quizá algunos bancos suizos estaban involucrados en aquello, por eso aparecían en la lista de Ben. Los bancos daban protección al tesoro o se encargaban de transformar el oro y las joyas en algún tipo de producto financiero. El TTC, gracias a Leo, descubre el entramado e interviene.

—¿Cómo crees que interviene? —me interesó saber.

—De varias maneras, Betty. Pudieron robar y esconder el tesoro o, si éste ya había sido invertido, tal vez guardasen la información de quienes se beneficiaron de él. En estos momentos igual sigue vivo alguno de ellos y con mayor seguridad sus descendientes, que podrían ser las personas que nos siguen y que acabaron con William y con Ian.

—Entonces —continuo Harry—, ¿un grupo de científicos y matemáticos se reúnen en Zúrich

y ayudan a transformar en otros bienes, en especial financieros, un tesoro producto del robo y de la incautación ilegal?

—Sí —contestó Colin—. Tenían el conocimiento necesario para hacer invisible ese cambio y los siguientes movimientos financieros. Podían hacer aflorar un enorme capital y distribuirlo sin que nadie se diese cuenta. Se necesita mucho ingenio para eso. Desconozco si estáis puestos en banca de inversión pero si algún día la necesitáis, no os fieis jamás del banquero, buscad el consejo del analista que, si es bueno, seguramente será matemático. La matemática es una ciencia exacta. La verborrea es la antesala de la mentira. Parecido a la política, así es el mundo financiero.

—No tiene mucho sentido que el TTC escondiese el tesoro de una u otra manera. ¿Para qué? ¿Por qué no lo sacaron a la luz cuando terminó la guerra? —repliqué yo—. La posibilidad de que el tesoro hubiese pasado a ser un capital invertido y que ellos descubriesen quienes se beneficiaron de él, me cuadra más. Y puede que no fuesen únicamente personas afines al Tercer Reich. Se podrían haber beneficiado también otros personajes importantes, incluso gobernantes no alemanes. Por eso el interés en ocultarlo y no exponer la verdad. Si saliese a la luz, incluso podría generar algún conflicto hoy en día. El TTC era merecedor de toda confianza, por eso Churchill los condecoró.

—No deja de ser una hipótesis pero tiene bastante sentido lo que dices. Y no nos olvidemos de Joelle Schnieper, que casualmente aparece en la lista de mi abuelo. ¿Por qué tanto interés en Ben? —concluyó Colin.

—Pienso lo mismo que tú —le contesté a Colin.

—Yo también estoy de acuerdo, pero no deja de ser una hipótesis. ¿Qué hacemos para confirmarla? Aquí ya lo hemos registrado todo, se han agotado las opciones —añadió Harry.

—Igual deberíamos ir a Zúrich —les dije a los dos— e indagar más sobre Leo Schulze.

—Deberíamos ir, y además tengamos en cuenta que la Palmer de Sergio sigue encendida, y la localizaron en el mismo centro de la ciudad. Quien la tenga seguro que nos aporta más información —terminó Harry.

—Y también aparecía el nombre de Zúrich en una de las notas que encontramos en el delantal de William. Sin duda tenemos que ir allí —asintió Colin.

Estuvieron de acuerdo conmigo. Iríamos a Zúrich para seguir indagando sobre los miembros del TTC, y en especial sobre Leo. Intentaríamos esclarecer qué fue lo que sucedió en aquellos años en la ciudad.

Compramos los billetes de tren para el trayecto nocturno y directo de Berlín a Zúrich. Salía a las diez de la noche y llegaba a las nueve de la mañana, era perfecto. Mientras dejábamos el apartamento en orden, Harry llamó a la agencia que guardaba la llave y les dejó un mensaje en el contestador: “Me quedo la llave porque pretendo volver muy pronto y decidir si pongo el apartamento en alquiler o en venta, pero de todos modos les avisaré con antelación para quedar con ustedes. Saludos “. Y antes de salir a la calle para aprovechar nuestras últimas horas en Berlín le ayudé a buscar un libro de criptografía en la biblioteca de su abuelo. Quería que el lunes por la mañana el conserje, junto a una nota de agradecimiento, lo acercara a la biblioteca y se lo entregara a la amable bibliotecaria que nos había atendido el sábado.

Llegamos a la estación central de Berlín a las nueve y cuarto de la noche, después de pasar casi medio día recorriendo las calles de moda de la ciudad. Media hora más tarde nos estábamos acomodando en la cabina de tres camas que habíamos reservado. Cuando dejamos atrás la ciudad, me dirigí al vagón bar para comprar unos botellines de agua y algo para cenar. Allí estaba,

apoyado en la barra y conversando con otra persona que lo acompañaba, el individuo que nos había seguido por Berlín. El mismo que viajó en nuestro avión y que pasó junto a mí al salir del museo de Pérgamo. Esa persona estaba en el tren que nos llevaba a Zúrich. Pude dar media vuelta antes de que me vieran y regresar corriendo a nuestra cabina para avisar a Harry y a Colin. Les expliqué cómo eran para que pudieran identificarlos. Harry salió a por los bocadillos. Los reconoció en el bar y, evitando que pudieran verle, se colocó detrás de ellos, como si esperase a ser atendido. A pesar de que hablaban en tono bajo, logró escucharlos durante un par de minutos hasta que uno de ellos se giró y con gesto de sorpresa le permitió colocarse en la barra para pedir. Entonces dejaron de hablar entre ellos. Harry disimuló como si no supiese quienes eran ni de qué hablaban. De vuelta a la cabina con los bocadillos y los botellines en las manos, nos contó lo sucedido y nos dijo que, por la forma de reaccionar, estaba seguro de que algo tenían que ver con nosotros. El alemán de mi marido es casi perfecto y aunque los escuchó poco pudo sacar algunas conclusiones: el hombre del avión hablaba zuriqués, el alemán de Zúrich, y el otro, por su acento, debía ser del norte de Alemania. Nos costó dormir esa noche.

A las nueve en punto de la mañana paró el tren en la estación de Zúrich. El hotel que había reservado Colin estaba en la Beethovenstrasse, muy cerca del lago. Mientras dejábamos nuestras cosas en la habitación sonó el móvil de Harry, el que no podía ser rastreado.

—Sí, ¿dígame? —contestó Harry.

—Señor Ash, soy Frau Schell —dijo la voz al otro lado de la línea.

—¿Frau Schell? —preguntó Harry en alemán, como si no conociese a la persona que lo llamaba.

—Sí, de la Biblioteca de Berlín —respondió la mujer.

—¡Ah, sí! ¡Claro! ¿Cómo está? —saludó Harry.

—Quería darle las gracias por el libro de su abuelo. Me lo acaba de traer el conserje de su casa. Es todo un detalle por su parte.

—Imaginé que le gustaría tener uno de los libros de Ian. Además las gracias se las tengo que dar yo a usted por el enorme favor que nos hizo en la biblioteca.

—Espero que sigamos en contacto, Sr. Ash. No somos muchos los amantes de la criptografía.

—Descuide, Frau Schell. Tengo que volver pronto a Berlín, iré a verla. Si no le importa, quiero pedirle un favor. Si recordase algún detalle especial de las charlas con mi abuelo que no me haya contado o sobre sus visitas a la biblioteca, le agradecería que me llamase. Gracias por todo, Frau Schell —concluyó Harry.

—Esté seguro. Si recuerdo algo o preguntan por los libros que él consultaba, le llamaré. Cuídese, Sr. Ash —terminó de hablar la mujer y colgó.

\* \* \*

En el mismo Zúrich, desde otro móvil, Carl le comunicaba a Joelle la llegada de Betty, Colin y Harry a Zúrich.

—Buenos días, Joelle. Acaban de llegar; están en el hotel.

—¿Sabemos ya el motivo de su viaje? —preguntó Joelle.

—Aún no. Sabemos lo mismo que te conté ayer. Fueron el sábado a la biblioteca de Berlín y el domingo al mediodía compraron los billetes para Zúrich. Algo deben haber encontrado que les trae aquí. ¿Quieres que sigamos igual, Joelle?

—Más que nunca, Carl. Esos movimientos tan rápidos indican que se están acercando. ¿Tenéis micros en su hotel?

—En las dos habitaciones. Tengo a los mejores trabajando en esto.  
—Lláname para contarme sus movimientos. Y estate preparado, no descarto provocar un encuentro casual con Colin.  
—De acuerdo, Joelle.

\* \* \*

Alertados por las dos personas que nos seguían en el tren, al llegar al hotel Colin hizo uso del aparato de detección de escuchas que le había prestado su amigo del MI5. Menos mal que lo hizo. En las dos habitaciones encontramos micros. Eso significaba que sabían dónde nos íbamos a alojar. Y la única forma de saberlo era rastreando nuestras tarjetas de crédito. Colin los desactivó de inmediato.

Durante el viaje habíamos planificado la búsqueda de información en Zúrich. Teníamos que visitar el Staatsarchiv, la oficina que almacena los archivos históricos del cantón, y rastrear el e-newspaperarchives.ch, una web de la Biblioteca Nacional de Suiza en la que se pueden consultar ediciones antiguas de los periódicos. Eso nos facilitaría el trabajo, de lo contrario alguien debería viajar a Berna y visitar personalmente la sede física de la Biblioteca. Intentaríamos, además, averiguar si se conservaba información en el banco donde trabajó y donde murió Leo. Y también buscaríamos en los consulados de Reino Unido y Alemania información sobre Ben, Rosa y Leo. El único inconveniente que teníamos era que solo Harry hablaba alemán y por tanto sería difícil repartirnos el trabajo.

Empezamos esa misma mañana. A las diez y media del lunes 3 de marzo llegamos al campus de la universidad de Zúrich en el Irchelpark, el parque más grande de la ciudad. Allí estaban instaladas las oficinas del archivo del cantón. Suponíamos que los hombres del tren, o compañeros suyos, nos estaban siguiendo, pero era mejor no dar pistas de que lo sabíamos, así que evitamos en todo momento mostrar intranquilidad o buscarlos con la mirada.

Tuvimos que registrarnos y dejar nuestros pasaportes para acceder a los archivos. Empleamos varias horas examinando los documentos históricos desde finales del año 1936, que fue cuando mi tía llegó a Zúrich, hasta finales del 45, el año que murió Leo, y nos dimos por vencidos. La única información relevante para nosotros hacía referencia a la relación comercial entre Alemania y Suiza durante la guerra. Fue lo poco que pudimos anotar y generó un cierto debate entre nosotros.

Desde 1940 y hasta el final de la guerra el banco central alemán vendió a la banca suiza grandes cantidades de oro a cambio de francos suizos y otras divisas. Parte de ese oro alemán procedía de las invasiones y de las víctimas del holocausto. Cuando Harry acabó de leernos la información, que estaba en alemán, yo planteé una duda.

—Esto que acaba de leer Harry ¿no anula tu hipótesis de ayer, Colin? Los alemanes ya convertían en divisas el oro incautado durante la guerra.

—Yo creo que no, Betty. Estas transacciones eran oficiales y las realizaba el banco central alemán para obtener divisas que pudieran convertirse en otras divisas, para comprar y abastecerse de recursos que Alemania necesitaba importar. Mi hipótesis se basa en la conversión no oficial del tesoro acaparado por algunas personas para su beneficio particular. Algo totalmente opaco y muy difícil de rastrear —contestó Colin.

Volvimos al hotel para comer algo. Harry, después de la infructuosa visita a los archivos, decidió orientar la búsqueda en la prensa de Zúrich de aquellos años. Pero había un problema. Leer los archivos en el móvil resultaba engorroso y si conectaba su portátil a la red del hotel sería

detectado por los que nos vigilaban y habían instalado los micros en nuestras habitaciones.

Colin lo arregló en menos de diez minutos. Llamó a su nueva oficina patrimonial de Londres, la que había heredado de William, habló con una de las dos mujeres y ella le devolvió la llamada, de inmediato, con la solución. Este tipo de empresas de gestión de patrimonios e inversión están vinculadas con otras similares en distintos lugares del mundo con las que suelen hacer negocios o compartir información. En una oficina de Zúrich con la que mantenían buena relación teníamos preparada una sala y un ordenador. Nos estaban esperando. Acompañamos a Harry y lo dejamos en un bonito y agradable despacho con un bloc de notas y un portátil conectado a [www.e-newspaperarchives.ch](http://www.e-newspaperarchives.ch). Mientras tanto, Colin y yo nos dirigimos al consulado británico donde a finales de 1936 había empezado a trabajar mi tía Rosa.

En un edificio de oficinas en la calle Hegibachstrasse se anunciaba el actual viceconsulado del Reino Unido en Zúrich. Era una pequeña oficina atendida por un hombre muy amable que nos proporcionó toda la información de que disponía. Hasta 1956 existió un Consulado General, con un cuerpo diplomático completo. A partir de esa fecha centralizaron la mayor parte de actividades y gestiones en la Embajada en Berna, y en Zúrich dejaron una sucursal para tramitar visados. Aquel hombre no llegó a trabajar en el momento de esplendor de la oficina diplomática pero nos dio el contacto de Úrsula, una mujer que trabajó allí en esa época. La llamamos por teléfono y conseguimos hablar con ella. Úrsula empezó su contrato en el consulado en 1943, cuando mi tía ya se había marchado a Londres, pero tuvo ocasión de conocerla. Nos contó que hasta finales del 45 Rosa viajaba más de una vez al mes a Zúrich y siempre pasaba por el consulado a saludar a su amiga Frida. En la actualidad Frida era muy mayor, pasaba de los noventa años, pero seguía viviendo con su hija en la ciudad y, según nos dijo Úrsula, se encontraba bien de salud. Seguramente le gustaría hablar de Rosa y recordarla. Y así fue. Contactamos con Frida y, al decirle quien era yo, no tardó ni un segundo en invitarnos a tomar un café en su casa.

La visita fue entrañable. Frida, hija de madre suiza y padre escocés, empezó a trabajar con apenas dieciséis años en el consulado. Nos contó que hacía de todo. No era diplomática pero resolvía cualquier necesidad del cuerpo consular. Dos meses después de empezar a trabajar conoció a mi tía. En diciembre del 36 el cónsul le pidió que lo acompañara de madrugada a recibir a una nueva colaboradora. Él personalmente la recogió en casa de sus padres a las tres de la madrugada y condujo su coche hasta el aeródromo de Dübendorf. Al cabo de una hora, aterrizó un caza militar inglés y de él, además del piloto de la RAF, bajó mi tía. Para la joven Frida aquello fue como una película. Hicieron buena amistad a pesar de la diferencia de edad. Frida recordaba perfectamente al círculo de amistades de Rosa de aquellos tres años en Zúrich: el divertido Sergio, Julia y sus largas piernas, el guapísimo Leo y Benjamín, el inglés que iba y venía. Incluso había salido a cenar algunas veces con ellos. Eran un grupo de personas ocurrentes, distinguidas, de fácil conversación y de intelecto avanzado para su época. Conforme Frida nos contaba, vi alguna lágrima en sus ojos. Aquellos debieron ser años maravillosos para una joven que aún no había cumplido los veinte años. Cuando mi tía se trasladó a Londres, siguieron en contacto. Además Rosa viajaba con bastante asiduidad a Zúrich y solían verse. Los años que duró la guerra cambiaron un poco a Rosa y a sus amigos. Seguían reuniéndose pero los encuentros ya no eran tan joviales como antes. Rosa se introdujo en otros círculos y tal vez eso contribuyó a alejarla un poco de ellos. Empezó a relacionarse con los grandes nombres de la banca suiza y con alemanes que, aunque no vestían uniforme, todos sabían que eran nazis. Frida llegó a pensar que Rosa se había convertido en agente doble del servicio secreto británico y del alemán. Pero no fue así. El último periodo que se vieron fue entre febrero y marzo del 45 cuando mi tía pasó unos días en la ciudad. Quedaron varias veces para cenar, pero Rosa siempre terminaba cancelando la cita

porque tenía que reunirse con alguno de sus amigos. Por fin se encontraron el 2 de marzo. Frida recordaba la fecha y también que Rosa estaba inquieta, que casi no habló, miraba constantemente el reloj y parecía tener prisa. Se despidió de ella con un fuerte abrazo, como si fuese a ser el último, y le dijo que no sabía si volverían a verse porque su misión en Zúrich estaba terminando. Al día siguiente tuvo lugar una enorme explosión junto al consulado, en el Swiss Kredit. Murieron algunas personas, entre ellas uno de los amigos de Rosa, Leo. Fue la última vez que la vio. Al oír la explosión, Frida salió del consulado para ver que había ocurrido. Salía mucho humo y polvo del banco, y en la acera, a no más de cuatro metros de donde se encontraba Frida, estaba Rosa gritando a su amigo Benjamin. Los gritos eran tan altos que pudo oírla. Le decía que Leo estaba dentro, que no había logrado salir. Nunca más se volvieron a ver. Al cabo de muchos años Frida recibió una carta de Rosa en la que le pedía perdón por haber desaparecido de su vida. Le explicaba que no había sido capaz de volver a Zúrich ya que la muerte de Leo la seguía persiguiendo y se lo impedía. A pesar de eso Frida nunca le guardó rencor, al contrario, su amiga Rosa seguía siendo para ella la heroína que un día conoció bajando de un avión militar, y estaba convencida que, sin ser un agente doble, algo bueno había hecho durante la guerra.

Colin y yo nos quedamos con ganas de seguir preguntándole, especialmente por Leo, pero ya era tarde. Le pedimos si nos podía recibir de nuevo al día siguiente y le pareció estupendo. Nos despedimos y fuimos a recoger a Harry.

Harry tampoco había tenido tiempo suficiente para revisar todo lo que pretendía. Leyó los titulares de dos periódicos locales desde enero de 1937 pero no llegó más allá de 1940. Hasta esa fecha la única información relevante hacía referencia a las “Conferencias Internacionales sobre formulación e influencia de los datos en los ciclos económicos”. Esas ponencias fueron las que trajeron a Ben durante varias temporadas a Zúrich. Se iniciaron en octubre del año treinta y siete y en dos años se celebraron un total de seis ediciones en las que siempre participó Ben, acompañado de los más brillantes matemáticos y economistas venidos de todo el mundo. Lo más llamativo era que las conferencias fueron promovidas y financiadas por cuatro bancos, los mismos cuatro bancos que aparecían en la lista de Ben. La misma lista que también incluía los nombres de científicos y matemáticos suizos y alemanes, oficiales de las SS y al todopoderoso Himmler.

Volvimos andando al hotel. Estábamos cansados y la noche anterior no habíamos podido dormir bien. Antes de darnos las buenas noches decidimos que Colin y yo volveríamos a ver a Frida por la mañana y que Harry seguiría rastreando la prensa.

Aquella noche, en la habitación del hotel, Harry y yo nos dimos un baño juntos, nos abrazamos en la cama y nos quedamos dormidos.

El deseo de seguir preguntando a Frida fue lo que me despertó aquel 4 de marzo a las cinco y media de la mañana. Harry a esa hora ya estaba leyendo algo en el móvil. Le mandamos un mensaje a Colin para saber si estaba despierto como nosotros y nos contestó a los pocos segundos proponiéndonos salir a pasear alrededor del lago.

Mientras andábamos Harry nos preguntó si creíamos oportuno localizar a la asistente de Sergio Silva o a personas cercanas a él. Colin y yo estuvimos de acuerdo en que no era necesario, no aportaría mucho. Por lo que habíamos averiguado hasta el momento Sergio no tenía ni hijos ni hermanos y su asistente trabajaba para él desde hacía tan solo ocho años. Todo parecía indicar que la ruptura con Ben se debió a que Sergio pudo haber intentando revelar el secreto del TTC, aunque sabíamos que no lo llegó a hacer. Ian también lo sabía. La única duda era quién se había apropiado de su Palmer y por qué permanecía encendida, pero nuestro instinto nos decía que

buscando en el entorno de Sergio no la resolveríamos. Probablemente la causa de su fallecimiento a las pocas horas de haber destruido la información de la caja fuerte, como escribió William, estaba relacionada con su extraña desaparición los días previos.

Al final de nuestro paseo nos paramos a tomar un café en el club de vela del lago y volvimos al hotel para arreglarnos y empezar la jornada.

De camino a casa de Frida dejamos a Harry en la oficina para continuar revisando la prensa sin ser espiado.

Frida nos esperaba en la salita donde nos recibió el día anterior vestida elegantemente y con su cabello plateado recogido en una larga cola. Su hija nos había dejado preparado sobre la mesa camilla un magnífico desayuno zuriqués: tres tipos de panes de diferentes semillas, cuatro quesos distintos y una bonita cafetera humeante de porcelana antigua. Nos sentamos junto a la amiga de mi tía y lo primero que hice fue sacar cuatro fotos que había traído de Barcelona. Eran de Rosa. La primera tomada el día de mi nacimiento y el resto en la década de los ochenta. Le encantó verlas.

Desde la noche anterior tenía en mente preguntarle sobre Leo Schulze, segura de que nos daría más información.

—Frida, me dijiste que Leo, el amigo guapo del grupo de mi tía, trabajaba en el Swiss Kredit, ¿verdad?

—Sí, en ese banco. Estaba junto al consulado, así que veía bastante a menudo a Leo —nos confirmó Frida.

—¿Y sabes a qué se dedicaba allí?

—Solo un poco. En ese banco, uno de los más importante de Zúrich, trabajaban entonces muchos extranjeros, principalmente alemanes. Iban y venían continuamente, y no tenían aspecto de banqueros. Un novio mío que trabajaba allí en esa época me decía que era un banco muy avanzado y que en el sótano había una sala de máxima seguridad donde tenían al mejor equipo de analistas del mundo formado por matemáticos, economistas y otros especialistas. Leo era uno de ellos.

—A mi tía le dolió mucho su muerte y me consta que a su amigo Ben también —le confesé sin descubrirle que Colin era nieto de Ben. No quería que pensase que nuestro encuentro tenía un fin muy concreto, y cuando contacté con ella lo hice con la excusa de conocer más cosas de la vida de Rosa en Zúrich.

—No me extraña —confirmó satisfecha y con interés Frida—. Los tres fueron a la misma universidad y Benjamin era muy amigo de Leo, incluso trabajaban en algo juntos.

—Rosa nunca me contó nada de eso —le dije buscando que me explicara más.

—Fue antes de la guerra. Pensad que el banco era el edificio contiguo al consulado. Mi mesa estaba junto a una ventana y por mi trabajo yo salía y entraba continuamente. Ver aquel movimiento alrededor del banco, con tantos alemanes guapos, era casi una distracción. Benjamin participaba o dirigía unas conferencias que patrocinaba el Swiss Kredit, por eso venía asiduamente a Zúrich y tenía tantas reuniones allí. Leo, que trabajaba en el banco, colaboraba con él en las conferencias.

—¿Y sabes por qué dejaron de trabajar juntos? —volví a preguntarle. Esta vez mas directamente.

—Por la guerra, Betty. En Zúrich también pasaron cosas como consecuencia de la guerra. Fíjate, tu tía se fue —contestó Frida—. Al declararse la guerra las conferencias dejaron de programarse y Benjamin ya no venía con tanta frecuencia, aunque lo hacía de vez en cuando.

—Pero ¿se seguían viendo? —insistí para ver hasta dónde podíamos llegar. Colin no decía nada pero abría cada vez más los ojos.

—Sí, sí. Los vi algunas veces juntos, pero ya no era en el banco. Seguían quedando con el grupo de amigos, sobre todo cuando los dos, Rosa y Benjamin, coincidían en Zúrich. Por las mañanas paseaban a primera hora alrededor del lago, igual que yo. Nos cruzamos varias veces.

—Y Benjamin ya no volvió a colaborar con el Swiss Kredit, por lo que dices —yo seguía empeñada en saber más.

—No, seguro que no. Él era inglés y en el banco había muchos alemanes. Es más, al empezar la guerra incluso visitaban el banco militares nazis, vestidos de paisano, pero eran militares. En aquella época venían a Zúrich muchos gobiernos a pedir dinero y el alemán era uno de ellos. Pero es verdad que el Swiss Kredit debía ser uno de los bancos preferidos de los germanos. Os voy a contar una anécdota. Recuerdo que fue en 1943. Yo cruzaba la calle para entrar en el consulado y al llegar a la acera delante del edificio miré al suelo para no tropezar con el bordillo con la mala fortuna que, al levantar la vista, ya era demasiado tarde y choqué con un hombre. Además del golpe le había tirado las gafas al suelo. Aunque le pedí disculpas —todavía recuerdo su mirada— aquello le sentó muy mal. Entré en la oficina y el agregado de defensa se acercó a felicitar-me. Yo no sabía por qué. Resulta que había visto el encontronazo y que el hombre de gafas era, ni más ni menos, que Heinrich Himmler. ¡Le di un golpe al mismísimo demonio en persona! Debía ser cliente del banco vecino pues lo visitó en más de una ocasión.

Seguimos conversando media hora más, pero ya no conseguimos información relevante. Nos despedimos de Frida y quedé que, cuando llegase a Barcelona, le enviaría algunas fotos más de mi tía Rosa.

De camino hacia la oficina donde estaba Harry, Colin y yo repasamos la charla con Frida y los datos que nos había proporcionado. Él mantenía su hipótesis sobre la transformación del tesoro del tercer Reich, y más aún después de escuchar la estrecha relación que tenían los alemanes con el banco donde trabajaba Leo. Yo sin embargo mantenía ciertas dudas porque algunos hechos no encajaban con la hipótesis de Colin.

Harry iba a llamarnos justo cuando llegamos. Había terminado de revisar los periódicos. Le contamos nuestra conversación con Frida y él confirmó algunos detalles con la información que había encontrado. La prensa de la época reseñaba entre los años cuarenta y cuarenta y cinco los desplazamientos para trabajar en Zúrich de reconocidos científicos originarios de los países que se encontraban en guerra, entre ellos matemáticos alemanes. Aparentemente el país helvético les daba mayor seguridad y la banca pagaba buenos salarios por sus servicios. Los diarios del 4 de marzo de 1945 traían en primera página la noticia de la explosión del día anterior en el Swiss Kredit. Decían que fue provocada por un escape de gas y que destruyó gran parte de la planta menos uno del banco. El edificio no sufrió más desperfectos ya que en los siguientes sótanos se encontraban las cámaras blindadas de seguridad y la estructura de pilares estaba muy reforzada. Hasta ese momento no figuraban muertos, pero se hablaba de un número indeterminado de desaparecidos y de muchos heridos. Fueron las ediciones del 7 de marzo las que informaron que durante la última jornada se habían localizado un total de nueve víctimas mortales, cuatro de ellas de origen alemán y las otras cinco suizas. No se mencionaban los nombres de los fallecidos.

—Y eso es todo lo que he podido encontrar. Nada de tesoros, nada más sobre los nazis, ni nada sobre los miembros del TTC —nos dijo Harry decepcionado y algo cansado.

—Bueno, no es mucho, pero de alguna forma constata una posible implicación de la banca —añadió Colin tratando de dar algo de ánimo a Harry después de todo el tiempo invertido.

—Deberíamos hablar con algún trabajador del Swiss Kredit de aquella época. Creo que convendría hacerlo —les propuse a los dos.

—Betty, pero no podemos presentarnos allí y preguntar directamente. Si lo hacemos y son

ellos los que están detrás de todo, saltarán las alarmas inmediatamente —nos advirtió Colin.

—De acuerdo. Tenemos que encontrar a alguien sin pasar por el banco. Esperad, dejadme llamar a Frida —les dije mientras marcaba su número en mi teléfono.

Frida nos dio la solución. Le pregunté por el novio del que nos había hablado, el que trabajaba en el Swiss Kredit, pero hacía unos años que había muerto. En cambio mantenía relación con Otto, un hombre que había sido botones del banco. Vivía en Lucerna y Frida estaba segura de que si ella lo llamaba, nos atendería.

Mientras yo hablaba con Frida, Harry llamó al consulado de Alemania. Solo quedaba un cónsul honorario y era más joven que nosotros. Le aseguraron que en su base de datos no constaba ya nadie en Zúrich que hubiera trabajado en esa época.

Frida me llamó. Otto nos esperaba al día siguiente a partir de las diez de la mañana en su casa. Ella le había explicado que yo era la sobrina nieta de una muy buena amiga suya y que quería escribir sobre la etapa de su tía en Zúrich.

Colin, Harry y yo dejamos la oficina y nos sentamos en un café. Más relajados y sin prisa empezamos a plantearnos qué más podíamos hacer en Zúrich para conseguir información sobre Leo Schulze. Pero tras la visita a Otto ya no se nos ocurría nada más. Sentíamos que el camino estaba terminando.

—¿No lo iremos a dejar ahora? —intenté animarlos al ver sus caras.

—Yo no quiero dejarlo, Bet, pero no se me ocurre nada más que podamos investigar. No existen más pistas. Tenemos la hipótesis de Colin y poco más —aclaró mi marido con pocos ánimos y menos convicción.

—¿Solo la hipótesis de Colin? También tenemos dos asesinatos y unos hombres que nos siguen y un montón de papeles de Ben llenos de fórmulas que tal vez signifiquen algo porque estén codificadas. ¡Yo que sé, Harry! Creo que tenemos mucho. Igual hay que volver a empezar —repliqué decidida.

—Quizá Betty tenga razón, Harry, y deberíamos empezar de nuevo. Puede que nos hayamos dejado datos sin analizar. Podríamos volver a Reading para enseñarte los papeles de mi abuelo Ben. Tal vez tú puedas encontrar algo que nosotros no hemos visto.

—Tenéis razón. Perdonadme por mi actitud. Empecemos. Veamos mañana al tal Otto, volvamos a Inglaterra y vayamos a Reading. Como si fuese el primer día, desde el primer cuaderno, repasemos todo.

Desde el móvil compramos los billetes de tren a Lucerna para el día siguiente, miércoles 5 de marzo, y los pasajes de avión para volver ese mismo día por la tarde a Londres desde Zúrich. Éramos conscientes de que rastreaban los movimientos de nuestras tarjetas, pero no podíamos hacerlo de otra forma.

\* \* \*

Mientras ellos tres permanecían en el café, Carl llamó a Joelle.

—Buenas tardes, Joelle. Seguimos sin tener nada. Mañana por la mañana van a Lucerna y por la tarde regresan a Londres. Acaban de comprar los pasajes.

—¿Qué te dice tu gente, Carl?

—Que van de un sitio a otro buscando, pero la impresión de mi gente es que no tienen nada.

—¿Me has dicho que se van mañana por la tarde? Pues quiero provocar un encuentro con ellos hoy mismo.

—¿Lo hacemos como siempre, Joelle?

—Sí, como siempre. Seguidlos y comunicadle a mi chofer dónde tiene que dejarme. Que

parezca una casualidad, sobre todo eso.

—Estate preparada —le advirtió Carl.

\* \* \*

Después de descansar y reponernos en el café nos fuimos a visitar el Kunsthaus, el museo de arte contemporáneo más conocido de la ciudad, y desde allí paseamos hasta la Grossmünster, la catedral románica. Justo cuando salíamos escuché una voz que se dirigía a nosotros.

—¿Colin?

—¡Ah, hola, Joelle, qué casualidad! —oí decir a Colin sorprendido.

Nada más escuchar su nombre, Harry y yo supimos quien era aquella mujer.

—¿Qué haces en Zúrich? —le preguntó ella.

—He venido con unos amigos a pasar un par de días, necesitaba salir de Londres.

—Si me lo hubieses dicho cuando nos vimos en Londres te habría aconsejado dónde ir y podría haberte gestionado las reservas en los mejores lugares de la ciudad —le replicó Joelle.

—Fue una decisión de última hora, Joelle. Y tú ¿qué haces por aquí, en la catedral?

—Vengo una vez al mes para recordar a los miembros de mi familia que ya no están. ¡Qué casualidad que nos hayamos encontrado! ¿Hasta cuando os quedáis?

—Hoy es el último día, mañana regresamos.

—Pues entonces me tienes que dejar que os invite. No os podéis marchar de Zúrich sin venir a cenar a mi casa.

—Joelle, no te preocupes, no queremos ser una molestia. Nosotros estamos de vacaciones y tú seguro que te levantas muy temprano para trabajar.

—No es ninguna molestia. Tenéis que venir, insisto. A William le hubiera gustado que estuvieras en mi casa.

No pudimos negarnos. Colin nos presentó a Harry y a mi como unos amigos suyos de Barcelona. A ella le encantaba Barcelona, o al menos eso dijo. Seguimos andando hasta el hotel y nos arreglamos para acudir a la velada en casa de Joelle Schnieper. Una velada fruto de un extraño encuentro y en casa de una mujer de quien desconfiábamos.

A las ocho en punto de la tarde nos recogió un coche negro con los cristales tintados. Ese coche y el hecho de dirigirnos a un lugar desconocido me generaron temor y un cierto malestar. Pensé si no nos estaríamos metiendo en la boca del lobo. Pero Harry me cogió de la mano, me la apretó y me dio un beso en la mejilla que me tranquilizó un poco. Colin debía sentirse igual porque le preguntó al conductor, en inglés, dónde se encontraba la casa de nuestra anfitriona. La respuesta, con un acento perfecto, fue que en Kurhausstrasse, junto al campo de golf. El trayecto se me hizo eterno. Ya había anochecido y pasamos por calles y más calles con villas iluminadas. Yo esperaba que el coche parase en una de ellas pero no llegaba el momento. Por fin, a los diez minutos, nos detuvimos junto a una casa. No era de las más grandes que habíamos visto desde el coche pero su arquitectura era la más antigua. Blanca, perfectamente conservada y con unas zonas ajardinadas que nada tenían que envidiar al romántico parque de St. James de Londres. El chofer bajó del coche y nos abrió la puerta. Después introdujo el vehículo en lo que debía ser un garaje subterráneo. Observé que la casa estaba rodeada de cámaras de vigilancia y algo alejados de los muros exteriores había dos hombres. Debían ser profesionales de seguridad, no en vano Joelle era la presidenta del primer banco suizo y uno de los más importantes del mundo.

Salió Joelle a recibirnos. Se había cambiado de ropa. Había sustituido el traje de chaqueta negro y tacones altos que vestía por la tarde por un vestido sedoso y de vivos colores que le

llegaba hasta los pies. Aquel recibimiento nos hizo bajar la guardia por un momento. Primero nos enseñó la casa. Fue construida a finales del siglo dieciocho y la compró su abuelo a la familia de los propietarios originales, unos comerciantes de origen húngaro. Había sido reformada en varias ocasiones y justo hacía un año que ella había terminado la última remodelación, integrando sistemas de automatización de última generación en toda la casa. Nos acompañó por las estancias principales y el jardín. Los cuadros que colgaban de las paredes eran de incalculable valor, lo mismo que las esculturas del jardín. Alabé su colección de arte y fue entonces cuando se acabó la tranquilidad, al menos para mí.

—Gracias, Betty. Sí, es una buena colección, pero no tanto como lo que habéis visto en el Kunsthaus —me respondió con amable seguridad Joelle.

A Joelle la encontramos por la tarde en la catedral y ninguno de nosotros tres mencionó que hubiéramos visitado el Kunsthaus. A partir de ese momento doblé mis niveles de precaución. El encuentro con Joelle no había sido una casualidad. Estaba segura.

En la mesa actuó como una experimentada anfitriona, explicándonos cada uno de los platos típicos que habían cocinado, su maridaje con vinos traídos de distintos lugares del mundo y promoviendo una interesante conversación alrededor de la historia y la vida en Zúrich. Tras el postre nos trasladamos a un salón contiguo al comedor donde nos ofrecieron cafés y licores. Entonces la conversación cambió de rumbo. Joelle empezó a interesarse por nuestras vidas. Para evitar aquella situación y no alertarla de nuestra desconfianza respondíamos brevemente y tratábamos de lanzarle preguntas a ella.

—Harry, tú eres inglés, pero vives en Barcelona, ¿por amor o por trabajo? —se interesó Joelle, esperando que mi marido le contase más sobre él y sus orígenes.

Harry le contó algunas cosas, pero no tanto como ella seguramente esperaba. En la respuesta no apareció Ian, no apareció Whitby ni nada que tuviera que ver con la investigación.

—Joelle, me resulta extraño preguntártelo porque siempre he pensado que los presidentes de los bancos eran personas frías y distantes pero ¿cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté tras la respuesta de Harry.

Contrariamente a lo que yo esperaba nos contó bastantes datos y acontecimientos de su vida. Tal vez lo hizo para que después nosotros nos abriésemos a ella. Su bisabuelo, que era de Lucerna, fundó el banco a finales del siglo diecinueve. Era un hombre muy avisado y sin miedos y lo hizo crecer de manera vertiginosa, especialmente durante la Primera Guerra Mundial. En aquella época lo convirtió en el primer banco del país, con acuerdos por todo el mundo. Tuvo un único hijo, el abuelo de Joelle, que lo aprendió todo del negocio. Y éste también tuvo solo un hijo, el padre de Joelle. Pero al padre de Joelle nunca le interesó el mundo financiero, lo detestaba. Así que le permitieron vivir del cuento toda su vida con una condición, que a su única hija, Joelle, la educarían su abuelo y sus consejeros. Era una familia muy tradicional, el negocio debía pasar de padres a hijos, pero con ella se rompió la norma. Joelle convivió con su abuelo 20 años, hasta su muerte. Residían en la casa en la que estábamos, mientras sus padres vivían a todo tren en California. No nos contó mucho sobre ellos pero nos hizo saber que habían muerto seis años atrás en un accidente de avioneta sobrevolando Gstaad. Por el contrario, sentía adoración por su abuelo. Él la educó, la cuidó y la convirtió en la persona que era.

En ese momento, y sin permitirle preguntarnos de nuevo, me interesé por un tema personal y quizá también indiscreto.

—Joelle, ¿tienes hijos que puedan sucederte en el negocio?

—No de momento —contestó Joelle con un rictus de disgusto—. Pero eso no es problema. Aún no he tenido tiempo. Mi vida es el banco, como lo era para mi abuelo. Solo así se consiguen

las cosas —continuó con tono autoritario y de desdén hacia los demás—. Muchos se interesan por mi sucesión pero nadie es capaz de actuar como yo. El banco no sería el mismo.

—¿Entonces? —me arriesgué a preguntarle mientras Colin y Harry me lanzaban con la mirada un claro mensaje de “para ya, Betty”.

—¿Entonces qué?, ¿qué me estás queriendo decir? —me interrumpió con una agresividad inesperada, pero se disculpó de inmediato—. Perdona, Betty, es un tema que no llevo muy bien. Mi abuelo me pidió que le prometiese dos cosas, y una de ellas era que asegurase mi sucesión dentro de la familia, y aún lo tengo pendiente. Pero todo llegará.

—Perdóname a mi, Joelle, no he debido meterme donde no me llaman, lo siento.

Y como si lo hubiésemos planificado antes, Colin aprovechó para seguir averiguando.

—Yo también le hice una promesa a mi abuelo Ben. A menos que lo necesitase, no vendería jamás su casa de Reading. Le tenía mucho cariño. ¿Qué otra cosa te hizo prometer tu abuelo, Joelle? —preguntó Colin con voz suave.

—Nada, un tema del banco. Algo que él no pudo acometer y que deseaba que yo llevase a cabo si tenía la oportunidad —aclaró Joelle, sorprendida por la pregunta y hasta tropezándose en la respuesta.

En ese momento Joelle se disculpó y abandonó el salón un momento. Imaginé que estaba tratando de rehuir la conversación. Los tres nos quedamos en silencio sin atrevernos a comentar nada, a la espera de que volviese. Y a los tres minutos apareció con algo en la mano.

—Mira, Colin, la busqué después de nuestro encuentro en Londres. ¿Te acuerdas que te expliqué que William había relacionado a tu abuelo con el mío? —dijo Joelle acercándole una foto.

Aquello también debía estar preparado, pensé. Había conseguido escapar de nuestra presión y ahora volvía a la carga con sus artilugios.

—¡Ese de ahí es mi abuelo Ben! —estalló Colin contrariado señalando con el dedo un punto en la foto.

—Es lo que imaginaba, Colin, se parece a ti. Y el hombre alto que tiene a su izquierda es mi abuelo —puntualizó Joelle—. Del resto de personas conozco a algunas que eran presidentes de otros bancos de Zúrich. Pero estos de aquí no sé quienes son. ¿Tú los conoces? —le preguntó Joelle a Colin mientras nos mostraba a todos la foto.

Harry fue rápido, muy rápido. Había estado callado todo el tiempo, pero esta vez, después de identificar en la foto a Leo Schulze rodeando con su brazo a mi tía Rosa, interpretó a la perfección su papel.

—¡Ja ja! mira, Bet, esa mujer es igual a... ¿Cómo se llamaba la cantante española esa de la época de tu abuela?

—¿Te refieres a Carmen Casas “La Espavilá”? , ¡Es igualita a ella!, ¡tiene que ser ella! —le contesté a Harry sabiendo que a mi tía siempre la comparaban físicamente con esa folclórica—. ¿Qué hace aquí con vuestros abuelos? —bromeé mirando a Joelle y a Colin.

—Bet, tu abuela siempre cuenta que actuaba más fuera de España que dentro, que iba por todo el mundo y era muy querida en el extranjero. Estaría aquí en Zúrich con uno de sus espectáculos. Y ese que la coge con el brazo tiene toda la pinta de ser uno de los innumerables romances que dicen que tuvo —añadió Harry—. Es que la abuela de Betty es una apasionada de Carmen Casas y lo sabe todo sobre su vida —aclaró con una sonrisa dirigiéndose a Colin y a nuestra anfitriona.

—La foto es de principios de 1939, fue tomada durante las conferencias que se organizaron en Zúrich —nos aclaró Joelle.

—¡Ah, entonces seguro que es “la Casas”! Actuaba en festivales y eventos de todo tipo —  
concluí yo.

El episodio de la foto fue decisivo y la amable dueña de la casa debió darse por vencida, además de que ya era tarde. Le agradecemos la velada, nos despedimos y su chofer nos acompañó de vuelta al hotel. Antes de subir a nuestra habitación, nos quedamos unos minutos en la cafetería comentando la velada en casa de Joelle Schnieper, no sin antes cerciorarnos de que nadie a nuestro alrededor nos podía oír. Les expliqué a Harry y a Colin cómo me percaté, desde el principio, de que el encuentro en la catedral no había sido fortuito, y los tres coincidimos en estas cuestiones: que Joelle tenía preparada la conversación para averiguar algo, que se sintió incómoda y acorralada con nuestras preguntas y que la promesa que le hizo a su abuelo podía tener alguna relación con lo que nosotros buscábamos. Le prometió a su abuelo hacer algo que él no pudo hacer, pero ¿qué era? Entonces Colin nos repitió su hipótesis reforzando el papel de la banca y en especial el de la Schnieper Bank. La banca suiza, y ante todo los bancos mencionados en la lista de Ben, necesitaba deshacerse de cualquier indicio que los involucrase en la gestión y conversión del tesoro del Tercer Reich. Quizá la vinculación con los nazis fuese mayor de lo imaginado y de hacerse pública pondría en peligro sus negocios. Y, si bien el banco que aparecía en todas nuestras pistas era el Swiss Kredit, el Schnieper también estaba y en aquella época, igual que ahora, era el más poderoso.

—Colin, sigo pensando en tu hipótesis y no encuentro la razón pero hay algo que no encaja. Creo que si nos aferramos a ella podemos perdernos mirando en la dirección opuesta. ¿Por qué no empezamos de cero como hemos comentado este mediodía? Como si no supiésemos nada, incluso sin hipótesis —les propuse sin demasiada convicción pero conservando una pizca de mi espíritu de investigadora.

Harry y Colin estuvieron de acuerdo conmigo esta vez.

\* \* \*

Al otro lado de la ciudad Joelle hablaba con Carl.

—¿Cómo ha ido el encuentro, Joelle?

—No he conseguido averiguar nada, pero los he conocido y no creo que abandonen hasta saber lo que hicieron sus familiares.

—Se han quedado un rato hablando en la cafetería de su hotel, pero en el coche no han comentado nada delante del chofer.

—Lo suponía. No confían en mí, me he dado cuenta enseguida —dijo Joelle sin importarle mucho—. Pero mejor así, Carl. No creas, igual investigan sobre mi abuelo y eso les conduce a averiguar lo que queremos. Concedámosles más tiempo, pero esta vez que empiecen a sentir la sombra de tu gente. Sin atemorizarles pero inquietándolos un poco. Además, la chica esa, Betty, ha intentado provocarme y ya sabes como soy.

—Así lo haremos, Joelle, y no te preocupes, cuando llegue el momento ya me dirás cómo quieres que pague su actitud contigo.

\* \* \*

El miércoles 5 de marzo dejamos las maletas en la consigna del hotel y nos fuimos a la estación para coger el tren a Lucerna. Los hombres que nos seguían en Berlín y que nos acompañaron en el tren hasta Zúrich, volvieron a aparecer. Esta vez se sentaron en nuestro vagón y

nos miraron sin disimulo. Entendimos perfectamente el mensaje, querían que supiésemos que nos vigilaban. Durante el trayecto llamó mi madre, Abril estaba enferma, había cogido una gripe de estómago pero ya se encontraba mejor. Hablamos con nuestra hija y, como era de esperar, nos dijo que tenía ganas de que volviésemos. Harry le prometió que como mucho en una semana o diez días estaríamos con ellos. Escuchar la voz de mis hijos me hacía sentir mal. ¡Qué diablos estábamos haciendo! Lo lógico era estar en Barcelona, organizando nuestro futuro de otra forma y con ellos.

Bajamos del tren y fuimos directos a casa de Otto que estaba cerca de la estación. De camino Harry nos expuso su temor de que los vigilantes que se habían convertido en nuestra sombra tuvieran algo que ver con Joelle Schnieper. Era sospechoso que tras la actitud desafiante de Joelle la noche anterior ahora ellos actuaran del mismo modo. Creía que había una relación entre los hechos. Además, Joelle le había parecido una mujer de poco fiar, narcisista y maquiavélica, incluso malvada. Colin le preguntó si estaba insinuando que podía ser ella la responsable de la muerte de William y de Ian. Harry no lo descartaba. Por si acaso, le pidió a Colin que al llegar a Londres nos permitiera revisar la información que William había guardado sobre los delitos cometidos por el Schnieper Bank.

Otto nos recibió con mucho afecto y al rato nos dimos cuenta de por qué. Era muy mayor y vivía solo. Por el aspecto de la casa dedujimos que no recibía muchas visitas. Qué duro es cumplir años y padecer la soledad. El ser humano no está preparado para eso —pensé con un amargo sentimiento de compasión—. Nos sentamos en unos silloncitos del salón y sacó un termo de café para acompañar las pastas que le habíamos llevado como agradecimiento por su atención. Le puse al corriente sobre el motivo de nuestra visita. Le expliqué que mi tía Rosa trabajó en Zúrich durante unos años y que hizo buenos amigos, entre ellos su conocida Frida. Ahora estábamos interesados en conocer cómo vivió Rosa aquellos años y cual era su círculo de amistades. Le dije que queríamos hablar con él porque sabíamos que algunos de los amigos de mi tía trabajaron, como él, en el Swiss Kredit y Otto nos explicó amablemente todo lo que recordaba.

Otto fue empleado del banco desde 1936, entró a trabajar por horas después del colegio como repartidor de correo dentro y fuera del banco. Tenía solo doce años. A los dieciséis firmó un contrato de jornada completa y lo nombraron botones. Daba la bienvenida a todos los trabajadores y visitantes que acudían al banco y los ayudaba cargando sus maletines o cualquier enser para facilitarles la movilidad dentro del edificio, como los botones de hotel. En las entidades bancarias la función de los botones era muy similar. Hoy en día han dejado de existir. Más adelante, en 1948, empezó a subir en el escalafón con funciones de administración y se jubiló en el 89 como asistente de uno de los directores de área. Otto era la persona perfecta a quien preguntarle por Leo Schulze.

Su memoria nos dejó atónitos, se acordaba perfectamente del Sr. Schulze, un alemán de Munich que se incorporó al banco a principios de 1937. Recordaba que, cuando le entregaba el correo, Leo le daba caramelos. A finales del 36 se habían realizado obras en el edificio y se preparó la planta del primer sótano para un nuevo departamento, puede que el más importante del banco por las medidas de seguridad que rodeaban el espacio. Dentro había una cámara acorazada y el acceso a la planta estaba restringido. Solo el personal que allí trabajaba, los consejeros, el equipo de mantenimiento y los chicos para todo, como Otto, podían entrar, no sin antes ser cacheados por los vigilantes que guardaban la puerta corredera de acero por la que se accedía. Según se dijo a los empleados, allí desempeñaban su trabajo un equipo de analistas de mercados y la información que se manejaba era muy confidencial. Pero siempre hubo rumores al respecto porque aquellas medidas eran excesivas para proteger los resultados de un equipo de analistas.

Cuando terminaron las obras empezaron a llegar los nuevos inquilinos de la planta. Eran profesionales venidos de Alemania, como Leo, y de otros lugares de Suiza. No eran los habituales banqueros estirados, todo lo contrario, la mayoría habían ejercido de profesores de universidad en centros especializados en econometría. Según Otto, el Swiss Kredit debió ser de los primeros bancos en aplicar y tecnificar el análisis de datos para realizar sus inversiones, algo que hasta entonces no se hacía de una manera tan estructurada. Se podría comparar con lo que hoy en día es la Inteligencia Artificial. Su banco ya empezó a utilizarla en aquellos años anteriores a la Guerra.

También le preguntamos sobre las visitas de importantes militares nazis. En aquella época en Suiza, y en el Swiss Kredit en concreto, depositaba su dinero gente importante de todo el mundo. No solo militares, también ministros. Incluso recordaba un par de jefes de gobierno europeos. Era muy común recibir personalidades en el banco, pero Otto entonces no sabía quienes eran muchos de ellos. De su primera etapa, cuando repartía el correo, si que reconoció a Himmler un par de veces en la planta de analistas y en la de presidencia. Años más tarde, cuando ya era botones, volvió a ver al máximo responsable de las SS en varias ocasiones, pero nunca le llevó su maletín. Cuando se ofrecía a hacerlo, un acompañante de Himmler se colocaba en medio y lo apartaba para evitarlo. También le preguntamos si alguna vez había visto introducir en el banco cajas, baúles o contenedores de gran tamaño, pero Otto respondió que nunca lo vio.

Volviendo a Leo, Otto recordó con simpatía que cuando ya fue botones el Sr. Schulze cambió los caramelos por cigarrillos. Los viernes como de costumbre lo saludaba con un “buenos días” y discretamente le introducía en el bolsillo de la chaqueta una cajetilla de tabaco. Leo era el hombre más amable y guapo de aquel edificio. Otto no sabía el motivo, pero la actitud de Leo empezó a endurecerse un poco antes de su fatídica muerte. Entraba rápido en el edificio casi sin saludar y era el último en salir. Sus jornadas eran maratonianas. Pero eso sí, nunca se olvidó de su regalo de los viernes. En aquel momento había estrés en el banco, seguramente se vislumbraba que la guerra iba a acabar y, ante la incertidumbre, se querían recuperar los créditos concedidos. Aumentaron las visitas de alemanes, entre ellos de Himmler. Se escuchaban gritos en las salas de reuniones y el personal trabajaba más horas, en especial los analistas. Otto puntualizó que nunca entendió muy bien por qué eran los analistas quienes hacían más horas y no los responsables de los créditos.

Del día de la explosión de gas Otto guardaba en su memoria muchos detalles. Fue terrible. La tarde anterior visitaron el banco algunas personas extranjeras ajenas al equipo y se celebró una reunión en la planta más segura, la de los analistas. Debió ser importante ya que también asistieron el presidente del banco y otros presidentes de la banca de la ciudad. Cuando acabó ya era de noche y todos salieron acompañados del jefe de Leo, el director de su departamento. Un par de horas más tarde se fue el Sr. Schulze. Esa noche no se permitió al equipo de limpieza y mantenimiento acceder a la planta menos uno (así se referían al primer sótano). En ese momento Colin interrumpió a Otto.

—Otto, esos extranjeros que entraron en el banco el día anterior a la explosión, ¿sabes de dónde eran?, ¿recuerdas en que lengua hablaban?

—Me dieron las buenas tardes en alemán, seguro, no utilizaron otro idioma. Eran cuatro o cinco y podían ser alemanes, austriacos o incluso algún suizo. No te sabría decir exactamente. No hablaron entre ellos y tenían el semblante muy serio —contestó Otto.

—¿Y sabes de qué otros bancos eran los presidentes que los acompañaban? —intentó averiguar Colin.

—¡Sí, claro!, los veía muy a menudo, además eran personas muy conocidas en la ciudad. El presidente del Schnieper, el del ZZB y el del Vollenweider.

—Dices que los veías a menudo, ¿a ellos o a otros banqueros? —intervino Harry.

—A ellos sobre todo. A menudo se reunían con nuestro presidente, los cuatro bancos juntos. Cuando lo hacían por la mañana o por la tarde la reunión era en la planta de presidencia y cuando se veían por la noche se juntaban en la planta de analistas. Con algún compañero, también botones, bromeábamos sobre esas reuniones, seguramente se escondían porque hablaban de algo más que de negocios.

Después de responder a Colin y a Harry, Otto continuó con el día de la explosión. Por la mañana, a primera hora, antes de que llegasen los empleados, entraron unos operarios de la empresa de seguridad con la que trabajaba el banco. Tenían que reforzar la cámara acorazada de la planta menos uno. Era habitual que cada cierto tiempo acudiesen a reforzar o a realizar mejoras en las cámaras y cajas de seguridad del edificio. Traían con ellos dos enormes bombonas de gas para realizar soldaduras y algunas planchas metálicas. Los acompañaban el jefe del Sr. Schulze y dos de los hombres extranjeros que estuvieron reunidos la tarde anterior. Una hora más tarde fueron llegando los empleados del banco. Por primera vez en mucho tiempo Leo fue de los últimos en llegar. Entró rápido, como venía haciendo últimamente, pero ese día hasta se olvidó de decirme “buenos días, Otto”. Y todo ocurrió en el turno de la comida. Menos mal porque si no, según Otto, hubieran muerto muchísimas personas. A eso de las doce y media él subía las escaleras de entrada al edificio cuando oyó un enorme estruendo que le hizo caer al suelo y que rompió todos los cristales de la fachada. Se levantó con el pie dislocado a causa de la caída y algunos cortes causados por los vidrios rotos que cayeron sobre él y vio que de la puerta principal salía una enorme nube de polvo y humo. A pesar de todo decidió entrar. Escuchaba gritos de auxilio pero no podía ver nada. Conforme Otto nos lo contaba sus ojos se ponían cada vez más vidriosos y su mirada se perdía. Los empleados de las plantas superiores que no habían salido a comer escapaban corriendo y gritando del edificio. Él no tardó en percatarse de que la explosión había tenido lugar en la planta menos uno y sabía que allí aún estaban los analistas, entre ellos Leo. Intentó bajar pero no pudo, una montaña de escombros se lo impedía. Recordaba aquellos instantes como si fuese hoy y lo invadía un sentimiento de impotencia al no podido hacer nada para ayudar al Sr. Schulze. Los bomberos y cuerpos de seguridad llegaron enseguida. El banco estuvo cerrado los cuatro días siguientes, aunque Otto no se tomó la baja y acudió todas las mañanas para ayudar en lo que fuera necesario. Tardaron tres días en encontrar a los nueve fallecidos: el Sr. Schulze, su jefe, uno de los hombres extranjeros, los otros cinco analistas y uno de los operarios de seguridad. Se concluyó que la causa de la explosión había sido un escape de gas de una las bombonas. En ese momento Harry le interrumpió:

—Qué duro debió ser aquello, Otto. He leído en la prensa de ese día que los fallecidos fueron cuatro personas alemanas y cinco suizas, ¿es cierto?

—Sí, sí, lo es. Junto con el Sr. Schulze murieron otros dos analistas alemanes, y el hombre extranjero también lo era. El resto eran suizos, incluido el jefe del departamento.

—Hay otro dato interesante —intervino Colin mientras le enseñaba una foto en su teléfono—. En Internet encontré que el Brigadier de las SS Hugo Frei murió en una explosión en Zúrich el mismo día que Leo. ¿Te suena su cara?

—Ya han pasado muchos años y no recuerdo su cara —dijo Otto mientras miraba la foto—. Lo único que te puedo decir es que uno de los cadáveres que ayudé a sacar de entre los escombros no vestía uniforme militar, pero recuerdo haberme fijado en sus botas porque yo lo agarraba por los pies, y aquellas botas eran de oficial. Podría haber sido el hombre que tu dices.

Cinco días después de la explosión el edificio estaba limpio y pintado, habían cambiado las ventanas y, aunque todavía se reparaban algunos desperfectos, todo el personal volvió al trabajo. Con el tiempo la planta menos uno se rehízo pero ya no volvió a albergar a los analistas. Fueron

trasladados a la segunda planta a un espacio abierto y sin restricción de acceso, y fueron contratados nuevos analistas, la mayoría de ellos suizos.

—¡Pobre Leo! —dije antes de hacerle una última pregunta—. ¿Sabes si tras el desgraciado accidente siguieron visitando el banco personajes alemanes y analistas de otros lugares?

—Ya no, Betty. A partir de ese momento los analistas que venían a trabajar al banco o por cualquier otro motivo tenían aspecto de banqueros, nunca más volvieron los profesores. Y solo recuerdo una última visita de Heinrich Himmler. De hecho creo que murió al poco tiempo. Fue una semana después de la explosión. Lo recibí en la entrada y en el vestíbulo del edificio se juntó con nuestro presidente y con los otros presidentes que os comentaba antes. Me pareció que éstos le explicaban lo sucedido el día de la explosión. Después subieron a la planta noble del edificio y al cabo de dos horas se marchó y ya nunca más lo vi. Igual que tampoco volví a ver a los presidentes de los otros bancos en el edificio del Swiss Kredit.

Agradecemos a Otto la invitación y su esfuerzo por recordar todo aquello, y nos despedimos de él.

Habíamos conseguido, por fin, algo más de información. En el departamento en el que trabajaba Leo se ocultaba algo, era evidente. Tanta seguridad y secretismo no podían tener otro motivo. Y sus compañeros no eran analistas como los de los otros bancos ni actuaban como éstos. Los nazis debían colaborar en lo que allí pasaba. Las visitas y la presencia de Himmler nos lo hacían suponer. Debía existir algún tipo de vínculo entre los cuatro bancos de la lista de Ben relacionado con esa planta menos uno. En aquellas veinticuatro horas previas a la explosión sucedió algo que desencadenó los hechos. Necesitábamos saber qué ocurrió en la reunión que tuvo lugar la tarde anterior. Especulábamos sobre el origen de la explosión, si fue en realidad fruto de un accidente o si por el contrario había sido provocada, porque de ser así era muy importante el motivo.

Para mí la hipótesis de Colin se alejaba cada vez más de la realidad, pero seguía sin encontrar el fundamento de esa idea. Además, las tres palabras encontradas en el papel encriptado de Ian, “Tesoro Tercer Reich” parecían apoyar la teoría de Colin.

En el tren de vuelta a Zúrich volvimos a ver a los dos hombres que nos seguían y que también nos acompañaron en el vuelo de regreso.

A las once de la noche del miércoles 5 de marzo llegábamos, después de unos cuantos días, a la casa de Colin en Londres.

## Capítulo 7.

Londres - Reading – Whitby - Zúrich, 6 de marzo

Londres, jueves 6 de marzo, 2014

Esa mañana me despertó Harry. Supongo que mi reloj biológico había sufrido un retraso. Debió ser un buen retraso porque él ya estaba duchado y vestido. El sueño acumulado de los últimos días había podido conmigo. Me contó que había desayunado con Colin y que ya había revisado el documento con fórmulas de la memoria que William había guardado en la caja de seguridad del banco. Como se tenía que ir y tenía prisa porque había quedado con su amigo el asesor en codificación y ciberseguridad, me dio un beso y me dijo que Colin me lo explicaría todo.

Me duché y me vestí como si llegase tarde al colegio de los niños y directamente subí a la buhardilla. Colin me había traído el desayuno de la cocina.

—Buenos días, Colin, ¿qué habéis encontrado? Harry se ha ido sin contármelo.

—Buenos días, Betty. Me he levantado muy pronto, no podía dormir, y al llegar a la cocina he tenido un susto de muerte. Harry estaba allí, a oscuras, con mi ordenador y las memorias que le dejé anoche. Debía llevar un buen rato porque ya las había revisado todas. Me ha explicado que las fórmulas, las que se parecen a las del cuaderno azul de William, esconden un código. Por la manera como están escritas ha deducido que William lo desconocía y que se limitó a copiar las fórmulas para intentar averiguar la relación matemática que había. Después Harry ha llamado a alguien y se ha ido para ver si le podían ayudar a descifrarlas.

—¡Pero lo estarán siguiendo!

—Lo tenía en cuenta, Betty. Me ha dicho que no me preocupase que los despistaría en el metro, que tú también sabías como hacerlo.

—¡Ah! —intervine sin dejar que Colin terminase la frase—. Ya sé a qué se refiere. No podrán seguirlo. Cuando terminó la carrera y antes de que le dieran la primera beca, para ganar algo de dinero trabajó unas semanas allá abajo de revisor y conoce rincones perfectos para esconderse.

—Me ha pedido que cuando estés lista salgamos los dos juntos a la calle, que paseemos un rato, que cojamos el metro para visitar algún lugar y que luego nos separemos. En resumen, que tengamos entretenidos a nuestros nuevos amigos.

Hicimos lo que Harry había propuesto. Fuimos de compras, visitamos la nueva Tate y después cada uno cogió un camino distinto. Yo acudí al *British Museum* y me quedé contemplando, otra vez más, la piedra Rosetta. Era mi refugio. Gracias a ella nos conocimos Harry y yo. Se podría decir que fue quien nos presentó. En aquel instante recordé lo que me contó Ian el día anterior a su asesinato. Él promovió que Harry trabajase conmigo en el museo. Pero ¿por qué? ¿Quería saber más sobre mí? Tal vez también él había conseguido que me concediesen a mí la beca.

Cuando regresé a casa de Colin miré a través del escaparate de la tienda y vi que estaba allí con Harry. Entré y los tres nos fuimos a la pequeña oficina de detrás del mostrador.

—He tratado de descifrar las fórmulas del cuaderno y de la memoria USB de William pero no he podido. Estaba equivocado. Allí no hay nada. Es pura matemática. Mi amigo también lo ha intentado y le ha ocurrido lo mismo —nos contó Harry nada más sentarnos en los taburetes de la

trastienda.

—Entonces hagamos lo que dijimos en Zúrich. Empecemos de cero —propuso Colin.

Pasamos toda la tarde en la buhardilla. Releímos los cuadernos, las cartas, las notas, nuestros apuntes, y los papeles de las carpetas amarillas. Hasta revisamos, de nuevo, cada una de las fotografías que teníamos. Era complicado poner la mente en blanco, pero lo hicimos. Aun así no conseguíamos ir más allá de lo descubierto hasta entonces. Solo nos quedaba volver a Reading o incluso a Whitby para ver si se nos había pasado por alto algo. En ese momento a la velocidad del rayo me vino este fatídico pensamiento: ¿Y si no llegábamos nunca a saber qué hizo El Círculo de la Verdad?

Esa noche decidimos darnos un respiro pues nuestro estado de ánimo lo estaba pidiendo a gritos. Colin quedó con unos amigos para cenar y Harry y yo fuimos al Royal Albert Hall a escuchar a una violinista japonesa. Al parecer nuestros vigilantes tenían la noche libre ya que ni los vimos ni notamos su presencia en ningún momento.

El viernes 7 lo pasamos entero en Reading, desde primera hora de la mañana hasta que salió el último tren de la noche a Londres. Miramos y rebuscamos en todos los rincones de la casa, de la cabaña, y del embarcadero. Retiramos y volvimos a guardar, después de ojearlos todos, los libros, las carpetas y los papeles de la habitación de Ben. No encontramos nada que nos llamase la atención y hasta Harry tuvo tiempo para remar un poco por el Támesis y recordar sus tiempos en el equipo de su universidad.

El sábado 8 madrugamos para volar a Leeds y de allí conducir hasta Whitby donde repetimos lo que habíamos hecho el día anterior en Reading. Buscamos en todos los rincones de la casa de Ian, en su caseta del puerto y en el barco. Tampoco dimos con nada que nos pudiera ayudar. Regresamos a Londres un poco apesadumbrados. Se habían agotado nuestras opciones y nuestras fuerzas.

El domingo 9 por la mañana Harry y yo estuvimos hablando un buen rato antes de levantarnos. Estábamos en un camino sin salida y tal vez lo mejor era dejar de investigar y darnos una tregua hasta que se nos ocurriese algo nuevo que no hubiésemos tenido en cuenta. Lo comentamos con Colin durante el desayuno y estuvo de acuerdo. Esa misma mañana compramos los billetes para volver a Barcelona al día siguiente a mediodía y decidimos disfrutar del tiempo que nos quedaba en Londres. Pasamos un domingo tranquilo aunque hablamos poco. Después de aquellos días juntos, tanto a Colin como a nosotros nos entristecía separarnos sin haber logrado nuestro objetivo.

\* \* \*

En aquel momento, en Zúrich, Carl estaba llamando a Joelle.

—Buenos días. Mucho me temo que lo dejan —dijo Carl.

—¿Qué quieres decir?

—Betty y Harry vuelven a Barcelona. Acaban de comprar unos billetes de avión para mañana.

—Pero podría ser por otro motivo, Carl.

—Algo me dice que no. Estos últimos días, como sabes, han vuelto a Reading y a Whitby.

Visitas rápidas de ida y vuelta. Tengo la impresión de que han estado buscando algo que les permitiese seguir, y su vuelta a Barcelona evidencia que no lo han encontrado.

—Y las personas que vieron en Zúrich y en Lucerna, ¿sigues sin saber lo que les contaron o si estuvieron involucradas?

—Nada, Joelle. No son más que una vieja administrativa del consulado británico y un oficinista retirado del Swiss Kredit. Hemos sondeado a sus amigos y familiares, incluso mis hombres han instalado micros. Y ni estuvieron involucradas ni saben nada.

—Entonces, ¿tenemos que volver a creer que no existen, que realmente se destruyeron? —prorrumpió Joelle con voz tirante y un poco furiosa.

—Tal vez. Es que tal vez fue así, Joelle —contestó Carl alzando también la voz—. Los únicos que tenían acceso a la información que podía revelar algo parece que no lo han encontrado y lo dejan. Igual no existe.

—Podemos intentarlo nosotros, Carl.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres que los interroguemos? ¿Y después qué?, ¿los matamos? Nos la estamos jugando, Joelle. Si seguimos haciendo tanto ruido, terminará volviéndose todo en nuestra contra. Mi padre me enseñó, siguiendo los preceptos de tu abuelo, que no hay que tener miedo a nada, que el negocio está por encima de cualquier vida pero que siempre hay que actuar sigilosamente, sin dejar señales. Si seguimos así al final nos investigarán a nosotros.

—¡No me refiero a eso! Y ya sé lo que decía mi abuelo, ¡no necesito que tú me lo recuerdes! —contestó Joelle enfurecida—De momento robemos la información que tienen, toda. Intentemos con nuestra gente descubrir lo que ellos no han sido capaces. Es la única manera de poder confirmar si existen o no. Después ya decidiremos que hacemos con ellos. Y te recuerdo que a esa tal Betty no le tengo ningún cariño.

—Adelante. Mandaré que entren en las casas de Londres y de Reading de Colin, y en la de Harry en Whitby. Pero lo haremos sin arriesgar, cuando no haya gente. No quiero que volvamos a cometer ningún error como el que nos llevó, por accidente, a matar a William.

—Carl, de todas formas, no dejéis de seguirlos a los tres. Puede que tengas razón y que hayan tirado la toalla, pero no me fio de ellos —se despidió Joelle antes de colgar el teléfono.

\* \* \*

## Capítulo 8.

El secreto mejor guardado, 10 de marzo

Londres, lunes 10 de marzo, 2014

Aquella mañana, antes de salir hacia el aeropuerto, fotografié con el teléfono todos los cuadernos de William y el bloc con nuestras notas. Recogí las cartas de mi tía Rosa y volví a mirar detenidamente cada una de las fotos que Colin tenía en su casa.

A las once de la mañana llegamos a Heathrow en el Mustang verde botella. La despedida fue difícil. Colin me abrazó como el primer día que nos conocimos en ese mismo aeropuerto, como si fuera su hermana o su mejor amiga. Yo sentía lo mismo por él y me resultaba muy difícil dejarlo solo con el recuerdo de la muerte de William y sin respuestas. A Harry le ocurría lo mismo que a mí.

—Amigo Colin —le dijo Harry mientras le apretaba una mano entre las suyas—, no te puedes imaginar como te agradezco todo lo que has hecho.

—Somos casi una familia ¿no?, Harry —le contestó Colin— Como nuestros abuelos y tu tía —añadió dirigiéndose a mí.

—Sí, igual que ellos —asintió Harry—. Me gustaría mucho que siguiéramos en contacto y que nos viésemos de vez en cuando, ¡o a menudo si tenemos la oportunidad! Ahora Bet y yo tenemos que decidir qué hacer con nuestras vidas y, quién sabe, igual nos venimos con los niños a Inglaterra.

Antes de separarnos acordamos que, por si acaso, era mejor que siguiésemos comunicándonos con los teléfonos móviles nuevos que habíamos estado usando. Al menos durante un tiempo, hasta que se olvidasen de nosotros. Colin se fue y nosotros accedimos a la sala de embarque de nuestro vuelo. En aquel mismo instante sonó el teléfono de Harry, el que no podía ser rastreado. Harry empezó una conversación en alemán.

—¿Señor Ash? —preguntó una mujer.

—Sí, soy yo —respondió Harry.

—Soy Frau Schell, de la Biblioteca de Berlín, ¿me recuerda? Nos vimos hace 9 días aquí.

—Claro, Frau Schell, ¿cómo podría olvidarla? ¿Está usted bien?

—Muy bien, Señor Ash, estoy muy bien. Le llamaba porque ayer domingo, que es el único día que tengo libre, estuve leyendo el libro que usted me regaló, el de su abuelo, y me vinieron algunos recuerdos.

—Dígame, dígame, Frau Schell.

—Pues mire, resulta que su abuelo acudía a mi biblioteca cada vez que venía a Berlín, pero también visitaba otra, aunque en contadas ocasiones. La de la Academia —le contó la bibliotecaria.

—¿Qué Academia, Frau Schell?

—La Academia de las Ciencias de Berlín-Brandeburgo, Señor Ash. Está en nuestro mismo edificio. Es una biblioteca muy pequeña y poco frecuentada, por eso se abre solo bajo solicitud. Pero a su abuelo le gustaba. Allí se guardan trabajos originales de sus miembros, la mayoría de ellos ya muertos —le explicó la mujer.

—Muchas gracias, Frau Schell. Ha sido usted muy amable al llamarme. Esta semana he de ir a Berlín a resolver papeles del apartamento de mi abuelo. ¿Cree que sería posible visitar la biblioteca que me dice? —le preguntó Harry con mucho interés.

—Claro, Señor Ash. Llámeme el día antes de venir y yo misma rellenaré la solicitud y se la abriré.

Tras despedirse de Frau Schell y antes de contarme nada, Harry me miró y masculló entre dientes:

—¡Joder, joder, joder!

Después de contarme la conversación con la bibliotecaria berlinesa saqué rápidamente el móvil para revisar las fotos de los cuadernos de William y, en efecto, confirmé lo que acababa de recordar.

—Harry, Leo Schulze fue uno de los científicos más jóvenes en ingresar en la Academia y Ben, años más tarde, consiguió que le otorgasen la medalla de miembro honorífico a título póstumo.

—Por eso estoy cabreado, Bet. Lo sabía. ¡Joder!, ¿cómo no lo vi antes? En la biblioteca de mi abuelo del apartamento de Berlín había un libro sobre la historia de la Academia y sus miembros. ¡Si lo tuve en mis manos!

—¿Qué hacemos? —le pregunté.

—De momento volvamos a casa, los niños nos esperan. Y vamos pensando qué hacer —decidió Harry.

Antes de subir al avión estuvimos buscando en Internet datos sobre la Academia. La fundó Federico III en 1700 como Academia de Ciencias de Prusia, atendiendo tanto a las ciencias como a las humanidades. Los nazis la sometieron a un control totalitario. Durante la administración soviética cambió un par de veces de nombre y, tras la reunificación alemana, se refundó como Academia de las Ciencias de Berlín-Brandeburgo. A lo largo de su historia pasaron por la Academia, entre otros, Darwin, Voltaire, Kant, Planck y Einstein. La antigua sede, la que se fundó en 1700, se encuentra dentro del recinto de la Biblioteca Estatal de Berlín y en ella solo queda una pequeña biblioteca que conserva algunos trabajos de sus miembros.

Al llegar a Barcelona mientras nos tomábamos un café en el aeropuerto, hicimos planes. Primero llamaríamos a Colin para explicarle la conversación con Frau Schell. Nos quedaríamos en Barcelona hasta el miércoles y ese mismo día viajaríamos a Berlín conduciendo nuestro coche para evitar que nos siguiesen. El trayecto a la capital alemana sería de unas diecinueve horas ya que pensábamos tomar algunas carreteras comarcales de Cataluña y del sur de Francia que Harry y yo conocemos para despistar a quien nos pudiera seguir. Todo lo pagaríamos en metálico para no dejar rastro. Mientras tanto, pediríamos a Colin que intentase averiguar, sin levantar sospechas, si en la Royal Economic Society había algún libro, trabajo o registro sobre Leo Schulze, porque revisando las fotos del cuaderno recordamos que Ben también consiguió que esta Sociedad inglesa reconociera a Leo como miembro honorífico a título póstumo por sus aportaciones en econometría.

Nos dio tiempo a dejar nuestras cosas en casa y a recoger a Abril y a Enrique en el colegio. Estaban exultantes de alegría. Mientras Harry les ayudaba a ducharse para luego salir a cenar a su *japo* preferido, yo llamé a Colin y le conté las novedades. Dijo el mismo “joder” que Harry pero en inglés. A él también se le había pasado por alto. Estuvo de acuerdo con el plan de los próximos días. Quedamos que Harry le llamaría para decirle un par de lugares del metro donde despistar si alguien le seguía de camino a la sede de la Sociedad Económica, que se encontraba en una calle junto a la abadía de Westminster.

El martes 11 recuperamos nuestra vida normal con un par de novedades: yo ya no tenía que volver a la inmobiliaria y Harry no tenía que perseguir la venta y firma de pólizas de seguros. Fue

un día tranquilo. Apartados de cualquier otro pensamiento, nos dedicamos a reflexionar sobre nuestro futuro.

A las ocho de la tarde, ya con los niños en casa, nos llamó Colin. Estaba alterado. Esa mañana uno de los industriales que terminaba los últimos detalles de la casa de Reading le había avisado que estaba todo patas arriba. Habían entrado en la casa, así que había cogido el primer tren a Reading y antes de llegar quedó con la policía. Sin duda alguien había entrado y estaba todo revuelto. La policía lo consideró un robo y él no echó nada en falta. Algunos libros y papeles, nada importante. Pero al llegar a su casa de Londres se encontró con otra sorpresa. También habían entrado en ésta. No estaba tan revuelta como la de Reading pero habían rebuscado por todas partes. Esta vez decidió no llamar a la policía. No era una coincidencia. Por suerte lo tenía todo bien guardado en el escondite del cuarto de los CDs de música salvo los cuadernos de William, que los había dejado sobre la mesa de la buhardilla y ya no estaban allí. Solo eso, nada más.

Alertados por lo que había ocurrido en las casas de Colin, Harry llamó a un vecino de su abuelo Ian en Whitby, un buen hombre que tenía llave de la vivienda. Le pidió por favor que pasara por la casa. Nos devolvió la llamada a los diez minutos. También habían entrado. La puerta estaba intacta y sin daños pero el interior un tanto revuelto. Se ofreció a llamar a la policía, pero Harry se lo agradeció y le dijo que no hacía falta, que avisaría a su padre para que se acercara lo antes posible a hacer la denuncia y comprobar si faltaba alguna cosa.

Llamamos a Colin para contarle lo ocurrido en Whitby y los tres coincidimos en la causa de los robos. Seguramente, tras nuestra vuelta a Barcelona, quien nos estaba siguiendo pensó que habíamos abandonado la investigación sin encontrar nada. Por ese motivo decidieron registrar las casas en busca de información. Nuestra duda era qué harían a continuación, si nos dejarían en paz o vendrían a por nosotros.

El miércoles 12 acompañamos a los niños al colegio y nos despedimos de ellos. Después fuimos a casa de mis padres a dejar sus cosas. El día anterior pedí a mi madre que se quedase con Abril y Enrique una semana más. Le prometí que sería la última. No pude contarle la verdad. Le dije que Harry y yo teníamos que hacer un viaje para valorar unas ofertas de trabajo. Mi familia sabía que Ian había muerto pero nada de la herencia de Harry ni de lo que estábamos haciendo. A las once de la mañana nos sentamos en nuestro viejo Saab 900 amarillo y salimos hacia Berlín.

Antes de llegar a Francia nos desviamos hacia Font Clara, un pueblecito de la Costa Brava. Allí conocíamos unos caminos entre arrozales y manzanos que nos sirvieron para deshacernos de un Audi familiar color negro que, desde que salimos de Barcelona, iba dos coches por detrás de nosotros. Volvimos a la autopista, cruzamos la frontera y nos dirigimos a Colliure. Queríamos evitar que nadie más pudiera seguirnos y en esa zona conocíamos más caminos que, aunque retrasasen el viaje, nos servirían para llegar a la capital alemana sin ser controlados. Tras cuarenta y cinco minutos nos incorporamos de nuevo a nuestra ruta principal. A media tarde pasábamos por Lyon. Solo habíamos parado para repostar gasolina y comprar sándwiches fríos de gasolinera que nos comimos de camino, sin parar. Cuatro horas y media más tarde a las afueras de Estrasburgo nos detuvimos en un hotel de carretera para pasar la noche. Llamamos a Colin para ver cómo estaba y cenamos lo que pudimos conseguir en las máquinas de *vending* de la recepción. Era casi medianoche.

A las ocho de la mañana del jueves 13 reanudamos la marcha. De un tirón llegamos a Nuremberg, donde comimos. Y de allí, pasando por Leipzig, llegamos a Berlín. Eran las cuatro de

la tarde. Dejamos el coche en un parking público muy cerca del apartamento de Ian, bueno, el que ahora era de Harry, y fuimos a descansar un rato a nuestra casa berlinesa. Aquella mañana Harry había llamado a Frau Schell para avisarle de nuestra visita y pedirle si podía prepararnos el acceso a la biblioteca de la Academia al día siguiente.

\* \* \*

Mientras, en Zúrich, Carl informaba a Joelle.

—¿Cómo puede haber pasado, Carl?, ¿cómo los pueden haber perdido? —le recriminó Joelle.

—Están cerca de Barcelona, Joelle. Seguramente han hecho una escapada para desconectar. Mi gente está revisando los registros de los hoteles de la zona donde han desaparecido. Los encontraremos. No te preocupes.

—¡Más te vale! Solo nos quedan ellos. De la información que conseguimos en las casas de Colin y Harry no hay nada que nos sirva. Sin ellos mucho me temo que se acabó todo. Sesenta y ocho años después se vuelve a acabar.

—Joelle, de todas formas sabes que lo más probable es que hayan abandonado la búsqueda.

—No lo sé, Carl, me resisto a pensar que esa mujer, Betty, renuncie tan fácilmente. Localizadlos y no los volváis a perder de vista.

\* \* \*

Estábamos tumbados en los sofás con los ojos medio cerrados cuando sonó mi teléfono. Era Colin que acababa de volver de la Royal Economic Society. Siguiendo lo que Harry le había indicado fue en metro. Cogió un total de cinco líneas y se escondió durante diez minutos en un lugar concreto de una de las paradas. De esa forma consiguió despistar a la mujer que, según él, lo seguía desde que nosotros dejamos Londres. Se presentó en la institución como nieto de Sir Benjamin Laurie, uno de sus miembros más destacados. Le permitieron, sin problemas, acceder a los registros y documentos de la biblioteca privada donde Colin pudo comprobar que en 1947 Leo Schulze fue nombrado miembro honorífico de la Sociedad gracias a la intervención de Ben, que recopiló y presentó los trabajos de investigación de su amigo. Pero lo extraño era que no hubiera ni rastro de esos trabajos. Antes de salir, la persona que le había dado acceso a la biblioteca lo paró y le preguntó con mucha delicadeza y cortesía si sabía algo de unos libros que su abuelo sacó en 1989 y que no habían sido devueltos. Eso había sido unos meses antes de su muerte. Hacía ya veinticinco años. El hombre le explicó que recientemente habían digitalizado el libro de préstamos de la Sociedad y que por eso tenían constancia. En aquel libro aparecía la firma de Ben junto a la fecha de salida de una serie de libros que contenían trabajos de investigación, 2 de octubre del 89. Y a su lado, en otro color y con fecha 25 de enero del 90, habían escrito “fallecido”. Colin le dijo que no sabía nada de ese material que había sacado su abuelo, cosa que ya suponía. Aquel material que Ben sacó antes de morir, estando ya enfermo, estaba registrado como “Secuencias y ciclos de Leo Schulze”.

Quedamos con Colin que le llamaríamos al día siguiente tan pronto revisásemos la biblioteca de la Academia.

Nos enteramos de que esa tarde actuaba la Orquesta Filarmónica de Berlín. Aunque pensábamos que estaría completo, lo intentamos y conseguimos un par de entradas en la taquilla de la Berliner Philharmonie. Harry y yo tenemos gustos parecidos, y uno de ellos es la música.

Clásica y jazz son nuestras favoritas. Escuchamos el concierto dirigido por su titular, Sir Simon Rattle, después cenamos en un tailandés que abría hasta tarde y volvimos al apartamento.

El cansancio del viaje venció a la impaciencia que sentíamos por visitar la biblioteca y nos ayudó a dormir aquella noche. El viernes 14, cuando me desperté, Harry no estaba en la cama. Lo encontré en la cocina preparando café y unas tostadas. Me miró y se acercó a abrazarme. Tenía preguntas. Necesitaba saber quién era y qué hizo realmente su abuelo, el pescador de bacalao de Whitby aficionado a la lectura y a la criptografía. Durante el desayuno me contó algunas cosas de las que nunca me había hablado. De pequeño ya dudaba de la profesión de Ian. Sabía tanto, le enseñaba tantas cosas y su lenguaje era tan rico y estructurado que Harry imaginaba que su abuelo salía a pescar libros, no bacalao. Era un hombre especial y querido en el pueblo. Siempre que algún vecino necesitaba su ayuda, ahí estaba Ian. Incluso una vez sustituyó, a petición del ayuntamiento, a un profesor de la escuela que estuvo enfermo una temporada. A pesar de no tener formación universitaria, sus conocimientos abarcaban muchos campos.

A la nueve en punto de la mañana entramos en la Biblioteca Estatal de Berlín. Frau Schell nos saludó muy cariñosa y nos acompañó hasta otro lugar del enorme edificio. En uno de los patios centrales había una antigua puerta coronada por una losa de piedra que anunciaba “Academia de Ciencias de Prusia”. Era la puerta de la sede original. Tras la puerta cruzamos un pequeño vestíbulo donde se podían leer, grabados en sus paredes, los nombres de los miembros de la Academia a lo largo de su historia. Aquello era lo único que quedaba en pie de la antigua Academia. Aquello y una sala de no más de cincuenta metros cuadrados repleta de libros y carpetas a la que se accedía a través de una moderna puerta de seguridad que nos abrió Frau Schell, como debió hacer otras muchas veces para Ian. La bibliotecaria nos contó que esa sala se mantenía allí por el valor histórico del emplazamiento al haber sido la primitiva sede de la Academia, pero que la mayoría de trabajos y documentos, así como los realizados por sus miembros más relevantes, estaban depositados en la sede de Postdamer Strasse. Por eso era muy raro que alguien solicitase el acceso a esa pequeña biblioteca salvo por el interés romántico de ver una de las salas originales. De hecho Frau Schell la abría de vez en cuando con el único fin de mover su cerradura y evitar que con el paso del tiempo quedase atascada por falta de uso. Durante la Segunda Guerra Mundial gran parte del contenido de la Academia se guardó en monasterios y granjas, pero el de aquella pequeña sala no. Siempre estuvo ahí, incluso durante la etapa de la Alemania Democrática y de la reunificación. Nunca salió de aquella estancia. Y allí nos quedamos Harry y yo solos con la única advertencia de avisar a Frau Schell cuando hubiéramos terminado para que ella pudiera cerrarla.

La sala era totalmente cuadrada, con el suelo de madera antigua y reseca que crujía al pisar y estanterías de abeto cubriendo cada una de las paredes del suelo al techo. Allí descansaban libros y carpetas que, por el olor de la sala, debían estar llenos de polvo. En el centro una mesa de haya de no menos de ocho metros de largo atravesaba la biblioteca casi de extremo a extremo. No había registro ni se seguía un orden por tema ni por autor, así que tendríamos que sacar casi todos los volúmenes y las carpetas hasta dar con los de Leo Schulze. Harry se subió a una escalera y empezó a rebuscar en los estantes más altos mientras yo revisaba los que estaban a mi alcance.

Al cabo de cincuenta minutos y unos cuantos estornudos (soy alérgica al polvo) encontré un pequeño ejemplar sin título en el lomo y escrito en alemán. Era un trabajo de econometría y el nombre de su autor era ¡Leo Schulze! Harry lo ojeó por encima y en la segunda página encontró una nota escrita a mano: “2 de 5, Ian”. Estaba claro, teníamos que seguir buscando hasta encontrar los otros cuatro volúmenes. Y así pasamos otras dos horas. Primero encontramos los números 1 y 3, escritos en alemán y que también llevaban el mismo mensaje del abuelo de Harry en la página

2, y más tarde el cuarto y el quinto libro. Nos sorprendió que estos dos últimos estuviesen escritos en inglés. Además en su primera página había un sello redondo de color violeta con las iniciales en mayúscula “RES” bajo la ilustración de una corona, que hizo que cayésemos en la cuenta de que eran los que Ben sacó en 1989 y que echaban en falta en la Royal Economic Society. Dedujimos que Ben se los debió mandar a Ian y que éste, cuando compró el apartamento y empezó a frecuentar la biblioteca de Berlín, los introdujo para que completasen la colección de 5. Todos los trabajos de Leo Schulze estaban allí, en esos cinco ejemplares. Los empezamos a ojear. Contenían fórmulas matemáticas, no en vano eran trabajos de econometría, pero al final, después de la última página, los cinco tenían adheridas tres páginas llenas de notas musicales escritas a mano. Allí estaba. ¡Habíamos encontrado a Leo Schulze y habíamos cumplido con la indicación que Ian nos encriptó en los 400 libros de la Biblioteca de Berlín, “Buscar Leo Shulze”! Harry, sin pensarlo dos veces, arrancó todas aquellas páginas y las guardó en mi bolso. Pero no estábamos totalmente satisfechos, debía haber algo más. ¿Por qué necesitaban Ben, Ian, y seguramente mi tía Rosa, reunir los cinco tomos en un mismo lugar? Esta vez fui yo quien encontró la respuesta. Al final de cada uno de los índices de los cinco libros había ocho notas musicales. Era muy sencillo. Cada una de esas notas equivalía a cada una de las ocho primeras letras del título del índice. Hicimos fotos de los índices, dejamos los ejemplares en su sitio y avisamos a Frau Schell para que cerrase la sala. Nos despedimos de ella dándole infinitas gracias y anunciándole que tal vez volveríamos otro día.

Durante el trayecto hasta el apartamento le conté a Harry mi teoría sobre esos cinco libros. Ben fue quien reunió los trabajos de Leo en esos cinco volúmenes. Y, por tanto, fue él también quien escribió los índices y el código de equivalencia con las notas musicales. Separó los tomos, presentó tres de ellos en la Academia de Berlín-Brandeburgo y los otros dos en la Royal Economic Society. De esta manera no solo consiguió que las dos instituciones nombrasen a Leo miembro honorífico, sino que también dispersó la fórmula para decodificar los mensajes, como medida de seguridad. Años más tarde, antes de morir, para facilitar que nosotros pudiésemos encontrarlos algún día, decidió reunirlos en un mismo lugar y se los envió a Ian para que se encargase de hacerlo.

Nos sentamos los dos juntos delante de la mesa del despacho de Ian con dos blocs de papel y la comida para llevar que habíamos comprado, y empezamos a decodificar las páginas de notas musicales. Tardamos alrededor de siete horas. Durante aquel tiempo fueron muchas las veces que, mientras descubríamos lo que decía aquel mensaje cifrado, Harry y yo levantamos la vista para mirarnos un instante y seguir descifrando después. Eran ya casi las ocho de la tarde cuando terminamos.

*Queridos Betty, Colin y Harry, espero que seáis vosotros quienes leáis estas líneas. Rosa, Benjamin y yo, Ian, las hemos escrito, modificado y escondido durante años para que, si algún día era necesario, las encontraseis y nos pudierais relevar para guardar el secreto. Nunca deseamos involucraros en El Círculo de la Verdad pero os preparamos desde niños por si despertaba una nueva amenaza y nosotros ya no estábamos. Si habéis llegado a Berlín, habéis conseguido los libros de Leo y descifrado este mensaje, significa que existe ese riesgo. Seguramente yo, el último defensor del Círculo, estaré muerto y vosotros necesitáis respuestas.*

*Todo empezó en 1934 cuando Adolf Hitler se autoproclamó líder y canciller imperial de su anhelado Tercer Reich. Aquel mismo año el Führer empezó a urdir su plan para dominar el*

*mundo. No solo Europa como nos han contado siempre, lo quería todo. Con la colaboración de su ministro de propaganda, Joseph Goebbels, y con su Reichsführer Heinrich Himmler, sin que nadie más del partido nazi lo supiese, empezaron a desarrollar en 1935 proyectos en distintas ramas de la Ciencia con los mejores expertos alemanes. Medicina, botánica, física, química, economía...El objetivo era ambicioso: dominar cada una de estas materias por encima de cualquier otro país para adquirir con ello el poder máximo. A finales del 36 se centraron en uno de los proyectos que presentaba grandes expectativas. Un grupo de expertos en econometría proponía modelar un algoritmo capaz de anticipar y de manipular los resultados de los mercados financieros de materias primas del planeta. Todos, absolutamente todos: granos, energías y metales, carnes, textiles.... Quien tuviese esa fórmula dominaría los mercados y, por tanto, el mundo. A este proyecto su impulsor y gestor, Himmler, lo llamó "El Tesoro del Tercer Reich". Este fue el verdadero y único tesoro nazi, el algoritmo. El proyecto se convirtió en una de las prioridades de Hitler en su intento de adueñarse del planeta. En aquel momento uno de los científicos que trabajaba buscando la formulación en Berlín era Leo Schulze pero, como los conocimientos de los expertos alemanes eran insuficientes, tuvieron que buscar científicos fuera del país. Himmler era amigo personal del banquero zuriqués Schnieper y, con la autorización del Führer, compartió con él el proyecto. El motivo era buscar una alianza para el desarrollo de la formulación. Los banqueros suizos tenían capital, mucho conocimiento, tanta ambición como el canciller imperial y, además, estratégicamente Suiza interesaba a los alemanes, ya que en caso de producirse una guerra se mantendría neutral, al menos al principio. También podría añadirse que esos banqueros tenían tan pocos escrúpulos como los mandatarios alemanes. El Sr. Schnieper junto con otros tres bancos (Swiss Kredit, Vollenweider y ZZB) articuló lo que se llamó la "Organización", asociada al Tercer Reich, para la consecución del modelo matemático. Los nuevos socios empezaron a colaborar aunque sus intereses eran dispares. Himmler y Hitler tenían decidido deshacerse de los bancos tan pronto obtuvieran el algoritmo, y por su parte la Organización pensaba hacer lo mismo con los alemanes. A mediados del 37 todo el equipo de científicos alemanes, incluido Leo Schulze, se desplazó a Zúrich para continuar con el proyecto. Se llevaba a cabo en las oficinas centrales del Swiss Kredit. Allí trabajaban alemanes y suizos haciéndose pasar por analistas de mercado. Pero se necesitaba más conocimiento y, para captarlo, a la Organización se le ocurrió organizar unas conferencias internacionales. Así es como Benjamin Laurie aterrizó en Zúrich. Era el ponente principal y el director del programa de conferencias. Y así fue como se reencontró con un buen amigo de la universidad, Leo Schulze. En esa época también volvió a verse con su antigua novia Rosa Ruiz y conoció a la periodista norteamericana Julia Jones, que cubría noticias europeas para una agencia independiente.*

*En 1938 la amistad entre Benjamin, Julia, Rosa, y Leo se fortaleció. Se veían con mucha frecuencia y compartían aficiones e intereses. Ese otoño Benjamin empezó a sospechar lo que ocurría en el Swiss Kredit. Comprobó que allí trabajaban expertos en econometría como analistas. Su amigo Leo, que nunca había estado completamente de acuerdo con el objetivo final del proyecto para el que trabajaba, terminó contándole la verdad.*

*A principios del 39 Julia, con quien Benjamin mantenía un romance, le reveló su verdadera profesión. Era agente de la OSS norteamericana, la antecesora de la CIA, y estaba en Zúrich para descubrir un posible entramado que iba más allá de lo meramente financiero entre los bancos suizos y el Tercer Reich. En aquel momento yo tenía diecinueve años y había conocido a Julia dos años antes casualmente en mi pueblo, Whitby. Trabajaba en la fábrica Palmer de radios y transistores y en mis horas libres arreglaba cualquier aparato que me trajeran. Un día*

*Julia se acercó a mi casa porque le habían dicho que allí vivía un chico que la podía ayudar. Me dejó lo que supuestamente era una radio que no funcionaba y le dije que en una hora la tendría lista. Cuando volvió la había conseguido arreglar pero le sugerí que, si lo que quería realmente era transmitir sin que nadie la detectase, podía mejorar lo que le habían hecho. Así fue cómo nos conocimos, cómo supe quien era y cómo entré en el mundo de la tecnología, la comunicación y las agencias de inteligencia.*

*En mayo del 39, cuatro meses antes de la invasión de Polonia por parte de los alemanes, Benjamin, haciendo uso de sus contactos, informó a los servicios de inteligencia británicos de las pretensiones de Hitler y del proyecto “Tesoro Tercer Reich”, pero no le hicieron caso. Aún así, en octubre de ese año el entonces Primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, que después se convertiría en Primer Ministro y a quien nosotros llamábamos Mozart, le pidió a Benjamin que organizase un grupo y pusiese en marcha una operación para hacer el seguimiento e informar de los avances del proyecto alemán. Benjamin convenció para que se uniesen a él a Rosa, a Julia y a Sergio, un joven estudiante entusiasmado con los trabajos y el pensamiento de Benjamin y que estaba muy bien situado en la sociedad zuriquesa. Yo llegué después. Julia me presentó y trabajé oculto desde Whitby, mientras seguía trabajando en la fábrica Palmer. Me encargué de fabricar las radios con las que podíamos comunicarnos en secreto y de gestionar las operaciones del grupo. El último en unirse fue Leo, el gran amigo de Benjamin. No era una decisión fácil para él pasarse al otro bando, pero lo hizo. En enero de 1940 empezó a operar formalmente el grupo bajo las siglas TTC, El Círculo de la Verdad.*

*Durante la guerra, gracias a que Leo trabajaba en el proyecto, estuvimos siempre informados de su desarrollo. Hubo momentos de mucha presión e intensidad y corrimos muchos riesgos. Varias veces estuvimos a punto de ser descubiertos. Benjamin y yo éramos algo más que aficionados a la criptografía y Leo un excelente músico. Así fue como creamos nuestro propio sistema de codificación. Sergio introdujo a Rosa en la vida social zuriquesa, y en especial en el círculo de los grandes bancos. Y Julia, desde atrás, coordinaba todos los pasos que debíamos dar en Zúrich y nos informaba sobre la evolución en Berlín.*

*En 1942, como el proyecto “Tesoro Tercer Reich” todavía no había conseguido su objetivo, decidieron dividirlo en dos. Un equipo, desde Berlín, desarrollaría una primera secuencia de la formulación, y otro, el de Zúrich, desarrollaría la segunda. Cuando ambas estuviesen terminadas, se juntarían los dos equipos para trabajar la parte de la fórmula que uniría las dos secuencias, y así concluir el proyecto. Leo se quedó en Zúrich pero algunos de sus compañeros fueron desplazados a Berlín.*

*En Julio de 1944, casi un año antes de que terminara la guerra, empezó el nerviosismo de Himmler. Era urgente obtener el algoritmo. El avance de las tropas aliadas y soviéticas obligaban a disponer de una alternativa y esta dependía de finalizar con éxito su proyecto estrella. Si lograban la fórmula, no importaría el desenlace de la guerra, el Tercer Reich dominaría el mundo.*

*El 9 de febrero de 1945, Benjamin nos convocó a todos en Zúrich. Aquella noche, en una reunión de alto secreto, se unió a nosotros el último integrante del TTC, Sir Winston Churchill, el Primer Ministro, quien pertenecería al Círculo hasta su muerte en 1965.*

En ese momento Harry interrumpió mi lectura.

—¡Tampoco lo vi entonces, Bet! Cuando leí en el cuaderno de William que Churchill estuvo presente en los nombramientos de tu tía y de Ben como Dama y Caballero, algo me venía a la cabeza, pero no sabía exactamente qué era. Ahora lo sé. ¿Recuerdas el cuadro pintado por Churchill que tenía mi abuelo? Era el único objeto de valor que había en Whitby, y tampoco vale

tanto porque es muy pequeño. Ese cuadro detrás tiene una dedicatoria: “A mi amigo y compatriota Peter, gracias”, y la firma de Winston. Mi abuelo siempre me dijo que lo había encontrado en un mercadillo y que lo compró por menos de 8 libras. El viejo Ian Peter Ash trabajó con Churchill. ¿Te das cuenta, Bet? Fue mucho más que un pescador de bacalao y de libros. ¡Maldito viejo! ¡Qué poco tiempo ha pasado desde que te has ido y cuánto te echo de menos!

Abracé a Harry y seguí leyendo.

*En aquella reunión Leo nos informó de los últimos avances. La secuencia de Berlín se había terminado, y funcionaba. El mismo Himmler la traería a Zúrich bajo fuertes medidas de seguridad en los próximos días. El equipo de Zúrich, por su parte, había terminado la suya pero les faltaba probarla. Tenían previsto hacerlo al día siguiente y, si todo funcionaba correctamente, se juntarían los expertos de ambos equipos y se estimaba que en dos o tres semanas estaría terminado el ajuste final de la fórmula. Inmediatamente nos pusimos a trabajar. Winston nos informó de la más que previsible victoria aliada y, por tanto, de la urgente necesidad de evitar a toda costa que Hitler consiguiese el algoritmo o sería el fin. Conocíamos por Leo cómo operaban los equipos y que por seguridad nunca se hacían copias de los desarrollos. Estos se guardaban dentro de una caja acorazada de la planta menos uno del banco y, además, cada científico retenía en su memoria la parte de secuencia que había creado. Era un modelo de seguridad denominado “araña” e ideado por el mismo Hitler. Por lo tanto teníamos que acceder a la cámara y robar o destruir las secuencias. Y, aunque representara un problema moral para nosotros, todos los científicos del proyecto debían morir. Siete hombres a cambio de evitar que el Tercer Reich dominase el mundo. Siete no, seis. Todos menos Leo.*

*Después de planear la operación, hicimos un juramento que guiaría nuestras vidas. Nadie debería saber nunca que existió El Círculo de la Verdad, ni conocer cuál fue el verdadero Tesoro del Tercer Reich, ni las intenciones de Hitler ni lo que se llevó a cabo. Era necesario evitar que nadie, jamás, volviera a intentar algo parecido. Así fue como los integrantes del Círculo nos convertimos en cómplices del imperioso silencio que había de guardarse alrededor de lo que realmente pasó y de lo que podría haber pasado. Winston se encargó a su vuelta a Londres de borrar toda la información relacionada con el proyecto nazi que estuviese en manos de cualquier institución o agencia británica. Un año después, en 1946, como medida de protección hizo lo mismo con nuestros nombres.*

*El plan que habíamos trazado se torció el día 2 de marzo de 1945. Leo informó a Benjamin que al día siguiente terminarían la unión de las secuencias. El algoritmo final estaba listo diez días antes de lo previsto y tuvimos que adelantarnos. El día 3 Leo acudió al banco, entró en la cámara y, sin ser visto, robó las dos secuencias pero no consiguió el desarrollo de la unión de ambas. Salió a fumar un cigarrillo y se las entregó a Rosa y a Benjamin que le esperaban en el parque que había enfrente del banco. Ellos le dieron una pequeña bomba con un temporizador de cinco minutos. Le cabía en el bolsillo del pantalón, de modo que podía entrarla sin llamar la atención. Tenía que adherirla a una bombona de gas de los operarios, activar el temporizador y salir del edificio. Dentro, en aquel momento, estaban todos los científicos que debían desaparecer aunque también estaba Leo que debía salir ileso. No sabemos qué pasó, si lo pillaron, si tuvo que retener a alguien o por qué no salió, pero Leo estaba dentro cuando se produjo la explosión.*

*La muerte de Leo nos marcó a todos. Él era quién más había arriesgado en la operación, cambiando de bando y trabajando de agente infiltrado, y seguramente murió porque sabía que era la única opción para evitar que Hitler continuase con sus locuras. Dio la vida por todos*

nosotros.

*Los nazis y la Organización no sospecharon de la explosión de gas. Nunca pensaron que fuera intencionada y dieron por perdido el Tesoro del Tercer Reich. Y nosotros en enero de 1946, nueve meses después de la rendición de Alemania, cerramos definitivamente nuestra operación. A partir de ese momento nos encargáramos únicamente de enmudecer la verdad y ocultar las dos secuencias que teníamos en nuestras manos. No quisimos destruirlas, no nos pareció justo, aunque solo fuera por Leo. Así que decidimos que Benjamin las escondiera.*

*Los años siguientes Benjamin se dedicó a la docencia y a la investigación, pero se retiró pronto. En 1962 nos volvimos a ver. Me invitó a su casa de Reading y me contó lo que había estado haciendo. Durante los últimos diez años, pensando que las restricciones impuestas en los mercados bursátiles por los organismos reguladores harían que ya no funcionase, había desarrollado, él solo, la unión de las dos secuencias del Tesoro del Tercer Reich y quería probarla. Pero no podía hacerlo a su nombre ya que era un personaje conocido en el sector, así que lo hice yo. Mejor dicho, lo hizo él a mi nombre y con pocas libras. Y el resultado fue aterrador. El algoritmo, a pesar de todas las restricciones, funcionaba. En solo 24 horas las 500 libras invertidas en los seis mercados de materias primas que probamos se convirtieron en 50 millones. Paramos dado que podíamos provocar una crisis bursátil. Lo peor no era que funcionara, lo peor era que sabíamos cómo ganar pero también como hacer que otros perdiesen. Aquel “Tesoro” era un arma demasiado poderosa. Decidimos donar la mayor parte de las ganancias conseguidas a organizaciones benéficas y que yo guardara el resto por si se necesitaba para mantener la verdad. Después nos pusimos en contacto con los otros miembros del TTC para contarles lo ocurrido. Fue entonces cuando elaboramos el plan para esconder de nuevo las secuencias. Nunca más se encontrarían salvo en el caso de que hubiese algún peligro. Todos, incluido Churchill, que ya era muy mayor, estuvimos de acuerdo. Seguimos haciendo uso de la misma operativa que nos había funcionado entre 1940 y 1946 pero cambiamos la codificación y, cuando algún miembro fallecía, rectificábamos el plan.*

*Al poco de nacer vosotros, Rosa para Betty, Benjamin para Colin, y yo en el caso de Harry, decidimos involucrarlos por si, llegado el momento, fuera necesario activarlo. Julia y Winston ya habían fallecido, Sergio no tenía familia y nosotros nos hacíamos mayores. Teníamos que atarlo todo para que el algoritmo nunca saliera a la luz y para que jamás se conociese la verdad salvo en caso de emergencia.*

*En 1974 nuestro juramento casi se rompe. Sergio Silva seguía viviendo en Zúrich. Era uno de los más importantes financieros de la ciudad y se codeaba con la élite de la banca internacional. Nunca supe bien en qué circunstancias, pero Sergio debió revelar algo del Círculo de la Verdad al entonces presidente del Swiss Kredit, que era hijo del banquero que se unió a la “Organización” en 1937. La “Organización” había dejado de existir en 1945, pero sabíamos que sus miembros transmitían a sus descendientes qué era el llamado Tesoro de Tercer Reich y lo que hubiera significado conseguirlo. Aquel hombre a quien Sergio debió revelar nuestra existencia volvió a convocar a los descendientes de la Organización. Les habló de Sergio, del TTC y de la posibilidad de que alguien tuviese escondidas las secuencias. Los otros banqueros no lo apoyaron porque no les pareció verosímil. Menos mal. Este acontecimiento supuso la ruptura de la amistad entre Benjamin y Sergio y también que modificásemos por completo el plan y las acciones dirigidas a esconder las secuencias. Yo intenté interceder entre los dos. Sergio me aseguró que no había contado nada sobre la existencia del algoritmo y que no había revelado nuestros nombres. Y yo sabía que decía la verdad pero fue inútil, Benjamin no cedió. Sergio siempre se arrepintió de haber hablado*

*demasiado.*

*Iniciamos los últimos cambios importantes para esconder las secuencias antes de que muriera Benjamin. Él nos pidió a Rosa y a mí que ejecutásemos las últimas acciones. Debíamos buscar una nueva ciudad, utilizar una nueva codificación e idear pasos más complejos para llegar hasta las fórmulas. Elegimos Berlín y yo compré un apartamento en esa ciudad.*

Lo que seguía se notaba por el papel, la tinta y la grafía que había sido escrito recientemente. Ian desde hacía un año padecía un principio de Parkinson y el aspecto de las notas musicales lo evidenciaba.

*En octubre del pasado año 2013 me llamó Sergio Silva muy alterado. Era el mismo día que murió. Me alertó de que los nietos y descendientes de los antiguos miembros de la Organización sabían cosas sobre nosotros. Un tal August, aprovechándose de su edad y de su debilidad por el alcohol, consiguió que dijera cosas que no debía. Ese hombre resultó ser un banquero, hijo de aquel que en el 74 provocó su ruptura con Benjamin. Con los datos que Sergio le había dado, August convocó a la nueva Organización y esta vez sí que lo creyeron. Ordenaron retener a Sergio, lo interrogaron con violencia y, al parecer, casi lo ahogan. De hecho durante la llamada noté que le costaba mucho respirar. Me juró otra vez que no había dicho nada, que había sabido aguantar y lo único que pudieron sacarle fue nuestros nombres, todos menos el de Winston. Al menos cumplió parte de la promesa, que el nombre de Sir Winston Churchill quedaría oculto y que no lo involucraríamos nunca ni en los planes ni en las acciones para proteger las secuencias. Después de este desagradable incidente Sergio destruyó el poco material escrito que tenía sobre nosotros y me contó que la pareja de Colin, un tal William, le había llamado varias veces para preguntarle cosas sobre Benjamin. Él no le había devuelto las llamadas, pero tenía la impresión de que quería averiguar algo. Tras la muerte de Sergio me percaté de que estaban utilizando su Palmer y empecé a investigar hasta donde pude. Esta vez las secuencias estaban en riesgo.*

Hoy es 18 de febrero de 2014 y no creo que pueda volver a Berlín. La próxima vez deberéis hacerlo vosotros. Supongo que estas serán mis últimas líneas. Espero poder contaros yo mismo todo esto y que no estéis corriendo ningún peligro, aunque no sé si llegaré a tiempo de evitarlo. He escuchado las conversaciones de Betty y Colin a través de sus radios. Estoy al corriente de la muerte de William y de que la Organización ahora va detrás de vosotros. Harry todavía no sabe nada de esto por mí, pero si estáis leyendo estas líneas es porque ya se lo habéis contado. No me da tiempo a cambiar ni a destruir nada y además Benjamin, Rosa, Leo, Julia, Winston y Sergio no querían que lo hiciese, así que sólo puedo decir tres cosas:

*Pediros perdón por haberos puesto en peligro, ya que es lo último que queríamos. Estaba preparado para que no pasara, para que llegado el momento pudierais conocer la verdad sin riesgo alguno.*

*Cada uno de vosotros tiene una de las tres partes del algoritmo, las dos secuencias y la unión de ambas, pero no puedo deciros más. Juré a mis compañeros y amigos que no lo haría, que no os diría donde se encuentran las "partituras", como nosotros las llamábamos. Pero si fuera necesario, solo muy necesario, acordaos de esto: "Escribid toda nuestra historia respetando nuestras letras, sed fuertes como una piedra y, sobre todo, hacedlo a tiempo, no lleguéis tarde".*

*Y por último, es decisión vuestra, si todo sale bien, que continuéis protegiendo la verdad. Yo no puedo pediros que lo hagáis, como tampoco lo hubieran hecho los otros miembros del TTC. Está en vuestras manos.*

*TTC, "The Truth Circle-El Círculo de la Verdad"*

*Sir Benjamin Laurie*

*Dama Rosa Ruiz*

*Leo Schulze*

*Julia Jones*

*Sir Winston Churchill*

*Sergio Silva*

*Ian Peter Ash, el último guardián*

Eran las nueve de la noche cuando terminamos de leer. Durante al menos diez minutos Harry y yo nos quedamos callados. Por su cabeza pasaba lo mismo que por la mía.

—¿Qué hacemos, Harry?

—No lo sé, Bet, no lo sé —me respondió con semblante preocupado—. De momento creo que tenemos que contárselo a Colin y luego ya veremos. ¿Puedes llamarle tú y leérselo mientras yo bajo y busco algo para cenar?

—Claro, vete tranquilo.

Llamé a Colin. Estaba intranquilo, se acababa el día y no había sabido nada de nosotros. Le leí el texto de Ian y, como nosotros, se quedó en silencio. Al rato volvió a aparecer su voz.

—¿Habéis pensado algo, Betty?

—Nos hemos quedado como tú, Colin, sin habla. No sabemos que debemos hacer.

—Tal vez deberíamos vernos para hablar. ¿Quieres que viaje a Berlín? —me preguntó Colin.

—Espérate a que venga Harry y lo hablamos —le respondí antes de despedirme de él.

Harry volvió con la cena. Había encontrado un hindú que le pareció que no estaba mal pero se equivocó, la comida era horrible. Como solución cenamos leche con algunas galletas que nos quedaban para el desayuno y llamamos a Colin. Quedamos en vernos en Whitby, nos parecía un lugar más seguro.

\* \* \*

A 670 kilómetros de Berlín, en Zúrich, mantenían una conversación Joelle y Carl.

—Joelle, los hemos localizado, están en Berlín.

—¿Berlín otra vez? —se irritó Joelle.

—Sí. Además lo extraño es que han viajado en coche. Han intentado despistarnos, estoy seguro —continuó Carl.

—¿Y cómo los habéis localizado?, ¿por el rastreo de sus tarjetas? —le preguntó Joelle.

—¡No, no...! Desde hace tres días que no las utilizan, por eso no los localizábamos. Pero han dejado el coche en un aparcamiento público y, buscando por su matrícula, los hemos encontrado. No deben saber que en Alemania, en la mayoría de aparcamientos, registran las matrículas y comparten la información con la policía. ¿Qué quieres que hagamos?

—Imagino que esta vez deben haber encontrado algo, de lo contrario no tendría sentido que hubieran vuelto a Berlín —dijo Joelle.

—Creo que es el momento de interrogarlos. Dame tu conformidad y mañana los detendremos.

—Todo lo contrario, Carl. No sabemos qué han encontrado ni si es lo que buscamos. Si los interrogamos ahora y no tienen nada ¿qué hacemos?, ¿matarlos? Entonces todo habrá terminado. Quiero que no os acerquéis a ellos pero que sepáis en todo momento qué hacen. No deben

percatarse de que tu gente los sigue. Esperemos que se confíen y cometan un error —ordenó Joelle.

\* \* \*

Aquella noche, con el estómago casi vacío, Harry y yo hablamos de Rosa y de Ian. Imaginamos sus vidas, la etapa del TTC, las decisiones que tomaron después, su relación con nosotros y la pesada carga de haber matado a nueve personas en la explosión del banco, incluido su amigo Leo.

El sábado 15 de marzo nos levantamos bastante pronto, nos arreglamos, llamamos a Colin, cerramos el apartamento y recogimos el coche del parking. Como ignorábamos que nos habían localizado, pensábamos que la mejor forma de llegar a Whitby sin ser detectados era conduciendo. Colin haría lo mismo. Acudiría en coche utilizando carreteras alternativas a las principales.

A las tres de la tarde, después de siete horas de trayecto, llegamos a Rotterdam, compramos el billete del barco y esperamos hasta las siete de la tarde, la hora de salida. Tuvimos tiempo de dar una vuelta por la ciudad. Había cambiado mucho desde nuestra última visita, ocho años atrás, cuando acudimos a la boda de una buena amiga mía con un holandés afincado allí. Me acordaba muy bien de aquel viaje. De madrugada, y un poco bebidos después del banquete, Harry y yo nos acercamos al río y creímos escuchar ballenas. Y no estábamos locos ni tan ebrios, al día siguiente la prensa local se hizo eco de la noticia: dos ballenas habían entrado en el río la noche pasada.

La travesía de diez horas hasta Hull fue muy movida, no pude dormir ni descansar un solo minuto. A mí los viajes en barco siempre me sientan mal, en cambio Harry está más acostumbrado. Solía salir a pescar a menudo con Ian, así que el estado del mar no le supone un problema. A las cinco y media de la mañana desembarcamos con nuestro coche y en poco más de una hora llegábamos a Whitby. Aquel domingo 16 de marzo me acosté a las siete de la mañana, y no volví a abrir los ojos hasta pasadas seis horas. Cuando me levanté ya había llegado Colin. Estaba conversando con Harry en el salón.

—Te estábamos esperando, Betty —me dijo Colin mientras me daba un fuerte abrazo y un beso.

—He traído *fish and chips* para comer, del sitio que te gusta —añadió Harry mientras me servía en un plato—. Hoy hay mucha calma en el mar. Le decía a Colin que, si tú te encuentras bien, podríamos salir a dar una vuelta en el barco de Ian y hablar tranquilamente.

—¡Tú me quieres matar, Harry! —le contesté con una sonrisa asertiva— Pero me parece bien. ¿Qué tal el viaje, Colin?, ¿te ha seguido alguien?

—Ya te conté que conducir no es lo mío pero he llegado. Estoy aquí. No te sabría decir si me han seguido. Creo que no.

—Harry, ¡lo has ordenado todo! —exclamé con sorpresa al darme cuenta de que cada cosa estaba en su lugar. Esa misma mañana, al llegar del viaje, nos encontramos la casa todavía revuelta. Habían pasado solo cuatro días desde que entraron a registrarla y John todavía no había podido desplazarse a Whitby para hacer la denuncia y revisar si faltaba algo.

—No estaba tan desordenado como nos pareció al llegar, y creo que no se llevaron nada —Harry me hablaba mientras nos mostraba el cuadro pintado por Churchill—. Mirad, aquí está la dedicatoria: “A mi amigo y compatriota Peter, gracias”. Bet, se lo he explicado a Colin. No os podéis ni imaginar lo que representan este cuadro y la dedicatoria para mí, significan tanto como para vosotros las insignias de tu tía y de tu abuelo. Esta es la condecoración del mío.

Terminamos de comer y antes de ir al puerto pasamos por el cementerio, junto a la Abadía. Era una pradera verde mirando al mar. Faltaban cuatro días para la entrada de la primavera pero en Whitby parecía haberse adelantado. El día era claro, soleado y la brisa del mar llegaba muy suave. Harry se acercó a la lápida de Ian, acarició el nombre grabado de su abuelo y susurró algo. Después se giró hacia nosotros y nos dijo: “ya está. Ya nos podemos ir”. Pasado el tiempo algunas veces le pregunté qué susurró aquel día, pero nunca me lo quiso decir. Era algo entre él y su abuelo.

Ian, a pesar de su edad, mantenía el *Harry&Emma* en perfecto estado. Era una embarcación de tamaño medio preparada para ser dirigida por una sola persona. Cuando veníamos con los niños de vacaciones a Whitby, solíamos salir a navegar con él. Se ponía sus botas de goma y su gorra de lana y ejercía de capitán, aunque era Harry el que llevaba el timón. Habían intentado comprarle el barco en varias ocasiones pero nunca accedió, y en esas circunstancias siempre repetía lo mismo, “el Harry&Emma siempre será de un Ash y, si no lo puede mantener, mejor será que lo hunda en la bahía de Saltwick”.

A más o menos una milla de Whitby Harry paró el motor del barco. No me habían engañado ni él ni la estación meteorológica, el mar estaba totalmente quieto. Salió de la cabina, nos miró y sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta.

—Harry, ¿qué haces? —le dije sorprendida—. ¿No te estarás engancharo?

—¡Qué va! Ni tan siquiera sé si se encenderán, igual están pasados. Ian siempre guardaba un paquete en el barco y, a partir de los quince años, cuando teníamos algo que celebrar me sacaba al mar y me invitaba a un cigarrillo —explicó Harry.

—Dame uno, Harry —le pidió Colin—. Tu abuelo y William tenían algunas cosas en común.

—Pues no está tan mal —terminé aceptando después de mi primera calada—. ¿Qué celebramos?

—Que hemos llegado hasta aquí y seguimos vivos, Betty —sentenció Colin.

—Y que sabemos quienes eran en realidad Ben, Rosa y Ian —añadió Harry—. Ahora nos toca decidir a nosotros. ¿Qué hacemos?, ¿entramos o nos salimos del Círculo?

—Supongo que te refieres a lo último que escribió tu abuelo, que éramos nosotros quienes teníamos que decidir si seguíamos protegiendo la verdad o por el contrario abandonábamos —manifesté mientras pensaba.

—Pero aún no tenemos las secuencias. Acordaos —consideró Colin.

—Por eso mismo, Colin. Podemos olvidarnos y dejarlo todo ahora. Si nosotros no las encontramos creo que nadie lo hará. Pero si seguimos y damos con ellas correremos más riesgo y tendremos la obligación moral de protegerlas —expuso Harry—. Yo estoy dispuesto a aceptar cualquier decisión que toméis pero creo que si uno de nosotros no quiere seguir, deberíamos dejarlo todos.

—¿Y tu abuelo, Harry?, ¿y William? Está claro que ha sido la Organización la que ha ordenado matarlos y sin duda la que más implicada está es esa bruja de Joelle. ¿Qué hacemos? Lo normal sería denunciarla, pero si seguimos adelante y nos convertimos en los nuevos garantes de la verdad ya no podremos hacerlo —dijo Colin acaloradamente.

—Mucho me temo que es así, Colin. No podemos denunciarla sin contar lo que sabemos —dije sin mirar a nadie.

—Lo siento, necesito pensarlo. No creo que pueda permitir que esa mujer no pague por lo que le hizo a William. Entendedme.

—Tienes todo el derecho, de verdad, Colin, y te comprendo perfectamente. Yo no sé de qué sería capaz si alguien le hiciese daño a Bet, pero me asusta solo pensarlo. Tómate tu tiempo.

Volvimos a puerto, atracamos el barco y nos fuimos a casa. Aquella noche de domingo Harry nos invitó a cenar a su pub favorito. Comimos pescados ahumados, bebimos cerveza, jugamos una partida de dardos y terminamos viendo un partido de fútbol de la Premier. Mi marido estaba feliz y para ser sincera, Colin y yo también disfrutamos aquella noche.

Cuando nos levantamos a la mañana siguiente Colin no estaba en casa. Nos había dejado una nota. Había salido a pasear pero volvería pronto, decía, y nos pedía que no preparásemos desayuno que lo traería él. A la media hora entró por la puerta.

—¡Sí, por mi sí! —declaró—. Esta es la decisión que hubiese tomado William. Él tenía información para denunciar a sus clientes y no lo hizo. Se limitó a guardarla.

Así fue cómo decidimos continuar el Círculo. Éramos sus nuevos integrantes. Ahora debíamos encontrar las secuencias.

Aquel lunes empezamos a releer el escrito de Ian, palabra por palabra, para ver si escondía algo más. Harry trató de aplicar el mismo sistema de decodificación de notas musicales con el que descifró el rollo de papel y las notas que escribió su abuelo en las páginas 33 de los 400 libros de la biblioteca berlinesa. Pero no valía, de modo que volvimos a lo que teníamos. Ian nos había dejado escrito que cada uno de nosotros guardaba una de las tres partes del algoritmo. Por lo visto los integrantes del Círculo decidieron que conociésemos la verdad pero no dónde se escondía la fórmula. Así, con el tiempo, ésta terminaría desapareciendo. Pero Ian, tras los acontecimientos que siguieron a las muertes de Sergio y William, seguramente consideró que el algoritmo podía ser descubierto por la nueva Organización y nos escribió lo que quizá eran las indicaciones para que lo encontrásemos nosotros: *“escribid toda nuestra historia respetando nuestras letras, sed fuertes como una piedra y, sobre todo, hacedlo a tiempo, no lleguéis tarde”*. En aquel momento no sabíamos qué podía significar, pero tardamos poco en descubrirlo.

Saqué algunas cartas de Rosa, Colin cogió algunas de Ben y Harry el testamento de Ian. Nos sentamos juntos y comprobamos los textos buscando algún código o cualquier cosa que fuera común en ellos, hasta que me fijé en un borrón de tinta.

—Harry, ¿dónde tienes la pluma que te regaló Ian cuando acabaste en Oxford? Colin, ¿tu abuelo te regaló alguna vez un objeto de escritura? —les pregunté mientras buscaba en mi bolso la estilográfica que me dejó al morir mi tía. Siempre la llevo conmigo.

—Ahora la traigo, la tengo junto a la agenda, en mi maleta —respondió Harry, mientras se dirigía al dormitorio. Él también llevaba siempre consigo el regalo de su abuelo.

—Ben nunca me regaló nada de eso. En Reading deben estar sus estilográficas y sus lápices, pero no me dio ninguno a mí —dijo Colin.

Harry volvió con su pluma, la que Ian había mandado grabar con la frase: “El lenguaje es la expresión de la verdad”. Yo ya había depositado la mía sobre la mesa. Quitamos los capuchones, desenroscamos las boquillas y retiramos los cuerpos de nuestras estilográficas esperando que apareciese algo. Pero nada.

—Déjame ver, Betty —me pidió Colin.

Cogió las distintas partes de mi estilográfica y las fue manipulando hasta llegar al capuchón. Lo miró, se lo acercó a un ojo para ver si escondía algo dentro e intentó separar la caperuza. Lo que parecía ser una única pieza se separó en dos partes y dejó caer de su interior una minúscula caja negra del mismo diámetro que la pluma y de no más de dos centímetros de altura. De inmediato Colin realizó la misma operación con la estilográfica de Harry y ocurrió lo mismo, una segunda caja negra muy pequeña se desprendió. Abrimos la primera con mucho cuidado, dentro había un pequeño rollo de papel de plástico muy fino. Con ayuda de unas pinzas lo sacamos y lo

desenrollamos. Aquel papel transparente no media más de doce centímetros de ancho por dos de altura y tenía grabados en color, solo apreciable con una buena lupa, más de quinientos símbolos. Esta vez no eran notas musicales, era otra cosa. En la segunda caja había lo mismo. Sin lugar a duda eran dos de las tres partes de las que se componía el Tesoro del Tercer Reich.

—Solo falta tu parte, Colin —le indicó Harry, después de examinar durante un instante los papeles.

—¡Me marcho a Londres! —nos anunció Colin repentinamente—. ¡Sé donde puede estar! ¡En el reloj! Seguramente William lo encontró y le debió parecer importante. No sabía qué era pero decidió protegerlo en la caja de seguridad de su banco. Para mi abuelo la puntualidad era una virtud y mientras me esperaba solía señalar su reloj recordándome que no podíamos llegar tarde.

—Vamos contigo —le dije.

—No, Betty. Tenemos dos coches. Yo salgo ya, así me dará tiempo a llegar a Londres antes de que cierre el banco, aunque de camino llamaré para que me esperen. Vosotros recoged tranquilamente y salid cuando podáis. Avisaré a Fred para que se quede en la tienda por si llegáis antes que yo. Él os dará las llaves de casa —decidió Colin—. Por cierto, aparcad en el garaje de casa. Caben dos coches perfectamente.

—Llamémosnos durante el viaje —le pidió Harry a Colin.

Aquel lunes 17 de marzo, a las once de la mañana, salía el Mustang verde botella de Colin en dirección a Londres. Estábamos muy cerca de encontrar la fórmula. O eso creíamos.

Harry y yo recogimos la casa, acudimos al juzgado a firmar un documento del testamento que había quedado pendiente y a la una de la tarde nuestro Saab amarillo ponía dirección al sur de Inglaterra. Solo llevábamos una hora conduciendo cuando paré el motor, iba yo al volante. Sin decir nada, bajé del coche, abrí el maletero, rebusqué en la bolsa con las cartas y objetos de mi tía y volví con una foto en la mano.

—Una de las frases escrita por Ian me resultaba conocida y aquí la tienes —le dije a Harry mientras le enseñaba la fotografía—. No me acordaba de ella. La traje a Londres junto con otras cuando vine para conocer a Colin. Lee lo que pone, Harry.

Era un retrato de nosotras dos, Rosa y yo, tomado durante mi primer viaje a Inglaterra. Yo tenía cinco años y Rosa insistió para que me dejaran viajar con ella a Londres. Estábamos las dos juntas en el *British Museum*, justo delante de la piedra Rosetta, y mi tía había escrito detrás: “Querida Betty, espero que nuestro cariño sea tan fuerte como esta piedra”.

—¡La Rosetta, Bet! Allí debe estar el código para descifrar las secuencias. Es lo que crees, ¿verdad? —se emocionó Harry.

—Sí. Debe estar ahí, Harry. Cuando vi las secuencias ya me lo pareció, pero ahora estoy segura. En las fórmulas se mezclan símbolos demóticos y jeroglíficos egipcios cambiados de orientación. Solo tenemos que ponerlos todos en el sentido correcto, traducirlos y tendremos el algoritmo.

Llamamos a Colin desde el coche y le adelantamos nuestro hallazgo. Se despidió diciendo que nos veríamos en su casa.

Durante el resto del trayecto hasta Londres hablamos sobre la fórmula. Lo que tendríamos que hacer para esconderla y el riesgo que entrañaba. También salió en la conversación Joelle Schnieper, a quien considerábamos una persona peligrosa. Era importante hacerle creer que el algoritmo no existía antes de que pudiera hacernos algún daño.

Llegamos a Londres y Fred nos dio las llaves de la casa. Subimos al salón y nos sentamos a esperar a Colin. Eran las seis de la tarde y nuestro amigo, que debía haber llegado a la ciudad hacía un par de horas, no aparecía. Durante la siguiente hora tratamos de localizarlo por teléfono,

pero no contestaba las llamadas. Contactamos con el banco para ver si todavía estaba allí, pero no tenían autorización para darnos esa información. Empezamos a temer que le hubiera sucedido algo, hasta que a las siete y media de la tarde llamaron a la puerta. Era un repartidor de esos que van en bicicleta y traía un sobre para mí. Lo abrí nerviosa. Dentro estaba el reloj de Ben junto con una nota.

*Queridos Betty y Harry,*

*Sé que no compartiréis lo que voy a hacer pero creo que es mi obligación. No puedo soportar más el daño que me han hecho. Es como si llevara una espina clavada. Necesito deshacerme de ella y, sobre todo, conseguir que os dejen tranquilos a vosotros y fuera de cualquier peligro. Tenéis una familia y unos niños que os necesitan. Yo en cambio sin William ya no tengo nada.*

*Os he dejado el reloj de mi abuelo. Si abrís la tapa comprobaréis que ahí está la tercera parte del algoritmo, la que nos faltaba. Imagino que habréis hablado de ello durante el viaje. Protegedla o destruidla, nadie mejor que vosotros para decidir lo correcto.*

*Me dirijo a Zúrich. Voy a ver a Joelle para contarle lo que sé, convencerla de que no existe el algoritmo y pedirle explicaciones por la muerte de William. Debo hacerlo. Supongo que no volveré, y por eso quiero que sepáis lo importante que ha sido para mí conocerlos. Ojalá hubiese sucedido antes y en otras circunstancias.*

*Vuestro amigo que os quiere  
Colin Laurie*

Sin perder un solo segundo Harry quitó la tapa del reloj y cogió el tercer papel transparente con códigos. Me pidió que mirara los horarios de los próximos vuelos a Zúrich y subió corriendo a la buhardilla advirtiéndome que no lo siguiera. Escuché como hablaba con alguien.

El último vuelo directo a Zúrich salía a las 20.05h y llegaba a Zúrich a las 21.40h. Seguramente Colin viajaría en ese pero nosotros ya no estábamos a tiempo de cogerlo, por lo tanto, tras comentarlo con Harry, llamé para reservar un vuelo privado que salía del aeropuerto de la ciudad de Londres, el más cercano de todos. Con suerte llegaríamos a Zúrich solo media hora más tarde que Colin.

A las 21.10h despegábamos en una pequeña avioneta. Estaba asustada. Le pregunté varias veces a Harry sobre el riesgo que corriamos y él me respondió siempre lo mismo: “No te preocupes. Confía en mí. Necesitamos llegar a tiempo”.

Eran las 22.30h cuando aterrizamos en la parte privada del aeropuerto militar de Dübendorf, el mismo al que llegó mi tía Rosa la madrugada del 11 de diciembre de 1936 en un caza de la RAF.

Pasamos la aduana y, al subir a un taxi, le pedí al conductor que nos llevara al campo de golf de Kurhausstrasse. Se extrañó por la hora, pero le aclaré que íbamos a una casa que se encontraba en la misma calle. A los diez minutos bajábamos del vehículo. La puerta de acceso al recinto de la casa de Joelle Schnieper se abrió automáticamente, anduvimos hasta la puerta principal y apareció ella.

—¡Bienvenidos! Os estaba esperando. Imaginé que vosotros también vendríais —dijo la banquera con absoluto cinismo.

Nos invitó a entrar en la casa. La seguimos hasta el sótano, cruzamos el garaje y accedimos a una habitación. Allí, en un despacho amplio y desangelado, estaba Colin sentado junto a un

hombre muy elegante que aparentaba ser mayor que nosotros y otros dos con cara de pocos amigos.

—¿Qué hacéis aquí? —nos preguntó Colin sorprendido y en tono de reproche.

—Nosotros también teníamos ganas de volver a ver a Joelle, Colin —respondió Harry dirigiéndose a Joelle con el mismo cinismo con el que ella nos había recibido.

—Cuando tú has comprado el billete de avión —le dijo Joelle a Colin— y vosotros dos habéis reservado la avioneta —continuó mirándonos a Harry y a mí— he sabido que veníais a Zúrich. Pero no podía imaginar vuestra falta de sensatez para presentaros en mi casa.

Colin había llegado media hora antes que nosotros pero Joelle aún no le había dado la oportunidad de hablar. Ella sabía, por el rastreo de nuestras tarjetas, que también estábamos volando a Zúrich y había esperado hasta tener claro a dónde nos dirigíamos.

—Bueno, ¿qué queréis de mí?, porque imagino que vosotros sí sabéis lo que yo quiero —nos soltó Joelle desafiante.

Colin empezó a hablar. Explicó lo que sentía desde el día que mataron a William, culpándola a ella de las muertes de su pareja y de Ian. Mientras él hablaba, Joelle nos miraba con desprecio. Cuando llegó al TTC, Colin se limitó a contarle que habían sido un grupo de agentes, entre ellos nuestros familiares, que por encargo de los servicios de inteligencia británicos tuvieron como misión destruir todo lo que se había desarrollado del proyecto Tesoro Tercer Reich, incluso de matar a todo el personal científico que trabajaba en él.

—¿Y ahora qué esperáis?, ¿qué me crea lo que has contado, Colin?, ¿qué os dé las gracias?, ¿marcharos de aquí como si nada? ¡Sabéis que no trabajamos así! Tenéis dos opciones, elegid una, la que queráis. O me demostráis con las pruebas que habéis conseguido que las secuencias no existen o aceptáis que usemos nuestros métodos para averiguarlo. Solo os advierto que la primera opción duele menos que la segunda —nos amenazó Joelle.

—Lo siento, Joelle, pero no tenemos tiempo para ninguna de las dos opciones. Mañana quiero llegar pronto a Londres. Era una sorpresa. Lástima que me obligues a contarla. He comprado unas entradas para invitar a Colin y a Betty al teatro —le respondió Harry con sarcasmo.

Colin y yo creímos morir en aquel momento. Mi marido se había vuelto loco.

Por sorpresa, el hombre elegante fue hacia Harry y le golpeó en la cara causándole un corte en el labio inferior. La herida empezó a sangrar de manera aparatosa. Harry, a pesar de ello, siguió hablando mientras presionaba el corte con la manga de su camisa para detener la hemorragia.

—Tú debes ser Carl. Por favor, la próxima vez no me pegues tan fuerte. Podrías estropearlo todo y supongo que no te gustará pasar el resto de tu vida en la misma celda que esta bruja —dijo Harry sin prisa mientras introducía la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Los otros dos hombres, al ver el gesto de Harry, sacaron sus pistolas. Por un instante Colin y yo visualizamos nuestro entierro.

Del bolsillo Harry sacó una memoria USB y acercándola a un ordenador que había encima de la mesa sugirió a Joelle y a Carl que le echaran un vistazo. Mientras la banquera y su secuaz miraban la pantalla, Harry continuó su discurso.

—Os hacía más listos, de verdad. Todo lo que se expone y se demuestra en estos documentos lo consiguió William. ¿Por qué no fuisteis a por eso desde el principio? ¿No sabíais lo que había averiguado? ¿o pensabais que no os comprometía tanto? Por cierto, Joelle, te lo tengo que decir: el personal de sistemas de tu banco es de lo peor que he visto nunca. Son una mierda —le dijo Harry—. Tu apellido es Keller, ¿verdad, Carl? ¿Lo he pronunciado bien? Busca una carpeta con tu

nombre y díles a tus amigos del Swiss Kredit que tienen el mismo problema que Joelle, que contraten mejor personal. La cifra que pone aquí de lo blanqueado por ti y por tu familia ¿es cierta? ¿Cuántos puñetazos has tenido que dar para conseguir esa millonada?

Cuando acabó de hablar Harry pasamos diez minutos en silencio mientras Joelle contemplaba la pantalla hasta que de golpe, furiosa, cerró la tapa.

—¿Esto es un chantaje, Harry? ¿Me lo tengo que tomar así? —le preguntó Joelle.

—Creo que no me has entendido. Es una advertencia. Te recuerdo que mañana por la tarde tenemos teatro en Londres y no pensamos llegar tarde —siguió desafiante Harry.

—¿Entonces, si os hacemos desaparecer y destruimos la información, no será suficiente? —siguió cuestionando Joelle.

—Joelle, ¿qué estaríamos haciendo aquí si fuese así? ¡Todavía no hemos enloquecido! —siguió Harry—. ¿Recuerdas la segunda promesa que le hiciste a tu abuelo? ¿La que nos contaste la otra vez en esta misma casa? Le prometiste que si tenías la oportunidad de conseguir lo que él no pudo, lo harías. Pero no puedes. Ya te ha dicho Colin que las secuencias desaparecieron. Y añadido algo más. Nosotros tres somos ahora una nueva oportunidad. La de evitar que tu banco desaparezca. El tuyo y el de los otros miembros de la Organización. Eres tú la que debes elegir.

—¿Y si les pasa algo a vuestros hijos? —amenazó Joelle.

—Tú y yo sabemos que no les va a ocurrir nada. Está todo preparado para que si algo les sucede a ellos, a nosotros o a alguien de los nuestros, por mínimo que sea, Internet se inunde en pocos minutos de la información que acabáis de leer. No existirá persona en el planeta que no sepa qué hacéis y cómo sois —concluyó Harry.

Capítulo 9.  
Harry&Emma, 19 de julio, 2014

Whitby, julio de 2014

Las palabras de Harry surtieron efecto. Nos dejaron marchar. Esa noche dormimos en Zúrich y al día siguiente, a primera hora, regresamos a Londres. Y era verdad, ¡mi marido tenía entradas para el teatro!

Joelle no había dudado que la amenaza de Harry era cierta. Y en verdad lo era. Aquella mañana del 6 de marzo, cuando Harry se marchó de casa de Colin para quedar con su amigo de Oxford, asesor de ciberseguridad, hizo algo más que no nos dijo. Harry había descubierto que en la memoria USB de William figuraban delitos cometidos por los cuatro bancos de la Organización y también muchos nombres de personas, empresas, entidades e instituciones implicadas en ellos. Las actividades ilegales y estafas que habían cometido, al menos durante los últimos diez años, eran de enorme gravedad. Tanta que si se conociese su alcance las acciones caerían al momento y sus valores no podrían aguantar en los mercados, lo que finalmente provocaría que fueran absorbidos por otras entidades financieras. Además, las consecuencias para los miembros de los consejos de administración serían nefastas al ser acusados de múltiples delitos. A Carl lo encontró de manera fácil. El Swiss Kredit registraba las operaciones de blanqueo de la familia Keller haciendo constar su nombre, siempre el mismo, Carl Keller. Harry encriptó las pruebas y la información, y después, con ayuda de su compañero de Oxford, las subieron a distintas plataformas de Internet y crearon un virus dormido que se podría activar con un código que solo conocían ellos dos. Por eso, la tarde antes de viajar a Zúrich, Harry llamó a su amigo desde la buhardilla para indicarle que, si le pasaba algo o no tenía noticias suyas en veinticuatro horas, activara el virus. A Colin y a mí no nos dijo nada para no involucrarnos y evitar, en caso de ser retenidos, que pudiésemos revelar lo que había organizado.

Pasado el peligro, el mismo martes 18 de marzo, nada más regresar de nuestro último encuentro con Joelle y Carl en Zúrich, Harry fue a ver a su amigo para perfeccionar el virus y diversificar y automatizar su activación. Si Joelle lo encontraba o pretendía desactivarlo, el virus se despertaría de forma automática, expandiéndose al instante por todos los canales de noticias de Internet. Lo mismo ocurriría si a cualquiera de nosotros nos pasaba algo no deseado.

Finalmente el miércoles 19 de marzo regresamos a Barcelona. Volvíamos a la normalidad de nuestras vidas. Pero ya no era la misma que días atrás. Habíamos recuperado nuestros sueños y éramos, de nuevo, la pareja que un día se conoció en aquel cuartucho de la planta menos tres del Museo Británico.

\* \* \*

—¡Harry!, ¿te queda algún cigarrillo de Ian? —gritó Colin desde la proa del *Harry&Emma* mientras ayudaba a Abril y a Enrique a lanzar las cañas de pescar.

—¡Te los llevo yo, Colin! —le grité desde la cabina.

Guardé la pluma de mi tía y la libreta, le di un beso a Harry que estaba al timón y le acerqué los cigarrillos a Colin.

—Toma. Cuando te enciendas uno dame una calada, por favor.

—¿Has terminado, Betty? —me preguntó Colin.

—Justo ahora. Ya está —le contesté—. Nuestra historia está acabada. Ahora toca pensar como proteger la verdad. La verdad y el único Tesoro del Tercer Reich.

—¿Habéis pescado ya algún bacalao o solo pescáis libros? —exclamó Harry con una sonrisa.

Whitby 19 de julio de 2014

*En memoria de los miembros del Círculo: Rosa, Benjamin, Ian, Julia, Leo, Winston y Sergio.  
Y con todo el amor a William.*

*Betty, Colin y Harry*

## Índice

1. Barcelona-Londres-Zúrich, 14 de febrero, 2014
2. Londres-Zúrich, 18 de febrero
3. Londres-Reading, 20 de febrero
4. Londres-Whitby-Zúrich, 22 de febrero
5. Londres-Whitby-Zúrich, 24 de febrero
6. Londres-Berlín-Zúrich, 27 de febrero
7. Londres-Reading-Whitby-Zúrich, 6 de marzo
8. El secreto mejor guardado, 10 de marzo
9. Harry&Emma, 19 de julio, 2014

---

[1] La RAF es la fuerza aérea militar del Reino Unido, y el MI6 el servicio de inteligencia británico.

[2] Sir Winston Churchill ocupó el cargo de Primer Ministro Británico en dos periodos distintos, 1940-45 y 1951-55. Entre esas fechas ocupó el cargo de Líder de la Oposición.